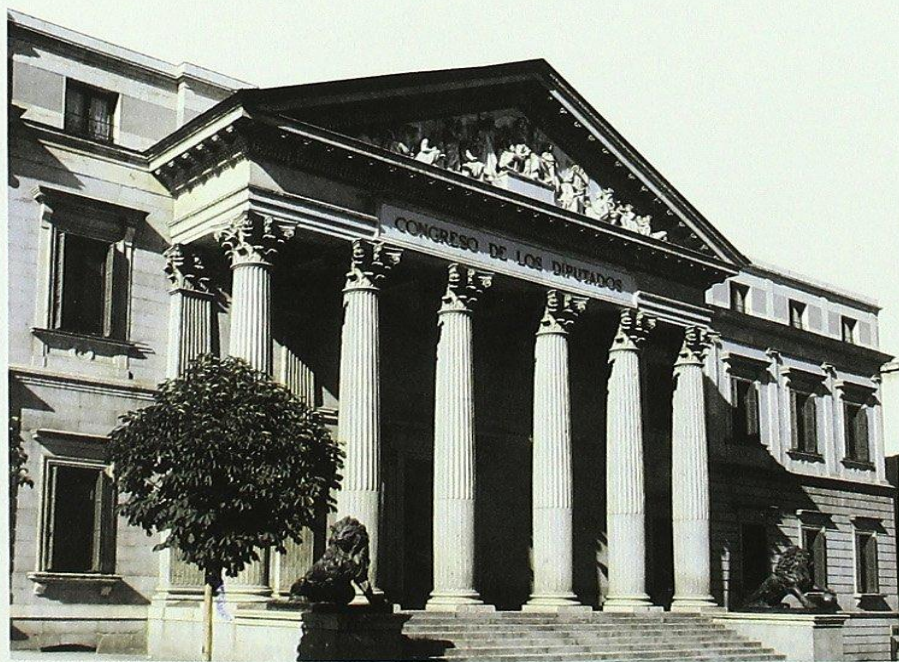


Biblioteca Austriaca

Ludwig von Mises
**Gobierno
omnipotente**

[EN NOMBRE DEL ESTADO]



Unión Editorial

Esta «Biblioteca Austriaca», dirigida por Dario Antiseri y Lorenzo Infantino, se publica contemporáneamente en italiano y español bajo los auspicios del Centro di Metodologia delle Scienze Sociali de la Libera Università degli Studi Sociali (LUISS) de Roma

Director de la edición española:
Juan Marcos de la Fuente

Ludwig von Mises

Gobierno omnipotente
[En nombre del Estado]

Unión Editorial

2002

Título original:
*Omnipotent Government. The Rise of Total State
and Total War, Yale University Press, 1944.*

Traducción de PEDRO ELGOIBAR

ISBN: 84-7209-377-8

© 2002 UNION EDITORIAL, S.A.
c/ Colombia, 61 - 28016 Madrid
Tel.: 913 500 228 - Fax: 913 594 294
E-Mail: ue@unioneditorial.es
<http://www.unioneditorial.es>

Nota del Editor

Este libro tiene su origen en un ensayo que Mises escribió en alemán, en Ginebra, en 1938/39, poco antes de trasladarse a Estados Unidos (agosto de 1940). El ensayo se publicó póstumo en 1978 (Mises había muerto en 1973) bajo el título *Im Namen des Staates: oder Die Gefahren des Kollektivismus* [En nombre del Estado: Los peligros del colectivismo] (Stuttgart: Bonn Aktuell, 262 páginas), con un prólogo de Alfred Müller-Armack.

Mientras tanto, en 1944 apareció la edición inglesa con el título *Omnipotent Government: The Rise of the Total State and Total War*, que recogía sustancialmente el ensayo ginebrino, junto con otros materiales.

Aunque nuestra edición sigue puntualmente la definitiva edición inglesa, hemos creído oportuno añadir como subtítulo el título originario de *En nombre del Estado*, que expresa perfectamente la idea central de este libro, sin duda alguna uno de los más importantes de Ludwig von Mises.

Índice

Prefacio	11
Introducción	15

Primera Parte

El colapso del liberalismo alemán

1. <i>El liberalismo alemán</i>	41
1. El antiguo régimen y el liberalismo	41
2. La debilidad del liberalismo alemán	47
3. El ejército prusiano	48
4. El conflicto constitucional en Prusia	53
5. El programa de los «Pequeños Alemanes»	55
6. El episodio Lassalle	58
2. <i>El triunfo del militarismo</i>	61
1. El ejército prusiano en el nuevo Imperio alemán ...	61
2. El militarismo alemán	64
3. Los liberales y el militarismo	70
4. La explicación más corriente del militarismo	72

Segunda Parte

Omnipotencia gubernamental

3. <i>El estatismo</i>	77
1. La nueva mentalidad	77

2. El Estado	79
3. Las doctrinas políticas y sociales del liberalismo	82
4. El socialismo	86
5. El socialismo en Rusia y en Alemania	92
6. El intervencionismo	96
7. Estatismo y proteccionismo	107
8. Nacionalismo económico y precios del monopolio	111
9. La autarquía	116
10. Proteccionismo alemán	119
4. <i>Estatismo y nacionalismo</i>	125
1. El principio de nacionalidad	125
2. El grupo lingüístico	132
3. El liberalismo y el principio de nacionalidad	139
4. Nacionalismo agresivo	144
5. Imperialismo colonial	148
6. Inversiones extranjeras y préstamos extranjeros	154
7. La guerra total	158
8. El socialismo y la guerra	163
5. <i>Refutación de algunas explicaciones erróneas</i>	169
1. Las deficiencias de las explicaciones corrientes	169
2. La supuesta irracionalidad del nacionalismo	170
3. La doctrina aristocrática	175
4. Darwinismo mal entendido	181
5. El papel del chovinismo	183
6. El papel de los mitos	187
6. <i>Las características del nacionalismo alemán</i>	193
1. El despertar	193
2. La afirmación del pangermanismo	196
3. El nacionalismo alemán en un mundo estatista	202
4. Crítica del nacionalismo alemán	205
5. El nazismo y la filosofía alemana	208

6. El polilogismo	212
7. Pangermanismo y nazismo	218
7. <i>Los social-demócratas en la alemania imperial</i>	221
1. La leyenda	221
2. El marxismo y el movimiento obrero	223
3. Los trabajadores alemanes y el Estado alemán	229
4. Los social-demócratas en el sistema de castas alemán	238
5. Los social-demócratas y la guerra	242
8. <i>Antisemitismo y racismo</i>	247
1. El papel del racismo	247
2. La lucha contra la mentalidad judía	254
3. Intervencionismo y discriminación legal contra los judíos	263
4. La «puñalada por la espalda»	270
5. El antisemitismo como factor de la política internacional	272
9. <i>La República de Weimar y su caída</i>	279
1. La Constitución de Weimar	279
2. La abortada socialización	292
3. Los partidos armados	297
4. El Tratado de Versalles	303
5. La depresión económica	312
6. El nazismo y los trabajadores alemanes	314
7. Las críticas extranjeras al nazismo	317
10. <i>El nazismo como problema mundial</i>	327
1. Ámbito y limitaciones de la historia	327
2. La falacia del concepto de «carácter nacional»	329
3. El Rubicón de Alemania	333
4. La alternativa	338

Cuarta Parte
El futuro de la civilización occidental

11. <i>Las ilusiones de la planificación mundial</i>	343
1. El término «planificación»	343
2. El complejo de dictadura	345
3. Un Estado mundial	347
4. La producción planificada	350
5. Convenios comerciales con el exterior	356
6. Planificación monetaria	358
7. Planificación internacional de las transacciones de capital	362
12. <i>Planes de paz</i>	365
1. Control de armamentos	365
2. Crítica de otros planes propuestos	370
3. La unión de las democracias occidentales	377
4. La paz en la Europa oriental	385
5. Los problemas de Asia	393
6. El papel de la Sociedad de Naciones	396
Conclusión	401
Índice de nombres	411

Prefacio

Al tratar de los problemas de política social y económica, las ciencias sociales no tienen en cuenta más que un punto: si las medidas propuestas son adecuadas realmente para producir el efecto que buscan sus autores, o si darán por resultado un estado de cosas que —*desde el punto de vista de quienes las apoyan*— es aún más indeseable que el anterior que se tenía intención de cambiar. El economista no sustituye con su propio juicio el de sus conciudadanos sobre lo deseable de los fines últimos. Se limita a preguntar si los fines perseguidos por las naciones, los gobiernos, los partidos políticos y los grupos de presión pueden alcanzarse realmente con los métodos propuestos para su realización.

La tarea, no hay duda, es ingrata. La mayoría de las personas son intolerantes respecto a toda crítica de sus principios sociales y económicos. No comprenden que las objeciones se refieren únicamente a métodos inadecuados y no discuten la última finalidad de sus esfuerzos. No están dispuestas a admitir la posibilidad de que los fines perseguidos pueden lograrlos más fácilmente siguiendo los consejos de los economistas que desdenándolos. Llamam enemigo de su país, de su raza, o de su grupo a quien ose criticar sus principios.

Ese terco dogmatismo es pernicioso y una de las causas fundamentales del actual estado de cosas en el mundo. El economista que afirma que la fijación de salarios mínimos no es una manera adecuada para conseguir que suba el nivel de vida no es antiobrerista ni enemigo de los trabajadores. Al sugerir métodos más apropiados para mejorar el bienestar del asalariado,

contribuye, por el contrario, en la medida que puede, a su prosperidad.

Señalar las ventajas que el funcionamiento del capitalismo reporta a todo el mundo no equivale a defender los intereses creados de los capitalistas. El economista que durante cuarenta o cincuenta años abogó por la preservación del sistema de propiedad privada y de libre empresa no combatía por los egoístas intereses de clase de los entonces ricos. Quería que se les dejaran las manos libres a los desconocidos coetáneos suyos que no tenían dinero pero tuvieron talento para crear las nuevas industrias que hoy hacen más agradable la vida del hombre corriente. Ciertamente muchos de los pioneros de la transformación económica se enriquecieron. Pero hicieron su fortuna suministrando al público automóviles, aviones, aparatos de radio, frigoríficos, películas cinematográficas y una gran variedad de innovaciones menos espectaculares pero no menos útiles. Estos nuevos productos no fueron ciertamente obra de centros oficiales ni de burócratas. Ni un solo perfeccionamiento técnico puede atribuirse a los soviéticos. Lo más que han hecho los rusos ha sido copiar perfeccionamientos de los capitalistas, a quienes siguen denigrando. La humanidad no ha llegado al estado de última perfección técnica. Queda mucho campo para otros progresos y para mejorar la vida. El espíritu creador e inventor sigue subsistiendo a pesar de lo que se diga en contrario. Pero no florece más que donde hay libertad económica.

Un economista que demuestre que una nación (llamémosla Thule) perjudica sus propios intereses esenciales en la gestión del comercio exterior y en su actitud respecto a las minorías internas, no es enemigo de Thule ni de su pueblo.

Es inútil aplicar adjetivos a los críticos de una política inadecuada y sospechar de sus motivos. Se podrá acallar la voz de la verdad, pero no se puede lograr que una política inadecuada sea adecuada.

Los defensores del control totalitario califican de negativa la actitud de sus adversarios. Pretenden que mientras ellos exigen que mejoren las condiciones insatisfactorias, los otros se em-

peñan en que los males perduren. Así no se hace más que juzgar las cuestiones sociales desde el punto de vista de burócratas de espíritu estrecho. Sólo a los burócratas se les puede ocurrir que las únicas medidas que pueden ser consideradas como positivas y beneficiosas son las que crean nuevas oficinas, promulgan nuevos decretos y aumentan el número de funcionarios, mientras que todo lo demás es pasividad y quietismo.

El programa de la libertad económica no es negativo. Aspira positivamente al establecimiento y preservación del sistema de economía de mercado, basado en la propiedad privada de los medios de producción y en la libertad de empresa. Aspira a la libre competencia y a la soberanía del consumidor. Como lógica consecuencia de estas aspiraciones, los verdaderos liberales se oponen a todas las tentativas para sustituir por el control del gobierno el funcionamiento de una economía de mercado sin trabas. *Laissez faire, laissez passer* no significa «que perduren los males». Significa por el contrario: no intervengáis en el funcionamiento del mercado, porque la intervención reducirá fatalmente la producción y empobrecerá a la gente. Significa, además, no abolir ni cercenar el sistema capitalista, que, a pesar de todos los obstáculos que le han puesto los gobiernos y los políticos, ha hecho que suba de un modo que no tiene precedentes el nivel de vida de las masas.

La libertad no es, como afirmaron los precursores alemanes del nazismo, un ideal negativo. El que un concepto sea expresado en forma afirmativa o negativa es simplemente cuestión de lenguaje. La expresión librarse de la miseria equivale a aspirar a un estado de cosas en que la gente esté mejor provista de artículos necesarios. La libertad de palabra equivale a un estado de cosas en que todo el mundo pueda decir lo que quiera.

En el fondo de las doctrinas totalitarias yace la creencia en que los gobernantes son más sensatos y tienen más visión que los gobernados y saben mejor que éstos lo que les conviene. Werner Sombart, durante muchos años fanático paladín del marxismo y después no menos fanático paladín del nazismo, fue lo bastante audaz para afirmar francamente que al *Führer*

le daba las órdenes directamente Dios, supremo Führer del universo, y que la *Führertum* es una revelación permanente.¹ Quien admite esto debe, obviamente, dejar de poner en duda la conveniencia de la omnipotencia gubernamental.

Quienes disienten de esta teocrática justificación de la dictadura invocan el derecho a discutir libremente los problemas en cuestión. No escriben Estado con mayúscula. No titubean en analizar las metafísicas nociones del hegelismo y del marxismo. Reducen toda esa grandilocuente oratoria a una simple pregunta: ¿Son los medios sugeridos adecuados para lograr los fines que se persiguen? Al contestarla esperan prestar un servicio a la gran mayoría de sus conciudadanos.

¹ *Deutscher Sozialismus*, Charlottenburg, 1934, p. 213. Edición americana, *A New Social Philosophy*, trad. de F.K. Geiser, Princeton 1937, p. 194.

Introducción

I

El punto esencial en los planes del partido obrero nacional-socialista alemán es la conquista del *Lebensraum* para los alemanes, es decir, de un territorio lo bastante extenso y rico en recursos naturales que les permita vivir con autosuficiencia económica y en un nivel no inferior al de cualquier otra nación. Es obvio que este programa, que desafía y amenaza a todas las demás naciones, sólo puede llevarse a cabo mediante el establecimiento de una hegemonía mundial alemana.

El rasgo distintivo del nazismo no es el socialismo, el totalitarismo, o el nacionalismo. Los «progresistas» de todas las naciones ansían sustituir el capitalismo por el socialismo. Mientras luchan contra los agresores alemanes, Gran Bretaña y los Estados Unidos van adoptando paso a paso el modelo alemán de socialismo. La opinión pública de ambos países está plenamente convencida de que en tiempo de guerra es inevitable el completo control de la vida económica por parte del gobierno, y muchos políticos eminentes y millones de electores están firmemente resueltos a mantener el socialismo después de la guerra como un nuevo orden social permanente. Tampoco la dictadura ni la violenta opresión de los disidentes son rasgos peculiares del nazismo. Ambas constituyen la forma de gobierno soviética, y como tales las propugnan en todo el mundo los numerosos amigos de la Rusia de hoy. El nacionalismo —producto de la intervención gubernamental en la vida económica, como se expone en este libro— determina en nuestro tiem-

po la política extranjera de todos los países. Lo que caracteriza a los nazis como tales es su género especial de nacionalismo, su lucha por el *Lebensraum*.

Esta aspiración nazi no difiere, en principio, de los fines que perseguían los primeros nacionalistas alemanes, cuyo grupo más radical se definió, en los tres decenios anteriores a la Primera Guerra Mundial, *Alldeutsche* (pangermánico). Esa ambición fue la que arrastró a la Alemania del Keiser a la Primera Guerra Mundial y la que —veinticinco años después— hizo estallar la Segunda.

El programa del *Lebensraum* no puede hacerse remontar ni a las primeras ideologías alemanas ni a los precedentes en la historia germana de los últimos quinientos años. Alemania tuvo sus chovinistas como los han tenido los demás países. Pero chovinismo no es nacionalismo. El chovinismo es la sobrevaloración de los triunfos y cualidades de una nación y el menosprecio de otras; en sí, no lleva a la acción. El nacionalismo, en cambio, es un plan de acción política y militar y el intento de llevarlo a la práctica. La historia alemana, como la de otros países, es la crónica de príncipes ávidos de conquistas; pero sus emperadores, reyes y duques deseaban adquirir riqueza y poder para ellos y para su casta, no el *Lebensraum* para su país. El agresivo nacionalismo alemán es un fenómeno de los últimos sesenta años. Tiene su origen en las condiciones económicas y en la política económica más recientes.

Tampoco se debe confundir el nacionalismo con la aspiración al gobierno popular, a la autodeterminación nacional y a la autonomía política. Cuando los liberales alemanes del siglo XIX aspiraban a sustituir por un gobierno democrático de toda la nación alemana el régimen tiránico de unos treinta príncipes, no acariciaban propósitos hostiles contra ninguna otra nación. Querían desembarazarse del despotismo y establecer un régimen parlamentario. No tenían la intención de incorporar al Estado alemán de sus sueños los territorios polacos e italianos que habían conquistado sus príncipes; simpatizaban, por el contrario, con los liberales polacos e italianos que aspiraban a esta-

blecer democracias independientes en Polonia y en Italia. Ansiaban promover el bienestar de la nación alemana, pero no creían que oprimir a naciones extranjeras o hacer daño a extranjeros fuera la mejor manera de servir a su propia nación.

El nacionalismo tampoco se identifica con el patriotismo. El patriotismo es una ferviente aspiración al bienestar, florecimiento y libertad de la patria. El nacionalismo es uno de los varios métodos propuestos para el logro de estos fines. Pero los liberales arguyen que los procedimientos recomendados por el nacionalismo son inadecuados, y que su aplicación no sólo no logra los fines que se persiguen, sino que, por el contrario, acaba por ser desastrosa para la nación. También los liberales son patriotas, pero sus opiniones respecto al buen camino hacia la prosperidad y la grandeza nacional difieren radicalmente de las de los nacionalistas. Recomiendan el libre cambio, la división internacional del trabajo, la buena voluntad y la paz entre naciones, no en consideración a los extranjeros, sino para lograr la felicidad de su propio país.

El nacionalismo se propone lograr el bienestar de toda la nación o de grupos nacionales perjudicando a los extranjeros. El método principal del nacionalismo moderno es la discriminación contra los extranjeros en el ámbito económico. Los productos extranjeros quedan excluidos del mercado doméstico o no son admitidos sino después del pago de un derecho de importación. A la mano de obra extranjera se le impide competir en el mercado de trabajo nacional. El capital extranjero puede ser víctima de confiscaciones. Así, el nacionalismo económico dará como resultado la guerra siempre que los perjudicados se crean lo bastante fuertes para barrer mediante la violencia las medidas perjudiciales para su propio bienestar.

La política de una nación forma un todo unitario. La política exterior y la política interna están estrechamente ligadas, no son más que un sistema y se condicionan mutuamente. Así como el libre cambio era el complemento de la libertad económica interna, el nacionalismo económico es el corolario de la actual política interior de intervención en la economía y de planifica-

ción nacional. Puede haber proteccionismo en un país en que el comercio interior es libre, pero donde el comercio exterior no es libre el proteccionismo es indispensable. El poder de un gobierno queda limitado al territorio sujeto a su soberanía. No puede interferir directamente en las condiciones externas a su territorio. Donde hay libre cambio, la competencia extranjera podría incluso, a corto plazo, frustrar los objetivos perseguidos por las diversas medidas intervencionistas del gobierno en la economía nacional. Cuando el mercado interior no está en cierta medida aislado de mercados extranjeros, no puede haber cuestión de control gubernamental. Cuanto más avanza una nación hacia la regulación y la reglamentación públicas, más se ve impelida hacia el aislamiento económico. La división internacional del trabajo llega a hacerse sospechosa porque impide el pleno uso de la soberanía nacional. La tendencia hacia la autarquía es esencialmente una tendencia de la política económica nacionalista; es el resultado de querer hacer al Estado omnipotente en el ámbito económico.

En un mundo de libre cambio y democracia no hay incentivos para la guerra y la conquista. No importa tampoco que la soberanía de una nación se extienda sobre un territorio extenso o sobre un territorio reducido. Sus ciudadanos no pueden obtener beneficios de la anexión de una provincia. Los problemas territoriales pueden, pues, ser tratados sin prejuicios y sin apasionamiento, y no cuesta ser equitativos respecto a las aspiraciones de otros pueblos a la autodeterminación. La Gran Bretaña librecambista no ponía reparos en conceder la condición de *dominion*, es decir, la autonomía virtual y la independencia política, a colonias ultramarinas, y cedió las Islas Jónicas a Grecia.

Suecia no recurrió a las armas para impedir la ruptura del lazo que la unía a Noruega; la casa real de Bernadotte perdió su corona noruega, pero al ciudadano sueco le tuvo sin cuidado que su rey fuera soberano de aquel país o no.

En la época del liberalismo se creía que los plebiscitos y las decisiones de los tribunales internacionales zanjarían pacífica-

mente las disputas entre naciones. Lo que se necesitaba para salvaguardar la paz era el derrocamiento de los regímenes anti-liberales. Se entendía que ciertas guerras y revoluciones seguían siendo inevitables para eliminar a los últimos tiranos y destruir algunas barreras económicas que todavía existían. Logrado eso, no habría ya motivo para más guerras. La humanidad se encontraría en situación de poder consagrar todos sus esfuerzos al logro del bienestar general.

Pero mientras los filántropos se complacían en describir las bendiciones de esta utopía liberal, no comprendieron que venían gestándose nuevas ideologías para suplantarlo y modelar un nuevo orden que despertaría antagonismos para los cuales no se podría encontrar una solución pacífica. No lo vieron, porque consideraban esas nuevas ideologías y políticas como la continuación y realización de los postulados esenciales del liberalismo. El antiliberalismo ha conquistado la opinión popular enmascarado de auténtico y genuino liberalismo. Quienes hoy se consideran liberales defienden programas totalmente opuestos a los postulados y doctrinas del viejo liberalismo. Menosprecian la propiedad privada de los medios de producción y la economía de mercado, y defienden con entusiasmo métodos totalitarios de gestión económica. Luchan por un gobierno omnipotente y aceptan positivamente cualquier medida que otorgue mayor poder a los burócratas y a las entidades gubernamentales. Condenan como reaccionarios y retrógrados en economía a quienes no comparten su predilección por la reglamentación.

Estos, que se consideran liberales y progresistas, están sinceramente convencidos de que son verdaderos demócratas. Pero su idea de democracia es el polo opuesto de la del siglo XIX. Confunden la democracia con el socialismo. Y no sólo no advierten que socialismo y democracia son incompatibles, sino que creen que sólo el socialismo equivale a la verdadera democracia. Atrapados en esta confusión, entienden que el sistema soviético es una variedad de gobierno popular.

Durante más de sesenta años, los gobiernos y los parlamen-

tos europeos han tratado de obstaculizar el funcionamiento del mercado, de interferir en la vida económica y de paralizar el capitalismo. Han ignorado alegremente las advertencias de los economistas. Han erigido barreras aduaneras, han fomentado la expansión del crédito y la política de dinero barato y han recurrido al control de los precios, a la fijación de los salarios mínimos y a las expropiaciones. Han transformado la tributación en confiscación y en expropiación y han proclamado que el mejor método de aumentar la riqueza y el bienestar consiste en gastar sin tasa. Pero cuando fueron haciéndose más y más palmarias las inevitables consecuencias de esa política, vaticinadas mucho tiempo antes por los economistas, la opinión pública no echó la culpa a esa querida política; acusó al capitalismo. A los ojos del público, la causa radical de la depresión económica y del paro, de la inflación y del alza de precios, del monopolio y del despilfarro, de la inquietud social y de la guerra, no era la política anticapitalista, sino el capitalismo.

El fatal error que frustró todos los esfuerzos para salvaguardar la paz fue precisamente que la gente no comprendió que sólo en un mundo de capitalismo puro, perfecto y sin trabas, no hay incentivos para la agresión y para la conquista. Al presidente Wilson le guió la idea de que sólo los gobiernos autocráticos son guerreros, mientras que las democracias no pueden obtener beneficios de la conquista y por lo tanto se aferran a la paz. Lo que ni el presidente Wilson ni los demás fundadores de la Sociedad de Naciones vieron fue que eso es válido únicamente dentro de un sistema de propiedad privada de los medios de producción, de empresa libre y de economía de mercado sin obstáculos. En nuestro mundo de estatismo, en que todas las naciones aspiran al aislamiento y a la autarquía, es una equivocación afirmar que ningún hombre puede beneficiarse de la conquista. En estos tiempos de barreras comerciales y a la inmigración, de control de cambios de moneda exterior y de expropiación de capitales extranjeros, hay amplios incentivos para la guerra y la conquista. Casi todos los ciudadanos están materialmente interesados en la anulación de medidas median-

te las cuales pueden perjudicarles los gobiernos extranjeros. Casi todos los ciudadanos desean ver que su propio país es fuerte y poderoso por cuanto espera obtener una ventaja personal del poder unilateral del Estado; la ampliación del territorio sujeto a la soberanía de su propio Estado significa, por lo menos, un alivio de los males que le ha infligido un gobierno extranjero.

Podemos, por el momento, abstenernos de tratar el problema de si la democracia puede sobrevivir bajo un sistema de intervención gubernamental en la vida económica o de socialismo. De lo que no se puede dudar es de que, bajo el estatismo, el ciudadano corriente se vuelve agresivo si se cuenta con una perspectiva favorable de triunfos militares. Las naciones pequeñas no pueden menos de ser víctimas del nacionalismo económico de otras naciones. Pero las grandes naciones ponen su confianza en el valor de sus fuerzas armadas. La belicosidad actual no es fruto de la ambición de los príncipes o de las oligarquías de los Junker; es una política de grupos de presión cuyo rasgo distintivo radica en los métodos aplicados, no en los incentivos ni en los motivos. Los trabajadores alemanes, italianos y japoneses luchan por un nivel de vida más elevado cuando combaten el nacionalismo económico de los demás países. Se equivocan completamente, pues los medios empleados no son adecuados para alcanzar los fines que persiguen. Pero sus errores son compatibles con las doctrinas de la lucha de clases y de la revolución social, tan ampliamente aceptadas en la actualidad. El imperialismo del Eje no es una política que responda a las aspiraciones de una clase superior. Si tuviéramos que aplicarle los falsos conceptos del marxismo popular, deberíamos llamarle imperialismo del trabajo. Parafraseando el famoso dicho del general Clausewitz, podríamos decir: no es más que la continuación de la política interna por otros medios, la guerra de clases interna elevada a la esfera de las relaciones internacionales.

Durante más de sesenta años todas las naciones europeas se han empeñado en otorgar más poder a sus gobiernos, en aumentar la esfera de la coacción gubernamental, en someter

al Estado todas las actividades y todos los esfuerzos humanos. Sin embargo, los pacifistas han repetido una y otra vez que al ciudadano individual no le importa que su país sea grande o pequeño, poderoso o débil. Han elogiado las bendiciones de la paz mientras millones de personas ponían en todo el mundo sus esperanzas en la agresión y en la conquista. No advertían que la única manera de lograr una paz perdurable consiste en destruir de raíz las causas de las guerras. Ciertamente que estos pacifistas han intentado tímidamente oponerse al nacionalismo económico. Pero nunca han atacado su causa principal, al estatismo —la tendencia hacia el control gubernamental de la vida económica—, por lo que sus esfuerzos estaban condenados al fracaso.

Claro está que los pacifistas aspiran a una autoridad mundial supernacional que pudiera zanjar pacíficamente los conflictos entre naciones y ejecutar sus decisiones mediante una fuerza policial supranacional. Pero lo que se necesita para la satisfactoria solución del candente problema de las relaciones internacionales no es un nuevo organismo con más comisiones, secretarios, delegados, informes y reglamentos, ni un nuevo cuerpo ejecutivo armado, sino acabar radicalmente con ideologías y políticas internas que desembocan irremediabilmente en conflictos. El lamentable fracaso del experimento de Ginebra se debió precisamente a que la gente, influida por las burocráticas supersticiones del estatismo, no comprendió que las oficinas y los funcionarios no pueden resolver ningún problema. El que exista o no una autoridad supranacional con un parlamento internacional tiene muy poca importancia. Lo que realmente se precisa es abandonar las políticas perjudiciales a los intereses de otras naciones. En nuestros tiempos de división internacional del trabajo, el requisito previo para que las naciones traten entre sí amistosamente es el libre cambio; y el libre cambio es imposible en un mundo de estatismo.

Los dictadores nos brindan otra solución. Planean «un Nuevo Orden», un sistema de hegemonía mundial de una nación o de un grupo de naciones, sostenido y salvaguardado mediante

las armas de unos ejércitos victoriosos. Los pocos privilegiados dominarán a la inmensa mayoría de razas «inferiores». Este Nuevo Orden es un concepto muy antiguo. Todos los conquistadores aspiraron a él; Genghis Khan y Napoleón fueron precursores del Führer. La historia ha testimoniado el fracaso de muchos esfuerzos para imponer la paz mediante la guerra, la cooperación mediante la coacción, la unanimidad mediante el exterminio de los disidentes. Hitler no tendrá más éxito en los suyos. Las bayonetas no pueden establecer un orden perdurable. Una minoría no puede gobernar si no cuenta con el consentimiento de los gobernados; aunque consiga gobernar durante algún tiempo, la rebelión de los oprimidos acabará por derrocarla tarde o temprano. Pero los nazis no han tenido ni siquiera la posibilidad de triunfar durante un breve periodo. Su asalto está condenado al fracaso.

II

La actual crisis de la civilización tiene su punto focal en Alemania. Durante más de medio siglo, sólo el Reich ha sido el perturbador de la paz. La principal preocupación de la diplomacia europea en los treinta años que precedieron a la Primera Guerra Mundial consistió en mantener a raya a Alemania mediante diversos planes y argucias. Pero sin la belicosidad alemana, ni el afán de poder de los zares ni los antagonismos y rivalidades de las distintas nacionalidades del sudeste de Europa habrían alterado seriamente la paz del mundo. Cuando en 1914 fallaron las fórmulas de apaciguamiento, se desataron las fuerzas del infierno.

Los frutos de la victoria de los Aliados se perdieron por los defectos de los tratados de paz, por los errores de la política de postguerra y por la gran influencia del nacionalismo económico. En el torbellino de los años que mediaron entre las dos guerras, cuando cada nación se esforzaba en hacer a las demás todo

el daño posible, Alemania se vio libre para preparar un asalto más terrible. Sin los nazis, ni Italia ni Japón habrían sido un serio adversario para las naciones aliadas. Esta nueva guerra es una guerra alemana como lo fue la Primera Guerra Mundial.

No es posible entender los aspectos principales de esta guerra, la más terrible de las que jamás se hayan librado, sin una clara comprensión de los hechos principales de la historia alemana. Hace cien años los alemanes eran totalmente diferentes de lo que son en la actualidad. Su ambición no consistía entonces en superar a los Hunos ni en dejar chiquito a Atila. Sus modelos eran Schiller y Goethe, Herder y Kant, Mozart y Beethoven. Su leitmotiv era la libertad, no la conquista y la opresión. Las fases del proceso que transformó a la nación que los observadores extranjeros definieron en otro tiempo como una nación de poetas y de pensadores en la de las implacables pandillas de las *Sturm-truppen* nazis debería conocerlas todo el que quiera formarse un juicio sobre la situación y los problemas políticos del mundo actual. Conocer las fuentes y las tendencias de la agresividad nazi es de enorme importancia, tanto para la dirección política y militar de la guerra como para el diseño de un orden post-bélico duradero. Muchas equivocaciones se habrían evitado y muchos sacrificios se habrían ahorrado si se hubiera comprendido mejor la esencia y las fuerzas del nacionalismo alemán.

El presente libro se propone trazar un cuadro de los cambios y acontecimientos que han llevado a la situación actual en Alemania y en Europa. Pretende rectificar algunos errores comunes derivados de leyendas que desfiguran de mala manera los hechos históricos y de doctrinas que tergiversan los desarrollos y las cuestiones de la política económica. Se propone tratar todos aquellos puntos de vistas cuya clarificación se precisa para exponer en toda su amplitud el problema nazi en el mundo actual.

III

En la historia de los últimos doscientos años podemos apreciar dos tendencias ideológicas claramente diferenciadas. La primera, en el orden temporal, fue la tendencia hacia la libertad, los derechos del hombre y la autodeterminación. Este individualismo trajo como resultado la caída del régimen autocrático, el establecimiento de la democracia, la evolución del capitalismo, los progresos técnicos y una elevación sin precedentes del nivel de vida. Sustituyó las viejas supersticiones por la ilustración, los prejuicios inveterados por los métodos científicos de investigación. Fue una época de grandes realizaciones artísticas y literarias, una era de músicos, pintores, escritores y filósofos inmortales. Y acabó con la esclavitud, la servidumbre de la gleba, las torturas, la inquisición y otros residuos de épocas sombrías.

En la segunda parte de ese periodo, el individualismo cedió el paso a otra tendencia, la tendencia hacia la omnipotencia del Estado. Los hombres parecen ahora estar empeñados en asignar todos los poderes al gobierno, es decir al aparato de constricción y coacción social. Aspiran al totalitarismo, es decir quieren condiciones en las que todos los asuntos humanos sean dirigidos por los gobiernos. Aclaman todo paso en la dirección de una mayor interferencia gubernamental como un avance hacia un mundo más perfecto; confían en que los gobiernos transformarán la tierra en un paraíso. De un modo característico, en los países actualmente más avanzados hacia el totalitarismo, incluso el uso del tiempo libre del individuo se considera tarea del Estado. El *dopolavoro* en Italia y la *Freizeitgestaltung* en Alemania son campos de legítima y normal intervención gubernamental. Hasta tal punto se hallan los hombres atrapados en los postulados de la idolatría estatal que no se percatan de la paradoja de un tiempo libre regulado por el Estado.

No se propone este libro tratar todos los problemas de la *estatolatría* o *estatismo*. Su horizonte se limita a tratar de las consecuencias del estatismo en las relaciones internacionales.

En nuestro tiempo de división internacional del trabajo, el totalitarismo, en el marco de gobiernos nacionales soberanos, es auto-contradictorio. Consideraciones económicas impelen a todo gobierno totalitario hacia la dominación mundial. El régimen soviético es, en razón del hecho mismo de su fundación, no un régimen nacional, sino un gobierno universal al que sólo unas condiciones adversas le impiden temporalmente el ejercicio del poder en todos los países. Su nombre oficial no contiene ninguna referencia a Rusia. Lenin se proponía que fuera el núcleo de un régimen mundial. En todos los países hay partidos que sólo guardan lealtad a los soviéticos y a cuyos ojos los gobiernos nacionales no son sino usurpadores. No es mérito de los bolcheviques el que estos ambiciosos planes no hayan triunfado hasta ahora ni que la revolución mundial no se haya producido. Los nazis no han cambiado la denominación oficial de su país, el Deutsches Reich. Pero los intelectuales que los apoyan consideran que el Reich es el único gobierno legítimo y sus jefes políticos aspiran abiertamente a la hegemonía mundial. Los dirigentes intelectuales de Japón han sido imbuidos, en las universidades europeas, del espíritu del estatismo, y, de vuelta a la patria, han reavivado el viejo principio de que su divino emperador, el Hijo del Cielo, tiene perfecto derecho a gobernar sobre todos los pueblos. Incluso el Duce, a pesar de la debilidad militar de su país, proclamó su intención de reconstruir el antiguo Imperio Romano. Los falangistas españoles charlatanean sobre la restauración del imperio de Felipe II.

En semejante atmósfera no queda espacio alguno para la pacífica cooperación de las naciones. La prueba por la cual está hoy pasando la humanidad no es resultado de la actuación de fuerzas naturales incontrolables. Es más bien el inevitable resultado de la influencia de doctrinas y teorías populares aceptadas por millones de nuestros contemporáneos.

Sería, sin embargo, un grave error afirmar que la vuelta a la política liberal, abandonada por las naciones civilizadas hace unas cuantas décadas, curaría esos males y abriría el camino hacia la pacífica cooperación de las naciones y la prosperidad.

Si los europeos y los pueblos de origen europeo en otras partes del mundo no se hubieran rendido al estatismo, no se hubieran embarcado en vastos planes de intervención gubernamental en la vida económica, nuestros recientes desastres políticos, sociales y económicos habrían podido evitarse. Los hombres vivirían hoy en condiciones más satisfactorias y no aplicarían toda su técnica y todas sus facultades intelectuales a su exterminación recíproca. Pero estos años de antagonismo y de conflictos han dejado en la mente humana una profunda marca que no puede ser borrada fácilmente. Han dejado huella en las almas, han desintegrado el espíritu de cooperación y han engendrado odios que no pueden disiparse más que en siglos. En las actuales circunstancias, la adopción de una política de completo *laissez faire* y *laissez passer* por parte de las naciones civilizadas de Occidente equivaldría a una rendición incondicional a las naciones totalitarias. Consideremos, por ejemplo, el asunto de las barreras migratorias. El abrir de par en par las puertas de las Américas, de Australia y de la Europa occidental a la inmigración equivaldría hoy a abrirlas a las vanguardias de los ejércitos de Alemania, Italia y Japón.

El único sistema que hoy puede salvaguardar la coordinación armónica de los esfuerzos pacíficos de los individuos y de las naciones es el sistema, hoy comúnmente denostado, del manchesterismo. Podemos esperar —aunque las esperanzas sean débiles— que los pueblos del mundo democrático occidental estarán dispuestos a reconocerlo y a abandonar sus actuales tendencias totalitarias. Pero no hay duda de que a la inmensa mayoría de los hombres les atraen mucho más las ideas militaristas que las del liberalismo. Lo más que se puede esperar en el futuro inmediato es la división del mundo en dos sectores: uno occidental, liberal, democrático y capitalista, con una población aproximada de la cuarta parte de la población total mundial, y otro oriental, militarista y totalitario, que comprende la mayor parte de la superficie de la tierra y de su población. Este estado de cosas forzaría a Occidente a adoptar políticas defensivas que dificultarán seriamente sus esfuerzos para que

la vida sea más civilizada y las condiciones económicas más prósperas.

Incluso esta melancólica imagen puede resultar demasiado optimista. No hay señales de que los pueblos de Occidente se dispongan a abandonar su política estatista. Y así no podrán renunciar a la guerra económica ni al nacionalismo económico, ni establecer pacíficas relaciones mutuas. Por ello nos encontraremos en la misma situación en que se encontró el mundo en el periodo que medió entre las dos guerras mundiales. Y el resultado será una tercera guerra más terrible y más desastrosa que las anteriores.

La última parte de este libro se propone analizar las condiciones que podrían preservar, al menos para las democracias occidentales, cierto grado de seguridad política y económica. Se propone averiguar si es posible imaginar algún plan mediante el cual pueda lograrse una paz duradera en esta época de omnipotencia del Estado.

IV

El principal obstáculo tanto para intentar estudiar sin prejuicios los problemas sociales, políticos y económicos de nuestro tiempo como para sustituir por una política más satisfactoria la que ha dado por resultado la crisis actual de la civilización es el terco e intransigente dogmatismo de nuestra época. Se ha adueñado de las mentes un nuevo tipo de superstición —el culto al Estado. La gente pide el ejercicio de métodos de coacción y de compulsión, de violencia y de amenaza. ¡Desdichado quien no doble la rodilla ante los ídolos de moda!

El caso es palmario en la Rusia y en la Alemania de hoy. El tema no queda resuelto con llamar bárbaros a los rusos y a los alemanes y con decir que esas cosas no pueden suceder en las naciones occidentales, más civilizadas. En Occidente no quedan ya más que unos pocos amigos de la tolerancia. Los parti-

dos de izquierda y de derecha recelan en todas partes de la libertad de pensamiento. Es muy característico que en estos tiempos de desesperada lucha contra la agresión nazi un distinguido escritor inglés filosoviético haya tenido la audacia de defender la causa de la inquisición. «La inquisición —dice T.G. Crowther— «beneficia a la ciencia cuando protege a una clase en ascenso.»¹ De ahí que «el peligro o el valor de una inquisición dependa de que sea utilizada por una clase gobernante reaccionaria o progresista».² Ahora bien, ¿qué significa «progresista» y «reaccionario»? Sobre este punto disienten notablemente Harold Laski y Alfred Rosenberg.

Cierto que fuera de Rusia y de Alemania los disidentes no corren aún el riesgo de verse ante el pelotón de fusilamiento o de morir lentamente en un campo de concentración.³ Pero son pocos los que están dispuestos a prestar una atención seria a las opiniones disidentes. Si alguien intenta poner en tela de juicio las doctrinas del estatismo o del nacionalismo, apenas habrá quien sopesese sus argumentos. Se ridiculiza al hereje, se le injuria y se le ignora. Se ha llegado a considerar como insolencia o infamia criticar las opiniones de grupos poderosos o de partidos políticos, o dudar de los beneficiosos resultados de la omnipotencia estatal. La opinión pública ha adoptado una serie de dogmas para atacar a los cuales hay cada vez menos libertad. En nombre del progreso y de la libertad quedan fuera de la ley el progreso y la libertad.

¹ Crowther, *Social Relations of Science* (Londres 1941), p. 333.

² *Idem*, p. 331.

³ También el fascismo es un sistema totalitario de implacable opresión. Sin embargo, entre el fascismo, por una parte, y el nazismo y el bolchevismo, por otra, hay unas leves diferencias. El filósofo e historiador Benedetto Croce ha vivido en Nápoles, muy vigilado por la policía, pero en libertad para escribir y publicar varios libros embebidos de espíritu democrático y de amor a la libertad. El profesor Antonio Graziadei, ex diputado comunista italiano, ha seguido profesando sus ideas comunistas y, sin embargo, ha vivido en Italia y escrito y publicado (en las principales editoriales italianas) libros de un marxismo ortodoxo. Hay más casos de ese género. Esos hechos excepcionales no alteran los rasgos característicos del fascismo, pero el historiador no tiene derecho a ignorarlos.

Toda doctrina que recurre a la fuerza policial o a otros métodos de violencia revela su debilidad interna. Si no tuviéramos otras maneras de juzgar las doctrinas nazis, el mero hecho de que se refugien tras la Gestapo sería prueba suficiente contra ellas. Las doctrinas que resisten el juicio de la lógica y de la razón no necesitan perseguir a los escépticos.

Esta guerra no la ha ocasionado únicamente el nazismo. A traer el desastre contribuyó, tanto como los acontecimientos de la evolución interna alemana, el hecho de que las demás naciones no supieron detener a tiempo el curso del nazismo ni levantar barreras contra una nueva agresión alemana. Las ambiciones de los nazis no eran ningún secreto. Ellos mismos las anunciaron en innumerables libros y folletos y en cada número de sus muchos diarios y revistas. Nadie puede reprocharles que hayan preparado sus complots clandestinamente. Quien tenía oídos para oír y ojos para ver no podía menos de estar enterado de sus aspiraciones.

La responsabilidad de la situación actual en el mundo incumbe a las doctrinas y a los partidos que han dominado el curso de la política en las últimas décadas. Acusar al nazismo es una extraña manera de exculpar a los culpables. Por supuesto, los nazis y sus aliados son gente perversa. Pero la principal finalidad de la política debería consistir en proteger a las naciones contra los peligros derivados de las actitudes hostiles de esta gente. Si no hubiera gente así, no serían necesarios los gobiernos. Quienes están en situación de dirigir las actividades de los gobiernos y no consiguen impedir el desastre, dan pruebas de que no estaban a la altura de su función.

En los últimos veinticinco años no ha habido más que un problema político: evitar la catástrofe de esta guerra. Pero los políticos estaban ciegos o fueron incapaces de hacer algo que evitara el inminente desastre.

Los partidos de izquierda están en la feliz situación de gentes a quienes una revelación les ha definido el bien y el mal. Saben que la fuente de todos los males está en la propiedad privada, y que el control público de los medios de producción

hará de la tierra un paraíso. Se lavan las manos de toda responsabilidad. Esta guerra «imperialista» es, como todas las guerras, simplemente fruto del capitalismo. Pero si pasamos revista a la actividad política de los partidos socialistas y comunistas de las democracias occidentales, averiguaremos fácilmente que hicieron todo lo posible para animar a los nazis a perpetrar su agresión. Esos partidos propagaron la doctrina de que lo mejor para detener a los nazis y a los demás poderes del Eje era el desarme y la neutralidad. No se proponían ayudar a los nazis. Pero no habrían actuado de otra manera si hubiera sido ésa su intención.

Los ideales de la izquierda están plenamente realizados en la Rusia soviética. Allí impera el marxismo; allí no gobierna más que el proletariado. Pero la Rusia soviética ha fracasado más lamentablemente que ninguna otra nación en evitar la guerra. Los rusos sabían muy bien que los nazis aspiraban a conquistar Ucrania. No obstante, se portaron como quería Hitler que se portaran. Su política contribuyó mucho al progreso del nazismo en Alemania, al rearme alemán y, por último, a que estallara la guerra. No les disculpa el que recelaran de las naciones capitalistas. Nadie puede negar que el pacto de agosto de 1939 trajo el desastre a Rusia. Stalin hubiera servido mucho mejor a su país colaborando con Inglaterra que pactando con los nazis.

Lo mismo puede decirse de los demás países europeos. Sería difícil imaginar una política más fatua que la de Polonia cuando en 1938 se anexionó parte de Checoslovaquia, o que la de Bélgica cuando en 1936 abandonó la alianza con Francia. La suerte de los polacos, checos, noruegos, holandeses, belgas, griegos y yugoslavos es digna de una profunda compasión. Pero no se puede menos de afirmar que ellos mismos colaboraron para caer en la desgracia. Esta Segunda Guerra Mundial no habría estallado si los nazis hubieran tenido la convicción de que el primer día de hostilidades iban a encontrar un frente unido y adecuadamente armado de Inglaterra, Francia, Rusia, Estados Unidos y todas las pequeñas democracias de Europa dirigidas por un mando único.

Una investigación de las causas fundamentales del progreso del nazismo debería probar no sólo cómo la situación interna alemana engendró el nazismo, sino también por qué las demás naciones no consiguieron evitar el desastre. Desde el punto de vista de los ingleses, los polacos o los austriacos, la pregunta principal no es ¿qué tienen de malo los nazis?, sino ¿qué había de malo en nuestra política respecto a la amenaza nazi? Ante el problema de la tuberculosis, los médicos no preguntan ¿qué hay de malo en los gérmenes?, sino ¿qué hay de malo en nuestros métodos para evitar la difusión de la enfermedad?

La vida consiste en adaptarse a la situación real y tener en cuenta las cosas como son, no como quisiéramos que fueran. Sería más agradable que no hubiera ni gérmenes ni bárbaros peligrosos. Pero quien quiere triunfar tiene que fijar la vista en la realidad y no abandonarse a sueños caprichosos.

No hay esperanza de volver a una situación más satisfactoria si la gente no comprende que ha fracasado completamente en el principal problema de la política contemporánea. Todas las doctrinas políticas, sociales y económicas actuales, y todos los partidos y grupos de presión que las aplican, están condenados por una inapelable sentencia de la historia. Del porvenir no se puede esperar nada si los hombres no se dan cuenta de que van por el mal camino.

No es signo de hostilidad contra ninguna nación demostrar que su política se equivocó de arriba abajo y que ha tenido como resultado un desastroso fracaso. No es signo de hostilidad contra los miembros de ninguna clase, grupo u organización señalar en qué se equivocaron y cómo han contribuido a la insatisfactoria situación actual. La principal labor de la ciencia social contemporánea consiste en desafiar los tabúes mediante los cuales las doctrinas establecidas tratan de proteger contra la crítica sus falacias y sus errores. Quien ante la tremenda catástrofe, cuyas consecuencias no se pueden ver todavía del todo, siga creyendo que hay doctrinas, instituciones o políticas que están más allá de toda crítica, no ha comprendido el significado de los presagios de catástrofe.

Que el ejemplo de Alemania nos sirva de advertencia. La *Kultur* alemana quedó sentenciada el día de 1870 en que uno de los científicos alemanes más eminentes —Emil du Bois-Reymond— pudo proclamar públicamente, sin que nadie le contradijera, que la Universidad de Berlín era «la guardia de corps intelectual de los Hohenzollern». Donde las universidades se convierten en cuerpos de guardia y los universitarios se afanan en alistarse en un «frente científico», las puertas quedan abiertas a la barbarie. Es inútil adoptar métodos totalitarios para luchar contra el totalitarismo. La libertad no puede ser conquistada más que por hombres dedicados incondicionalmente a los principios de la libertad. El primer requisito para un orden social mejor es el retorno a la ilimitada libertad de pensamiento y de palabra.

V

Quien quiera comprender la actual situación política debe estudiar la historia. Debe conocer las fuerzas que originaron nuestros problemas y conflictos. El conocimiento de la historia es indispensable para quienes quieren edificar un mundo mejor.

Desgraciadamente, los nacionalistas se acercan a la historia en otro estado de ánimo. El pasado no es para ellos fuente de información y de instrucción, sino un arsenal de armas para hacer la guerra. Buscan hechos que puedan ser usados como pretextos y excusas de sus agresiones y opresiones. Si los documentos disponibles no se los proporcionan, no titubean en desfigurar la verdad ni en falsificarlos.

A comienzos del siglo XIX un checo falsificó un manuscrito para probar que los checos habían llegado en la Edad Media a un alto grado de civilización y producido hermosas obras literarias. Durante muchos años los checos cultos insistieron fanáticamente en la autenticidad de aquel poema, y su lectura e interpretación constituyó el tema principal de la enseñanza de la literatura checa en los colegios estatales de la antigua Austria.

Unos cincuenta años después un alemán falsificó la crónica de la Ura Linda para demostrar que los «nórdicos» crearon una civilización más antigua y mejor que la de cualquier otro pueblo. Hay todavía profesores nazis que no están dispuestos a reconocer que esa crónica es una torpe falsificación de un palurdo incompetente y estúpido. Pero supongamos, para fines de discusión, que esos documentos son auténticos. ¿Qué demostrarían en favor de las aspiraciones nacionalistas? ¿Justifican a los checos para negar autonomía a varios millones de alemanes y eslovacos, o a los alemanes para negar autonomía a todos los checos?

Ahí está, por ejemplo, la absurda disputa de si Copérnico era polaco o alemán. Los documentos disponibles no resuelven el problema. Por lo pronto se puede afirmar que Copérnico se instruyó en escuelas y universidades cuyo único idioma era el latín; que no conocía más libros de matemáticas o de astronomía que los escritos en latín o en griego; y que él mismo no escribió sus tratados más que en latín. Pero supongamos, para fines de discusión, que era hijo de padres cuyo idioma era el alemán. ¿Justificaría eso los métodos de los alemanes al tratar con los polacos? ¿Disculpa eso a los maestros alemanes que en la primera década de nuestro siglo apaleaban a niños cuyos padres se oponían a que el catecismo alemán sustituyera al polaco en las escuelas de las provincias polacas de Prusia? ¿Autoriza eso hoy a los alemanes a matar mujeres y niños polacos?

No tiene sentido aducir razones históricas o geográficas en apoyo de ambiciones políticas que no resisten la crítica de los principios democráticos. El gobierno democrático puede salvaguardar la paz y la cooperación internacional porque no aspira a oprimir a otros pueblos. Si algunos pueblos pretenden que la historia o la geografía les da derecho a subyugar a otras razas, naciones o pueblos, no puede haber paz. Es increíble cuán profundas son las raíces de las perversas ideas de hegemonía, dominación y opresión incluso entre nuestros contemporáneos más distinguidos. Salvador de Madariaga es uno de los hombres más dotados a nivel internacional. Universitario, estadista y escritor, le son perfectamente familiares las lenguas y las literatu-

ras francesa e inglesa. Es demócrata, progresista y entusiasta de la Sociedad de Naciones y de todos los esfuerzos en pro de una paz duradera. A pesar de todo, sus opiniones acerca de los problemas políticos de su propio país están animadas por un espíritu de intransigente nacionalismo. Condena las aspiraciones de los catalanes y los vascos a la independencia y propugna la hegemonía de Castilla por razones raciales, históricas, geográficas, lingüísticas, religiosas y económicas. Se comprendería que refutara las aspiraciones de esos grupos lingüísticos fundándose en que es imposible trazar unas fronteras indiscutibles y que, por lo tanto, su independencia no sólo no eliminaría sino que perpetuaría las causas del conflicto; o que propugnara la transformación del Estado español de hegemonía castellana en un Estado en que los grupos lingüísticos gozarían de libertad para usar su propio idioma. Pero no es ése su plan. Madariaga no propugna la sustitución de un Estado español dominado por Castilla por un gobierno supranacional de los tres grupos lingüísticos —castellanos, catalanes y vascos. Su ideal para España es la supremacía de Castilla. No quiere que «España abandone en una generación la labor de tres siglos».⁴ Sin embargo, esa labor no la realizaron los pueblos en cuestión; fue el resultado de matrimonios dinásticos. ¿Es justo oponer a las reclamaciones catalanas el hecho de que en el siglo xii el Conde de Barcelona se casó con una hija del rey de Aragón y de que en el siglo xv el rey de Aragón se casó con la reina de Castilla?

Madariaga va aún más allá y niega a los portugueses el derecho a la autonomía estatal. Porque «el portugués es un español con la espalda vuelta a Castilla y los ojos en el Atlántico».⁵ ¿Por qué, entonces, España no se anexionó Portugal? Madariaga da una extraña respuesta: Castilla no podía casarse a la vez con el Este y con el Oeste; quizá Isabel, «al fin mujer... prefiriese Fernando a Alfonso por su belleza, pues también esas cosas hacen historia».⁶

⁴ Madariaga, *Spain*, Londres 1942, p. 176.

⁵ *Idem*, p. 185.

⁶ *Idem*, p. 187.

Madariaga está en lo justo al citar a un eminente escritor español, Ángel Ganivet, en apoyo de que la unión de España y Portugal debe ser fruto «de la libre voluntad de ambas». ⁷ Pero la cuestión es que los portugueses no desean la soberanía castellana o española.

Todavía más asombrosas son las opiniones de Madariaga en materia de política exterior y colonial por parte de España. Hablando de las colonias españolas en América, dice que la monarquía española las organizó «fiel a su principio rector: la hermandad de todos los hombres». ⁸ No obstante, a Bolívar, San Martín y Morelos no les gustaba esa clase especial de fraternidad. Madariaga trata después de justificar las aspiraciones de España en Marruecos aludiendo a la «claridad de fines y el vigor de medios que aconsejaban la historia y la geografía». ⁹ Para un lector sin prejuicios apenas hay diferencia entre esa «claridad de fines» y las fuerzas místicas a las cuales se refieren Hitler, Mussolini y Stalin al anexionarse países pequeños. Si la «claridad de fines» justifica las ambiciones de España en Marruecos, ¿no justifica igualmente los apetitos de Rusia en los países bálticos y en la Georgia caucásica, las aspiraciones alemanas respecto a Bohemia y Holanda, y los títulos de Italia a la supremacía en el Mediterráneo?

No podemos borrar el pasado en nuestros recuerdos. Pero la labor de la historia no consiste en crear nuevos conflictos haciendo que revivan odios muertos hace mucho tiempo y buscando en los archivos pretextos para nuevos conflictos. No tenemos que vengar crímenes cometidos hace siglos por reyes y conquistadores; tenemos que crear un orden mundial nuevo y mejor. Carece totalmente de relevancia para los problemas de nuestro tiempo si el secular antagonismo entre rusos y polacos lo inició la agresión rusa o la agresión polaca, ni si las atrocidades cometidas en el Palatinado por los mercenarios de Luis XIV

⁷ *Idem*, p. 197.

⁸ *Idem*, p. 49.

⁹ *Idem*, p. 200.

fueron más espantosas que las cometidas por los nazis. Tenemos que impedir de una vez por todas la repetición de esas infamias. Sólo esa finalidad puede elevar la guerra actual a la dignidad de la más noble empresa humana. El primer paso hacia la libertad y la paz es la implacable aniquilación del nazismo. Ni el destino, ni la historia, ni la geografía, ni la antropología deben impedirnos elegir los métodos de organización política que pueden traer una paz duradera, la cooperación internacional y la prosperidad económica.

Primera Parte

El colapso del liberalismo alemán

1. *El liberalismo alemán*

1. *El antiguo régimen y el liberalismo*

Es un error fundamental creer que el nacional-socialismo es un renacimiento o una continuación de la política y mentalidad del antiguo régimen o una expresión del «espíritu prusiano». Nada en el nazismo retoma las ideas y las instituciones de la historia anterior de Alemania. Ni el nazismo ni el pangermanismo, del que el nazismo surge y cuya subsiguiente evolución representa, se derivan del prusianismo de Federico Guillermo I o de Federico II llamado el Grande. El pangermanismo y el nazismo jamás se propusieron restaurar la política de los electores de Brandeburgo y de los cuatro primeros reyes de Prusia. A veces proclamaron como fin de su empeño el retorno al perdido paraíso de la antigua Prusia; pero se trataba tan sólo de propaganda para consumo de un público que adoraba a los héroes de tiempos pasados. El programa del nazismo no aspira a la restauración de algo pasado, sino a la instauración de algo nuevo y sin precedentes.

El viejo Estado prusiano de la casa Hohenzollern lo destruyeron completamente los franceses en los campos de batalla de Jena y de Auerstadt (1806). El ejército prusiano se rindió en Prenzlau y Ratkau, y las guarniciones de las fortalezas y ciudades más importantes capitularon sin disparar un tiro. El rey buscó refugio en el zar, a cuya intervención se debió la conservación de su régimen. Pero el viejo Estado prusiano estaba deshecho internamente mucho antes de esa derrota militar; cuando Napoleón le dio el golpe de gracia llevaba mucho tiempo

corrompido y en descomposición. Porque la ideología en que se basaba había perdido su fuerza y consistencia bajo el asalto de las nuevas ideas del liberalismo.

Como todos los demás príncipes y duques que establecieron sus dominios soberanos sobre las ruinas del Sacro Romano Imperio de la Nación Teutónica, también los Hohenzollern consideraban su territorio como una propiedad familiar cuyos límites procuraron ampliar mediante la violencia, la astucia y los pactos familiares. El pueblo que vivía en sus posesiones era un pueblo de súbditos que tenían que obedecer sus órdenes. Los súbditos eran dependencias del suelo, propiedad del soberano, que tenía derecho a tratarles *ad libitum*. Su felicidad y su bienestar no importaban.

Por supuesto que el rey se interesaba por el bienestar material de sus súbditos. Pero ese interés no se basaba en la convicción de que corresponde al gobierno promover la prosperidad del pueblo. Estas ideas parecían absurdas en la Alemania del siglo XVIII. Si el rey se preocupaba de acrecentar la riqueza de los habitantes del campo y de las ciudades, era porque de sus ingresos derivaba él su propia renta. No le interesaba el súbdito, sino el contribuyente. Quería obtener de la administración del país los medios para aumentar su poder y esplendor. Los príncipes alemanes envidiaban las riquezas de la Europa occidental, que proporcionaban a los reyes de Francia y de Inglaterra fondos para el sostenimiento de poderosos ejércitos y flotas. Estimulaban el comercio, la industria, la minería y la agricultura con el fin de aumentar los ingresos públicos. Los súbditos, en todo caso, no eran más que peones en el juego de los dirigentes.

Pero la actitud de estos súbditos cambió considerablemente a finales del siglo XVIII. En Alemania empezaron a difundirse nuevas ideas procedentes de la Europa occidental. El pueblo, habituado a obedecer ciegamente a la autoridad de los príncipes, emanada de Dios, oyó por primera vez las palabras libertad, autodeterminación, derechos del hombre, parlamento y constitución. Los alemanes aprendieron el significado de palabras tan peligrosas.

Ningún alemán ha contribuido lo más mínimo a la elaboración del gran sistema de pensamiento liberal que ha transformado la estructura de la sociedad y que ha sustituido el gobierno de los reyes y de las amantes de los reyes por el gobierno del pueblo. Los filósofos, economistas y sociólogos que desarrollaron la idea liberal pensaron y escribieron en inglés o en francés. En el siglo XVIII no consiguieron los alemanes ni siquiera disponer de traducciones legibles de las obras de estos escritores ingleses, escoceses y franceses. Lo que la filosofía idealista alemana produjo en ese campo es muy pobre comparado con el coetáneo pensamiento inglés y francés. Pero los intelectuales alemanes acogieron con entusiasmo las ideas occidentales de libertad y de derechos del hombre. La literatura clásica alemana está imbuida de ellas, y los grandes compositores alemanes pusieron música a versos que cantaban la libertad. Los poemas, obras teatrales y escritos de toda clase de Schiller son de principio a fin un himno a la libertad. Cada palabra de las escritas por Schiller fue un mazazo contra el antiguo sistema político alemán. Sus obras fueron acogidas con fervor por casi todos los alemanes que leían libros o frecuentaban el teatro, que eran, claro está, una minoría intelectual. Las masas desconocían los libros y los teatros. Las formaban los pobres siervos de las provincias levantinas y los habitantes de las regiones católicas que con gran lentitud iban consiguiendo liberarse del firme apretón de la Contrarreforma. Incluso en las regiones occidentales más avanzadas y en las ciudades había muchos analfabetos y semianalfabetos. A las masas no les interesaban las cuestiones políticas; obedecían ciegamente porque vivían en el temor a los castigos del infierno, con que les amenazaba la iglesia, y en un temor aún mayor a la policía. Quedaban al margen de la civilización alemana y de la vida cultural de Alemania; no sabían más que sus dialectos regionales y casi no podían conversar con quien no hablara más que el alemán literario o algún otro dialecto. Pero el número de esas gentes atrasadas iba disminuyendo seriamente. La prosperidad económica y la instrucción se difundían año tras año. Más y más personas conseguían vivir

en un nivel que les permitía ocuparse de otras cosas que la comida o el techo y emplear su ocio en algo más que en beber. Quien se elevaba de la miseria y se unía a la comunidad de hombres civilizados se hacía liberal. Excepto el pequeño número de príncipes y de sus aristocráticos seguidores, prácticamente todo el que se interesaba de política era liberal. En Alemania no había en aquellos tiempos más que hombres liberales y hombres indiferentes; pero las filas de los indiferentes iban reduciéndose continuamente, mientras iban aumentando las de los liberales.

Todos los intelectuales simpatizaban con la revolución francesa. Condenaban el terrorismo de los jacobinos, pero aprobaban sin reservas la gran reforma. Vieron en Napoleón al hombre que iba a salvaguardar y completar las reformas, y, como Beethoven, le fueron hostiles cuando traicionó la libertad y se hizo emperador.

Ningún movimiento espiritual se había apoderado hasta entonces de todo el pueblo alemán; nunca había estado antes el pueblo alemán unido en sus sentimientos y en sus ideas. En realidad, el pueblo que hablaba alemán y era súbdito de los príncipes, prelados, condes y patricios urbanos alemanes se transformó en nación, en la nación alemana, al recibir las ideas que procedían de Occidente. Sólo entonces llegó a existir lo que no había existido nunca: una opinión pública alemana, un público alemán, una literatura alemana, una patria alemana. Los alemanes empezaron a comprender el significado de los antiguos escritores a quienes habían leído en la escuela. Concibieron la historia de sus naciones como algo más que la lucha de los príncipes en busca de tierras y de impuestos. Los súbditos de muchos cientos de pequeños señores se convirtieron en alemanes mediante la aceptación de las ideas occidentales.

Este nuevo espíritu sacudió los cimientos sobre los cuales habían construido los príncipes sus tronos —la tradicional lealtad y sumisión de los súbditos que estaban dispuestos a aceptar el gobierno despótico de unas cuantas familias privilegiadas. Los alemanes soñaron con un Estado alemán, con un gobierno

parlamentario y con los derechos del hombre. No les interesaban los estados alemanes existentes. Esos alemanes que se llamaban a sí mismos «patriotas», palabra de nuevo cuño recién importada de Francia, despreciaban las sedes del desgobierno despótico y del abuso. Odiaban a los tiranos. Y la más odiada era Prusia, porque les parecía la amenaza más poderosa, y por lo tanto más peligrosa, contra la libertad alemana.

El mito prusiano, que los historiadores prusianos del siglo XIX modelaron prescindiendo absolutamente de los hechos, quisiera hacernos creer que a Federico II lo vieron sus contemporáneos tal como lo representaron aquellos historiadores: como el paladín de la grandeza de Alemania, el protagonista de la ascensión de Alemania a la unidad y al poderío, el héroe nacional. Nada más lejos de la verdad. Las campañas militares del rey guerrero fueron para sus contemporáneos luchas por el acrecentamiento de las posesiones de la casa de Brandeburgo, que no concernían más que a la propia dinastía. Admiraban su talento de estratega, pero detestaban las brutalidades del sistema prusiano. Quien ensalzaba a Federico dentro de los límites de su reino lo hacía por necesidad, para eludir la indignación de un príncipe que descargaba su severa venganza contra todos los adversarios. Cuando lo ensalzaban fuera de Prusia, era para disimular la crítica a sus propios gobernantes. Los súbditos de los príncipes menos importantes vieron en esta ironía el sistema menos peligroso para denigrar a sus Nerones y Borgias de bolsillo. Alababan los triunfos militares de Federico, pero se consideraban dichosos de no estar a la merced de sus caprichos y crueldades. Le aprobaban únicamente en cuanto que luchaba contra sus tiranos internos.

A finales del siglo XVIII la opinión pública alemana, como en Francia en vísperas de la revolución, era unánimemente contraria al antiguo régimen. El pueblo alemán presenció con indiferencia la anexión de la orilla izquierda del Rin por parte de Francia, las derrotas de Austria y de Prusia, el desmembramiento del Sacro Imperio y el establecimiento de la Confederación del Rin. Aclamó las reformas impuestas a los gobiernos de to-

dos sus Estados por la afirmación de las ideas francesas. Admiró a Napoleón como a un gran general y gobernante, como anteriormente había admirado a Federico de Prusia. Los alemanes no empezaron a odiar a los franceses hasta que —como los súbditos franceses del Emperador— acabaron por cansarse de sus interminables y fatigosas guerras. Cuando el Gran Ejército fue destruido en Rusia, el pueblo se interesó por las campañas que acabaron con Napoleón, pero sólo porque esperaba que con su caída se establecería el régimen parlamentario. Acontecimientos posteriores disiparon esa ilusión, y de ahí brotó lentamente el espíritu revolucionario que llevó al levantamiento de 1848.

Se ha afirmado que las raíces del nacionalismo actual y del nazismo están en la literatura de los románticos, en las obras de Heinrich von Kleist y en las canciones políticas que acompañaron a la lucha final contra Napoleón. También eso es un error. Las alambicadas obras de los románticos, los pervertidos sentimientos de los dramas de Kleist y la poesía patriótica de las guerras de liberación influyeron muy poco en el público; y los ensayos filosóficos y sociológicos de los escritores que recomendaban el retorno a las instituciones medievales fueron considerados abstrusos. La gente no estaba interesada por la Edad Media, sino por las actividades parlamentarias de Occidente. Leía los libros de Goethe y de Schiller, no los de los románticos; iba a ver obras de Schiller, no de Kleist. Schiller llegó a ser el poeta predilecto de la nación; en su entusiasta devoción a la libertad encontraron los alemanes su ideal político. La celebración del centenario de Schiller —en 1859— fue la manifestación política más importante que se había conocido en Alemania. La nación alemana estaba unida en su adhesión a las ideas de Schiller, a las ideas liberales.

Todos los esfuerzos para que el pueblo alemán desertara de la causa de la libertad fracasaron. Las enseñanzas de sus adversarios no produjeron efecto. En vano luchó Metternich contra la creciente marea del liberalismo.

Sólo en las últimas décadas del siglo XIX sufrió fuertes sacu-

didadas la influencia de las ideas liberales. Fue obra de las doctrinas del estatismo. El estatismo —de él habremos de tratar más adelante— es un sistema de ideas sociopolíticas que no tiene parangón en la historia anterior ni relación con modos de pensar anteriores, si bien —en lo que respecta al carácter técnico de la política que propugna— podría definírsele, con cierta razón, como neo-mercantilismo.

2. La debilidad del liberalismo alemán

Hacia mediados del siglo *xix* los alemanes interesados en cuestiones políticas se unieron en su adhesión al liberalismo. Pero la nación alemana no consiguió sacudirse el yugo del absolutismo ni establecer el régimen democrático y parlamentario. ¿Cuál fue la razón?

Comparemos primero la situación de Alemania con la de Italia, que era similar. También Italia tenía un espíritu liberal, pero los liberales italianos eran impotentes. El ejército austriaco era lo bastante fuerte para reprimir cualquier revuelta revolucionaria. Un ejército extranjero contuvo al liberalismo italiano, pero otros ejércitos extranjeros lo liberaron de aquel control. En Solferino, en Königgrätz y en las orillas del Marne, los franceses, los prusianos y los ingleses combatieron las batallas que condujeron a la independencia de Italia respecto de los Habsburgo.

Así como el liberalismo no fue para el ejército austriaco enemigo de consideración, tampoco el liberalismo alemán pudo hacer frente a los ejércitos de Austria y de Prusia. El ejército austriaco estaba formado, principalmente, por soldados no alemanes. El ejército prusiano, claro está, tenía principalmente en sus filas soldados de habla alemana; los polacos, los demás eslavos y los lituanos no eran más que una minoría. Pero gran número de estos hombres de habla alemana procedían de capas sociales que todavía no habían despertado a los intereses políticos. Provenían de las provincias de levante, de la orilla

derecha del río Elba. Eran en su mayoría analfabetos y desconocían la mentalidad de los intelectuales y de los habitantes de las ciudades. No habían oído hablar de las nuevas ideas; se habían criado en el hábito de la obediencia al Junker, que ejercía el poder ejecutivo y el judicial en la aldea, a quien debían impuestos y prestaciones personales y a quien la ley consideraba como su legítimo señor. Aquellos siervos virtuales no eran capaces de desobedecer la orden de hacer fuego contra el pueblo. El supremo señor de la guerra del ejército prusiano podía tener confianza en ellos. Aquellos hombres, y los polacos, formaron los destacamentos que derrotaron a la revolución prusiana de 1848.

Estas eran las condiciones que impidieron a los liberales alemanes ajustar sus actos a sus palabras. Tuvieron que esperar que el progreso económico y la instrucción llevaran a las filas del liberalismo a aquellas gentes atrasadas. Pero tenían la plena convicción de que el liberalismo había de triunfar. El tiempo trabajaba a su favor. Pero, por desgracia, los acontecimientos desmintieron las esperanzas. Alemania estaba destinada a que antes de que triunfara el liberalismo, cayeran el liberalismo y las ideas liberales —no sólo en Alemania sino en todas partes— sustituidos por otras ideas que penetraron en Alemania procedentes de Occidente. El liberalismo alemán no había realizado aún su labor cuando fue derrotado por el estatismo, el nacionalismo y el socialismo.

3. El ejército prusiano

El ejército alemán que combatió en las batallas de Leipzig y de Waterloo era muy distinto del que organizara Federico Guillermo I y del que mandara Federico II en tres grandes guerras. El antiguo ejército de Prusia fue destruido en la campaña de 1806 y no volvió a levantarse.

El ejército prusiano del siglo XVIII se componía de hombres forzados al servicio, adiestrados brutalmente a palo limpio y

mantenidos compactos mediante una bárbara disciplina. La mayoría eran extranjeros. Los reyes los preferían a sus propios súbditos. Entendían que los súbditos podían ser más útiles al país trabajando y pagando impuestos que sirviendo en las fuerzas armadas. En 1742 Federico II estableció que la infantería estuviera formada por dos tercios de extranjeros y un tercio de súbditos. La masa de los regimientos la constituían desertores de ejércitos extranjeros, prisioneros de guerra, criminales, vagabundos y gente reclutada mediante el fraude y la violencia. Como los soldados estaban dispuestos a aprovechar la primera ocasión para escapar, la principal preocupación de la dirección de los asuntos militares consistía en prevenir las desertiones. Federico II comienza su principal tratado de estrategia, sus *Principios generales de la guerra*, exponiendo catorce reglas para evitar las desertiones. Las consideraciones tácticas, y hasta las estratégicas, quedaban subordinadas a ese problema. Las tropas no podían ser empleadas sino cuando estuvieran compactamente juntas. No se podían destacar patrullas. La persecución estratégica de una fuerza enemiga derrotada era imposible. Se evitaban cuidadosamente las marchas y los ataques de noche y el vivaqueo cerca de bosques. A los soldados se les ordenaba la mutua y constante vigilancia tanto en la guerra como en la paz. Los civiles, bajo la amenaza de severos castigos, tenían la obligación de dificultar la huida a los desertores, de atraparlos y de entregarlos al ejército.

En general, los oficiales de este ejército eran nobles. También entre ellos había muchos extranjeros, pero la gran mayoría pertenecían a la clase de los Junkers prusianos. Federico II repite una y otra vez en sus escritos que los plebeyos no reúnen condiciones para el mando, porque se mueven por la idea del provecho, no por la del honor. Aunque la carrera militar era muy ventajosa, pues un jefe de compañía percibía una retribución muy considerable, gran parte de la aristocracia terrateniente se oponía a que sus hijos la siguieran. Los reyes acostumbraban enviar policías que secuestraban a los hijos de los nobles terratenientes y los llevaban a las academias militares. La educación

que brindaban esas academias apenas superaba a la de las escuelas primarias. En las filas de la oficialidad prusiana eran raros los hombres con una instrucción superior.¹

Un ejército así sólo podía combatir y —bajo un mando capaz— triunfar si se enfrentaba a ejércitos de una estructura semejante. Se desintegró cuando tuvo que combatir contra las fuerzas de Napoleón.

Los ejércitos de la Revolución francesa y del primer Imperio procedían del pueblo. Eran ejércitos de hombres libres, no de hampones forzados. Sus jefes no temían las desertiones, y podían por lo tanto abandonar las tradicionales tácticas de avanzar en líneas desplegadas y de hacer fuego graneado sin apuntar. Podían también adoptar un nuevo método de combate: el de pelear en columnas y en guerrillas. La nueva estructura del ejército trajo primero una nueva táctica y después una nueva estrategia. Contra ellas resultó impotente el ejército prusiano.

De modelo para la organización del ejército prusiano de los años de 1808 y 1813 había servido el francés, organizado partiendo del principio del servicio obligatorio para todos los hombres físicamente aptos. El nuevo ejército pasó por la prueba de las guerras de 1813 a 1815, y, como consecuencia, su organización no sufrió cambios en cosa de medio siglo. No se sabrá nunca cómo hubiera combatido aquel ejército en otra guerra contra un invasor extranjero, pues no pasó por esa prueba. Pero no se puede dudar de algo que confirmaron los hechos en la revolución de 1848: en una lucha contra el pueblo, el «enemigo interno» del gobierno, no se podía confiar en aquel ejército; y con aquellos soldados no se podía hacer una impopular guerra de agresión.

Para reprimir la revolución de 1848 no se podía tener absoluta confianza más que en los regimientos de la Guardia Real, cuyos hombres eran elegidos por su adhesión al rey, en la caballería y en los regimientos reclutados en las provincias de

¹ Delbruck, *Geschichte der Kriegskunst* (Berlín 1920), Parte IV, pp. 273 y 348.

levante. Los cuerpos de ejército reclutados en el oeste, la milicia (*Landwehr*) y los reservistas de muchos regimientos de levante estaban más o menos contagiados de ideas liberales.

Los soldados de las guardias reales y los de caballería debían prestar tres años de servicio activo, pero los de las demás fuerzas no hacían más que dos. De ahí que los generales llegaran a la conclusión de que dos años eran poco tiempo para transformar el civil en un soldado incondicionalmente leal al rey. Lo que se necesitaba para sostener el régimen político de Prusia, con su absolutismo real ejercido por los Junkers, era un ejército de hombres dispuestos a pelear —sin la menor discusión— contra todo aquel a quien sus jefes le ordenaran atacar. La tarea de ese ejército —ejército de Su Majestad, no de un parlamento ni del pueblo— consistiría en dominar los movimientos revolucionarios dentro de Prusia o de cualquiera de los pequeños Estados de la Confederación Germánica, y en repeler toda invasión del oeste que pudiera forzar a los príncipes alemanes a otorgar constituciones y hacer otras concesiones a sus súbditos. En la Europa de 1850, donde el emperador francés y el primer ministro británico, Lord Palmerston, manifestaban abiertamente sus simpatías hacia los movimientos populares que amenazaban los intereses de los reyes y de los aristócratas, el ejército de la casa de Hohenzollern era la *rocher de bronze* en medio de la creciente marea del liberalismo. Hacer que este ejército fuera fiable e invencible no sólo significaba preservar a los Hohenzollern y a sus aristocráticos secuaces; significaba mucho más: la salvación de la civilización frente a la amenaza de la revolución y de la anarquía. Esa era la filosofía de Friedrich Julius Stahl y del ala derecha de los hegelianos, esas eran las ideas de los historiadores prusianos de la escuela *Kleindeutsche*, esa era la mentalidad del partido militar y de la corte del rey Federico Guillermo IV. Sabemos que el rey era un neurótico que por días se acercaba a la completa enajenación mental. Pero los generales, dirigidos por el general von Roon y apoyados por el príncipe Guillermo, hermano del rey y heredero del trono, eran hombres de cabeza clara y perseguían firmemente sus fines.

El éxito parcial de la revolución trajo el establecimiento de un parlamento prusiano. Pero sus prerrogativas eran tan limitadas que al comandante en jefe de la guerra no le impedían adoptar las medidas que considerara indispensables para hacer del ejército un instrumento más fiable en manos de sus jefes.

Los técnicos estaban plenamente convencidos de que para el adiestramiento militar de la infantería bastaban dos años de servicio activo. Pero por razones puramente políticas, y no de técnica militar, el rey prolongó el servicio activo de los regimientos de infantería de línea de dos a dos años y medio en 1852 y a tres en 1856. Con esta medida aumentaban considerablemente las posibilidades de triunfo contra una repetición del movimiento revolucionario. El partido militar confiaba ahora que, para el *inmediato futuro*, con la guardia real y los hombres que prestaban servicio en los regimientos de línea, las fuerzas armadas serían suficientemente fuertes para imponerse a rebeldes medianamente armados. Confiando en eso, decidieron seguir adelante y reformar totalmente la organización de las fuerzas armadas.

La finalidad de la reforma consistía en hacer al ejército más fuerte y más leal al rey. El número de los batallones de infantería se duplicaría, la artillería aumentaría en un 25 por ciento, se crearían nuevos regimientos de caballería. El número de reclutas anuales pasaría de 40.000 a 63.000 y el de los oficiales aumentaría en proporción. Por otra parte, la milicia se transformaría en reserva del ejército en activo. Los milicianos más viejos serían licenciados como hombres en quienes no se podía tener plena confianza. Los grados más altos serían confiados a oficiales de los cuerpos profesionales.²

Consciente de la fuerza que la prolongación del servicio activo les había dado ya, confiada en que podía por el momento reprimir cualquier intentona revolucionaria, la corte ejecutó la reforma sin consultar al Parlamento. Entretanto, la locura del

² Ziekursch, *Politische Geschichte des neuen deutschen Kaiserreichs* (Frankfurt 1925-30) pp. 29 ss.

rey había llegado a ser tan evidente que hubo que nombrar regente al príncipe Guillermo, con lo que el poder real quedó en manos de un dócil partidario de la camarilla aristocrática y de los militares más vehementes. En 1859, durante la guerra entre Austria y Francia, el ejército prusiano fue movilizadado como medida de precaución y para salvaguardar la neutralidad. Pero la desmovilización se hizo de manera que se lograron los principales fines de la reforma. En la primavera de 1860 quedaban organizados los nuevos regimientos proyectados. Sólo entonces el gabinete presentó al Parlamento el proyecto de reforma y le pidió que aprobara los gastos correspondientes.³

La lucha contra este proyecto de ley sobre el ejército fue el último acto político del liberalismo alemán.

4. *El conflicto constitucional en Prusia*

Los progresistas, como los liberales llamaban a su partido en la cámara baja prusiana (la cámara de diputados), se opusieron resueltamente a la reforma. La cámara votó repetidamente contra el proyecto de ley y contra el presupuesto. El rey —Federico Guillermo IV había muerto ya y le había sucedido Guillermo I— disolvió el Parlamento, pero las elecciones dieron mayoría a los progresistas. El rey y sus ministros no pudieron quebrantar la oposición del cuerpo legislativo, pero, aferrados a su plan, lo siguieron ejecutando sin aprobación constitucional ni asentimiento parlamentario, llevaron al ejército a dos nuevas campañas y derrotaron a Dinamarca en 1864 y a Austria en 1866. Sólo entonces, después de la anexión del reino de Hannover, de las posesiones del elector de Hesse, de los ducados de Nassau, Schleswig y Holstein y de la ciudad libre de Frankfurt, después del establecimiento de la hegemonía prusiana sobre todos los Estados de la Alemania septentrional y de concluir convenios

³ Sybel, *Die Begründung des deutschen Reiches unter Wilhelm I* (2.ª ed., Munich 1889), II, p. 375; Ziekursch, *op. cit.*, I, p. 42.

militares con los de la Alemania meridional, mediante los cuales también ellos se sometían a los Hohenzollern, cedió el Parlamento prusiano. El partido progresista se dividió y algunos de sus miembros apoyaron al gobierno, con lo que el rey tuvo mayoría. La cámara votó la inmunidad para el tratamiento inconstitucional de los asuntos por parte del gobierno y aprobó tardíamente todas las medidas y los gastos a los cuales se había opuesto durante seis años. El gran conflicto constitucional se resolvió con el completo triunfo del rey y la completa derrota del liberalismo.

Cuando una delegación del congreso de diputados llevó al rey la sumisa respuesta del Parlamento al discurso real de inauguración de un nuevo periodo de sesiones, el rey manifestó arrogantemente que al actuar como había actuado en los últimos años había cumplido con su deber, y que siempre que en el futuro volvieran a presentarse circunstancias semejantes actuaría de la misma manera. Pero en el curso del conflicto había perdido las esperanzas más de una vez. En 1862 había perdido toda esperanza de vencer la resistencia del pueblo y estaba dispuesto a abdicar. El general von Roon le exhortó a hacer la última prueba nombrando primer ministro a Bismarck, que llegó precipitadamente de París, donde representaba a Prusia ante la corte de Napoleón III. Al llegar, encontró al rey «extenuado, deprimido y desalentado». Cuando Bismarck intentó exponer su opinión sobre la situación política, el rey le interrumpió diciéndole: «Ya sé cómo va a terminar todo esto. Ahí mismo, en esa plaza de la Opera adonde dan estas ventanas, primero le cortarán la cabeza a usted y un poco después me la cortarán a mí.» A Bismarck le costó mucho trabajo infundir valor al tembloroso Hohenzollern, pero al fin, según cuenta él mismo, «mis palabras apelaron a su honor militar, y el rey se vio a sí mismo en la situación de un jefe que tenía el deber de defender su puesto hasta morir».⁴

⁴ Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen* (nueva ed., Stuttgart 1922), I, p. 325.

Más asustados aún que el rey estaban la reina, los príncipes y muchos generales. En Inglaterra, la reina Victoria pasó muchas noches de insomnio pensando en la situación de su hija mayor, casada con el príncipe heredero alemán. En el palacio real de Berlín vagaban los espíritus de Luis XVI y de María Antonieta.

Sin embargo, todos estos temores carecían de fundamento. Los progresistas no se aventuraron a una nueva revolución, y si se hubiesen aventurado habrían sido derrotados.

Los denigrados liberales alemanes de 1860, hombres de hábitos estudiosos, lectores de tratados filosóficos, amantes de la música y de la poesía, comprendían perfectamente por qué había fracasado la revuelta de 1848. Sabían que no se podía establecer el gobierno popular en una nación donde millones de personas eran presas de la superstición, del atraso y del analfabetismo. El problema político era, pues, un problema de instrucción. No se podía dudar del triunfo final del liberalismo y de la democracia. La tendencia hacia el parlamentarismo era irresistible. Pero la victoria del liberalismo no podía llegar hasta que las capas de población de las cuales extraía el rey sus soldados de confianza se ilustraran y, como consecuencia, defendieran las ideas liberales. El rey se vería entonces obligado a someterse y el Parlamento lograría la supremacía sin derramamientos de sangre.

Los liberales estaban resueltos a ahorrarle al pueblo alemán, siempre que fuera posible, los horrores de la revolución y de la guerra civil. Confiaban en que en un futuro no muy lejano dominarían plenamente en Prusia. No tenían más que esperar.

5. El programa de los «Pequeños Alemanes»

Al luchar en el conflicto constitucional, los progresistas prusianos no se proponían destruir el ejército prusiano ni debilitarlo. Comprendían que, teniendo en cuenta las circunstancias, Alemania necesitaba un ejército fuerte para defender su independencia.

Querían arrancarle al rey el ejército y transformarlo en un instrumento de protección de la libertad de Alemania. Lo que se discutía era si había de ser el rey o el Parlamento quien controlara el ejército.

El liberalismo alemán se proponía sustituir la escandalosa administración de unos treinta Estados alemanes por un gobierno unitario liberal. La mayoría de los liberales opinaban que en el futuro Estado alemán no debía estar comprendida Austria, país muy distinto de los demás de habla alemana, con problemas propios extraños al resto de la nación. No podían menos de ver en Austria el obstáculo más peligroso para la libertad alemana. En la corte austríaca dominaban los jesuitas, su gobierno había concluido un concordato con Pío IX, el Papa que combatía ardientemente contra las ideas modernas. Pero el emperador de Austria no estaba dispuesto a renunciar voluntariamente a la posición que su casa había ocupado en Alemania durante más de cuatrocientos años. Los liberales querían contar con un fuerte ejército prusiano porque temían la hegemonía austríaca, una nueva Contrarreforma y el restablecimiento del sistema reaccionario del difunto príncipe Metternich. Aspiraban a un gobierno unitario para todos los alemanes de fuera de Austria (y de Suiza), por lo que se llamaban Pequeños Alemanes (*Kleindeutsche*) en contraste con los Grandes Alemanes (*Grossdeutsche*), que querían incluir las partes de Austria que anteriormente habían pertenecido al Sacro Imperio.

Pero había además otras consideraciones de política exterior para recomendar un refuerzo del ejército prusiano. Francia estaba en aquellos años dirigida por un aventurero convencido de que sólo mediante nuevas victorias militares podía conservar su condición imperial y que en la primera década de su reinado había hecho ya dos guerras. Ahora parecía llegarle el turno a Alemania. Se tenían pocas dudas de que Napoleón III jugaba con la idea de anexionarse la orilla izquierda del Rin. ¿Quién, más que el ejército prusiano, podía proteger a Alemania?

Había también otro problema: el Schleswig-Holstein. Los ciudadanos de Holstein, de Lauenburg y del Schleswig meri-

dional se oponían ardientemente a la dominación danesa. A los liberales alemanes les importaban poco los alambicados argumentos de abogados y de diplomáticos respecto a los títulos de varios pretendientes a la sucesión de los ducados del Elba. No creían en la doctrina de que la cuestión de quién debe gobernar un país deba ser decidida según las disposiciones del derecho medieval y de seculares alianzas familiares. El pueblo de los ducados se resistía a someterse a la soberanía de un hombre cuyo único título era que se había casado con una princesa que tenía un discutido derecho a la sucesión en Schleswig y ninguno a la sucesión en Holstein; y aspiraba a la autonomía dentro de la Confederación Germánica. Sólo eso les parecía importante a los liberales. ¿Por qué había de negárseles a aquellos alemanes lo que tenían los británicos, los franceses, los belgas y los italianos? Pero como el rey de Dinamarca no estaba dispuesto a renunciar a sus títulos, la cuestión no podía ser resuelta sin recurrir a las armas.

Sería un error juzgar todos esos problemas desde el punto de vista de acontecimientos posteriores. Bismark liberó Schleswig-Holstein del yugo del opresor danés sólo para anexionarlo a Prusia; y se anexionó no sólo el Schleswig meridional, sino también el septentrional, cuya población deseaba quedar en el reino danés. Napoleón III no atacó a Alemania; fue Bismarck quien desató la guerra contra Francia. En los primeros años sesenta nadie preveía este resultado. En Europa, y también en América, todo el mundo creía que el agresor, la mayor amenaza para la paz, era el emperador de Francia. Las simpatías que la aspiración alemana a la unidad despertaban en el extranjero se debían en gran parte a la convicción de que una Alemania unida equilibraría a Francia y traería la paz a Europa.

Los Pequeños Alemanes fueron inducidos al error también por sus prejuicios religiosos. Como la mayoría de los liberales, pensaban en el protestantismo como en el primer paso que conduce del oscurantismo medieval a la cultura y el progreso. Temían a Austria porque era católica; preferían a Prusia porque la mayoría de su población era protestante. A pesar de toda su

experiencia, esperaban que Prusia se mostrara más abierta que Austria a las ideas liberales. Ciertamente que la situación de Austria era insatisfactoria en aquellos años críticos. Pero acontecimientos posteriores probaron que el protestantismo no es mejor salvaguardia de la libertad que el catolicismo. El ideal del liberalismo es la completa separación de la Iglesia y el Estado y la tolerancia, sin consideración a las diferencias que haya entre las iglesias.

Pero tampoco este error se limitó a Alemania. Los liberales franceses se equivocaron hasta el punto de que al principio aclamaron la victoria prusiana en Königgrätz (Sadova). Sólo después de pensarlo comprendieron que la derrota de Austria significaba también la sentencia de Francia y lanzaron —demasiado tarde— el grito de batalla: *Revanche pour Sadova*.

Königgrätz fue de todos modos una aplastante derrota del liberalismo alemán. Los liberales se dieron cuenta de que habían perdido una campaña, pero así y todo estaban llenos de esperanzas y firmemente resueltos a proseguir la lucha en el nuevo parlamento de la Alemania septentrional. Creían que esa lucha debía terminar en la victoria del liberalismo y la derrota del absolutismo. Cada día parecía estar más cerca el momento en que el rey no podría ya emplear «su» ejército contra el pueblo.

6. *El episodio Lassalle*

Sería posible tratar el conflicto constitucional prusiano sin mencionar siquiera el nombre de Ferdinand Lassalle. La intervención de Lassalle no influyó en el curso de los acontecimientos. Pero pronosticó algo nuevo; era el alba de las fuerzas que estaban destinadas a marcar el destino de Alemania y de la civilización occidental.

Mientras los progresistas prusianos estaban empeñados en su lucha por la libertad, Lassalle los atacaba furiosa y apasionadamente, incitaba a los obreros a no mostrarles simpatía y pro-

clamaba el evangelio de la lucha de clases. Sostenía que los progresistas, como representantes de la burguesía, eran los enemigos mortales del trabajador. No había que luchar contra el Estado, sino contra las clases explotadoras. El Estado era el amigo; no, desde luego, el Estado dirigido por Herr von Bismarck, sino el controlado por él, por Lassalle.

Lassalle no estaba a sueldo de Bismarck, como suponía mucha gente. No había quien lo sobornara. Hasta después de su muerte no percibieron algunos de sus antiguos amigos dinero del gobierno. Pero como ambos, Bismarck y Lassalle, atacaban a los progresistas, acabaron por ser virtualmente aliados. Se solían ver clandestinamente, pero hasta muchos años después no se reveló el secreto de sus relaciones. No tiene objeto analizar si de no haber muerto Lassalle a consecuencia de una herida en duelo (31 de agosto de 1864) poco después de aquellas entrevistas, habrían llegado aquellos dos ambiciosos a una abierta y duradera colaboración. Los dos aspiraban al supremo poder en Alemania. Ni Bismarck ni Lassalle estaban dispuestos a renunciar a sus títulos al primer puesto.

Bismarck y sus amigos militares y aristócratas odiaban a los liberales hasta el punto de que si ellos mismos hubieran resultado demasiado débiles para sostener su propio dominio, habrían estado dispuestos a ayudar a los socialistas a llegar a la dirección del país. Pero por el momento eran bastante fuertes para sujetar con rienda firme a los progresistas. No necesitaban el apoyo de Lassalle.

No es cierto que Lassalle diera a Bismarck la idea de que el socialismo revolucionario era un poderoso aliado en la lucha contra el liberalismo. Hacía tiempo que Bismarck opinaba que las clases bajas eran más monárquicas que las clases medias.⁵ Además, como ministro de Prusia en París, había tenido ocasión de observar cómo funcionaba el cesarismo. Tal vez su predilección por el sufragio universal se viera robustecida en sus con-

⁵ Ziekursch, *op. cit.*, I, p. 107.

versaciones con Lassalle. Pero por el momento no necesitaba su colaboración. Su partido era demasiado pequeño para considerarlo importante. La *Allgemeine Deutsche Arbeiterverein* no tenía, a la muerte de Lassalle, mucho más de 4.000 afiliados.⁶

La agitación de Lassalle no dificultó las actividades de los progresistas. Fue una molestia, no un obstáculo. Tampoco tenían nada que aprender de sus doctrinas. Que el parlamento prusiano era una farsa y que el ejército era el principal baluarte del absolutismo, no era para ellos ninguna novedad. Si luchaban en el gran conflicto era precisamente porque lo sabían.

La breve y demagógica carrera de Lassalle es notable porque, por primera vez en Alemania, aparecieron en el escenario político el socialismo y el estatismo en oposición al liberalismo y a la libertad. Lassalle no era nazi, pero fue el precursor más eminente del nazismo y el primer alemán que aspiró a la posición de Führer. Lassalle rechazó los valores de la Ilustración y de la filosofía liberal, pero no como los habían rechazado los románticos panegiristas de la Edad Media y del legitimismo monárquico; los negó, pero al mismo tiempo prometía realizarlos más plenamente, más ampliamente. El liberalismo, afirmaba, aspira a una libertad espuria, pero yo os traeré la verdadera libertad. La verdadera libertad significa la omnipotencia del Estado. No es la policía la enemiga de la libertad, sino la burguesía.

Y fue Lassalle quien pronunció las palabras que mejor caracterizan el espíritu de la época que vendría: «El Estado es Dios».⁷

⁶ Oncken, *Lassalle* (Stuttgart 1904), p. 393.

⁷ Gustav Mayer, «Lassallean», *Archiv für Geschichte des Sozialismus*, I, p. 196.

2. *El triunfo del militarismo*

1. *El ejército prusiano en el nuevo Imperio alemán*

A la caída de la tarde del 1 de septiembre de 1870, el rey Guillermo I, rodeado de un pomposo cortejo de príncipes y de generales, contemplaba desde una colina al sur del Mosa la batalla que se estaba librando, cuando un oficial le trajo la noticia de que era inminente la capitulación de Napoleón III y de todo su ejército. Moltke se volvió entonces hacia el conde Falkenberg, que también era miembro del parlamento de la Alemania septentrional, y le dijo: «Lo sucedido hoy, mi querido colega, zanja por mucho tiempo nuestro problema militar.» Bismarck estrechó la mano del primero de los príncipes alemanes —el heredero del trono de Württemberg— y le dijo: «El día de hoy salvaguarda y robustece a los príncipes alemanes y los principios del conservadurismo.»¹ Esas fueron las primeras reacciones de los dos estadistas más eminentes de Prusia a la hora de la abrumadora victoria. Triunfaban porque habían derrotado al liberalismo. No les importaban nada las convencionales palabras de la propaganda oficial —la derrota del adversario de siempre, la salvaguardia de las fronteras de la nación, la misión histórica de la casa de Hohenzollern y de Prusia, la unificación de Alemania, la primacía de Alemania en el mundo. Los príncipes habían derrotado a sus pueblos; sólo eso les parecía importante.

En el nuevo Reich alemán el emperador —no en su condición de tal sino como rey de Prusia— tenía pleno control del

¹ Ziekursch, *Politische Geschichte des neuen deutschen Kaiserreichs*, I, cit., p. 298.

ejército prusiano. Convenios especiales concertados por Prusia, no por el Reich, con 23 de los otros 24 Estados miembros del imperio incorporaban las fuerzas armadas de dichos estados al ejército prusiano. Sólo el ejército real de Baviera conservaba cierta limitada independencia en tiempos de paz, pero en caso de guerra quedaba también totalmente sometido al control del emperador. Las disposiciones referentes a la recluta y a la duración del servicio militar activo las fijaría el Reichstag. El presupuesto militar requería la aprobación parlamentaria, pero el parlamento no ejercía ninguna influencia en la dirección de los asuntos militares. El ejército era del rey de Prusia, no del pueblo ni del parlamento. El emperador y rey era jefe supremo, comandante en jefe del ejército. El primer ayudante del rey en la dirección de las operaciones era el jefe del Estado Mayor Central. El ejército era una institución que no quedaba dentro del aparato de administración civil sino por encima de él. Todo jefe militar tenía el derecho y la obligación de intervenir siempre que el funcionamiento de la administración no militar le pareciera insatisfactoria. No respondía de su intervención más que ante el emperador. En 1913, uno de esos casos de interferencia militar, ocurrido en Zabern, dio origen a un violento debate en el parlamento; pero como el parlamento no tenía jurisdicción en el asunto, triunfó el ejército.

La lealtad de este ejército estaba fuera de toda discusión. Nadie podía dudar de que para reprimir rebeliones y revoluciones podía usarse cualquiera de sus fuerzas. Hubiera parecido absurda la mera idea de que un destacamento podía negarse a cumplir una orden, o de que los reservistas no acudirían cuando se les llamara al servicio activo. La nación alemana había cambiado mucho (más adelante consideraremos la esencia y la causa de la gran transformación). El principal problema de los años 50 y 60, el de la confianza que se podía tener en los soldados, se había disipado. Todos los soldados alemanes eran ahora incondicionalmente leales al jefe supremo del ejército. El ejército era un instrumento en que el Kaiser podía confiar. Las personas discretas fueron lo bastante juiciosas para no manifes-

tar demasiado explícitamente que aquel ejército estaba listo para ser utilizado contra cualquier enemigo interior en potencia. Pero Guillermo II, a quien le eran extrañas esas preocupaciones, dijo a sus reclutas que tenían el deber de disparar contra sus padres, madres, hermanos o hermanas, si les ordenaban hacerlo. La prensa liberal censuró esos discursos, pero los liberales carecían de fuerza. La sumisión de los soldados era absoluta; ya no dependía de la duración del servicio activo. El propio ejército impuso en 1892 que la infantería volviera a prestar sólo dos años de servicio activo. Al discutir la ley en el parlamento y en la prensa, no se volvió a hablar de la confianza política que se podía tener en los soldados. Todo el mundo sabía que el ejército era ya, sin consideración a la duración del servicio, «apolítico y no partidista», es decir instrumento dócil y manejable en manos del emperador.

El gobierno y el Reichstag disputaron continuamente sobre asuntos militares. Pero las consideraciones sobre la utilidad de las fuerzas para la preservación del apenas disfrazado despotismo imperial no tenían la menor importancia. El ejército era tan fuerte, se tenía tal confianza en él, que cualquier intentona revolucionaria hubiera sido aplastada en unas horas. Nadie quería en el Reich lanzarse a una revolución; el espíritu de resistencia y de rebelión se había disipado. Si el problema de obtener los fondos necesarios no hubiera sido difícil, el Reichstag habría estado dispuesto a aprobar todos los gastos militares propuestos por el gobierno. Al fin el ejército y la armada conseguían siempre el dinero que pedía el Estado Mayor. Para el aumento de las fuerzas armadas eran menor obstáculo las consideraciones financieras que la escasez de hombres a quienes los generales consideraban elegibles para oficiales en servicio activo. Con la expansión de las fuerzas armadas se había vuelto imposible, hacía ya mucho tiempo, el conceder mando únicamente a los nobles. El número de oficiales no aristócratas crecía constantemente. Pero los generales no estaban dispuestos a admitir de tenientes para arriba en el ejército en activo más que a plebeyos de «familias buenas y ricas». Y con aspirantes de este

tipo sólo se disponía en número limitado. La mayoría de los jóvenes de las capas superiores de la clase media preferían otras carreras. No tenían ninguna gana de hacerse militares y ser tratados desdeñosamente por sus aristocráticos compañeros.

Tanto el Reichstag como la prensa liberal criticaron también a veces la política militar del gobierno desde puntos de vista técnicos. El Estado Mayor se oponía siempre a la intromisión civil. Pensaba que sólo el ejército era competente en problemas militares. Incluso Hans Delbruck, eminente historiador de la guerra y autor de excelentes monografías estratégicas, era para ellos únicamente un profano. A los oficiales retirados que colaboraban en la prensa de oposición se les llamaba partidistas. La opinión pública reconoció al fin los títulos del Estado Mayor a la infalibilidad, y los críticos tuvieron que callarse. Los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial demostraron, evidentemente, que aquellos críticos entendían de métodos militares más que los especialistas del Estado Mayor.

2. *El militarismo alemán*

Al sistema político del nuevo imperio alemán se le ha llamado militarismo. El rasgo característico del militarismo no es que la nación tenga un ejército y una armada poderosa. Es el predominante papel que se le asigna al ejército en la estructura política. El ejército es supremo incluso en tiempo de paz, es el factor predominante en la vida política. Los súbditos tienen que obedecer al gobierno como los soldados obedecen a sus superiores. En una comunidad militarista no hay libertad; no hay más que obediencia y disciplina.²

La dimensión de las fuerzas armadas no es, en cuanto tal, un factor determinante. Algunos países de América latina son militaristas, aunque sus ejércitos son pequeños, mal equipados,

² Herbert Spencer, *The Principles of Sociology* (Nueva York 1897), III, p. 588.

e incapaces de defender a su país de una invasión extranjera. Por otro lado, Francia y Gran Bretaña eran, a finales del siglo XIX, países no militaristas a pesar de que sus armamentos militares y navales fueran muy fuertes.

No hay que confundir el militarismo con el despotismo impuesto por un ejército extranjero. Despotismos de esta clase fueron el dominio de Austria en Italia, apoyado por regimientos austriacos compuestos de no italianos, y el del zar en Polonia, sostenido por soldados rusos. Ya hemos señalado que, en los años cincuenta y primeros sesenta del siglo pasado, las condiciones de Prusia eran análogas. Pero la situación era distinta en el Imperio alemán fundado en los campos de batalla de Königgrätz y Sedan. No empleaba soldados extranjeros y no lo sostenían las bayonetas, sino el casi unánime consentimiento de sus súbditos. La nación aprobaba el sistema, y en consecuencia los soldados eran leales. El pueblo se sometía a la dirección del «Estado» porque le parecía un sistema justo, eficiente y útil. Había, desde luego, opositores, pero eran pocos y carecían de fuerza.³

El defecto del sistema radicaba en su *leadership* monárquica. Los sucesores de Federico II no estaban a la altura que exigía su misión. Guillermo I encontró en Bismarck un canciller hábil. Bismarck era un hombre de mucho temple, muy instruido, brillante orador y excelente estilista. Diestro diplomático, superaba en todos los aspectos a la mayoría de los aristócratas alemanes. Pero su visión era limitada. Le eran familiares la vida del campo, con los primitivos métodos agrícolas de los Junkers prusianos, con las patriarcales condiciones de las provincias levantinas de Prusia, y la vida de las cortes de Berlín y San Petersburgo. En París conoció la sociedad de la corte de Napoleón III; pero no tenía idea de las tendencias intelectuales de Francia. Sabía poco del comercio y de la industria de Alemania

³ Quien desee conocer la mentalidad política de los súbditos de Guillermo II puede leer las novelas del barón Ompteda, de Rudolf Herzog, Walter Bloem y escritores semejantes. Esto era lo que la gente quería leer. De algunas de esas novelas se vendieron cientos de miles de ejemplares.

y tenía escaso conocimiento de la mentalidad de los hombres de negocios y de los profesionales liberales. Se mantenía apartado de los científicos, universitarios y artistas. Su credo político era la anticuada lealtad del vasallo del rey. En septiembre de 1849 dijo a su mujer: «No denigres al rey; los dos cometemos la misma falta. Aunque yerre y cometa torpezas, no debemos hablar de él sino como hablamos de nuestros padres, pues les hemos jurado a él y a su casa fidelidad y adhesión.» Una opinión así está bien en un chambelán de palacio, pero no le cuadra al omnipotente primer ministro de un gran imperio. Bismarck previó los males con que la personalidad de Guillermo II amenazaba a la nación. Estaba en buena posición para llegar a conocer el carácter del joven príncipe, pero, envuelto en su noción de la lealtad y de la adhesión, no pudo hacer nada para evitar el desastre.

La gente, ahora, es injusta con Guillermo II. No estaba a la altura de su cargo, pero no era peor que el término medio de sus contemporáneos. No tenía él la culpa de que el principio monárquico de la sucesión le hiciera emperador y rey y de que, como emperador de Alemania y rey de Prusia, tuviera que ser autócrata. No fue el hombre quien fracasó; fue el sistema. Si Guillermo II hubiera sido rey de Inglaterra, no habría cometido las serias torpezas que no pudo evitar como rey de Prusia. A la fragilidad del sistema se debía el que los aduladores a quienes nombró generales y ministros fueran incompetentes. Se podrá decir que tuvo mala suerte, porque también Bismarck y el primer Moltke eran cortesanos. Aunque el victorioso mariscal de campo había servido en el ejército en calidad de joven oficial, gran parte de su carrera la pasó en servicios en la corte, donde, entre otras cosas, fue durante muchos años el tutor de un príncipe que vivió enfermo y recluido en Roma, donde falleció. Guillermo II tenía muchas debilidades humanas, pero fueron precisamente las cualidades que le desacreditaron ante la gente prudente las que le hicieron popular ante la mayoría de la nación. Su crasa ignorancia de los asuntos políticos le acercaba a sus súbditos, que eran tan ignorantes como él y compartían sus prejuicios e ilusiones.

En un Estado moderno la monarquía hereditaria no puede funcionar satisfactoriamente sino donde hay democracia parlamentaria. El absolutismo —y aún más el absolutismo disfrazado por una constitución fantasma y un parlamento sin facultades— requiere en el gobernante cualidades que ningún mortal puede reunir. Guillermo II fracasó como Nicolás II y como habían fracasado antes los Borbones. El absolutismo no fue abolido; simplemente, se hundió.

La quiebra de la autocracia no se debió únicamente al hecho de que a los monarcas les faltaba capacidad intelectual. El gobierno autocrático de una gran nación carga al gobernante con una cantidad de trabajo superior a la capacidad de ningún hombre. En el siglo XVIII Federico Guillermo I y Federico II podían todavía cumplir su labor administrativa en unas cuantas horas de trabajo diario y les sobraba tiempo para sus diversiones y para el placer. Sus sucesores no sólo fueron hombres menos dotados; fueron también menos trabajadores. Desde los tiempos de Federico Guillermo II no era ya el rey quien gobernaba, sino sus favoritos. El rey estaba rodeado de intrigantes de uno y otro sexo. Quien triunfaba en las rivalidades y en los complots se apoderaba de las riendas del gobierno y las conservaba hasta que le suplantaba otro adulator.

También en el ejército era la camarilla la que tenía el máximo poder. Federico Guillermo I organizó personalmente las fuerzas. Su hijo las mandó personalmente en grandes campañas. A partir de él sus sucesores resultaron inadecuados. Eran medianos organizadores y generales incompetentes. El jefe del Estado Mayor Central, que nominalmente no era sino el ayudante del rey, se convirtió virtualmente en comandante en jefe. El cambio no se notó en mucho tiempo. Aun en la guerra de 1866 muchos generales de grado elevado no eran aún conscientes de que las órdenes que cumplían no emanaban del rey sino del general Moltke.

Federico II debió en gran parte sus triunfos militares al hecho de que los ejércitos austriacos, franceses y rusos contra los que combatió no estaban mandados por sus soberanos, sino por

generales. Federico concentraba en sus manos todo el poder militar, político y económico de su relativamente pequeño reino. Sólo él daba órdenes. Los jefes de los ejércitos enemigos no tenían más que facultades limitadas. Su situación era más difícil por el hecho de que el deber los mantenía alejados de las cortes de sus soberanos. Mientras ellos estaban con sus ejércitos en el frente, sus rivales continuaban intrigando en la corte. Federico podía lanzarse a audaces operaciones cuyo resultado era incierto. No debía rendir cuenta de sus actos a nadie más que a sí mismo.

Los generales enemigos temían constantemente caer en desgracia ante el monarca y procuraban compartir con otros su responsabilidad para excusarse en caso de fracasar. Para ello reunían en consejo de guerra a los generales que les estaban subordinados y buscaban una justificación para sus resoluciones. Cuando recibían órdenes precisas del soberano, que le habían sido sugeridas por un consejo de guerra que deliberaba lejos del campo de operaciones, o por alguno o varios de los muchos intrigantes ociosos, se sentían a gusto y ejecutaban la orden aunque estuvieran convencidos de que no era oportuna. Federico era plenamente consciente de la ventaja que brindaba la concentración en un solo jefe de una responsabilidad única. Nunca celebró consejos de guerra. Además, prohibió una y otra vez a sus generales, incluso bajo pena de muerte, el convocarlos. Decía que en los consejos de guerra predominan siempre las voluntades más vacilantes. Los consejos de guerra están siempre llenos de perplejidad porque así suele suceder.⁴ Esta doctrina, como todas las opiniones de Federico, se convirtió en dogma para el ejército prusiano. El viejo Moltke se puso furioso cuando alguien dijo que Guillermo había convocado un consejo de guerra en sus campañas. El rey, manifestó, escuchaba las propuestas de su jefe de Estado Mayor y después decidía; así había sucedido siempre.

En la práctica este principio se traducía en el mando absoluto del jefe del Estado Mayor Central, nombrado, claro está, por

⁴ Delbruck, *Geschichte der Kriegskunst*, parte IV, p. 434.

el rey. No fue Guillermo I, sino Helmuth von Moltke quien dirigió los ejércitos en las campañas de 1866 y 1870-71. Guillermo II solía decir que en caso de guerra dirigiría personalmente sus ejércitos, y que sólo en tiempo de paz necesitaba un jefe de Estado Mayor. Pero cuando estalló la Primera Guerra Mundial se olvidaron esas fanfarronadas. Quien llevó al ejército alemán al desastre del Marne y fracasó fue el sobrino de Helmuth von Moltke, cortesano sin capacidad ni habilidad militar, hombre tímido, irresoluto, enfermo, nervioso y adicto a la dudosa teosofía de Rudolph Steiner. El vacío lo llenó espontáneamente el ministro de la guerra, Eric von Falkenhayn, y el Kaiser dio apáticamente su consentimiento. No tardó Ludendorff en conspirar contra Falkenhayn. Maquinaciones hábilmente orquestadas obligaron en 1916 al emperador a sustituir a Falkenhayn por Hindenburg. Pero el verdadero comandante en jefe era Ludendorff que, nominalmente, no era más que el primer lugarteniente de Hindenburg.

La nación alemana, obcecada por doctrinas militaristas, no comprendió que lo que fracasó fue el sistema. En Alemania se decía: «sólo» nos ha faltado el hombre adecuado. ¡Si Schlieffen no hubiera muerto tan pronto! Sobre la personalidad de este jefe de Estado Mayor se formó una leyenda. Su acertado plan había sido mal ejecutado por su incompetente sucesor. ¡Si se hubiera contado en el Marne con los dos cuerpos de ejército que Moltke envió inútilmente a la frontera rusa! Naturalmente, también al Reichstag se le echaba la culpa. No se mencionaba el hecho de que el parlamento no se había opuesto nunca seriamente a la petición gubernamental de créditos para el ejército. De víctima propiciatoria sirvió especialmente el teniente coronel Hentsch. Se afirmaba que dicho jefe se había excedido en sus facultades, que quizá había sido un traidor. Pero si fue realmente Hentsch el responsable de la orden de retirada, habría que considerarlo como el hombre que salvó al ejército alemán de ser aniquilado al verse envuelto por el ala derecha. La fábula de que, si no hubiera sido por la intervención de Hentsch, los alemanes habrían triunfado en el Marne es fácilmente refutable.

No hay duda de que los jefes del ejército y de la marina alemanes no estaban a la altura de su tarea. Pero las limitaciones de los generales y de los almirantes —como de los ministros y de los diplomáticos— hay que imputarlas al régimen. Un sistema que atribuye la suprema responsabilidad a hombres incapaces es un mal sistema. No se puede decir si Schlieffen hubiera tenido más éxito, pues nunca tuvo ocasión de mandar tropas en batalla; murió antes de la guerra. Pero una cosa puede asegurarse: los «ejércitos parlamentarios» de Francia y de Inglaterra contaron con jefes que los llevaron a la victoria. El ejército del rey de Prusia no tuvo tanta suerte.

Según las doctrinas del militarismo, el jefe del Estado Mayor Central se consideraba el primer servidor del emperador y rey y exigía la subordinación del canciller. Estos títulos y exigencias habían creado conflictos entre Bismarck y Moltke. Bismarck pidió que el comandante en jefe ajustara su conducta a consideraciones de política exterior. Moltke rechazó ásperamente la pretensión. El conflicto quedó sin solución, y en la Primera Guerra Mundial el comandante en jefe se convirtió en omnipotente. El canciller pasó, de hecho, a una posición inferior. El Kaiser no conservó más que las funciones sociales y ceremoniales; Hindenburg, su jefe de Estado Mayor, era un títere. Ludendorff, primer general, se convirtió virtualmente en dictador todopoderoso. Si Foch no lo hubiera derrotado, habría podido conservar esa posición toda su vida. Esta evolución demuestra claramente lo impracticable del absolutismo hereditario. El absolutismo monárquico acaba por ser el gobierno de un mayordomo, de un *shogun* o de un *duce*.

3. *Los liberales y el militarismo*

La cámara baja del parlamento prusiano, la *Abgeordnetenhaus*, se basaba en el sufragio universal. Los ciudadanos de cada distrito electoral se dividían en tres clases, cada una de las cuales elegía el mismo número de electores para el escrutinio final

mediante el cual se elegía el representante parlamentario del distrito. La primera clase la formaban los residentes varones y adultos que pagaban los impuestos más elevados y contribuían en conjunto con la tercera parte de los impuestos recaudados en el distrito; la segunda la formaban quienes contribuían con otra tercera parte, y la tercera los que contribuían con otra tercera. De esa forma los ciudadanos ricos tenían un voto más cualificado que los pobres, y predominaba la clase media. Ni para el Reichstag de la Federación de la Alemania Septentrional, ni posteriormente para el del Reich, se hacía esa distinción. Todos los adultos varones tenían un voto directo para elegir el representante del distrito. El sufragio no era, pues, sólo universal, sino también igual y directo. Las capas más pobres de la población adquirieron así más influencia política. El propósito tanto de Bismarck como de Lassalle consistía en debilitar mediante este sistema electoral al partido liberal. Los liberales se daban plena cuenta de que el nuevo sistema electoral les minaría durante algún tiempo su fuerza parlamentaria. Pero eso no les preocupaba. Comprendían que el liberalismo sólo podía triunfar mediante el esfuerzo de toda la nación. Lo importante no era tener una mayoría liberal en la cámara, sino en el pueblo y por lo tanto en el ejército. En la *Abgeordnetenhaus* el número de progresistas superaba al de partidarios del gobierno, y sin embargo el liberalismo era impotente porque el rey podía contar todavía con la adhesión de la mayor parte del ejército. Lo que se necesitaba era atraer a las filas liberales las masas ignorantes y atrasadas cuya indiferencia política era la salvaguardia del absolutismo. Sólo entonces llegaría el día del gobierno popular y de la democracia.

Los liberales no temían, pues, que el nuevo sistema electoral pospusiera ni hiciera correr un serio peligro a su inexorable victoria final. La perspectiva no era muy consoladora en un futuro inmediato, pero la perspectiva final era excelente. No había más que mirar a Francia. También en aquel país había basado un autócrata su despotismo en la lealtad del ejército y en el sufragio universal e igual. Pero ahora el «césar» había caído y la democracia había triunfado.

Los liberales no temían mucho al socialismo. Los socialistas habían tenido cierto éxito. Pero se podía esperar que los trabajadores juiciosos descubrirían pronto lo impracticable de las utopías socialistas. ¿Cómo se iban a dejar engañar los asalariados, cuyo nivel de vida subía de día en día, por demagogos que, según se susurraba, estaban a sueldo de Bismarck?

Sólo más tarde se dieron cuenta los liberales del cambio que se iba operando en la mentalidad de la nación. Durante muchos años creyeron que sólo se trataba de un retroceso temporal, de un breve incidente reaccionario que estaba condenado a disiparse pronto. Para los liberales, todos los que defendían la nueva ideología eran unos ignorantes o unos renegados. Pero el número de los apóstatas fue aumentando. Los viejos combatientes liberales empezaban a sentirse cansados. En cada campaña electoral iban reduciéndose sus filas; el sistema reaccionario que detestaban iba adquiriendo cada año más fuerza. Unos cuantos leales, aferrados a las ideas de libertad y de democracia, siguieron combatiendo valientemente contra los ataques combinados de la derecha y de la izquierda. Pero eran ya un pelotón condenado al fracaso. De quienes nacieron después de la batalla de Königgrätz casi nadie se afilió al liberalismo. Los liberales se extinguieron. La nueva generación no sabía ni siquiera el significado de la palabra.

4. La explicación más corriente del militarismo

La abrumadora victoria del militarismo alemán ha sido interpretada en todo el mundo según las leyendas propaladas por la propaganda de los social-demócratas alemanes. Los socialistas afirman que la burguesía alemana abandonó los principios de la libertad, traicionando así al «pueblo». Basándose en el materialismo histórico marxista, se han inventado teorías absurdas respecto a la esencia y desarrollo del imperialismo. El capitalismo, dicen los socialistas, conduce al militarismo, el imperialismo, las guerras, el fascismo y el nazismo. Las grandes em-

presas, los grandes negocios han llevado a la civilización al borde de la destrucción. Incumbe al marxismo salvar a la humanidad.

Tales interpretaciones no resuelven el problema. Lo que hacen deliberadamente es escamotearlo. En los primeros años sesenta del siglo pasado había en Alemania, entre personas interesadas por la política, algunos que apoyaban al absolutismo dinástico, al militarismo y al gobierno autoritario y se oponían firmemente a la transición hacia el liberalismo, la democracia y el gobierno popular. Esta minoría la formaban principalmente los príncipes y sus cortesanos, la nobleza, los jefes militares de alta graduación y algunos funcionarios. Pero la gran mayoría de la burguesía, de la intelectualidad y de personas que en las capas más pobres de la población sentían la política, aspiraba al gobierno parlamentario según el modelo británico. Los liberales creían que la educación política progresaría rápidamente; estaban convencidos de que todos los ciudadanos que abandonaran su indiferencia política y llegaran a conocer los problemas políticos defenderían su actitud ante las cuestiones constitucionales. Se daban plena cuenta de que algunos de los convertidos a la política no se les sumarían. Era de esperar que los católicos, los polacos, los daneses y los alsacianos formaran sus propios partidos. Pero esos partidos no apoyarían las pretensiones del rey. En un imperio alemán predominantemente protestante, los católicos y los no alemanes habían de ser partidarios del parlamentarismo.

La politización del país se produjo mucho más de prisa que lo previsto por los liberales. A finales de los años sesenta todo el pueblo sentía la política incluso con pasión y se dedicó ardentemente a la actividad política. Pero las consecuencias fueron radicalmente distintas de lo que esperaban los liberales. El Reichstag no desafió seriamente al absolutismo apenas disfrazado, no planteó el problema constitucional, no hizo más que hablar de bagatelas. Más aún: los soldados, reclutados en una población ya interesada por la política, se hicieron tan incondicionalmente fieles que llegó hasta parecer absurdo el dudar

de que estaban dispuestos a luchar en favor del absolutismo contra cualquier enemigo interior.

Las preguntas a las que hay que contestar no son: ¿Por qué desertaron del liberalismo los banqueros, los empresarios ricos y los capitalistas? ¿Por qué no levantaron barricadas los profesores, los médicos y los abogados? Lo que hay que contestar es: ¿Por qué reeligió la nación alemana a los diputados que no fueron capaces de abolir el absolutismo? ¿Por qué era el ejército, formado en gran parte por hombres que votaban a los socialistas o a los católicos, incondicionalmente leal a sus jefes? ¿Por qué obtenían millones de votos los partidos antiliberales, el primero de los cuales era el social-demócrata, mientras los grupos que seguían fieles a los principios del liberalismo iban perdiendo el apoyo popular? ¿Por qué millones de votantes socialistas que se abandonaban a parloteos revolucionarios se sometían al gobierno de los príncipes y de las cortes?

Decir que las grandes empresas tenían motivos para sostener el absolutismo de los Hohenzollern, o que los comerciantes hanseáticos y los navieros simpatizaban con el aumento de la armada, no es contestar satisfactoriamente esas preguntas. La gran mayoría de la nación alemana se componía de empleados y asalariados, de artesanos, comerciantes y campesinos que explotaban sus pequeñas fincas, y eran *esos* hombres los que decidían el resultado de las elecciones. Sus representantes se sentaban en el parlamento y llenaban las filas del ejército. Las tentativas hechas para explicar el cambio en la mentalidad del pueblo alemán, demostrando que los intereses de clase de la burguesía rica la hicieron reaccionaria, carecen de sentido, ya sean tan infantiles como la leyenda de la «doctrina *panzer platten*»,⁵ o tan alambicadas como las teorías marxistas sobre el imperialismo.

⁵ La «doctrina *panzer platten*» sostenía que el militarismo alemán y la tendencia a aumentar las fuerzas militares se debían a maquinaciones de las industrias pesadas deseosas de aumentar sus beneficios.

Segunda Parte

Omnipotencia gubernamental

3. *El estatismo*

1. *La nueva mentalidad*

El acontecimiento más importante en la historia de los últimos cien años es la sustitución del liberalismo por el estatismo. El estatismo aparece en dos formas: socialismo e intervencionismo. Ambos tienen en común el fin de subordinar incondicionalmente el individuo al Estado, al aparato social de compulsión y coerción.

También el estatismo, como antes el liberalismo, tuvo su origen en la Europa occidental y sólo más tarde penetró en Alemania. Se ha dicho que las raíces autóctonas alemanas del estatismo podrían encontrarse en la utopía socialista de Fichte y en las enseñanzas sociológicas de Schelling y de Hegel. Sin embargo, las disertaciones de estos filósofos eran tan ajenas a los problemas y fines de la política social y económica, que no pudieron influir directamente en cuestiones políticas. No se ve qué uso podía derivar la política práctica de la afirmación de Hegel: «El Estado es la realización de la idea ética. Es el espíritu ético *en cuanto* voluntad, manifiesta y revelada a sí misma, que se conoce y piensa a sí misma, y que realiza lo que sabe y en la medida en que lo sabe», o de su afirmación: «El Estado es absolutamente racional en cuanto realización de la voluntad sustancial que posee en la particular conciencia de sí mismo una vez que la conciencia ha alcanzado su universalidad.»¹

¹ Hegel, *Philosophy of Right*, traducción de T.M. Knox (Oxford 1942), pp. 155-156.

El estatismo asigna al Estado la tarea de guiar a sus ciudadanos y de mantenerlos bajo tutela. Se propone restringir la libertad de acción del individuo. Pretende plasmar su destino y reserva toda iniciativa únicamente al gobierno. El estatismo entró en Alemania por Occidente.² Sus cimientos los pusieron Saint-Simon, Owen, Fourier, Peseueur, Sismondi y Auguste Comte. El primer escritor que ofreció una explicación exhaustiva de las nuevas doctrinas fue Lorenz von Stein. La aparición, en 1842, de la primera edición de su obra, *Socialismo y comunismo en la Francia actual*, fue el acontecimiento más importante del socialismo alemán pre-marxista. También los elementos de la intervención del gobierno en la vida económica, en la legislación laboral y el sindicalismo³ llegaron a Alemania desde el oeste. Friedrich List se familiarizó en Estados Unidos con las teorías proteccionistas de Alexander Hamilton.

El liberalismo había enseñado a los intelectuales alemanes a absorber reverentemente las ideas políticas de Occidente; pero los intelectuales alemanes pensaban que el liberalismo estaba ya superado; la intervención gubernamental en la vida económica había sustituido a la anticuada ortodoxia liberal para desembocar luego, inexorablemente, en el socialismo. Quien no quería parecer atrasado tenía que hacerse «social», es decir intervencionista o socialista. Pero las nuevas ideas sólo triunfan al cabo de algún tiempo, y para que éstas llegaran a amplias capas de la intelectualidad tuvieron que pasar años. El *Sistema nacional de economía política* de List se publicó en 1841, pocos meses antes que el libro de Stein. Marx y Engels lanzaron el *Manifiesto comunista* en 1847. A mediados de los años sesenta el prestigio del liberalismo empezó a disolverse. Muy pronto, en las lecciones universitarias de economía, filosofía, historia y

² Hayek, «The Counter-Revolution of Science», *Economica*, VIII, 9-36, 119-150, 281-320.

³ Adolf Weber (*Der Kampf zwischen Kapital und Arbeit*, 3.^a y 4.^a eds., Tubinga 1921, p. 68) dice con razón, al tratar del sindicalismo alemán: «La forma y el espíritu... vinieron del exterior.»

derecho se empezó a ridiculizar el liberalismo. Los científicos sociales rivalizaban en las críticas emotivas del libre cambio y del *laissez faire* ingleses; los filósofos denigraban la ética de especuladores del utilitarismo, la superficialidad de la Ilustración y el carácter negativo de la noción de libertad; los juristas insistían en lo paradójico de las instituciones democráticas y parlamentarias; y los historiadores trataban de la decadencia moral y política de Francia y de Inglaterra. Por otra parte, a los estudiantes se les enseñaba a admirar el «reino social de los Hohenzollern», desde Federico Guillermo I, el «noble socialista», hasta Guillermo I, el gran Kaiser de la seguridad social y de la legislación laboral. Los social-demócratas despreciaban la «plutocracia» y la «pseudo-libertad» occidentales y ridiculizaban las enseñanzas de la «economía burguesa».

La aburrida pedantería de los profesores y la jactanciosa oratoria de los social-demócratas no lograron influir en las personas dotadas de sentido crítico. A la elite la conquistaron para el estatismo otros hombres. De Inglaterra penetraron las ideas de Carlyle, Ruskin y los fabianos; de Francia, el solidarismo. Las iglesias de todos los credos se sumaron al coro. Las novelas y las obras de teatro propagaban la nueva doctrina del Estado. Shaw y Wells, Spielhagen, Gerhart Hauptmann y multitud de escritores menos dotados contribuyeron a la popularidad del estatismo.

2. *El Estado*

El Estado es en esencia un aparato de compulsión y coerción. El rasgo característico de sus actividades consiste en compeler al pueblo, mediante la aplicación o la amenaza de la fuerza, a portarse de manera distinta a la que quisiera.

Pero no a todo aparato de compulsión y coerción se llama Estado. Se llama comúnmente así sólo al que puede mantener su existencia, por lo menos durante algún tiempo, mediante su propia fuerza. Una banda de ladrones, que por la relativa debi-

lidad de sus fuerzas no tiene posibilidades de resistirse con éxito, durante un cierto tiempo, contra las fuerzas de otra organización, carece de títulos para llamarse Estado. El Estado la aplastará o la tolerará. En el primer caso, la banda no es un Estado porque su independencia dura sólo poco tiempo; en el segundo, no es un Estado porque no se sostiene por su propia fuerza. Las bandas responsables de los pogrom de la Rusia imperial no eran un Estado, porque si podían matar y saquear, era gracias a la connivencia del gobierno.

Esta restricción de la noción del Estado nos lleva directamente a los conceptos de territorio y de soberanía. El sostenerse por sus propias fuerzas implica que hay en la superficie de la tierra un espacio donde el funcionamiento del aparato no está restringido por la intervención de otra organización; ese espacio es el territorio del Estado. Soberanía (*suprema potestas*, supremo poder) significa que la organización se tiene sobre sus propias piernas. Un Estado sin territorio es un concepto vacío. Un Estado sin soberanía es una contradicción en los términos.

Llamamos derecho al conjunto de normas mediante las cuales los gobernantes emplean la compulsión y la coerción. Sin embargo, lo característico del Estado no son las normas como tales, sino la aplicación o la amenaza de la violencia. Un Estado cuyos jefes no reconocen más que una norma —la de hacer lo que en el momento les parezca oportuno— es un Estado sin derecho. No importa que los tiranos sean «benévolos» o no.

El término derecho tiene también otro significado. Llamamos derecho internacional al conjunto de convenios concertados expresa o tácitamente por Estados soberanos respecto a sus relaciones mutuas. Sin embargo, para que una organización sea estatal no es esencial que otros Estados reconozcan su existencia mediante la conclusión de tratados. Lo esencial es el hecho de la soberanía en un territorio, no las formalidades.

Las personas que manejan la maquinaria estatal pueden hacerse cargo de otras funciones y actividades y de otros deberes. El gobierno puede ser dueño de escuelas, ferrocarriles, hospitales y asilos de huérfanos, y hacerlos funcionar. Pero esas

actividades son sólo incidentales en el concepto de Estado. Cualesquiera que sean las otras funciones que asuma, el Estado se caracteriza siempre por la compulsión y la coerción que ejerce.

Siendo la naturaleza humana lo que es, el Estado es una institución necesaria e indispensable, y, adecuadamente administrado, base de la sociedad, de la cooperación humana y de la civilización. Es el instrumento más beneficioso y más útil que ha encontrado el hombre en sus esfuerzos para promover la felicidad y el bienestar de la humanidad. Pero es únicamente un instrumento, un medio, no un fin. No es Dios. Es simplemente compulsión y coerción, fuerza policial.

Ha sido necesario detenerse en esas disquisiciones porque la mitología y la metafísica del estatismo han conseguido rodearse de misterio. El Estado es una institución humana, no un ser sobrehumano. Quien dice: debería haber una ley sobre este asunto, quiere decir: la fuerza armada del gobierno debería obligar a la gente a hacer lo que no quiere hacer. Quien dice: esta ley debería ser puesta en vigor, quiere decir: la policía debería obligar a la gente a cumplir esta ley. Quien dice: el Estado es Dios, deifica las armas y las cárceles. No hay para la civilización una amenaza más peligrosa que el gobierno de hombres incompetentes, corrompidos o viles. Los peores males que la humanidad ha tenido que soportar le han sido infligidos por malos gobiernos. El Estado puede ser, y ha sido a menudo en el curso de la historia, la principal fuente de desgracias y de desastres.

Al aparato de compulsión y de coerción le hacen funcionar hombres de carne y hueso. Con frecuencia, los gobernantes han superado en competencia y en sentido de justicia a sus contemporáneos y conciudadanos. Pero también hay abundantes pruebas históricas de lo contrario. La tesis estatista de que los miembros del gobierno y sus auxiliares son más inteligentes que el pueblo y saben mejor que el propio individuo lo que le conviene es una completa estupidez. Los Führers y los Duces no son Dios ni vicarios de Dios.

Los rasgos característicos esenciales del Estado y del gobier-

no no dependen de su estructura y constitución particular. Se hallan presentes tanto en los gobiernos despóticos como en los democráticos. Tampoco la democracia es divina. Más adelante hablaremos de los beneficios que la sociedad deriva del gobierno democrático, pero, por grandes que sean, no debe olvidarse que las mayorías no están menos expuestas al error y al fracaso que los reyes y los dictadores. El que la mayoría crea que una cosa es verdad, no prueba que lo sea. El que la mayoría crea que una política es oportuna, no prueba que lo sea. Los individuos que forman la mayoría no son dioses, y sus conclusiones de conjunto no son necesariamente divinas.

3. Las doctrinas políticas y sociales del liberalismo

Existe una escuela de pensamiento que enseña que la cooperación social entre los hombres podría lograrse sin compulsión o coerción. El anarquismo entiende que se podría establecer un orden social en que todos los hombres reconocieran las ventajas derivadas de la cooperación y estuvieran dispuestos a hacer voluntariamente todo lo que exigiera el sostenimiento de la sociedad y a renunciar voluntariamente a todo lo que la perjudicara. Pero los anarquistas no se fijan en dos cosas. Hay gente de una capacidad mental tan limitada que no puede comprender los beneficios que les reporta la sociedad. Y hay gente de carne tan flaca que no puede resistir la tentación de buscar sus intereses egoístas mediante actos perjudiciales para la sociedad. Una sociedad anarquista estaría a la merced de cada individuo. Concedamos que todo adulto sano está dotado de la facultad de comprender los beneficios de la cooperación social y de obrar en consecuencia. Pero siempre habrá niños, viejos y locos. Podremos estar de acuerdo en que a quien obra antisocialmente hay que considerarlo mentalmente enfermo y necesitado de tratamiento. Pero mientras no estén curados todos y haya niños y viejos, hay que adoptar disposiciones para que no destruyan la sociedad.

El liberalismo difiere radicalmente del anarquismo. No tiene ninguna afinidad con las absurdas ilusiones de los anarquistas. Debemos recalcarlo porque los estatistas tratan a veces de encontrarles semejanzas. El liberalismo no es tan loco como para aspirar a la abolición del Estado. Los liberales reconocen plenamente que sin cierta compulsión y coerción no podrían existir la cooperación social ni la civilización. La tarea del gobierno consiste en proteger el sistema social contra los ataques de quienes planean actos perjudiciales a su mantenimiento y funcionamiento.

La doctrina esencial del liberalismo es que la cooperación social y la división del trabajo no se pueden lograr sino en un sistema de propiedad privada de los medios de producción, es decir en una sociedad de mercado o capitalismo. Los demás principios del liberalismo —democracia, libertad personal del individuo, libertad de palabra y de prensa, tolerancia religiosa, paz entre las naciones— son consecuencias de ese postulado básico. No pueden ser realizados sino dentro de una sociedad basada en la propiedad privada.

Desde este punto de vista, el liberalismo asigna al Estado la tarea de proteger la vida, la salud, la libertad y la propiedad de sus ciudadanos contra la agresión violenta o fraudulenta.

El hecho de que el liberalismo defienda la propiedad privada de los medios de producción implica que rechaza la propiedad pública de los mismos, es decir el socialismo. El liberalismo se opone, por tanto, a la socialización de los medios de producción. Es ilógico decir, como dicen muchos estatistas, que el liberalismo es hostil al Estado o que lo odia porque se opone a que se le transfieran los ferrocarriles o las fábricas de tejidos de algodón. El hombre que dice que el ácido sulfúrico no es bueno como loción para las manos no expresa hostilidad al ácido sulfúrico como tal; lo que hace es dar simplemente su opinión sobre las limitaciones de su uso.

Este ensayo no se propone determinar cuál de los dos programas —el del liberalismo o el del socialismo— es más adecuado para la consecución de los fines que persiguen todos los

esfuerzos políticos y sociales, es decir, para el logro de la felicidad y del bienestar de la humanidad. Nos limitamos a precisar el papel que han representado el liberalismo y el antiliberalismo —el socialista o el intervencionista— en la evolución que lleva a la instauración del totalitarismo. Podemos, pues, contentarnos con bosquejar sumariamente los perfiles del programa social y político del liberalismo y su funcionamiento.

El punto focal del sistema, en un orden económico basado en la propiedad privada de los medios de producción, es el mercado. El funcionamiento del mecanismo del mercado obliga a los capitalistas y empresarios a producir para satisfacer las necesidades del consumidor tan bien y tan barato como lo permitan la cantidad y calidad de los recursos materiales, la mano de obra disponible y los conocimientos técnicos. Si no están a la altura de su tarea, si producen artículos malos o a un coste demasiado elevado, o si no producen los que con más urgencia pide el consumidor, sufren pérdidas, y si no cambian sus métodos para satisfacer mejor las necesidades del consumidor, acabarán por ser desalojados de sus puestos de capitalistas y empresarios y ser sustituidos por otras personas que sepan servir mejor al consumidor. Dentro de una sociedad de mercado, el funcionamiento del mecanismo de precios hace que mande el consumidor, que es quien mediante los precios que paga y el importe de sus compras determina la cantidad y la calidad de la producción y quien determina directamente los precios de los artículos de consumo, e indirectamente, por lo tanto, los precios de todos los factores materiales de la producción y los salarios de toda la mano de obra empleada.

En la sociedad de mercado cada uno sirve a sus conciudadanos y sus conciudadanos le sirven a él. Es un sistema de intercambio mutuo de servicios y artículos, un mutuo dar y recibir. En este permanente mecanismo rotatorio, los empresarios y capitalistas son sirvientes de los consumidores, que son los amos a cuyos caprichos deben aquéllos ajustar sus inversiones y métodos de producción. El mercado elige los empresarios y capitalistas y los aparta cuando fracasan. El mercado es una

democracia donde cada centavo da un derecho a votar y donde se vota todos los días.

Fuera del mercado están el aparato social de compulsión y coerción y sus timoneles, es decir el gobierno. Al Estado y al gobierno les está encomendada la misión de mantener la paz dentro y fuera. Porque sólo en la paz puede el sistema económico alcanzar su fin, la plena satisfacción de las necesidades humanas.

Pero ¿quién debe dirigir el aparato de compulsión y coerción? En otras palabras, ¿quién debe gobernar? Uno de los principios fundamentales del liberalismo es que el gobierno se basa en la opinión pública, y que por lo tanto no puede subsistir a la larga si los hombres que lo forman y los métodos que aplica no son aceptados por la mayoría de los gobernados. Si la dirección de los asuntos políticos no les parece buena, los ciudadanos acabarán por derrocar al gobierno mediante la violencia y sustituir a los gobernantes por hombres que les parezcan más competentes. Los gobernantes son siempre una minoría. No pueden seguir en el poder si la mayoría se decide a expulsarlos. El último remedio contra un gobierno impopular es la revolución y la guerra civil. En consideración a la paz interior, el liberalismo aspira al gobierno democrático. La democracia no es, pues, una institución revolucionaria. Es, por el contrario, el verdadero medio de impedir revoluciones. La democracia es un sistema que provee al pacífico ajuste del gobierno a la voluntad de la mayoría. Cuando los hombres que están en el poder, y sus métodos, dejan de satisfacer a la mayoría de la nación, ésta los eliminará en la primera elección y los sustituirá por otros hombres y otros métodos. La democracia aspira a salvaguardar la paz dentro del país y entre sus ciudadanos.

El fin del liberalismo es la cooperación pacífica de todos los hombres. El liberalismo aspira también a la paz entre las naciones. Cuando en todas partes existe la propiedad de los medios de producción y cuando las leyes, los tribunales y la administración pública tratan de la misma manera a los extranjeros y a los nacionales, no tiene importancia dónde están situadas las

fronteras. Nadie puede obtener beneficios de la conquista, y muchos pueden sufrir pérdidas en la guerra. Las guerras dejan de ser negocio; no hay motivos de agresión. La población de cada territorio tiene libertad para determinar a qué Estado quiere pertenecer, o para establecer un Estado propio si lo prefiere. Todas las naciones pueden coexistir pacíficamente porque no hay ninguna a la que le preocupe la extensión de su Estado.

Esto es, claro está, un frío y desapasionado alegato en favor de la paz y de la democracia, producto de una filosofía utilitarista. Tan lejos está de la mística mitología del derecho divino de los reyes como de la metafísica del derecho natural o de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Se funda en consideraciones de utilidad común. La libertad, la democracia, la paz y la propiedad privada son consideradas buenas porque son los mejores medios para promover la felicidad y el bienestar de la humanidad. El liberalismo quiere asegurar al hombre una vida libre de miedos y de necesidades. Eso es todo.

A mediados del siglo xx los liberales estaban convencidos de hallarse en vísperas de realizar sus planes. Era una ilusión.

4. *El socialismo*

El socialismo aspira a un sistema social basado en la propiedad pública de los medios de producción. En una comunidad socialista el Estado posee y administra todos los recursos materiales. Ello implica que el Estado es el único dador de trabajo y que nadie puede consumir más de lo que el Estado le asigna. La expresión «socialismo de Estado» es redundante; el socialismo es siempre y necesariamente socialismo de Estado. En nuestro tiempo ha adquirido popularidad, como sinónimo de socialismo, la palabra planificación. Hasta 1917 solían emplearse como sinónimos los términos comunismo y socialismo. El documento fundamental del socialismo marxista, que todos los partidos socialistas unidos en las diversas asociaciones obreras internacionales han considerado y siguen considerando como

el eterno e invariable evangelio del socialismo, se titula *Manifiesto comunista*. Desde la instauración del bolchevismo ruso la mayoría de la gente distingue entre comunismo y socialismo. Pero esta diferencia no se refiere sino a la táctica política. Los comunistas y los socialistas de hoy sólo difieren respecto a los métodos que han de aplicarse para conseguir los fines comunes a ambos.

Los socialistas marxistas alemanes llamaron a su partido socialdemócrata. Entendían que el socialismo era compatible con el gobierno democrático; el programa de la democracia sólo podía realizarse plenamente dentro de una comunidad socialista. En la Europa occidental y en los Estados Unidos prevalece todavía esa opinión. A pesar de la experiencia que los acontecimientos, desde 1917, han proporcionado, muchos se aferran tercamente a la creencia de que la verdadera democracia y el verdadero socialismo son idénticos. Rusia, el país clásico de la opresión dictatorial, es considerada democrática porque es socialista.

Sin embargo, el amor de los marxistas a las instituciones democráticas no era más que una estratagema, un subterfugio para engañar a las masas.⁴ En una comunidad socialista no hay sitio para la libertad. Donde el gobierno es dueño de todas las imprentas, no puede haber libertad de prensa. Donde el único patrono es el gobierno, que designa a cada uno la tarea que ha de realizar, no puede haber libertad para elegir una profesión o un oficio. Donde el gobierno tiene poder para fijar el lugar en que uno ha de trabajar, no puede haber libertad para radicarse donde uno quiera. Donde el gobierno es dueño de todas las bibliotecas, archivos y laboratorios y tiene derecho a mandar a un hombre a donde no pueda continuar sus investigaciones, no puede haber una verdadera libertad de investigación científica. Donde el gobierno determina quién ha de crear las obras de arte, no puede haber libertad en el arte y en la literatura. Tampoco puede haber libertad de conciencia ni de palabra donde el go-

⁴ Bujarin, *Program of the Communists (Bolshevists)*, p. 29.

bierno tiene poder para trasladar a cualquier adversario a un clima perjudicial para su salud o para imponerle obligaciones que superan sus fuerzas y le destrozan física e intelectualmente. En una comunidad socialista el ciudadano individual no puede tener más libertad que un soldado en un ejército o que un hospiciario en un orfanato.

Pero el Estado socialista —objetan los socialistas— difiere de semejantes organizaciones en una cosa esencial: los habitantes tiene derecho a elegir el gobierno. Olvidan, sin embargo, que en un Estado socialista el derecho de voto se convierte en una farsa. Los ciudadanos no tienen más fuentes de información que las suministradas por el gobierno. La prensa, la radio y las salas de reunión están en manos de la administración. Ningún partido de oposición puede organizarse ni propagar sus ideas. Para descubrir el verdadero significado de las elecciones y de los plebiscitos bajo el socialismo no tenemos más que examinar los ejemplos que nos proporcionan Rusia o Alemania.

La dirección de los asuntos económicos por un gobierno socialista no puede ser fiscalizada por el voto de los cuerpos parlamentarios ni por los ciudadanos. Las empresas económicas y las inversiones están planeadas para largos plazos, requieren muchos años de preparación y realización, sus frutos maduran tarde. Si se promulga en mayo una ley penal, en octubre puede ser derogada sin daño ni perjuicio. Si se nombra un ministro de relaciones exteriores, puede ser destituido unos meses después. Pero una vez iniciadas las inversiones industriales, es necesario persistir en la empresa hasta que esté concluida y mientras la instalación se considere capaz de producir beneficios, lo cual implica necesariamente que el personal contratado por el gobierno no podrá ser fácilmente despedido. Quienes trazaron el plan tienen que ejecutarlo. Después tienen que hacer funcionar las instalaciones construidas para que otros puedan asumir la responsabilidad de una adecuada gestión de las mismas. Quienes dan su aprobación a los famosos planes cuatrienales y quinquenales renuncian virtualmente a su derecho a cambiar el sistema y el personal del gobierno, no sólo

durante los cuatro o cinco años, sino durante los años sucesivos en que hay que utilizar las inversiones realizadas. En consecuencia, un gobierno socialista debe seguir en el poder durante un periodo indefinido. No es ya el ejecutante de la voluntad de la nación; si sus actos no gustan al pueblo, no se le puede apartar sin ocasionar un gran perjuicio. Un gobierno socialista tiene poderes irrevocables. Se convierte en una autoridad por encima del pueblo; piensa y obra por la comunidad por derecho propio y no tolera intromisiones en «sus propios asuntos» por parte de extraños.⁵

El empresario, en una sociedad capitalista, depende del mercado y del consumidor. Debe obedecer las órdenes que el consumidor le transmite cuando compra o deja de comprar, y el mandato que el consumidor le otorga puede ser revocado en cualquier momento. Todo empresario y todo dueño de medios de producción debe justificar diariamente su función social sometiéndose a las necesidades de los consumidores.

La administración de una economía socialista no tiene necesidad de ajustarse al funcionamiento del mercado. Tiene un monopolio absoluto. No depende de las necesidades de los consumidores. Decide ella misma lo que ha de hacerse. Atiende al consumidor como el padre a sus hijos o el director de una escuela a los alumnos. Es una autoridad que hace favores, no un comerciante deseoso de ganar clientes. El vendedor le agradece al comprador el que sea su cliente y le pide que vuelva. Pero el socialista dice: mostrad agradecimiento a Hitler, dad gracias a Stalin; sed buenos y sumisos, porque el gran hombre será después bueno con vosotros.

El medio fundamental de fiscalizar democráticamente la administración es el presupuesto. Si el parlamento no asigna una partida para ello, no se puede nombrar un funcionario ni comprar un lápiz. El gobierno tiene que dar cuenta de cada centavo

⁵ Hayek, *Freedom and the Economic System* (Chicago 1939), p. 10 [trad. esp.: *La libertad y el sistema económico*, capítulo IX de *Socialismo y guerra*, vol. IX de *Obras Completas de F.A. Hayek* (Unión Editorial, 1999), pp. 227-252].

gastado. Es ilegal gastar más de lo asignado o gastarlo en fines distintos de los fijados por el parlamento. Todas esas restricciones son inaplicables en la administración de plantas industriales, minas, granjas y sistemas de transporte, pues sus gastos hay que ajustarlos a las variables condiciones del momento. No se puede fijar por anticipado cuánto se ha de gastar en desbrozar tierras o en remover nieve de las vías ferroviarias, cosas que deben ser decididas sobre el terreno y según las circunstancias. La fiscalización del presupuesto por los representantes del pueblo —el arma más efectiva del gobierno democrático— desaparece en un Estado socialista.

El socialismo conduce, pues, necesariamente a la disolución de la democracia. Los rasgos característicos del sistema capitalista son la soberanía del consumidor y la democracia del mercado. Sus corolarios en el campo de la política son la soberanía del pueblo y el control democrático del gobierno. Pareto, Georges Sorel, Lenin, Hitler y Mussolini tenían razón al denunciar que la democracia es un método capitalista. Cada paso que lleva del capitalismo a la planificación es por necesidad un paso que acerca al absolutismo y a la dictadura.

Los defensores del socialismo que son lo bastante sagaces para comprenderlo nos dicen que la libertad y la democracia carecen de valor para las masas. El pueblo, dicen, quiere comida y techo, y para obtener más y mejor pan está dispuesto a renunciar a la libertad y a la autodeterminación sometiéndose a una autoridad paternal competente. A esto los antiguos liberales solían replicar que el socialismo no mejorará el nivel de vida de las masas, sino que, por el contrario, lo empeorará, pues el socialismo es un sistema de producción menos eficiente que el capitalismo. Pero tampoco esta respuesta inducía al silencio a los paladines del socialismo. Concedamos, replicaban muchos de ellos, que el socialismo no traerá la riqueza para todos, sino una menor producción de riqueza; con todo, las masas serán más felices bajo el socialismo, porque compartirán preocupaciones con todos sus conciudadanos y no habrá clases ricas envidiadas por los pobres. Los harapientos obreros que en la

Rusia soviética se mueren de hambre son mil veces más felices, nos dicen, que los obreros de Occidente que viven en condiciones que, comparadas con las rusas, son lujosas; la igualdad en la pobreza es un estado más satisfactorio que el bienestar donde hay personas que gozan de más lujo que el término medio.

Estos debates son inútiles, pues no llevan al fondo de la cuestión. Es inútil discutir las supuestas ventajas de la administración socialista. El socialismo completo es simplemente irrealizable. No es un sistema de producción; acaba en la frustración y el caos.

El problema fundamental del socialismo es el cálculo económico. En un sistema de división del trabajo, y por tanto de cooperación social, la producción requiere métodos para el cálculo de los gastos que exigen todas las formas imaginables y posibles de lograr unos fines. En la sociedad capitalista, las unidades del cálculo son los precios de mercado. Pero en un sistema donde el Estado es dueño de todos los factores de producción no hay mercado, y, por lo tanto, faltan los precios de esos factores. El corolario es que a los administradores de una comunidad socialista les resulta imposible calcular. No pueden saber si lo que planean y hacen es razonable o no. No tienen medios de saber cuál de los métodos de producción que están en estudio es el más ventajoso. No disponen de una auténtica base de comparación entre cantidades de diferentes factores materiales de producción y de diferentes servicios; y por lo tanto no pueden comparar los gastos necesarios con la producción prevista. Para realizar tales comparaciones se necesita una unidad común; y no hay más unidad disponible que la que proporciona el sistema de precios del mercado.

Los administradores socialistas no pueden saber si la construcción de una nueva línea ferroviaria es más provechosa que la de una carretera. Y una vez que deciden construir un ferrocarril, no pueden saber cuál de las muchas posibles rutas debería cubrir. En un sistema de propiedad privada se hacen cálculos en dinero para resolver estos problemas. Pero comparando

gastos e ingresos en especie no se puede hacer ningún cálculo. Es totalmente imposible reducir a una unidad común las cantidades de varias clases de mano de obra especializada y no especializada, de hierro, de carbón, de materiales de construcción de diferentes tipos, de maquinaria y de todo lo que exige la construcción, el mantenimiento y el funcionamiento de un ferrocarril. Y sin una unidad común es imposible que los planes se ajusten a cálculos económicos.

La planificación requiere que todos los artículos y servicios que hay que tener en cuenta puedan ser reducidos a dinero. El administrador de una comunidad socialista se vería en la situación del capitán de barco que tuviera que cruzar el océano con las estrellas ocultas por la niebla y sin la ayuda de una brújula o de material de orientación náutica.

El socialismo como modo universal de producción es irrealizable porque en un sistema socialista es imposible el cálculo económico. La elección que se le presenta a la humanidad no es entre dos sistemas económicos. Es entre el capitalismo y el caos.

5. El socialismo en Rusia y en Alemania

Las tentativas de los bolcheviques rusos y de los nazis alemanes para transformar el socialismo de programa en realidad no han tenido que afrontar el problema del cálculo económico bajo el socialismo. Estos dos sistemas socialistas funcionan en un mundo que en su mayor parte sigue todavía basado en una economía de mercado. Sus dirigentes basan en los precios vigentes en el exterior los cálculos para adoptar sus decisiones. Sin la ayuda de esos precios, sus actos carecerían de sentido y de plan. Si pueden calcular, llevar cuentas y preparar planes es únicamente porque cuentan con la referencia a ese sistema de precios.

Teniendo esto en cuenta, podemos estar de acuerdo con algunos escritores y políticos socialistas que dicen que el socia-

lismo en un solo país o en unos pocos países no es todavía el verdadero socialismo. Claro está que esos hombres dan un sentido muy distinto a su afirmación, pues lo que quieren decir es que el pleno bienestar del socialismo sólo se puede cosechar en una comunidad socialista mundial. Nosotros, por el contrario, tenemos que reconocer que el socialismo dará por resultado un completo caos precisamente si se aplica en la mayor parte del mundo.

Los sistemas socialistas alemán y ruso tienen en común que el gobierno ejerce el control total de los medios de producción. Decide lo que se ha de producir y cómo. Asigna a cada individuo una participación en los bienes de consumo. A dichos sistemas no habría que llamarlos socialistas si fuera de otra manera.

Pero hay una diferencia entre ambos sistemas, aunque ésta no se refiera a las características esenciales del socialismo.

El modelo ruso de socialismo es puramente burocrático. Todas las empresas económicas son departamentos gubernamentales, como la administración del ejército o el servicio de correos. Todas las plantas industriales, empresas o granjas tienen con la organización central superior la misma relación que una oficina de correos con la dirección general.

El modelo alemán difiere del ruso en que, exterior y nominalmente, conserva la propiedad privada de los medios de producción y las apariencias de precios ordinarios, salarios y mercados. Pero ya no existen empresarios; no hay más que gerentes de empresa (*Betriebsführers*), que son quienes hacen las compras y las ventas, pagan a los obreros, contraen deudas y pagan intereses y amortizaciones. No existe el mercado de trabajo: los sueldos y salarios los fija el gobierno. El gobierno dice a los gerentes de empresa qué y cómo producir, a qué precios, y a quién comprar, a qué precios, y a quién vender. El gobierno decreta a quién y en qué condiciones deben los capitalistas confiar sus fondos y dónde y por qué salario deben trabajar los trabajadores. Los precios, salarios y tipos de interés los fija la autoridad central. No son precios, salarios y tipos de interés más

que en apariencia; en realidad son meras determinaciones de relaciones cuantitativas en las órdenes del gobierno. Es el gobierno, no el consumidor, quien dirige la producción. Se trata de un socialismo bajo la apariencia exterior del capitalismo. Se conservan algunas etiquetas de la economía de mercado, pero significan algo completamente distinto de lo que significan en la auténtica economía de mercado.

La ejecución del modelo en cada uno de estos países no es tan rígida como para no hacer algunas concesiones al del otro. También en Alemania hay plantas industriales y empresas administradas directamente por funcionarios gubernamentales; existe especialmente el sistema ferroviario nacional; hay minas de carbón del gobierno y líneas telegráficas y telefónicas nacionales. La mayor parte de estas instituciones son restos de la nacionalización efectuada por gobiernos bajo el régimen del militarismo alemán. En Rusia, por otra parte, quedan algunas empresas y granjas aparentemente independientes. Pero estas excepciones no alteran las características generales de los dos sistemas.

No es casual que Rusia haya adoptado el modelo burocrático y Alemania el modelo *Zwangswirtschaft*. Rusia es el país más extenso del mundo y está poco poblado. Contiene dentro de sus fronteras los recursos más abundantes. La naturaleza le ha dotado mejor que a ningún otro país. Sin gran daño para el bienestar de su población, puede renunciar al comercio exterior y vivir en la autosuficiencia económica. Si no fuera por los obstáculos que puso el zarismo a la producción capitalista, y por las posteriores limitaciones del sistema bolchevique, hace tiempo que los rusos, aun sin comercio exterior, habrían disfrutado del nivel de vida más elevado del mundo. En un país así no es imposible la aplicación del sistema burocrático de producción, con tal de que la administración se halle en situación de usar en el cálculo económico los precios fijados en los mercados de países capitalistas extranjeros y de aplicar las técnicas desarrolladas por las empresas del capitalismo extranjero. En estas circunstancias el resultado del socialismo no es el caos completo, sino

únicamente la extremada pobreza. Hace pocos años muchos millones de personas se morían literalmente de hambre en Ucrania, la región más fértil de Europa.

En un país predominantemente industrial las condiciones son distintas. El rasgo característico de un país así es que la población debe vivir en gran medida de alimentos y de primeras materias importadas. Las importaciones debe pagarlas con la exportación de artículos manufacturados que produce principalmente con primeras materias importadas.⁶

Su fuerza vital reside en sus fábricas y en su comercio exterior. Poner en peligro la eficiencia de su producción industrial equivale a poner en peligro las bases de su subsistencia. Si sus instalaciones industriales producen peor o a costes superiores no puede competir en el mercado mundial, donde tiene que desplazar a artículos de origen extranjero. Si las exportaciones disminuyen, disminuyen correlativamente las importaciones de alimentos y de otros artículos; la nación pierde su principal fuente de sostenimiento.

Ahora bien, Alemania es un país predominantemente industrial. En los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, cuando sus empresarios aumentaron firmemente sus exportaciones, le fue muy bien. No había en Europa otro país donde el nivel de vida de las masas subiera tan rápidamente como en la Alemania imperial. Para el socialismo alemán era imposible imitar el modelo ruso. El simple intento habría destruido inmediatamente el aparato del comercio de exportación alemán. Habría hundido súbitamente en la miseria a una nación mimada por los triunfos del capitalismo. Los burócratas no pueden competir en los mercados extranjeros; no florecen sino donde

⁶ Aunque el país que tiene la industria más grande y más eficiente es Estados Unidos, no es un país predominantemente industrial, pues disfruta de un equilibrio entre sus industrias de transformación y la producción de alimentos y primeras materias. Por otra parte, Austria, cuya industria es pequeña comparada con la de Estados Unidos, es predominantemente industrial porque depende en gran parte de la importación de alimentos y primeras materias y debe exportar casi la mitad de su producción industrial.

están protegidos por el Estado con su compulsión y coerción. Los socialistas alemanes se vieron, pues, forzados a recurrir a los métodos que ellos llamaron socialismo alemán, que son ciertamente mucho menos eficientes que la iniciativa privada, pero mucho más que el sistema burocrático de los soviéticos.

El sistema alemán tiene otra ventaja. Los capitalistas alemanes y los *Betriebsführers*, antiguos empresarios, no creen que el régimen nazi sea eterno. Están, por el contrario, convencidos de que el dominio de Hitler acabará un día y que entonces volverán a poseer las plantas industriales que en los días anteriores al nazismo eran de su propiedad. Recuerdan que también el programa de Hindenburg los desposeyó virtualmente en la Primera Guerra Mundial, y que con la caída del gobierno imperial fueron de hecho restablecidos. Y como creen que esto volverá a suceder, ponen mucho cuidado en el funcionamiento de las plantas industriales cuyos dueños y gerentes nominales son, y hacen todo lo posible para evitar el despilfarro y conservar el capital invertido. Si el socialismo alemán ha conseguido una adecuada producción de armamento, aviones y buques es gracias a los egoístas intereses de los *Betriebsführer*.

El socialismo sería totalmente irrealizable si se estableciera como sistema mundial de producción, privándose así de la posibilidad de hacer cálculos económicos. Limitado a uno o a unos pocos países en medio de una economía mundial capitalista, no pasa de ser un sistema ineficiente. Y de los modelos de realización, el alemán es menos ineficiente que el ruso.

6. *El intervencionismo*

Todas las civilizaciones se han basado hasta ahora en la propiedad privada de los medios de producción. En el pasado, la civilización y la propiedad han sido inseparables. Si la historia nos pudiera enseñar algo, nos enseñaría que la propiedad privada está inseparablemente ligada a la civilización.

Los gobiernos han mirado siempre con recelo la propiedad

privada. Los gobiernos nunca son liberales por inclinación. Es humano que los hombres que manejan el aparato de compulsión y coerción exageren su poder de funcionamiento y aspiren a someter todas las esferas de la vida humana a su inmediata influencia. El estatismo es la enfermedad profesional de los gobernantes, los guerreros y los burócratas. Los gobiernos no se hacen liberales sino cuando a ello les fuerzan los ciudadanos.

Desde tiempo inmemorial, los gobiernos han sentido deseos de intervenir en el funcionamiento del mecanismo del mercado. Pero sus esfuerzos no han logrado nunca los fines perseguidos. La gente solía atribuir los fracasos a la ineficacia de las medidas adoptadas y a la debilidad en su aplicación. Se creía que lo que se precisaba era mayor energía, mayor brutalidad; el éxito sería seguro entonces. Hasta el siglo XVIII no empezaron los hombres a pensar que el intervencionismo está condenado necesariamente al fracaso. Los economistas clásicos demostraron que cada constelación del mercado tiene su correspondiente estructura de precios. Los precios, los salarios y los tipos de interés son resultado del juego de la oferta y de la demanda. En el mercado operan fuerzas que tienden a restaurar ese estado natural si se le perturba. Los decretos del gobierno, en vez de lograr los particulares fines que persiguen, tienden únicamente a perturbar el funcionamiento del mercado y a poner en peligro la satisfacción de los consumidores.

En desafío a la ciencia económica, la doctrina del moderno intervencionismo, doctrina muy popular, afirma que hay un sistema de cooperación económica, realizable como forma permanente de organización económica, que no es ni el capitalismo ni el socialismo. Este tercer sistema está concebido como un orden basado en la propiedad privada de los medios de producción, pero en el cual, sin embargo, interviene el gobierno, mediante órdenes y prohibiciones, en el ejercicio de los derechos de propiedad. Se afirma que el sistema de intervencionismo está tan lejos del socialismo como del capitalismo; que ofrece una tercera solución al problema de la organización social; que

está a mitad de camino entre el socialismo y el capitalismo; y que, conservando las ventajas de ambos, evita las desventajas inherentes a cada uno de ellos. Esas son las pretensiones del intervencionismo tal como lo propugnan la antigua escuela alemana del estatismo, los institucionalistas norteamericanos y muchos grupos de otros países. El intervencionismo lo practican —fuera de los grandes países socialistas como Rusia y la Alemania nazi— todos los gobiernos actuales. Los ejemplos más notables de política intervencionista son la *Sozialpolitik* de la Alemania imperial y el *New Deal* de los Estados Unidos de hoy.

Los marxistas no defienden el intervencionismo. Reconocen que tienen razón los economistas cuando hablan de la inutilidad de las medidas intervencionistas. Si bien algunas doctrinas marxistas han recomendado el intervencionismo, lo han hecho porque consideraban que es un buen instrumento para paralizar y destruir la economía capitalista y de este modo acelerar el advenimiento del socialismo. Pero los marxistas ortodoxos consecuentes desprecian el intervencionismo porque lo consideran un vano reformismo perjudicial a los intereses del proletariado. No esperan realizar la utopía socialista dificultando la evolución del capitalismo; creen, por el contrario, que sólo el pleno desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo puede dar como resultado el socialismo. Los marxistas consecuentes se abstienen de interferir lo más mínimo en lo que consideran la evolución *natural* del capitalismo. Pero la coherencia es una cualidad muy rara entre los marxistas, por lo que la mayoría de los partidos marxistas y de los sindicatos dirigidos por marxistas defienden con entusiasmo el intervencionismo.

No es posible mezclar principios capitalistas y socialistas. El que en una sociedad basada en la propiedad privada de los medios de producción haya algunos medios que sean de propiedad pública y sean dirigidos como tales, no quiere decir que se trata de un sistema que combina el capitalismo y el socialismo. Las empresas de propiedad del Estado o de los municipios y que funcionan bajo su dirección no alteran los rasgos característicos de la economía de mercado. Están sujetas a las leyes que

determinan la producción en función de las necesidades de los consumidores. Deben aspirar a ganar, o por lo menos a no perder. Cuando el gobierno trata de eliminar o de mitigar esa dependencia cubriendo las pérdidas de sus empresas con fondos públicos, el único resultado es que la dependencia se desplaza a otro campo. Los medios para cubrir las pérdidas hay que obtenerlos mediante impuestos. Pero esos impuestos repercuten en el mercado. Lo que decide en quién recaen los impuestos y cómo afectan a la producción y al consumo es el funcionamiento del mecanismo del mercado, no la recaudación de impuestos por parte del gobierno. Es el mercado, y no el gobierno, quien determina el funcionamiento de las empresas públicas.

Tampoco hay que confundir el intervencionismo con el modelo alemán de socialismo. El rasgo esencial del intervencionismo es que no aspira a la total abolición del mercado; no quiere reducir la propiedad privada a un simulacro ni a los empresarios a la condición de meros gerentes de empresas. El gobierno intervencionista no quiere prescindir de las empresas privadas; lo único que quiere es regular su funcionamiento mediante aisladas medidas de intervención. Dichas medidas no están pensadas como partes de un sistema general de órdenes y prohibiciones destinadas a controlar todo el aparato de producción y distribución; no aspiran a sustituir la propiedad privada y la economía de mercado por una planificación socialista.

Para comprender el significado y el efecto del intervencionismo basta estudiar el funcionamiento de los dos tipos más importantes de intervención: la intervención mediante la restricción y la intervención mediante el control de precios.

La intervención mediante la restricción pretende desviar la producción de los canales fijados por el mercado y los consumidores. El gobierno prohíbe la fabricación de ciertos productos, o la aplicación de ciertos métodos de producción, o hace que esos métodos sean más difíciles mediante la aplicación de impuestos o de multas. De esta manera elimina algunos de los medios disponibles para la satisfacción de las necesidades hu-

manas. Los ejemplos más conocidos son los aranceles y otras trabas aduaneras. Es evidente que, en vez de enriquecer al pueblo en general, esas medidas lo empobrecen. Impiden que los hombres apliquen con toda la eficiencia de que son capaces sus conocimientos y su habilidad, sus recursos de mano de obra y materiales. En el mercado sin trabas operan fuerzas que tienden a utilizar todos los medios de producción de manera que proporcionen la mayor satisfacción de las necesidades humanas. La intervención del gobierno trae consigo un empleo distinto de los recursos y por tanto obstruye la oferta.

No es necesario preguntarnos aquí si algunas medidas restrictivas pueden o no justificarse, a pesar de la disminución de la oferta que ocasionan, con ventajas en otros campos. No es preciso analizar aquí el problema de si la desventaja de elevar el precio del pan mediante un impuesto a la importación de trigo queda compensada por el aumento de beneficios de los campesinos nacionales. Para nuestro propósito basta con comprender que las medidas restrictivas no pueden ser consideradas como medidas que aumenten la riqueza y el bienestar, sino que, más bien, representan gastos. Son, como los subsidios que el gobierno abona con cargo a los impuestos que impone a los ciudadanos, no medidas de política de producción, sino medidas de política de gasto. No son parte de un sistema que crea riqueza, sino un método para consumirla.

El control de precios se propone fijar precios, salarios y tipos de interés distintos de los establecidos por el mercado. Consideremos primero el caso de los precios máximos, donde el gobierno trata de fijar precios más bajos que los del mercado.

Los precios establecidos en un mercado sin trabas responden a un equilibrio entre la demanda y la oferta. Todo el que está dispuesto a pagar el precio del mercado puede comprar cuanto desee. Todo el que está dispuesto a vender al precio de mercado puede vender cuanto desee. Si el gobierno, sin un correspondiente incremento de la cantidad de bienes disponibles para la venta, decreta que las compras y las ventas deben efectuarse a un precio más bajo, haciendo así que sea ilegal pedir

o abonar el precio potencial de mercado, el equilibrio no puede mantenerse. Al no alterarse la oferta, hay en el mercado más compradores en potencia: quienes no podían pagar el elevado precio de mercado pero están dispuestos a comprar al precio oficial más bajo. Hay también compradores en potencia que no pueden comprar, aunque están dispuestos a pagar el precio fijado por el gobierno e incluso otro más alto. El precio no es ya el medio de separar a los compradores en potencia que pueden comprar de los que no pueden. Entra en funcionamiento un nuevo principio de selección. Los primeros que llegan pueden comprar; otros llegan tarde. El resultado de esta situación es el espectáculo de las amas de casa y de los niños que hacen cola en las tiendas, espectáculo familiar para todo el que ha visitado Europa en estos tiempos de control de precios. Si el gobierno no quiere que sólo los primeros en llegar (o los amigos del comerciante) puedan comprar, mientras otros tienen que volverse a casa con las manos vacías, se ve en la necesidad de regular la distribución de las cantidades disponibles. Tiene que introducir algún tipo de racionamiento.

Pero los precios tope no sólo no consiguen elevar la oferta, sino que la reducen. Así, no logran los fines perseguidos por las autoridades. Producen, en cambio, una situación que, desde el punto de vista del gobierno y de la opinión pública, es aún menos deseable que la situación anterior que intentaban modificar. Si el gobierno quiere conseguir que los pobres den más leche a sus niños, tiene que comprarla al precio de mercado y venderla a menor precio, con pérdida, a los padres. La pérdida puede ser cubierta mediante impuestos. Pero si el gobierno fija simplemente el precio de la leche por debajo del mercado, el resultado será opuesto al que desea. Los productores marginales, los que producen a más alto coste, para evitar las pérdidas, dejarán el negocio de producir y vender leche. Usarán sus vacas y sus conocimientos para otros fines más productivos. Producirán, por ejemplo, queso, mantequilla o carne. Para los consumidores habrá menos leche disponible, no más. El gobierno se verá entonces en la necesidad de elegir

entre dos alternativas: o abstenerse de intentar controlar el precio de la leche, anulando su reglamentación, o dictar una medida más. En este último caso deberá fijar los precios de los factores de producción necesarios para la producción de leche a una altura tal que los productores marginales no sufran pérdidas y se abstengan de restringir la producción. Pero entonces se repite el problema en otro plano. La oferta de los factores de producción necesarios para la producción de leche disminuye, y el gobierno se encuentra en el punto de partida y frente al fracaso por su intervención. Si insiste tercamente en seguir con sus planes, tiene que ir más adelante. Tiene que fijar los precios de los factores de producción necesarios para la producción de aquellos factores de producción que se necesitan para la producción de leche. Así, el gobierno se ve obligado a ir más y más adelante, fijando los precios de todos los bienes de consumo y de todos los factores de producción —tanto humanos (es decir, de la mano de obra) como materiales— y a obligar a los empresarios y a los trabajadores a seguir trabajando a aquellos precios y salarios. Ningún sector de la industria puede quedar al margen de esta global fijación de precios y salarios ni de esta orden general de producir las cantidades que el gobierno quiere que se produzcan. Si se dejara en libertad a algunas de ellas, el resultado sería un desplazamiento de capital y de mano de obra hacia las mismas y la correspondiente reducción de la oferta de bienes cuyos precios ha fijado el gobierno. Pero estos son precisamente los bienes que el gobierno considera especialmente importantes para satisfacer las necesidades de las masas.⁷

Cuando se llega a ese control global de la vida económica, la economía de mercado ha sido sustituida por el modelo alemán de planificación socialista. La comisión gubernamental para la dirección de la producción tiene ahora el control exclusivo

⁷ Para las dos situaciones en que las medidas de control de precios pueden ser utilizadas efectivamente en una esfera muy limitada, remito el lector a mi *Nationalökonomie*, pp. 674-675.

de todas las actividades económicas y decide cómo deben emplearse los medios de producción, hombres y recursos materiales.

Las medidas aisladas de fijación de precios no logran los fines perseguidos. Producen, en realidad, efectos contrarios a los que busca el gobierno. Si para eliminar estas inexorables y desagradables consecuencias insiste el gobierno en su conducta, acaba por transformar en socialismo el sistema de capitalismo y de libre iniciativa.

A muchos defensores norteamericanos e ingleses del control de precios les fascinan los supuestos éxitos del control de precios de los nazis. Creen que la experiencia alemana ha demostrado que se puede realizar dicho control dentro del marco de un sistema de economía de mercado. Creen que para triunfar basta con ser tan enérgico, tan impetuoso y tan brutal como los nazis. Pero quienes quieren luchar contra el nazismo adoptando los métodos nazis no ven que lo que los nazis han logrado ha sido la edificación de un sistema socialista, no la reforma de las condiciones dentro de un sistema de economía de mercado.

Entre la economía de mercado y el socialismo no existe un tercer sistema. La humanidad debe elegir entre estos dos sistemas, a no ser que se considere que el caos es una alternativa.⁸

Lo mismo sucede cuando el gobierno recurre a la fijación de los precios mínimos. Prácticamente, el ejemplo más importante de fijación de precios a un nivel más alto que el establecido en el mercado libre es el de los salarios mínimos. En algunos países los tipos de salario mínimo los decreta directamente el gobierno. Los gobiernos de otros países no intervienen sino indirectamente en los salarios. Dejan manos libres a los sindicatos permitiendo el uso de la compulsión y de la coerción por parte de ellos contra patronos y empleados recalcitrantes. Si no fuera así, las huelgas no lograrían nunca los fines que los sindi-

⁸ Paso por alto el hecho de que el socialismo, a causa de que en él resulta imposible el cálculo económico, debe acabar en el caos.

catos persiguen. Si el patrono estuviera en libertad de sustituir a los huelguistas, las huelgas no conseguirían forzarles a aumentar los salarios. La esencia de la política sindical actual es la aplicación o amenaza de violencia bajo la benévola protección del gobierno. Los sindicatos representan, pues, una parte vital del aparato estatal de compulsión y coerción. Su fijación de tipos de salarios mínimos equivale a una intervención del gobierno para establecerlos.

Los sindicatos obreros consiguen forzar a los empresarios a aumentar los salarios. Pero el resultado de sus esfuerzos no es el que el pueblo suele suponer. La artificial elevación de salarios ocasiona el paro permanente de una parte considerable de la mano de obra potencial. Con la elevación de salarios no resulta ya beneficioso el empleo marginal de la mano de obra. Los empresarios se ven obligados a restringir la producción, y la demanda de mano de obra se reduce. Rara vez se preocupan los sindicatos del inevitable resultado de sus actividades; no les importa lo que les pueda suceder a quienes no son miembros de su asociación. Pero es distinto para el gobierno, que aspira al aumento del bienestar de todo el pueblo y quiere beneficiar no sólo a los miembros del sindicato sino a todos los que han perdido su empleo. El gobierno quiere que aumenten los ingresos de todos los obreros; el hecho de que muchos de ellos no puedan encontrar trabajo es contrario a sus intenciones.

Estos lamentables efectos de los salarios mínimos se han hecho cada vez más perceptibles a medida que se han ido afirmando los sindicatos. Mientras sólo una parte de la mano de obra, en su mayoría obreros especializados, estaba organizada en sindicatos, el aumento salarial obtenido por los sindicatos no condujo al paro, sino a un aumento de oferta de mano de obra en aquellos sectores industriales en los que no había sindicatos eficientes o no había sindicatos en absoluto. Los trabajadores que perdían su empleo como consecuencia de la política sindical pasaban al mercado de los sectores libres, provocando en ellos el correspondiente descenso de los salarios. El corolario de la subida de salarios para los obreros organizados equi-

valía a un descenso de salarios para los obreros no organizados. Pero las condiciones cambiaron con la difusión del sindicalismo. Ahora, a los trabajadores que pierden el empleo en un sector de la industria les resulta más difícil emplearse en otros. Se les sacrifica.

Hay desempleo incluso cuando no existe intervención del gobierno o de los sindicatos. Pero en un mercado laboral libre prevalece la tendencia a hacer que el paro desaparezca. El hecho de que los desocupados busquen trabajo deberá llevar a la fijación de tipos salariales a un nivel que permita a los empresarios contratar a todos aquellos que quieren trabajar y ganar un salario. Pero si los salarios mínimos impiden un ajuste de los tipos salariales a las condiciones de la oferta y la demanda, el paro tiende a convertirse en un fenómeno de masas permanente. Hay sólo un medio de hacer que los tipos salariales de mercado suban para todos los que desean trabajar: aumentar el volumen de los capitales disponibles que permita mejorar los métodos técnicos de producción, aumentando de este modo la productividad marginal de la mano de obra. Es triste que una gran guerra, al destruir parte del stock de bienes de capital, traiga como resultado una reducción temporal de los tipos salariales, cuando se supera la escasez de mano de obra producida por el alistamiento de millones de hombres. Y precisamente porque son conscientes de esta lamentable consecuencia, los liberales dicen que la guerra es un desastre no sólo político sino también económico.

El gasto público no es un medio adecuado para acabar con el paro. Si el gobierno financia sus gastos mediante impuestos o mediante empréstitos, restringe la capacidad de inversión y de gasto del ciudadano particular en la misma medida en que aumenta su propia capacidad de gasto. Si el gobierno financia sus gastos mediante la inflación (emisión de papel moneda adicional o petición de préstamos a bancos comerciales) provoca una subida general de precios. Si entonces los tipos salariales nominales no suben o no tanto como los precios de los bienes de consumo, es posible que desaparezca el paro. Pero

desaparece precisamente porque los tipos salariales reales se han reducido.

El progreso tecnológico aumenta la productividad del trabajo humano. Con la misma cantidad de capital y de mano de obra se puede producir hoy más que antes. Se puede disponer de un excedente de capital y de mano de obra para la expansión de las industrias existentes o para la creación de otras nuevas. Puede tener lugar un «paro tecnológico» como fenómeno transitorio. Pero el parado puede encontrar pronto nuevo empleo bien en las nuevas industrias o en las existentes en vías de expansión. Hoy están empleados millones de obreros en industrias creadas en las últimas décadas. Y los principales compradores de los productos de las nuevas industrias son los propios asalariados.

Sólo hay un remedio para el paro duradero de grandes masas: el abandono de la política de subida de salarios por decreto gubernamental o mediante la violencia o la amenaza de violencia.

Quienes propugnan el intervencionismo porque quieren sabotear el capitalismo y llegar de este modo al socialismo son por lo menos consecuentes. Saben qué es lo que quieren. Pero quienes no quieren sustituir la propiedad privada por la *Zwang-wirtschaft* alemana o por el bolchevismo ruso se equivocan lamentablemente cuando defienden el control de los precios y la coacción sindical.

Los defensores más cautelosos y sutiles del intervencionismo son lo bastante sagaces para comprender que la intervención gubernamental en la vida económica fracasa a la larga en lograr los fines perseguidos. Pero lo que se precisa, afirman, es una actuación inmediata, una política a corto plazo. El intervencionismo es bueno porque sus efectos inmediatos son beneficiosos, aunque sus consecuencias remotas puedan ser desastrosas. No hay que pensar en el mañana; lo único que cuenta es el presente. Respecto a esta actitud debemos subrayar dos puntos: 1) hoy, después de años y décadas de políticas intervencionistas, nos encontramos ya frente a las consecuencias a lar-

go plazo del intervencionismo; 2) la intervención en los salarios está destinada a fracasar aun a breve plazo si no va acompañada de las correspondientes medidas proteccionistas.

7. Estatismo y proteccionismo

El estatismo —ya sea intervencionismo o socialismo— es una política nacional. Lo han adoptado los gobiernos nacionales de varios países, que se preocupan de todo cuanto consideran que favorece los intereses de su país. No les preocupa la suerte ni la felicidad de los extranjeros. No se preocupan del destino o de la felicidad de los extranjeros.

Hemos visto ya que la política estatista perjudica al bienestar de toda la nación e incluso de los grupos o clases a quienes se propone beneficiar. Para el propósito de este libro es aún más importante recalcar que no hay ningún sistema nacional estatista que pueda funcionar en un mundo de libre cambio. El estatismo y el libre cambio son incompatibles en las relaciones internacionales, no sólo a la larga, sino también a corto plazo. El estatismo debe ir acompañado de medidas que limitan las conexiones del mercado interior con los mercados exteriores. El proteccionismo moderno, con su tendencia a hacer que cada país se baste a sí mismo en lo posible, está inseparablemente ligado al intervencionismo y a su inherente tendencia a convertirse en socialismo. El inevitable resultado del estatismo es el nacionalismo económico.

Varias doctrinas y consideraciones indujeron en el pasado a los gobiernos a embarcarse en la política proteccionista. La economía ha demostrado que todos los argumentos eran falaces. Nadie que posea algún conocimiento de la teoría económica se atreve hoy a defender esos errores hace ya tiempo desenmascarados. Todavía desempeñan un papel importante en las discusiones populares y son el tema predilecto de las fulminaciones demagógicas, pero no tienen nada que ver con el proteccionismo de hoy. El proteccionismo actual es un corolario necesario

de la política interior de intervención estatal en la vida económica. El intervencionismo engendra el nacionalismo económico y de este modo provoca los antagonismos que desembocan en la guerra. No es posible el abandono del nacionalismo económico si las naciones se aferran a la intervención en la vida económica. El libre cambio en las relaciones internacionales requiere el libre cambio interior. Todo esto es fundamental para comprender las relaciones internacionales contemporáneas.

Es evidente que todas las medidas intervencionistas aspiran a elevar los precios internos en beneficio de los productores nacionales, y que todas las medidas cuyo efecto inmediato es la subida de los costes de producción internos se frustrarían si a los productos extranjeros no se les excluyera en bloque de la competencia en el mercado nacional o no fuera penalizada su importación. Cuando, en igualdad de condiciones, la legislación laboral consigue reducir las horas de trabajo o imponer otras cargas en beneficio de los asalariados, el efecto inmediato es la subida de los costes de producción. Los productores extranjeros pueden competir en condiciones más favorables que antes, tanto en el mercado interior como en el exterior.

El reconocimiento de este hecho ha impulsado, desde hace tiempo, la idea de igualar la legislación laboral en los diferentes países. Estos planes tomaron una forma más definida tras la conferencia internacional convocada por el gobierno alemán en 1890, y llevaron por fin, en 1929, a la creación de la Oficina Internacional del Trabajo en Ginebra. Los resultados obtenidos fueron poco alentadores. La única manera eficaz de igualar las condiciones de trabajo en todo el mundo sería la libertad de migración. Pero contra eso precisamente luchan, con todos los medios a su disposición, los obreros sindicados de los países mejor dotados de recursos económicos y relativamente menos poblados.

Los trabajadores de los países en que las condiciones naturales de producción son más favorables y la población es relativamente reducida gozan de las ventajas de una productividad marginal del trabajo más elevada. Perciben salarios más altos,

su nivel de vida es más elevado y desean proteger su ventajosa situación prohibiendo o restringiendo la inmigración.⁹ Por otra parte, denuncian como desleal la competencia de artículos producidos en el extranjero mediante una mano de obra peor remunerada y piden la protección contra la importación de esos artículos.

Los países relativamente superpoblados, es decir en los que la productividad marginal del trabajo es inferior a la de otros países, sólo tienen una manera de competir con países más favorecidos: tener salarios más bajos y un nivel de vida más bajo. Los tipos de salario son más bajos en Hungría y en Polonia que en Suecia o en Canadá, porque aquellos países son más pobres en recursos naturales y cuentan relativamente con más población, cosas que no se pueden resolver por convenios internacionales ni mediante la intervención de una oficina internacional del trabajo. El nivel medio de vida es más bajo en Japón que en Estados Unidos, porque la misma cantidad de trabajo produce en Japón menos que en Estados Unidos.

En tales condiciones, el fin perseguido por los convenios internacionales respecto a la legislación laboral y a la política de los sindicatos no puede ser igualar los salarios, las horas de trabajo, ni otras medidas «favorables a los trabajadores». El único fin sólo puede ser coordinar esos elementos de manera que no se produzca ningún cambio en las condiciones de la competencia vigentes internacionalmente. Si, por ejemplo, las leyes norteamericanas o la política sindical dieran lugar a una subida del 5 por ciento en los costes de producción, sería necesario averiguar en qué medida este aumento repercute en los costes de pro-

⁹ A muchos norteamericanos no les es familiar el hecho de que en los años que mediaron entre las dos guerras mundiales casi todas las naciones europeas recurrieron a leyes muy estrictas contra la inmigración. Dichas leyes eran más rígidas que las norteamericanas, pues la mayor parte de ellas no concedían cuotas para ninguna inmigración. Cada nación deseaba proteger su nivel de salarios —bajo en comparación con el norteamericano— contra la inmigración de hombres de otros países donde el nivel de salarios era más bajo todavía. El resultado fue el odio mutuo y —ante la amenaza de un peligro común— la desunión.

ducción en los diversos sectores industriales en que Estados Unidos y Japón compiten o podrían competir si variara la relación de los costes de producción. Después sería necesario investigar qué clase de medidas podrían gravar la producción japonesa en una medida tal que no se produjera ningún cambio en la capacidad competitiva de ambos países. Es evidente que esos cálculos serían muy complicados. Los técnicos discreparían tanto sobre los métodos que deberían aplicarse como sobre los resultados probables. Pero, aunque no fuera ese el caso, no se podría llegar a un acuerdo. Porque la adopción de semejantes medidas de compensación sería perjudicial a los intereses de los obreros japoneses, a quienes les traería más cuenta aumentar su exportación con desventaja para la exportación norteamericana; aumentaría así su demanda de mano de obra y las condiciones de los trabajadores japoneses mejoraría efectivamente. Guiado por esta idea, Japón estaría dispuesto a minimizar el aumento en los costes de producción resultante de las medidas norteamericanas y se resistiría a adoptar medidas compensatorias. Es ilusorio esperar que los acuerdos internacionales sobre políticas socio-económicas puedan sustituir al intervencionismo.

Debemos comprender que prácticamente toda nueva medida favorable a los trabajadores impuesta a los empresarios origina un aumento de los costes de producción y, por lo tanto, un cambio en las condiciones de la competencia. Si no fuera por el proteccionismo, esas medidas dejarían inmediatamente de alcanzar los fines perseguidos. No darían otro resultado que la restricción del mercado interior y, en consecuencia, un aumento del paro. Los parados sólo podrían encontrar trabajo con un salario más reducido, y si no se mostraran dispuestos a aceptar esa solución seguirían parados. Hasta la gente de espíritu más estrecho comprendería que las leyes económicas son inexorables, y que la intervención gubernamental en la vida económica no puede alcanzar sus objetivos, sino que más bien conduce necesariamente a una situación que —desde el punto de vista del gobierno y de quienes defienden su política— es aún menos deseable que las condiciones que se deseaba cambiar.

El proteccionismo no puede eliminar las inevitables consecuencias del intervencionismo. Sólo en apariencia puede mejorar las condiciones; sólo puede ocultar la verdadera situación. El fin que persigue es elevar los precios internos. Los precios más altos proporcionan una compensación de la subida de los costes de producción. El trabajador no sufre una reducción de su jornal, pero tiene que pagar más por las cosas que quiere comprar. En lo que respecta al mercado interior, el problema queda aparentemente resuelto.

Pero esto nos lleva a un nuevo problema: el monopolio. Muchos americanos desconocen que, en los años comprendidos entre ambas guerras mundiales, casi todas las naciones europeas recurrieron a la promulgación de rigurosas leyes contrarias a la inmigración. Estas leyes eran más rígidas que las americanas, puesto que la mayor parte de ellas no establecía ninguna cuota de inmigración. Toda nación quería proteger su propio nivel salarial —bajo en comparación con las condiciones americanas— de la inmigración de hombres de otros países en que los tipos salariales eran aún más bajos. El resultado fue un odio recíproco y —frente a la amenaza del peligro común— la desunión.

8. *Nacionalismo económico y precios del monopolio*

El fin que persigue el arancel protector es eliminar las no deseadas consecuencias de la subida de los costes de producción interiores ocasionada por la intervención gubernamental. Su propósito es preservar la capacidad competitiva de las industrias nacionales a pesar del aumento de los costes de producción.

Sin embargo, la mera imposición de un derecho de importación no puede lograr ese fin sino en el caso de artículos cuya producción nacional sea inferior a la demanda interna. Si las industrias producen más de lo que se necesita para el consumo nacional, el simple arancel sería inútil si no se complementara con el monopolio.

En un país industrial europeo, Alemania por ejemplo, un derecho de importación sobre el trigo aumenta el precio interior al nivel del precio de mercado mundial más el derecho de importación. Aunque el aumento del precio interior del trigo dé lugar, por un lado, a la expansión de la producción nacional y, por otro, a la restricción del consumo interno, las importaciones siguen siendo necesarias para satisfacer la demanda interna. Como los costes del comerciante marginal de trigo incluyen tanto los precios de mercado mundial como el impuesto a la importación, el precio interior sube a este nivel.

No ocurre así con aquellos bienes que Alemania produce en tales cantidades que puede exportar una parte. Un impuesto a la importación alemán sobre artículos que Alemania produce no sólo para el mercado interno sino también para la exportación sería, en lo que respecta al mercado exterior, una medida inútil para compensar el aumento de los costes de producción internos. Es cierto que la misma impediría la venta de productos extranjeros en el mercado alemán. Pero el comercio de exportación sigue necesariamente siendo obstaculizado por el aumento de los costes de producción. Por otra parte, la competencia entre los productores nacionales en el mercado interior eliminaría aquellas instalaciones alemanas cuya producción no diera ganancias con la subida de costes debida a la intervención gubernamental. En el nuevo equilibrio los precios internos alcanzarían el nivel de los precios del mercado mundial más una parte del impuesto de importación. El consumo interno sería entonces menor que antes de la subida de los costes de la producción internos y de la imposición del derecho de importación. La reducción del consumo interior y la disminución de las exportaciones significan una contracción de la producción con el consiguiente paro y un aumento de presión en el mercado laboral como resultado de una baja de salarios. El fracaso de la *Sozialpolitik* salta a la vista.¹⁰

¹⁰ No necesitamos considerar el caso de aranceles tan bajos que ninguna o sólo unas pocas instalaciones industriales nacionales puedan proseguir la pro-

Pero hay todavía otra salida. El hecho de que el derecho de importación haya aislado el mercado interior brinda a los productores nacionales la oportunidad de establecer una especie de monopolio. Pueden formar un cártel y cargar sobre los consumidores nacionales unos precios de monopolio que pueden subir a un nivel sólo ligeramente inferior al precio del mercado mundial más el derecho de importación. Con los beneficios del monopolio interior pueden permitirse vender a precio más bajo en el exterior. La producción continúa. Al público ignorante se le oculta hábilmente el fracaso de la *Sozialpolitik*. Pero los consumidores nacionales deben pagar precios más altos. Lo que el trabajador gana mediante la subida de los salarios y la legislación social lo pierde en su calidad de consumidor.

Pero el gobierno y los dirigentes de los sindicatos han logrado lo que se proponían. Pueden presumir de que los empresarios se equivocaban al predecir que las subidas salariales y la nueva legislación laboral perjudicarían a sus instalaciones y paralizarían la producción.

Los mitos marxistas han conseguido envolver el problema del monopolio en vacua charlatanería. Según las doctrinas marxistas sobre el imperialismo, en una sociedad de mercado libre prevalece una tendencia hacia el establecimiento de monopolios. El monopolio, según estas doctrinas, es un mal cuyo origen está en la actuación de fuerzas inherentes al capitalismo. Es también, a los ojos de los progresistas, el peor de los inconvenientes del sistema de *laissez faire*, su existencia es la mejor justificación del intervencionismo, y, por lo tanto, el principal objetivo de la intervención gubernamental debe consistir en combatirlo. Una de las consecuencias más serias del monopolio es que engendra el imperialismo y la guerra.

Hay ciertamente casos en que quizá pudiera establecerse un monopolio —un monopolio mundial— de algunos productos

ducción para el mercado interior. En ese caso los competidores extranjeros podrían penetrar en el mercado nacional y los precios llegarían al nivel de los del mercado mundial más el derecho de importación. El fracaso de una tarifa semejante se pondría aún más de manifiesto.

sin el apoyo de la compulsión y coerción gubernamental. El hecho de que los recursos naturales para la producción del mercurio sean muy escasos, por ejemplo, podría dar lugar a un monopolio incluso al margen de toda intervención gubernamental. Hay también casos en que el elevado coste del transporte hace posible el establecimiento de monopolios locales de mercancías de gran volumen, por ejemplo algunos materiales de construcción en lugares de difícil acceso. Pero no es ese el problema que interesa a la mayoría de la gente cuando se analiza el monopolio. Casi todos los monopolios atacados por la opinión pública y contra los cuales finge el gobierno luchar son creación del gobierno. Son monopolios nacionales creados al abrigo de los derechos de importación. En un régimen libre-cambista desaparecerían.

El modo común de tratar la cuestión del monopolio es mendaz y deshonesto de arriba abajo. No se pueden emplear expresiones más suaves para caracterizarlo. El fin que se propone el gobierno es subir el precio interior de los artículos en cuestión por encima del nivel del mercado mundial, con objeto de salvaguardar a corto plazo el funcionamiento de su política favorable a los trabajadores. Los productos de gran calidad ingleses, norteamericanos y alemanes no precisarían de protección alguna contra la competencia extranjera si no fuera por la política de aumento de costes de la producción interna de sus propios gobiernos. Pero, como vimos anteriormente, su política arancelaria sólo puede funcionar si hay un cártel que impone en el mercado interior unos precios de monopolio. A falta de semejante cártel la producción nacional se reduciría, pues los productores extranjeros tendrían la ventaja de producir a costes más bajos que los debidos a la nueva medida supuestamente favorable a los trabajadores. Un sindicalismo muy desarrollado, sostenido por lo que comúnmente se denomina «legislación laboral progresista», fracasaría incluso a corto plazo si los precios internos no se mantuvieran a un nivel superior al del mercado mundial y si los exportadores (en caso de que las exportaciones puedan continuar) no estuvieran en situación de

compensar los reducidos precios de la exportación con los beneficios obtenidos en el mercado interno. Donde el coste interno de producción aumenta a causa de una intervención gubernamental o de la coacción que ejercen los sindicatos, el comercio exterior tendrá que ser subvencionado. Esta subvención puede concederla el gobierno abiertamente como tal, o bien puede disimularse con un monopolio. En este caso los consumidores nacionales pagan las subvenciones en forma de precios más altos por los artículos que el monopolio vende más baratos en el extranjero. Si el gobierno fuera sincero en su actitud de oposición al monopolio, podría encontrar un remedio muy sencillo. La supresión del impuesto a la importación disiparía de golpe el peligro de monopolio. Pero los gobiernos y sus amigos tienen interés en elevar los precios internos. Su lucha contra el monopolio no es más que una farsa.

Que el objetivo que el gobierno se propone es la subida de precios, salta a la vista si nos fijamos en las condiciones en que la imposición de un derecho de importación no conduce a la formación de un cártel de monopolio. Los labradores norteamericanos que producen trigo, algodón y otros productos agrícolas no pueden, por razones técnicas, formar un cártel. El resultado es que la administración ha inventado un plan para subir los precios mediante la restricción de la producción y sustrayendo del mercado grandes cantidades mediante compras y préstamos gubernamentales. Los fines logrados con esta política sustituyen al irrealizable cártel y monopolio agrícola.

No son menos visibles los esfuerzos de varios gobiernos para crear cárteles internacionales. Si el arancel protector da por resultado la formación de un cártel nacional, en muchos casos la cartelización internacional podría lograrse mediante convenios entre cárteles nacionales. A esta clase de convenios les sirve a menudo muy bien otra actividad de los gobiernos previa a los monopolios: las patentes y otros privilegios concedidos a los nuevos inventos. Sin embargo, allí donde obstáculos técnicos impiden la creación de cárteles nacionales —como sucede casi siempre con la producción agrícola— no se puede llegar a esa

clase de convenios internacionales. Entonces, los gobiernos vuelven a intervenir. La historia entre las dos guerras mundiales es un registro abierto de la intervención del Estado para estimular monopolios y restricciones mediante convenios internacionales. Durante este tiempo ha habido planes de *pools* del trigo, de restricciones del caucho y del estaño, y así sucesivamente.¹¹ Claro está que la mayoría fracasaron rápidamente. Tal es la verdadera historia del monopolio moderno. El monopolio no es un resultado del capitalismo sin trabas y de la tendencia inherente a la evolución capitalista, como quieren hacernos creer los marxistas. Es, por el contrario, el resultado de políticas gubernamentales que aspiran a reformar la economía de mercado.

9. *La autarquía*

El intervencionismo aspira al control de las condiciones del mercado por parte del Estado. Como la soberanía del Estado nacional está limitada al territorio sujeto a su supremacía y carece de jurisdicción fuera de sus límites, considera que todas las relaciones económicas internacionales son serios obstáculos a su política. El fin último de su política de comercio exterior es la autosuficiencia económica. La confesada tendencia de esta política es, claro está, reducir todo lo posible las importaciones; pero como el único fin de las exportaciones es pagar las importaciones, también se reducen en forma correspondiente.

La persecución de la autosuficiencia económica es aún más violenta en el caso de los gobiernos socialistas. En una comunidad socialista la producción para el consumo interior no la dirigen ya los gustos y deseos de los consumidores. El comité central para la administración de la producción suministra al consumidor nacional con arreglo a sus propias ideas acerca de

¹¹ G.L. Schwartz, «Back to Free Enterprise», *Nineteenth Century and After*, CXXXI (1942), p. 130.

lo que más le conviene; *cuida* del pueblo, pero ya no sirve al consumidor. No sucede lo mismo en la producción para la exportación. Los compradores extranjeros no están sujetos a las autoridades del Estado socialista. Hay que servirles, hay que tener en cuenta sus caprichos y deseos. El gobierno socialista es soberano en cuanto al suministro a los consumidores nacionales, pero en sus relaciones de comercio internacional tropieza con la soberanía del consumidor extranjero. En los mercados extranjeros tiene que competir con otros productores que ofrecen artículos mejores y más baratos. Ya dijimos que la dependencia de importaciones del extranjero y, por consiguiente, de las exportaciones influyó en la estructura global del socialismo alemán.

El fin esencial de la producción socialista es, según Marx, la eliminación del mercado. Mientras una comunidad socialista se vea obligada a vender en el extranjero parte de su producción —ya sea a gobiernos extranjeros, o bien a empresas extranjeras—, sigue produciendo para un mercado y está sujeta a las leyes de la economía de mercado. Un sistema socialista es defectuoso mientras no sea económicamente autosuficiente.

La división internacional del trabajo es un sistema de producción más eficiente que la autarquía económica de todas las naciones. La misma cantidad de trabajo y de factores materiales de producción produce más. Esta mayor producción beneficia a todos los interesados. El proteccionismo y la autarquía dan siempre por resultado el desplazamiento de la producción desde centros en los que las condiciones son más favorables —por ejemplo, allí donde la producción con la misma cantidad de recursos es más elevada— a centros en los que esas condiciones son menos favorables. Los recursos más productivos permanecen inactivos mientras se utilizan los menos productivos. El resultado es una disminución general de la productividad del trabajo humano, y por lo tanto un descenso del nivel de vida en todo el mundo.

Las consecuencias económicas de la política proteccionista y de la tendencia hacia la autarquía son las mismas en todos los

países. Pero hay diferencias cualitativas y cuantitativas. Los resultados sociales y políticos son distintos en países industriales relativamente superpoblados y en países agrícolas relativamente poco poblados. En los países predominantemente industriales suben los precios de los productos alimenticios más necesarios. Esto afecta al bienestar de las masas en mayor medida y antes que la correspondiente subida de precios de artículos manufacturados en los países predominantemente agrícolas. Además, los trabajadores de los países industriales están en mejor posición para hacer oír sus demandas que los agricultores y braceros en los países agrícolas. Los políticos y los economistas de los países predominantemente industriales se asustan. Comprenden que las condiciones naturales hacen vanos los esfuerzos de su país para sustituir los productos alimenticios y las primeras materias por la producción nacional. Comprenden claramente que los países industriales de Europa no pueden alimentar ni vestir a la población sólo con los productos internos. Prevén que la tendencia hacia un mayor proteccionismo y un mayor aislamiento de cada país y finalmente la autosuficiencia causarán un terrible descenso en el nivel de vida, si no ya el hambre. Y lo que hacen es buscar remedios en torno a ellos. El agresivo nacionalismo alemán está animado por estas consideraciones. Durante más de sesenta años los nacionalistas alemanes insistieron sobre las consecuencias que la política proteccionista de otros países acabaría teniendo para Alemania. Señalaban que Alemania no puede vivir sin importar productos alimenticios y primeras materias. ¿Cómo iban a pagar esas importaciones el día en que las naciones que producen esas materias consiguieran desarrollar sus industrias nacionales y cerraran el acceso a las exportaciones alemanas? El único remedio para superar esta saturación, decían, es ampliar el espacio vital, el *Lebensraum*.

Los nacionalistas alemanes se dan plena cuenta de que hay otras muchas naciones —Bélgica, por ejemplo— que están en la misma desfavorable situación. Pero hay, dicen, una diferencia muy importante. Son naciones pequeñas, y por lo tanto impotentes. Alemania es lo bastante fuerte para conquistar más

espacio. Y, felizmente para Alemania, dicen, hay otras dos naciones poderosas que están en la misma situación que Alemania: Italia y Japón. Estas dos naciones son las naturales aliadas de Alemania en estas guerras de los que «no tienen» contra los que «tienen». Alemania no aspira a la autarquía porque desee hacer la guerra. Aspira a la guerra porque desea la autarquía, porque desea la autosuficiencia económica.

10. *Proteccionismo alemán*

El segundo imperio alemán, fundado en Versalles en 1871, no era sólo una nación muy poderosa; era también, a pesar de la depresión que se inició en 1873, muy próspera económicamente. Sus instalaciones industriales competían con gran éxito —en el extranjero y en el interior— con los productos extranjeros. Algunos gruñones encontraban defectos en las manufacturas alemanas; decían que eran baratas pero de inferior calidad. Pero la gran demanda extranjera pedía precisamente esos artículos baratos. Las masas se fijaban más en la baratura que en la buena calidad. Quien quisiera aumentar las ventas tenía que rebajar los precios.

En aquellos optimistas años '70 todo el mundo estaba plenamente convencido de que Europa se hallaba en vísperas de un periodo de paz y prosperidad. No habría más guerras; las barreras aduaneras estaban condenadas a desaparecer; los hombres tendrían más interés en construir y en producir que en destruir y en matarse unos a otros. Desde luego que a los hombres de visión no se les podía escapar que la preeminencia cultural de Europa se desvanecería. Las condiciones naturales para la producción eran más favorables a los países ultramarinos. El capitalismo estaba a punto de explotar los recursos de los países atrasados. Algunos sectores de la producción industrial no podrían soportar la competencia de regiones recién abiertas. La producción agrícola y la minería disminuirían en Europa; los europeos adquirirían esos productos mediante la exportación

de manufacturas. Pero la gente no se preocupaba. La intensificación de la división internacional del trabajo no era a sus ojos un desastre, sino, por el contrario, una fuente de ofertas más abundantes. El libre cambio haría que todas las naciones florecieran.

Los liberales alemanes propugnaban el libre cambio, el patrón oro y la libertad de la vida económica interna. La producción alemana no necesitaba protecciones y barría triunfalmente el mercado mundial. Hubiera sido una tontería exponer el argumento de la industria naciente. La industria alemana había llegado a su madurez.

Naturalmente, todavía había muchos países que castigaban las importaciones. Sin embargo, lo que se deducía del argumento librecambista de Ricardo era irrefutable. Aunque todas las demás naciones se aferren al proteccionismo, cada una de ellas sirve mejor a sus propios intereses mediante el libre cambio. Los liberales propugnaban el libre cambio, no en consideración a los extranjeros, sino por el bien de su propio país. Allí estaban los ejemplos de Inglaterra y de algunas naciones pequeñas como Suiza. A esos países les iba muy bien con el libre cambio. ¿Debía Alemania adoptar su política? ¿O debía imitar a naciones semibárbaras como Rusia?

Alemania eligió el segundo camino, y la decisión trajo un cambio en la historia moderna.

Respecto al moderno proteccionismo alemán circulan muchos errores. En primer lugar, es importante reconocer que las enseñanzas de Friedrich List no tienen nada que ver con el moderno proteccionismo alemán. List no propugnaba derechos arancelarios para los productos agrícolas. Pedía protección para las industrias incipientes, y al hacerlo subestimaba el poder de competencia de la producción alemana contemporánea. Ya en aquellos años, a principios de la cuarta década del siglo pasado, la producción industrial alemana era mucho más fuerte de lo que creía List. Treinta o cuarenta años después era la primera en el continente europeo y podía competir con éxito en el mercado mundial. Las doctrinas de List desempeñaron un papel im-

portante en la evolución del proteccionismo en la Europa oriental y en América latina. Pero los defensores del proteccionismo alemán no tenían razón al invocar a List. List no rechazaba incondicionalmente el libre cambio, propugnaba el proteccionismo únicamente para un periodo de transición y en ninguna parte sugirió que la agricultura fuera protegida. List se hubiera opuesto violentamente a la tendencia de la política comercial exterior alemana de los últimos sesenta y cinco años.

El defensor más representativo del moderno proteccionismo alemán fue Adolf Wagner. La esencia de sus doctrinas es la siguiente: todos los países que tienen un exceso de producción de artículos alimenticios y de primeras materias tienen interés en desarrollar la industria interior y poner trabas a los productos industriales extranjeros. El mundo se encamina hacia la autosuficiencia económica en cada nación. ¿Cuál será, en un mundo así, el destino de las naciones que no pueden alimentar ni vestir a sus ciudadanos con productos alimenticios y primeras materias nacionales? Están condenados a morirse de hambre.

Adolf Wagner, hombre de mentalidad no muy aguda, era un mediocre economista. A sus partidarios les pasaba lo mismo, pero no eran todos tan romos como para no reconocer que el proteccionismo no es una panacea contra los peligros que describían. El remedio que aconsejaron fue la conquista de más espacio: la guerra. Pidieron protección para la agricultura alemana con objeto de estimular la producción del pobre suelo del país, porque querían hacer a Alemania independiente del suministro de productos alimenticios durante la guerra inminente. Los derechos de importación a los productos alimenticios eran a sus ojos un remedio a corto plazo, una medida para un periodo de transición. El remedio último era la guerra y la conquista.

Sería, sin embargo, un error suponer que el incentivo que llevó a Alemania a embarcarse en el proteccionismo fue la propensión a hacer la guerra. Wagner, Schmoller y otros socialistas de cátedra llevaban ya mucho tiempo predicando en sus conferencias y seminarios el evangelio de la conquista. Pero hasta

poco antes de finales de los años noventa no se atrevieron a propagar esas opiniones por escrito. Además, las consideraciones de la economía de guerra podían justificar el proteccionismo sólo para la agricultura, y no eran aplicables a las industrias en expansión. El argumento militar de estar preparados para la guerra no desempeñó un papel importante en el proteccionismo de la producción alemana.

El principal motivo para los aranceles sobre los productos industriales fue la *Sozialpolitik*. La política favorable a los trabajadores elevó los costes internos de producción, y se hizo necesario salvaguardar sus efectos a breve plazo. Para eludir el dilema, o salarios más bajos o restricción de las exportaciones y aumento del paro, había que subir los precios internos por encima del nivel del mercado mundial. Cada nuevo avance de la *Sozialpolitik* y cada huelga que triunfaba trastornaba las condiciones con desventaja para las empresas alemanas y les hacía más difícil la competencia con el exterior, tanto en el mercado nacional como en el extranjero. La tan exaltada *Sozialpolitik* sólo era posible en un organismo económico protegido por aranceles.

Alemania desarrolló así su característico sistema de cárteles, que imponían al consumidor nacional precios altos y vendían barato en el extranjero. Lo que el trabajador ganaba con la legislación social y los salarios impuestos por los sindicatos era absorbido por los precios más altos. El gobierno y los dirigentes de los sindicatos se gloriaban del aparente éxito de su política: los obreros percibían más dinero en salarios. Pero los *salarios reales* no subían más que la productividad marginal del trabajo.

Sin embargo, sólo unos cuantos observadores lo vieron claramente. Algunos economistas intentaron justificar el proteccionismo industrial como una forma de preservar los frutos de la *Sozialpolitik* y de la labor de los sindicatos y propugnaron el proteccionismo social (*den sozialen Schutzzoll*). No conseguían comprender que todo el proceso demostraba la inutilidad de la coacción gubernamental y de la intervención de los sindicatos

en las condiciones de trabajo. La mayor parte de la opinión pública no tenía la menor idea de que la *Sozialpolitik* y el proteccionismo estaban estrechamente ligados. La tendencia hacia los cárteles y el monopolio era en su opinión una de las muchas consecuencias del capitalismo. Acusaban furiosamente a la codicia de los capitalistas. Los marxistas lo interpretaban como la concentración del capital prevista por Marx e ignoraban deliberadamente el hecho de que no era un resultado de la libre evolución del capitalismo, sino de la intervención gubernamental, de los aranceles y, en algunos sectores como el de la potasa y el del carbón, de la imposición directa del gobierno. Algunos de los socialistas de cátedra menos sagaces (Lujo Brentano, por ejemplo) llegaron en su incoherencia a propugnar al mismo tiempo el libre cambio y una política sindical más radical.

En los treinta años anteriores a la Primera Guerra Mundial pudo Alemania eclipsar a todos los demás países europeos en política favorable a los trabajadores porque practicó sobre todo el proteccionismo y posteriormente la cartelización.

Cuando posteriormente, en el curso de la depresión de 1929 y los años siguientes, las cifras de desempleo aumentaron notablemente porque los sindicatos no estaban dispuestos a aceptar un descenso de los salarios en tiempos de bonanza, el proteccionismo de aranceles relativamente moderados se convirtió en una política superproteccionista de sistema de contingenciación, devaluación monetaria y control de cambios de moneda extranjera. En este momento no estaba ya Alemania a la cabeza en la política «social»; había sido superada por otros países. Inglaterra, en otros tiempos paladín del libre cambio, adoptó la idea alemana de la protección social. Lo mismo hicieron otros países. Hasta hoy, el superproteccionismo es el corolario de la *Sozialpolitik* de estos tiempos.

No se puede dudar de que durante cerca de sesenta años Alemania sirvió en Europa de ejemplo tanto en la *Sozialpolitik* como en el proteccionismo. Pero los problemas en cuestión no son sólo problemas alemanes.

Los países más adelantados de Europa son pobres en recursos nacionales. Están relativamente sobrepoblados y, en la actual tendencia hacia la autarquía, las barreras migratorias y la expropiación de inversiones extranjeras están en una situación muy desdichada. El aislamiento significa para ellos un serio descenso del nivel de vida. Después de la guerra actual, Inglaterra, que habrá perdido su activo extranjero, se encontrará en la misma situación que Alemania. Lo mismo les pasará a Italia, Bélgica y Suiza. Francia saldrá quizá un poco mejor porque hace tiempo que tiene una natalidad reducida. Pero hasta los países pequeños y predominantemente industriales de la Europa oriental están en mala situación. ¿Cómo van a pagar las importaciones de algodón, café, varios minerales y otros productos? Su suelo es mucho más pobre que el del cinturón de trigo de Canadá o de Estados Unidos. Sus productos no pueden competir en el mercado mundial.

El problema no es, pues, un problema alemán, sino europeo. Es un problema exclusivamente alemán sólo en el sentido de que los alemanes intentaron —en vano— resolverlo por la guerra y la conquista.

4. *Estatismo y nacionalismo*

1. *El principio de nacionalidad*

A principios del siglo *xx* el vocabulario político del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda no hacía distinción entre los conceptos de Estado, pueblo y nación. Las conquistas que habían ampliado el reino y puesto bajo su dominio nuevos países y sus habitantes no alteraban el tamaño de la nación y del Estado. Los territorios anexionados, así como las colonias ultramarinas de súbditos británicos, quedaban fuera del Estado y de la nación. Eran propiedad de la corona bajo el control del parlamento. La nación y el pueblo eran los ciudadanos de los tres reinos —Inglaterra, Escocia e Irlanda. Inglaterra y Escocia habían formado una unión en 1707, y en 1801 se les unió Irlanda. No había intención de incorporar a ese cuerpo los ciudadanos instalados al otro lado del mar en Estados Unidos. Cada colonia tenía su propio parlamento y su propio gobierno local. Cuando el parlamento de Westminster intentó incluir en su jurisdicción las colonias de Nueva Inglaterra y del sur de Nueva Inglaterra, promovió el conflicto que condujo a la independencia de los Estados Unidos. En la Declaración de Independencia las trece colonias decían de sí mismas que eran un pueblo distinto del representado en el parlamento de Westminster. Las distintas colonias, que habían proclamado su derecho a la independencia, formaron una unión política y de este modo dieron a la nueva nación, que vino a crearse por motivos naturales y razones históricas, una organización política adecuada.

Incluso en tiempos del conflicto americano los liberales ingleses simpatizaban con las aspiraciones de los colonos. Durante

el siglo XIX Gran Bretaña reconoció plenamente el derecho de los colonizadores blancos, en las posesiones de ultramar, a instaurar gobiernos autónomos. Los ciudadanos de los *dominions* no eran miembros de la nación británica. Formaban naciones propias con todos los derechos reconocidos a los pueblos civilizados. Ningún esfuerzo se hizo para ampliar el territorio del que provienen los miembros elegidos al parlamento de Westminster. Si a una parte del imperio se le concede la autonomía, esa parte se convierte en Estado autónomo con su propia constitución. La extensión del territorio cuyos ciudadanos están representados en el parlamento de Londres no ha experimentado ninguna ampliación desde 1801; se limitó a la fundación del Estado libre de Irlanda.

Para los revolucionarios franceses los términos Estado, nación y pueblo era idénticos. Francia era para ellos el país comprendido en las fronteras históricas. Los enclaves extranjeros (como el Aviñón de los papas y las posesiones de los príncipes alemanes) eran, por derecho natural, partes de Francia y debían unirse a ella. Las guerras victoriosas de la revolución y de Napoleón I relegaron temporalmente estas ideas en el olvido. Pero después de 1815 retomaron su significado anterior. Francia es el país comprendido en las fronteras fijadas por el Congreso de Viena. Posteriormente, Napoleón III incorporó a su reino la Saboya y Niza, regiones con habitantes de lengua francesa para las cuales no había espacio en el nuevo reino de Italia al que el Estado de Savoya-Piamonte-Cerdeña se había incorporado. A los franceses no les entusiasmaba esta expansión de su país; los nuevos distritos debían ser asimilados lentamente en el Estado francés. Los planes de Napoleón III de adquirir Bélgica, Luxemburgo y la orilla izquierda del Rin no fueron populares en Francia. Los franceses no consideraban miembros de su nación o pueblo a los valones ni a los suizos o canadienses de habla francesa. A sus ojos son extranjeros que hablan el mismo idioma, buenos amigos antiguos, pero no franceses.

No era lo mismo para los liberales alemanes e italianos. Los Estados que querían reformar eran producto de guerras dinás-

ticas o de matrimonios y no podían ser considerados como entidades naturales. Habría sido realmente paradójico destruir el despotismo del príncipe de la *rama joven de los Reuss* para establecer un gobierno democrático en los dispersos dominios de aquel potentado. Los súbditos de aquellos pequeños príncipes no se consideraban *reussianos de la rama joven o de Sajonia-Weimar-Eisenach* sino alemanes. No aspiraban a un Schaumburg-Lippe liberal. Querían una Alemania liberal. Lo mismo sucedía en Italia. Los liberales italianos no luchaban por un Estado libre de Parma o de Toscana, sino por una Italia libre. En cuanto llegó a Alemania y a Italia el liberalismo, se planteó el problema de la extensión del Estado y sus fronteras. La solución parecía fácil. La nación es la comunidad del pueblo que habla el mismo idioma; las fronteras del Estado deberían coincidir con las demarcaciones lingüísticas. Alemania es el país habitado por el pueblo que habla alemán; Italia es el país del pueblo que usa el idioma italiano. Las antiguas líneas fronterizas trazadas por las intrigas de las dinastías estaban condenadas a desaparecer. De esta manera, el derecho a la autodeterminación y al gobierno del pueblo, tal como lo exponen los liberales occidentales, se transforma en el principio de nacionalidad tan pronto como el liberalismo se convierte en factor político en la Europa central. La terminología política empieza a diferenciar entre Estado y nación (pueblo). El pueblo (la nación) lo forman todos los que hablan el mismo idioma; nacionalidad significa comunidad de lengua.

Según estas ideas, cada nación debería formar un Estado independiente que comprenda a todos sus miembros. Cuando esto se logre, no habrá ya guerras. Los príncipes lucharon unos contra otros porque querían aumentar su poder y riqueza mediante la conquista. Entre naciones no existen tales motivos. La extensión del territorio de una nación la determina la naturaleza. Los límites nacionales son los límites lingüísticos. Ninguna conquista puede hacer a una nación más grande, más rica o más poderosa. La norma de oro del derecho internacional que traerá a Europa una paz duradera será el principio de naciona-

lidad. Mientras los reyes seguían todavía planeando guerras y conquistas, los movimientos revolucionarios de la Joven Alemania y de la Joven Italia estaban ya cooperando para la realización de esa feliz constitución de una Nueva Europa. Los polacos y los húngaros se unieron al coro, y también sus aspiraciones encontraron la simpatía de la Alemania liberal. Poetas alemanes glorificaron las luchas de independencia de polacos y húngaros.

Pero las aspiraciones de los polacos y de los magiares diferían de manera importante de las de los liberales alemanes e italianos. Los primeros aspiraban a una reconstrucción de Polonia y de Hungría dentro de sus viejos límites históricos. No miraban adelante, a una nueva Europa liberal, sino atrás, al glorioso pasado de sus victoriosos reyes y conquistadores tal como lo describían sus historiadores y escritores. Polonia era, para los polacos, todos los países que sus reyes y magnates habían sojuzgado en otro tiempo. Hungría era, para los magiares, todos los países que los sucesores de San Esteban habían gobernado en la Edad Media. No importaba que en esos territorios estuvieran comprendidos muchos pueblos que hablaban idiomas distintos del polaco y del húngaro. Los polacos y los magiares proclamaban de boquilla su reverencia a los principios de nacionalidad y autodeterminación, y esta actitud hacía que sus programas fueran simpáticos a los liberales de Occidente. Sin embargo, lo que aquéllos planeaban no era la liberación, sino la opresión de otros grupos lingüísticos.

Lo mismo sucedía con los checos. Ciertamente que en los primeros momentos algunos paladines de la independencia checa propusieron una partición de Bohemia según las demarcaciones lingüísticas. Pero pronto les impusieron silencio sus conciudadanos, para quienes la autodeterminación checa era sinónimo de la opresión para millones de no checos.

El principio de nacionalidad se deriva del principio liberal de autodeterminación. Pero los polacos, los checos y los magiares sustituían este principio democrático por un nacionalismo agresivo que aspiraba a dominar a países que hablaban

otros idiomas. Pronto adoptaron la misma actitud los nacionalistas alemanes e italianos y otros muchos grupos lingüísticos.

Sería un error atribuir el nacionalismo moderno a la maldad humana. Los nacionalistas no son agresivos por nacimiento; les ha hecho agresivos su concepción del nacionalismo. Se ven frente a condiciones que los paladines del viejo principio de la autodeterminación desconocían y sus prejuicios estatistas les impiden encontrar para los problemas con que tropiezan una solución distinta de la que les proporciona el nacionalismo agresivo.

Lo que a los liberales occidentales les ha faltado reconocer es que hay grandes territorios habitados por pueblos de diferentes idiomas, hecho importante del cual pudo haberse prescindido en otros tiempos en la Europa occidental, pero que no se podía pasar por alto en la Europa oriental. El principio de nacionalidad no sirve en un país donde hay grupos lingüísticos inextricablemente mezclados y no se pueden trazar límites que los separen claramente, pues cada división territorial deja necesariamente minorías bajo el dominio extranjero.

El problema se hace más complicado por razón de la mutabilidad de las estructuras lingüísticas. Los hombres no se quedan necesariamente en el lugar donde nacen. Siempre han emigrado de zonas relativamente superpobladas a zonas relativamente poco pobladas. En nuestro tiempo de rápidos cambios económicos producidos por el capitalismo, la propensión a emigrar ha aumentado en términos considerables. Millones de personas se trasladan de distritos agrícolas a centros mineros, comerciales e industriales. Millones de personas se trasladan de países cuyo suelo es pobre a otros que les brindan condiciones más favorables para la agricultura. Estas migraciones transforman a minorías en mayorías y viceversa. Traen minorías extranjeras a países que antes eran homogéneos lingüísticamente.

El principio de nacionalidad se basaba en la presunción de que cada individuo se aferra toda su vida al idioma de sus padres que aprendió en la primera infancia. También esto es un error. El hombre puede cambiar de idioma en el curso de su vida,

puede hablar diaria y habitualmente una lengua que no sea la de sus padres. La asimilación lingüística no es siempre el espontáneo producto de las condiciones bajo las cuales vive el individuo. No la ocasionan únicamente el ambiente y los factores culturales; los gobiernos pueden estimularla y hasta lograrla mediante la coacción. Es una ilusión creer que el idioma es un criterio no arbitrario para la imparcial delimitación de fronteras. El Estado puede, en ciertas circunstancias, influir en el carácter lingüístico de sus ciudadanos.

El principal instrumento de desnacionalización y asimilación obligatoria es la instrucción. La Europa occidental desarrolló un sistema de instrucción pública obligatoria que llegó a la Europa oriental como un triunfo de aquélla. Pero en los territorios lingüísticamente mixtos se convirtió en un arma temible en manos de los gobiernos resueltos a cambiar la fidelidad lingüística de sus súbditos. Los filántropos y pedagogos ingleses que propugnaban la instrucción pública no previeron los odios y resentimientos que iba a despertar esta institución.

Pero la escuela no es el único instrumento de opresión y tiranía lingüística. El estatismo ha puesto cien armas en manos del Estado. Todo acto del gobierno, que la administración pública puede y debe adoptar discrecionalmente según las circunstancias del caso, puede usarse para conseguir los fines políticos del gobierno. Los miembros de la minoría lingüística pueden ser tratados como enemigos o como fuera de la ley. Estos miembros solicitan en vano licencias o permisos de cambio de moneda extranjera bajo un sistema de control de dicho cambio, o licencias de importación bajo un sistema de contingentación. Sus comercios e instalaciones industriales, sus clubs, edificios escolares y salas de reunión los cierra la policía alegando que no reúnen las condiciones fijadas por las ordenanzas de construcción o por las de prevención de incendios. Sus hijos, de uno u otro modo, no consiguen superar las pruebas para el ingreso en la administración pública. Cuando les atacan pandillas armadas de ardorosos miembros del grupo lingüístico predominante se les niega protección a sus bienes, personas y vidas. Ni si-

quiera pueden defenderse, pues se les niega la licencia de armas. Los recaudadores de contribuciones siempre encuentran que deben a la tesorería mucho más de lo que declaran en los formularios.

Todo esto indica claramente por qué los intentos de la Sociedad de Naciones para proteger a las minorías mediante el derecho internacional y los tribunales internacionales estaban condenados al fracaso. Una ley no puede proteger a nadie contra medidas dictadas por supuestas consideraciones de oportunidad económica. En los países habitados por diferentes grupos lingüísticos se utilizan con objeto de ofender a los parias toda clase de intervenciones en la vida económica. Los aranceles de aduanas, el sistema tributario, las disposiciones de cambio de moneda extranjera, los subsidios, la legislación social, y así sucesivamente, pueden ser utilizados para la discriminación, aunque ésta no se pueda probar posteriormente ante los tribunales. El gobierno puede siempre explicar que esas medidas han sido dictadas por meras consideraciones económicas, y, con ayuda de ellas, sin violar claramente la igualdad jurídica, hacerles insoportable la vida a los indeseables. Toda intervención gubernamental en la vida económica se convierte en acto de guerra nacional contra los miembros de los grupos lingüísticos perseguidos. Con el progreso del estatismo el antagonismo entre los grupos lingüísticos se va haciendo más feroz y más implacable.

Los conceptos de la terminología política occidental sufrieron de esa manera un cambio radical en la Europa central y oriental. El pueblo distingue entre el Estado bueno y el Estado malo. Venera al Estado como los demás estatistas. Pero no adora más que al buen Estado, es decir, al Estado en que predomina su propio grupo lingüístico. Para él, el Estado es Dios. A su juicio, los otros Estados en que no predomina su propio grupo lingüístico son diablos. Su concepto de la ciudadanía incluye a todos los que hablan su propio idioma, a todos los *Volksge-nossen*, como dicen los alemanes, sin consideración al país donde viven; pero no incluye a los ciudadanos de su propio

Estado que hablan otro idioma. Estos son enemigos y bárbaros. A los *Volksgenossen* que viven bajo el yugo extranjero hay que liberarlos. Son irredentos, gentes a quienes no se ha redimido.

Todos los medios que pueden acelerar el día de la redención parecen buenos y justos. El fraude, el ataque a traición y el asesinato son nobles virtudes si están al servicio del irredentismo. La guerra de liberación de los *Volksgenossen* es justa. Los supremos criterios de moralidad son la grandeza del grupo lingüístico y la gloria del Estado justo y verdadero. Lo único que cuenta es el grupo lingüístico, la comunidad de hombres que hablan el mismo idioma, la *Volksgemeinschaft*.

2. El grupo lingüístico

Economistas, sociólogos e historiadores nos han dado distintas definiciones del término nación. Pero no nos interesa ahora el sentido que puedan darle las ciencias sociales. Lo que tratamos de averiguar es el sentido que dan a los conceptos de nación y de nacionalidad los defensores europeos del principio de nacionalidad. Importa también fijar la forma en que se usan estos términos en el vocabulario de la actividad política de nuestro tiempo y el papel que desempeñan en la vida de hoy y en los conflictos contemporáneos.

El principio de nacionalidad es desconocido en América y en Australia. Cuando los americanos se independizaron de Inglaterra, España y Portugal, aspiraban a la autodeterminación, no al establecimiento de Estados nacionales en el sentido que el principio de nacionalidad da al término nación. Lingüísticamente, los nuevos países se parecían a los viejos países ultramarinos de donde habían venido a América sus habitantes. El pueblo que ahora forma los Estados Unidos de América no quería anexionarse el Canadá de habla inglesa. Tampoco los canadienses de habla francesa, que se opusieron a un sistema de administración inglesa, lucharon por un Estado de habla francesa. Ambos grupos lingüísticos cooperaron más o menos pacíficamente dentro del *dominion* de Canadá, y no hay un Cana-

dá irredento. También la América latina está libre de problemas lingüísticos. Lo que separa a Argentina y a Chile, a Guatemala y a México no es el idioma. En el hemisferio occidental hay muchos conflictos raciales, sociales, políticos y hasta religiosos, pero en el pasado ningún problema lingüístico serio ha turbado la vida política de América.

Tampoco en la Asia actual hay ningún grave antagonismo lingüístico. La India no es homogénea lingüísticamente, pero la discrepancia religiosa entre hinduistas y musulmanes es mucho más importante que el problema de los idiomas.

Es posible que las condiciones cambien pronto. Pero en el presente momento el principio de nacionalidad es, más o menos, un concepto europeo, el principal problema político de Europa.

Así, pues, según el principio de nacionalidad, cada grupo lingüístico debe formar un Estado independiente, y ese Estado debe comprender a todo el pueblo que habla dicho idioma. El prestigio de este principio es tan grande que un grupo de hombres que, por alguna razón, quisiera formar un Estado propio, que, por otro lado, no se ajustara al principio de nacionalidad, desearían vehementemente cambiar de idioma con objeto de justificar sus aspiraciones a la luz de este principio.

Los noruegos hablan y escriben actualmente un idioma casi idéntico al danés. Pero no están dispuestos a renunciar a su independencia política. Para suministrar un soporte lingüístico a su programa político, algunos noruegos eminentes han querido crear un lenguaje propio, formar con sus dialectos locales un nuevo idioma que sería como la vuelta al antiguo noruego usado hasta el siglo xv. El más grande de los escritores noruegos, Henrik Ibsen, a quien esos esfuerzos le parecían una locura, se burló de ellos en Peer Gynt.¹

El pueblo irlandés habla y escribe en inglés. Algunos de los escritores más eminentes de habla inglesa son irlandeses. Pero los irlandeses quieren ser independientes políticamente, y por

¹ Acto IV, escena en un manicomio.

lo tanto creen que es necesario volver al idioma gaélico que en un tiempo se usó en su país. Han desenterrado esta lengua de libros y manuscritos antiguos y han intentado reavivarla. Y en cierto sentido lo han logrado.

Los sionistas quieren crear un Estado independiente formado por quienes profesan la religión judía. Para ellos los judíos son un pueblo y una nación. No nos interesa aquí si los argumentos históricos que formulan para justificar sus aspiraciones son exactos o no, ni si el plan es políticamente sólido o no. Pero es un hecho que los judíos hablan muchos idiomas distintos, y desde el punto de vista del principio de nacionalidad las aspiraciones del sionismo no son menos irregulares que las de los irlandeses. Como consecuencia, los sionistas han tratado de exhortar a los judíos a hablar y escribir en hebreo, plan paradójico teniendo en cuenta que en tiempos de Jesucristo los habitantes de Palestina no hablaban hebreo, sino arameo, que era su lengua nativa. El hebreo no era más que la lengua de la literatura religiosa, y el pueblo no lo entendía. El idioma más conocido después del arameo era el griego.²

Estos hechos demuestran el significado y prestigio del principio de nacionalidad. Los términos nación y nacionalidad, tal como los aplican los defensores de este principio, equivalen a la expresión «grupo lingüístico». Los términos que se usaban en el Imperio de los Habsburgo para estos principios eran *die nationale Frage* (la cuestión nacional) y, como sinónimo, *die Sprachenfrage* (la cuestión lingüística); *nationale Kämpfe* (luchas nacionales) y, como sinónimo, *Sprachenkämpfe* (luchas lingüísticas). El principal motivo de conflicto ha sido siempre: qué idioma deben usar la administración pública, los tribuna-

² Kenyon, «The Bible as Christ knew it», en *The History of Christianity in the Light of Modern Knowledge* (Londres 1929), p. 172. Algunos sionistas propugnaron el yiddish como idioma nacional, pero no consiguieron establecerlo. El yiddish es un dialecto alemán con palabras prestadas del hebreo y sobre todo de lenguas eslavas. Es el dialecto que hablan en el nordeste de Europa los judíos de origen alemán. Los periódicos que se publican en caracteres hebreos y que circulan en América no están escritos en hebreo, sino en yiddish.

les de justicia y el ejército y qué idioma se debería enseñar en las escuelas.

Los libros franceses e ingleses que califican de raciales a esos conflictos cometen un grave error. En Europa no hay conflictos de razas. A los pueblos que pertenecen a diferentes grupos no los separa ningún rasgo que un antropólogo pudiera determinar con métodos anatómicos científicos. Si se les llevara un individuo, los antropólogos no podrían, mediante métodos biológicos, decir si es alemán, checo, polaco o húngaro.

Tampoco tienen un origen común los individuos que pertenecen a cualquiera de esos grupos. Hace ochocientos años la orilla derecha del río Elba, todo el nordeste de Alemania, estaba habitada únicamente por eslavos y por tribus bálticas, y se convirtió en territorio de habla alemana en el curso del proceso que los historiadores alemanes llaman colonización del Este. A este territorio emigraron alemanes del oeste y del sur, pero en su mayor parte la población actual descende de eslavos indígenas y de pueblos bálticos que, bajo la influencia de la iglesia y de la escuela, adoptaron el idioma alemán. Los chovinistas prusianos afirman, claro está, que los eslavos y bálticos indígenas fueron exterminados y que toda la población actual descende de colonos alemanes, pero no existe la menor prueba de esa doctrina. Los historiadores prusianos la inventaron para justificar a los ojos de los nacionalistas alemanes los títulos de Prusia a la hegemonía en Alemania. Pero ni siquiera ellos se han atrevido a negar que está fuera de toda duda el origen eslavo de las dinastías principescas autóctonas de Pomerania, Silesia y Mecklemburgo y de la mayoría de las familias aristocráticas. La reina Luisa de Prusia, a quien todos los nacionalistas alemanes consideran como el modelo de la feminidad alemana, era un vástago de la casa ducal de Mecklemburgo cuyo carácter eslavo original no ha discutido nadie. Muchas familias nobles del nordeste de Alemania se remontan a antepasados eslavos. Claro está que en los árboles genealógicos de la clase media y de los campesinos no es posible remontarse tan lejos como en los de la nobleza, y sólo eso explica que no se haya podido encontrar la prue-

ba de que su origen es eslavo. Realmente es una paradoja suponer que los príncipes y caballeros eslavos iban a exterminar a sus siervos eslavos para instalarse en sus aldeas con siervos alemanes importados.

El desplazamiento de uno de esos grupos lingüísticos por otro no ocurría sólo en tiempos remotos. Ocurría y ocurre tan frecuentemente que nadie lo nota. Muchas relevantes personalidades del movimiento nazi en Alemania y Austria y en los distritos eslavos, húngaros y rumanos reclamados por el nazismo eran descendientes de personas cuya lengua no era el alemán. Condiciones semejantes prevalecen en toda Europa. En muchos casos el cambio de lengua ha ido acompañado del cambio de apellido, pero las más de las veces se han conservado los apellidos de sonido extranjero. Los poetas belgas Maeterlinck y Verhaeren escribieron en francés, pero sus apellidos sugieren un origen flamenco. El poeta húngaro Alexander Peloti, que murió por la causa de la revolución húngara en la batalla de Schässburg (1849), descendía de una familia eslava que se apellidaba Petrovics. Las personas a quienes les son familiares las regiones y los pueblos de Europa conocen muchos casos semejantes.

Siempre que se plantea la cuestión de si un grupo debe ser considerado como nación y tiene por lo tanto derecho a la autonomía política, lo que se debate es si la lengua considerada es un idioma o un dialecto. Los rusos sostienen que el ucraniano o ruteno es un dialecto como el *Platt-Deutsch* de la Alemania septentrional o el provenzal de la Francia meridional. Los checos emplean el mismo argumento contra las aspiraciones políticas de los eslovacos, y los italianos contra el ladino. Hasta hace unos años no reconoció el gobierno suizo la condición legal de lengua nacional al *romanche*. Muchos nazis manifiestan que el holandés no es un idioma sino un dialecto alemán, un *Platt* que se ha arrogado la condición de idioma.

El principio de nacionalidad ha tardado en penetrar en el pensamiento político de Suiza. Son dos las razones que explican que este país haya resistido con éxito hasta ahora a su fuerza disolvente.

El primer factor es la calidad de los tres idiomas principales de Suiza: el alemán, el francés y el italiano. A todos los habitantes de la Europa continental les es muy útil aprender uno de estos tres idiomas. El suizo alemán que llega a dominar el francés o el italiano, no sólo se prepara mejor para la vida de los negocios, sino que accede a una de las grandes literaturas del mundo. Lo mismo les pasa a los suizos franceses cuando aprenden el italiano o a los suizos italianos cuando aprenden el alemán. La consecuencia es que los suizos no se oponen a una educación bilingüe, pues entienden que sus hijos ganan mucho con aprender uno de los otros dos idiomas importantes del país. Pero, ¿qué va a ganar un belga francés con aprender el flamenco, o un eslovaco con aprender el húngaro, o un húngaro con aprender el rumano? Para un polaco o un alemán ilustrado es casi necesario saber alemán, pero el aprender checo o polaco es, para un alemán, perder el tiempo. Eso explica que el problema de la instrucción tenga menos importancia en las circunstancias lingüísticas de Suiza.

El segundo factor es la estructura política. Los países de la Europa oriental no fueron nunca liberales. Pasaron directamente del absolutismo monárquico al estatismo y desde 1850 se han aferrado a la política intervencionista, que sólo en las últimas décadas se ha impuesto en Occidente. Su intransigente nacionalismo económico es una consecuencia de su estatismo. Pero en vísperas de la Primera Guerra Mundial Suiza seguía siendo un país predominantemente liberal. Desde entonces ha ido volviéndose cada vez más hacia el intervencionismo, y, a la vez, el problema lingüístico ha adquirido más gravedad. En el Ticino hay un irredentismo italiano, en las regiones de habla alemana hay un partido favorable al nazismo, y en el suroeste hay nacionalistas franceses. La victoria de las democracias aliadas hará sin duda que cesen estos movimientos; pero en el caso de Suiza su integridad la salvará el mismo factor al cual debe su origen y su subsistencia en el pasado, es decir, las condiciones políticas de los países vecinos.

Hay en la Europa continental un caso en que el rasgo carac-

terístico que separa a dos naciones no es la lengua sino la religión y los caracteres alfabéticos usados en la escritura y en la imprenta. Los serbios y los croatas hablan el mismo idioma, pero mientras los serbios usan el alfabeto cirílico, los croatas usan el romano. Los serbios profesan la religión ortodoxa de la iglesia oriental; los croatas son católicos.

Hay que recalcar una y otra vez que el racismo y las consideraciones de pureza y solidaridad racial no desempeñan ningún papel en estas luchas europeas de grupos lingüísticos. Ciertamente que los nacionalistas recurren con frecuencia a la «raza» y al «origen común» como un eslogan. Pero se trata de pura propaganda, sin ningún efecto práctico en las medidas y en las acciones *políticas*. Por el contrario, los nacionalistas rechazan consciente y deliberadamente el racismo y las características raciales de los individuos cuando tratan de problemas y actividades políticas. Los nacionalistas alemanes nos han suministrado una imagen del prototipo del noble héroe alemán o ario y una exacta descripción biológica de sus rasgos físicos. A todos los alemanes les es familiar ese arquetipo y la mayoría de ellos están convencidos de que el retrato es exacto. Pero ningún nacionalista alemán ha osado nunca utilizar este modelo para trazar distinciones entre alemanes y no alemanes. El criterio del germanismo no se basa en el parecido a ese modelo, sino en el idioma alemán.³ Dividir el grupo de habla alemana según características raciales daría como resultado la eliminación de las filas alemanas por lo menos del 80 por ciento del pueblo alemán. Ni Hitler, ni Goebbels, ni la mayoría de los demás paladines del nacionalismo alemán encajan en el prototipo ario del mito racial.

Los húngaros se enorgullecen de descender de una tribu mongol que a principios de la Edad Media conquistó el país que llaman Hungría. Los rumanos se jactan de descender de colonos romanos. Los griegos se consideran brotes de los antiguos

³ En el capítulo 8 estudiaremos los supuestos factores raciales en las persecuciones nacionalistas contra los judíos.

griegos. Pero los historiadores se muestran escépticos ante esos títulos. El moderno nacionalismo político de estas naciones no los tiene en cuenta. Entiende que el criterio práctico para determinar la nación es el idioma, y no las características raciales ni la prueba de descender de unos supuestos antepasados.

3. El liberalismo y el principio de nacionalidad

Los enemigos del liberalismo no han conseguido demostrar que sus doctrinas sobre el valor del capitalismo y del gobierno democrático sean falsas. ¿Han tenido más éxito al criticar la tercera parte del programa liberal, es decir, sus propuestas para una cooperación pacífica entre los diversos Estados y naciones? Al contestar a esta pregunta debemos recalcar de nuevo que el principio de nacionalidad no representa la solución liberal del problema internacional. Los liberales propugnaban la autodeterminación. El principio de nacionalidad es resultado de la interpretación que el pueblo de la Europa central y oriental, que nunca comprendió del todo el significado de las ideas liberales, dio al principio de autodeterminación. Es una desfiguración, no un perfeccionamiento, del pensamiento liberal.

Hemos dicho ya que los padres anglosajones y franceses de las ideas liberales no vieron los problemas en juego. Cuando estos problemas afloraron, el periodo creador del viejo liberalismo había terminado ya. Los grandes paladines habían desaparecido. Los epígonos, incapaces de combatir con éxito contra las tendencias crecientes del socialismo y del intervencionismo, ocupaban su puesto. Estos hombres no tenían la fuerza de afrontar nuevos problemas.

Sin embargo, el veranillo de San Martín del viejo liberalismo clásico produjo un documento digno de la gran tradición del liberalismo francés. Ciertamente a Ernest Renan no se le puede considerar realmente liberal. Ernest Renan hizo concesiones al socialismo porque sus conocimientos de la teoría económica eran más bien escasos; en consecuencia, fue también demasia-

do acomodaticio con los prejuicios antidemocráticos de su tiempo. Pero su famosa conferencia *Qu'est-ce qu'une nation?*, pronunciada en la Sorbona el 11 de marzo de 1882, está enteramente inspirada en el pensamiento liberal.⁴ Esta conferencia fue la última palabra que pronunció el viejo liberalismo occidental sobre los problemas del Estado y de la nación.

Para comprender como se debe las ideas de Renan es necesario recordar a qué equivalían para los franceses —como para los ingleses— los términos nación y Estado. Cuando Renan pregunta: «¿Qué es una nación?», quiere decir: «¿Qué es lo que debería determinar los límites de los distintos Estados?», y su respuesta es: «No la comunidad lingüística, ni el parentesco racial fundado en una común descendencia, ni la afinidad religiosa, ni la armonía de los intereses económicos, ni consideraciones geográficas o estratégicas, sino el derecho de la población a determinar su propio destino.»⁵ «La nación es el resultado de la voluntad de seres humanos de convivir en un Estado.»⁶ La mayor parte de la conferencia está dedicada a demostrar cómo se origina este espíritu de nacionalidad.

La nación es un alma, un principio espiritual («une âme, un principe spirituel»).⁷ Una nación, dice Renan, confirma diariamente su existencia al manifestar su voluntad de cooperar políticamente dentro del mismo Estado; efectúa, por decirlo así, un plebiscito diario. Una nación no tiene, pues, derecho a decir a una provincia: me perteneces, me voy a apoderar de ti. Una provincia consiste en sus habitantes. Si alguien tiene derecho a ser oído en ese caso son sus habitantes. Las disputas de fronteras deberían ser zanjadas mediante plebiscito.⁸

Es importante comprender que esta interpretación del derecho a la autodeterminación difiere del principio de nacionalidad. El derecho de autodeterminación en que pensaba Renan

⁴ Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?*, París 1934.

⁵ Renan, *op. cit.*, p. XI.

⁶ Renan, *op. cit.*, pp. 84, 88.

⁷ Renan, *op. cit.*, p. 83.

⁸ Renan, *op. cit.*, pp. VIII ss; pp. 89-90 ss.

no es de grupos lingüísticos, sino de individuos, y se deriva de los derechos del hombre. «L'homme n'appartient ni à sa langue, ni à sa race; il n'appartient qu'à lui-même.»⁹

Considerada desde el punto de vista del principio de nacionalidad, la existencia de Estados como Suiza, compuesta de pueblos de diferente idioma, es tan anómala como el hecho de que los anglosajones y los franceses no quieran unir en un solo Estado a todas las personas que hablan su lengua. Para Renan no hay nada irregular en esos hechos.

Más notable que lo que Renan dice es lo que no dice. Renan no ve el hecho de las minorías lingüísticas ni el de los cambios lingüísticos. Consultad al pueblo; que el pueblo decida. Muy bien. ¿Y qué ocurre si una minoría conspicua disiente de la voluntad de la mayoría? Renan no contesta satisfactoriamente esta pregunta. Respecto al escrúpulo de que los plebiscitos pudieran llevar a la disolución de antiguas naciones y a un sistema de pequeños Estados (a lo que hoy llamamos balcanización) manifiesta que no hay que abusar del principio de autodeterminación, sino aplicarlo de una manera muy general (*d'une façon très générale*).¹⁰

La brillante exposición de Renan prueba que los amenazadores problemas de la Europa oriental no eran familiares en Occidente. Acompañó su folleto con una profecía: nos precipitamos hacia guerras de destrucción y exterminio, porque el mundo ha abandonado el principio de la unión libre y ha concedido a las naciones, como en otros tiempos a las dinastías, el derecho a anexionarse provincias en contra de sus deseos.¹¹ Pero no veía más que la mitad del problema, y su solución no podía ser, por lo tanto, más que una solución a medias.

Sería, sin embargo, una equivocación decir que el liberalismo ha fracasado en ese terreno. Las propuestas del liberalismo en pro de la coexistencia y la cooperación de naciones y Esta-

⁹ El hombre no pertenece ni a su lengua ni a su raza; no se pertenece más que a sí mismo. *Op. cit.*, p IX.

¹⁰ Renan, *op. cit.*, p. 91.

¹¹ Renan, *op. cit.*, p. VIII.

dos no son más que una parte del programa liberal, y sólo pueden ser llevadas a la práctica, sólo pueden funcionar, en un mundo liberal. Lo mejor del plan liberal de organización social, económica y política es precisamente eso: que hace posible la pacífica cooperación de las naciones. El que no pueda realizarse en un mundo antiliberal y el que deba fracasar en una época de intervencionismo y socialismo no es una limitación del programa liberal.

Para comprender plenamente el significado de este programa necesitamos imaginarnos un orden mundial en que impere el liberalismo, en que o todos los Estados sean liberales o haya los bastantes para que uniéndose puedan rechazar los ataques de agresores militaristas. En ese mundo liberal, o en esa parte liberal del mundo, la propiedad de los medios de producción es privada. El funcionamiento del mercado no tropieza con la intervención gubernamental. No hay barreras comerciales; los hombres pueden vivir y trabajar donde quieran. En los mapas figuran fronteras, pero no estorban a las migraciones humanas ni a la circulación de mercancías. Los indígenas no disfrutan de derechos negados a los extranjeros. El gobierno y sus servidores limitan sus actividades a la protección de la vida, la salud y la propiedad contra las agresiones fraudulentas o violentas. No discriminan contra los extranjeros. Los tribunales son independientes y protegen efectivamente a todo el mundo contra las arbitrariedades de los funcionarios. A todos les está permitido decir, escribir e imprimir lo que quieran. La instrucción no está sujeta a la intervención gubernamental. Los gobiernos son como guardias nocturnos a quienes los ciudadanos han encomendado el manejo de la fuerza policial. Quienes ejercen el poder son considerados como mortales, no como seres sobrehumanos ni como paternas autoridades que tienen el derecho y el deber de mantener al pueblo bajo tutela. Los gobiernos carecen de facultades para imponer a los ciudadanos la lengua que deben usar en su vida diaria ni la que deben emplear para educar e instruir a sus hijos. Los órganos de la administración y de la justicia deben usar el idioma de cada ciudadano al tratar con él,

siempre que lo hable en el distrito un número razonable de habitantes.

En un mundo así no importa dónde estén las fronteras. Nadie tiene un interés material en ampliar el territorio del Estado donde vive; nadie sufre pérdidas si al Estado se le segrega parte del territorio. Tampoco tiene importancia el que las partes del territorio del Estado tengan una directa conexión geográfica o estén separadas por un trozo de tierra que pertenece a otro Estado. No tiene importancia económicamente que el país llegue hasta la orilla del mar o no. En un mundo así el pueblo de cada aldea o distrito podría decidir en plebiscito a qué Estado quisiera pertenecer. No habría más guerras porque no habría incentivos para la agresión. La guerra no sería negocio. Los ejércitos y las armadas sobrarían. Para combatir la delincuencia bastaría la policía. En un mundo así el Estado no es una entidad metafísica, sino simplemente el productor de seguridad y de paz. Es el vigilante nocturno, como decía Lassalle despectivamente. Pero cumple su labor de una manera satisfactoria. El ciudadano duerme tranquilo, las bombas no le destruyen el hogar, y si alguien llama a la puerta a altas horas de la noche se puede tener la seguridad de que no es la Gestapo ni la OGPU soviética.

La realidad en que tenemos que vivir difiere mucho de este mundo perfecto de idealismo liberal. Pero eso se debe únicamente a que los hombres han rechazado el liberalismo por el estatismo y han impuesto al Estado, que podría ser un vigilante nocturno más o menos eficiente, otras muchas obligaciones. Lo que ha llevado al estatismo no es la naturaleza o la acción de fuerzas que escapan al control humano, o una necesidad ineluctable, sino los actos de los hombres. Enredados en falaces dialécticas y en ilusiones fantásticas, creyendo ciegamente en erróneas doctrinas, movidos por la envidia y por una insaciable codicia, los hombres han desdeñado el capitalismo y lo han sustituido por un orden que engendra conflictos a los cuales no se les puede encontrar una solución pacífica.

4. *Nacionalismo agresivo*

El estatismo —sea intervencionismo o socialismo— lleva inevitablemente al conflicto, a la guerra y a la opresión totalitaria de grandes masas de población. Bajo el estatismo, el Estado verdadero y justo es aquel en que yo o mis amigos, que hablan mi lengua y comparten mis opiniones, son soberanos. Los demás Estados son ilegítimos. No se puede negar que también existen en este mundo imperfecto, pero son enemigos de mi Estado, del único Estado justo, aunque sólo exista todavía en mis sueños y deseos. Nuestro Estado nazi alemán es el Reich, dice Steding; los demás Estados no son más que degeneraciones de él.¹² La política, dice el jurista nazi más eminente, Carl Schmitt, consiste en distinguir entre amigo y enemigo.¹³

Para comprender estas doctrinas debemos antes considerar la actitud liberal ante el problema de los antagonismos lingüísticos.

Quien vive como miembro de una minoría lingüística en una comunidad donde otro grupo lingüístico forma la mayoría carece de los medios para influir en la política del país. (No tratamos del caso especial en que una minoría lingüística ocupa una posición privilegiada y oprime a la mayoría, como sucedía, por ejemplo, con la nobleza de habla alemana de los ducados bálticos en los años anteriores a la rusificación de esas provincias.) En una comunidad democrática la opinión pública determina el resultado de las elecciones y por lo tanto las decisiones políticas. Quien quiere que sus ideas prevailezcan en la vida política debe intentar influir en la opinión pública mediante la palabra hablada o escrita. Si consigue convencer a sus conciudadanos, sus ideas obtienen apoyo y se mantienen.

En esta lucha de ideas no pueden tomar parte las minorías lingüísticas, que son espectadores sin voz en los debates políticos de donde salen los votos decisivos. Las minorías lingüísticas

¹²Steding, *Das Reich und die Krankheit der Kultur* (Hamburgo 1938).

¹³Carl Schmitt-Dorotic, *Der Begriff des Politischen* (Munich 1932).

no pueden participar en discusiones ni en negociaciones cuyo resultado determina su destino. Para ellas la democracia no significa autodeterminación; son otros los que las controlan. Son ciudadanos de segunda clase. Tal es la razón de que en un mundo democrático se considere desventajoso el ser miembro de una minoría lingüística, razón que al mismo tiempo explica que en épocas anteriores, cuando no había democracia, no hubiera conflictos lingüísticos. En estos tiempos de democracia, el pueblo en general prefiere vivir en una comunidad donde la mayoría de los conciudadanos habla el mismo idioma que él. La consecuencia es que en los plebiscitos en que se decide a qué Estado debe pertenecer una provincia, los individuos, *generalmente pero no siempre*, votan a favor del país en el que no serán miembros de una minoría lingüística.

Pero reconocer este hecho no significa que el liberalismo afirme el principio de nacionalidad. El liberalismo no dice: cada grupo lingüístico debería formar un Estado y sólo uno, y cada individuo perteneciente a ese grupo debería, de ser posible, pertenecer a dicho Estado. Tampoco dice: ningún Estado debe comprender pueblos de diferentes grupos lingüísticos. El liberalismo postula la autodeterminación. El que, en el ejercicio de este derecho, los hombres se dejen guiar por consideraciones lingüísticas, es para el liberalismo simplemente un hecho, no un principio de derecho natural. Si deciden otra cosa, como sucedió por ejemplo con los alsacianos de habla alemana, el asunto no les incumbe más que a ellos. También una decisión semejante debe ser respetada.

Pero en nuestra época de estatismo es distinto. El Estado estatista debe necesariamente extender todo lo posible su territorio. Los beneficios que puede brindar a sus ciudadanos aumentan en relación con su territorio. Todo lo que un Estado intervencionista puede proporcionar puede proporcionarlo con más abundancia un Estado grande que un Estado pequeño. La esencia del estatismo consiste en quitar a un grupo para dar a otro, y cuanto más pueda quitar más podrá dar. A todos aquellos a quienes el gobierno puede favorecer les interesa que su

Estado llegue a ser lo más grande posible. La política de expansión territorial goza de popularidad. El pueblo, lo mismo que los gobiernos, desea ardientemente la conquista. Todos los pretextos para la agresión parecen buenos. Los hombres llegan a no aceptar más que un argumento en favor de la paz: que el presunto adversario sea lo bastante fuerte para derrotarles si lo atacan. ¡Ay del débil!

La política interior de los Estados nacionalistas se inspira en su propósito de mejorar la situación de algunos grupos de ciudadanos en perjuicio de los extranjeros y los ciudadanos que hablan un idioma extranjero. En política exterior el nacionalismo significa discriminación contra los extranjeros. En política interior significa discriminación contra los ciudadanos que hablan un idioma que no es el del grupo dominante. Los habitantes de lengua alemana en Merano, Bolzano y Bressansone forman la mayoría en sus distritos; y son minoría porque Italia se ha anexionado su región. Lo mismo les sucede a los alemanes en el Egerland, a los ucranianos en Polonia, a los magiares en el distrito Szekler de Transilvania y a los eslovenos en la Carniola ocupada por los italianos. Quien habla un idioma extranjero en un Estado donde predomina otra lengua es un paria a quien le están virtualmente negados los derechos de ciudadano.

El mejor ejemplo de las consecuencias políticas de este nacionalismo agresivo lo proporciona la situación de la Europa oriental. Si se pregunta a representantes de grupos lingüísticos de la Europa oriental cuál creen que debería ser una justa demarcación de sus Estados nacionales y si se marcan estas fronteras en un mapa, se verá que la mayor parte del territorio la reclaman por lo menos dos naciones y que una parte no insignificante la reclaman tres o más.¹⁴ Cada grupo lingüístico defiende su reclamación con argumentos lingüísticos, raciales, históricos, geográficos, estratégicos, económicos, sociales y religiosos. Ninguna nación está sinceramente dispuesta a renunciar a la

¹⁴La ciudad de Fiume, por ejemplo, la reclaman los húngaros, los croatas, los yugoslavos y los italianos.

menor de sus reclamaciones. Cada una de ellas está en cambio dispuesta a recurrir a las armas para alcanzar sus pretensiones. El resultado es que cada grupo lingüístico considera enemigos mortales a sus vecinos y busca ayuda armada de los vecinos para lograr sus aspiraciones territoriales a costa del enemigo común. Cada grupo trata de aprovecharse de todas las oportunidades para satisfacer sus reclamaciones a expensas de sus vecinos. La historia de las últimas décadas prueba que esta melancólica descripción es exacta.

Tomemos, por ejemplo, el caso de los ucranianos. Durante cientos de años estuvieron bajo el yugo de los rusos y de los polacos. No ha habido en nuestra época un Estado nacional ucraniano. Se podría suponer que los portavoces de un pueblo que ha tenido tanta experiencia de las privaciones que impone una implacable opresión extranjera serían prudentes en sus pretensiones. Pero como los nacionalistas no pueden renunciar, los ucranianos reclaman un territorio de más de 360.000 millas cuadradas con una población total de unos sesenta millones, de los cuales, según sus propias manifestaciones, sólo «más de cuarenta millones» son ucranianos.¹⁵ Estos ucranianos oprimidos no se contentarían con su propia liberación; aspiran a oprimir a veinte millones o más de no ucranianos.

En 1918 los checos no se contentaron con establecer un Estado independiente propio. Incorporaron a él millones de personas de habla alemana, todos los eslovacos, decenas de millares de húngaros, los ucranianos de la Rusia cárpata y, por razones ferroviarias, algunos distritos de la baja Austria. ¡Y qué espectáculo ha dado la República de Polonia, que en veintiún años de independencia intentó robar violentamente a tres vecinos—Rusia, Lituania y Checoslovaquia— parte de sus territorios!

Esta situación la describe acertadamente August Strindberg en su trilogía *A Damasco*.¹⁶

¹⁵Hrushevsky, *A History of the Ukraine* (editada para la Asociación Nacional Ucraniana por Yale University Press, New Haven 1941), p. 574.

¹⁶Parte II, Acto IV, Escena II.

EL PADRE MELCHER: En la estación de Amsteg, de la línea del San Gotardo, habrá visto usted probablemente una torre llamada castillo de Zwing-Uri; la celebra Schiller en *Guillermo Tell*. Se yergue como monumento a la inhumana opresión que los habitantes de Uri sufrieron a manos del emperador alemán. ¡Hermoso! En el lado italiano del San Gotardo está, como usted sabe, la estación de Bellinzona. También allí hay muchas torres, pero la más notable es el Castel d'Uri. Es un monumento a la inhumana opresión que el cantón italiano sufrió a manos de los habitantes de Uri. ¿Comprende usted?

EL FORASTERO: ¡Libertad; Danos libertad, para que podamos suprimirla.

Con todo, Strindberg no añade que bajo el liberalismo del siglo XIX los tres cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden cooperaron pacíficamente con el Ticino, a cuyo pueblo habían oprimido durante casi trescientos años.

5. *Imperialismo colonial*

En el siglo XV las naciones occidentales empezaron a ocupar territorios de países no europeos poblados por no cristianos. Deseaban obtener metales preciosos y primeras materias que no se podían obtener en Europa. Explicar esta expansión colonial como una búsqueda de mercados es desfigurar los hechos. Aquellos comerciantes querían obtener productos coloniales, los cuales tenían que pagar; pero el beneficio que buscaban era la adquisición de artículos que no se podían comprar en ninguna otra parte. Como comerciantes, no eran tan tontos como para creer en la absurda teoría mercantilista —la antigua y la nueva— de que las ventajas del comercio exterior están en la exportación y no en la importación. Les importaba tan poco la exportación, que siempre que podían se alegraban de obtener mercancías sin pagar. Eran más a menudo piratas y esclavistas que comerciantes. Para tratar con infieles no tenían frenos morales.

Los reyes y los comerciantes que inauguraron la expansión ultramarina de Europa no se proponían instalar a labradores europeos en los territorios ocupados. Desdeñaban los vastos bosques y praderas de Norteamérica, de las cuales no esperaban metales ni especias. A los gobernantes ingleses les entusiasmaba menos fundar colonias en la América continental que sus empresas en el Caribe, en África y en las Pequeñas Antillas y que su participación en el tráfico de esclavos. Quienes crearon las comunidades de habla inglesa en América y después en Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica fueron los colonos, no el gobierno inglés.

La expansión colonial del siglo XIX fue muy distinta de la de los siglos precedentes. La motivaron únicamente consideraciones de gloria nacional y orgullo. Los militares, poetas y oradores de banquetes, no el resto de la nación, tenían el gran complejo de inferioridad que les habían dejado las batallas de Leipzig y Waterloo y después las de Metz y Sedán, tenían sed de gloria y no podían saciarla ni en la Europa liberal ni en la América protegida por la doctrina de Monroe. Luis Felipe y sus hijos y generales tuvieron el gran consuelo de cortar laureles en Argelia. La Tercera República conquistó Túnez, Marruecos, Madagascar y Tonkín para establecer el equilibrio moral en su ejército y en su armada. El complejo de inferioridad de Custozza y Lissa llevó a Italia a Abisinia; y el complejo de inferioridad de Adua, a Trípoli. Uno de los importantes motivos que llevaron a Alemania a embarcarse en conquistas coloniales fue la turbulenta ambición de aventureros como el Dr. Karl Peters.

Hubo también otros casos. El rey Leopoldo II de Bélgica y Cecil Rhodes fueron «conquistadores» tardíos. Pero el principal incentivo de las modernas conquistas coloniales fue el deseo de gloria militar. La indefensión de los pobres aborígenes, cuyas principales armas eran la aridez y la dificultad de circular en sus países, era demasiado tentadora. Era fácil y no ofrecía peligro derrotarlos y regresar victoriosos.

La mayor potencia colonial del mundo moderno era Inglaterra. Su imperio de las Indias orientales superaba con mucho a

las posesiones coloniales de los demás países europeos. En los años que siguieron a 1820 era de hecho el único poder colonial. España y Portugal habían perdido casi todos sus territorios ultramarinos. Los franceses y los holandeses conservaban al final de las guerras napoleónicas lo que los ingleses les permitían conservar; sus colonias estaban a merced de la escuadra inglesa. Pero el liberalismo inglés modificó fundamentalmente el significado del imperialismo británico concediendo la autonomía —condición de *dominion*— a los colonos ingleses y administrando la India y las demás colonias de la corona bajo principios librecambistas. Antes de que el Pacto de la Sociedad de Naciones creara el concepto de mandato, Inglaterra actuaba virtualmente de mandataria de la civilización europea en países cuya población, a juicio de los ingleses, no estaba capacitada para la independencia. El principal reproche que puede hacerse a la política inglesa en la India es que respetó demasiado algunas costumbres indígenas, que mejoró muy lentamente, por ejemplo, la condición de los intocables. Si no hubiera sido por los ingleses, no existiría hoy una India, sino un conglomerado de pequeños principados tiránicos y mal gobernados que pelearían unos contra otros por varios pretextos; no habría más que anarquía, hambre y epidemias.

Los hombres que representaban a Europa en las colonias raramente tuvieron que afrontar la prueba de los particulares peligros morales derivados de las elevadas posiciones que ocupaban entre poblaciones atrasadas. Su esnobismo envenenaba el trato personal con los indígenas. A las maravillas logradas por la administración inglesa en la India les hacía sombra la vana arrogancia y el estúpido orgullo de raza del blanco. Asia está en abierta rebelión contra los *gentlemen*, para quienes socialmente hay poca diferencia entre un perro y un indígena. La India, por primera vez en la historia, se muestra unánime en una cosa: en el odio al inglés. El resentimiento es tan profundo que ha cegado durante algún tiempo hasta a aquellas partes de la población que saben muy bien que la independencia les traería el desastre y la opresión: a los 80 millones de musulmanes, los 40

millones de intocables y los muchos millones de sikhs, budistas y cristianos. La situación es trágica y constituye una amenaza para la causa de las Naciones Unidas. Pero al mismo tiempo es el manifiesto fracaso del mayor experimento de absolutismo paternalista que se haya llevado a cabo.

Gran Bretaña no se ha opuesto seriamente, en las últimas décadas, a la liberación gradual de la India. No ha impedido la instauración de un sistema proteccionista indio cuya principal aspiración consiste en impedir la entrada de mercancías inglesas. Ha tolerado el desarrollo de un sistema monetario y fiscal que tarde o temprano producirá la virtual anulación de las inversiones y otras reclamaciones inglesas. La única tarea de la administración inglesa en la India ha consistido, en estos últimos años, en impedir las luchas entre distintos partidos políticos, grupos raciales y lingüísticos y castas. Pero los hindúes no quieren ventajas inglesas.

La expansión colonial británica no se detuvo en los últimos sesenta años, pero fue una expansión impuesta a Gran Bretaña por la avidez de conquista de otros países. Cada anexión de una parte de territorio por Francia, Alemania o Italia limitaba el mercado a productos de otros países. Los ingleses eran fieles a los principios del librecambismo y no deseaban excluir a otros pueblos. Pero aunque no fuera más que para impedir que cayeran en manos de sus exclusivistas rivales, tenían que apoderarse de grandes extensiones. No tenían ellos la culpa de que en las condiciones que imponían los métodos coloniales de Francia, Alemania, Italia y Rusia, sólo el control político pudiera salvaguardar adecuadamente el comercio.¹⁷

Es una invención marxista que la expansión colonial de las potencias europeas en el siglo XIX estuvo dirigida por los intereses económicos de grupos financieros influyentes. Ha habido casos en que los gobiernos han actuado en representación de ciudadanos suyos que habían invertido capitales en el ex-

¹⁷W.L. Langer, *The Diplomacy of Imperialism* (Nueva York 1935), I, pp. 75, 95; L. Robbins, *The Economic Causes of War* (Londres 1939), pp. 81-82.

tranjero; el propósito era protegerlos contra la expropiación o el incumplimiento. Pero la investigación histórica ha demostrado que la iniciativa de los grandes proyectos coloniales no provenía de los financieros sino de los gobiernos. El supuesto interés económico era simplemente una ficción. La raíz de la guerra ruso-japonesa de 1904 no fue el deseo del gobierno ruso de proteger los intereses de un grupo de inversores en la explotación de las maderas de Yalu. Lo que sucedió fue lo contrario: el gobierno, que necesitaba un pretexto para la intervención, desplegó «una vanguardia de choque disfrazada de leñadores». El gobierno italiano no conquistó Trípoli en nombre del Banco de Roma. El Banco fue a Trípoli porque el gobierno quiso que le preparara el camino para la conquista. La decisión del Banco de invertir dinero en Trípoli fue resultado del incentivo ofrecido por el gobierno italiano: el privilegio de facilidades de redescuento en el Banco de Italia, más una compensación, en forma de subsidio, a los servicios de navegación. Al Banco de Roma no le gustaba la arriesgada inversión, de la cual, en el mejor de los casos, poco provecho se podía esperar. Al Reich alemán no le importaban un bledo los intereses de los Mannesmann en Marruecos, y lo que hizo fue utilizarlos como pretexto para sus aspiraciones. Los grandes financieros alemanes no tenían ningún interés. El ministerio de relaciones exteriores había tratado en vano de inducirlos a invertir dinero en Marruecos. «En cuanto se les menciona Marruecos, hasta el último de los bancos se declara en huelga», decía Herr von Richthofen, ministro de relaciones exteriores.¹⁸

Al estallar la Primera Guerra Mundial, el total de alemanes que vivían en las colonias, la mayoría de ellos soldados y fun-

¹⁸ Staley, *War and the Private Investor* (Nueva York 1935); Robbins, *op. cit.*; Sulzbach, *Capitalist Warmogers. A Modern Superstition* (Chicago 1942). Charles Beard (*A Foreign Policy for America*, Nueva York 1930, p. 72) dice respecto a Estados Unidos: «La lealtad a los hechos registrados por la historia debe adscribir la idea de la expansión imperialista más a los oficiales de marina y a los políticos que a los hombres de negocios.» Lo mismo se puede decir de los demás países.

cionarios con sus familias, no llegaba a 25.000. El comercio entre la metrópoli y las colonias era insignificante: menos del 5 por ciento del comercio exterior alemán. A Italia, el poder colonial más agresivo, le faltaba capital para explotar sus recursos domésticos, y sus inversiones en Trípoli y Etiopía reducían considerablemente los capitales disponibles.

El pretexto más moderno para la conquista colonial se cifra en la consigna «materias primas». Hitler y Mussolini intentaron justificar sus planes señalando que los recursos naturales del mundo no estaban distribuidos equitativamente. Como no poseedores (*have nots*), ansiaban conseguirlas de los países que tenían más de lo que debían tener. ¿Cómo se les podía tachar de agresores cuando no querían sino lo que les correspondía por derecho natural y divino?

En el mundo del capitalismo las materias primas se compran y se venden como todas las demás cosas. No importa que hayan de ser importadas del extranjero o compradas en casa. El comprador inglés de lana australiana no obtiene ninguna ventaja de que Australia forme parte del imperio británico; paga el mismo precio que su competidor italiano o alemán.

Los países que producen materias primas que no se pueden obtener en Alemania o en Italia no están desiertos. En ellos vive gente, y sus habitantes no están dispuestos a convertirse en súbditos de los dictadores europeos. Los ciudadanos de Texas y de Luisiana están deseando vender sus cosechas de algodón a quien se las pague, pero no desean la dominación alemana o italiana. Lo mismo pasa en otros países y con otras materias primas. Los brasileños no se consideran una dependencia de sus plantaciones de café. Los suecos no creen que sus yacimientos de mineral de hierro justifique las aspiraciones alemanas. Los mismos italianos llamarían locos a los daneses si les pidieran una provincia italiana para obtener lo que les corresponde de frutos agrios, vino y aceite de oliva.

Sería razonable que Alemania e Italia pidieran la vuelta al libre cambio y al *laissez-faire* y el abandono de los esfuerzos—hasta ahora infructuosos— de muchos gobiernos para elevar

el precio de las materias primas mediante una restricción obligatoria de la producción. Pero estas ideas son ajenas a los dictadores, que no quieren libertad sino *Zwangswirtschaft* y autarquía.

El moderno imperialismo colonial es en sí mismo un fenómeno y no hay que confundirlo con el nacionalismo europeo. Las grandes guerras de nuestro tiempo no las han ocasionado los conflictos coloniales sino las aspiraciones nacionalistas en Europa. Los antagonismos coloniales ocasionaron campañas coloniales sin alterar la paz entre las naciones de Occidente. A pesar del ruido de sables, ni Marruecos ni Etiopía trajeron la guerra europea. En el conjunto de los asuntos extranjeros de Alemania, Francia e Italia, los planes coloniales eran secundarios. Las aspiraciones coloniales no eran mucho más que un pacífico deporte al aire libre en tiempo de paz, las colonias el campo de ambiciones de jóvenes militares ambiciosos.

6. *Inversiones extranjeras y préstamos extranjeros*

El principal requisito de los cambios industriales que transformaron el mundo de trabajadores manuales y de artesanos, de caballos, barcos de vela y molinos de viento en el mundo de la fuerza de vapor, de la electricidad y de la producción en masa fue la acumulación de capital. Las naciones de la Europa occidental pusieron las condiciones políticas e institucionales necesarias para proteger los ahorros y las inversiones en gran escala, suministrando así a los empresarios el capital necesario. En vísperas de la revolución industrial la estructura técnica y económica de la economía occidental no difería esencialmente de las condiciones imperantes en otras partes de la superficie habitada de la tierra. A partir del segundo cuarto del siglo XIX un abismo fue separando a los adelantados países occidentales de los atrasados países orientales. Mientras Occidente emprendía el camino del progreso rápido, el mundo oriental permanecía en el estancamiento.

El mero conocimiento de los métodos occidentales de producción, transporte y comercialización no les hubiera servido de nada a los países atrasados, que carecían de capital para adoptar los nuevos métodos. No era difícil imitar la técnica de Occidente. Pero era casi imposible trasplantar la mentalidad y las ideologías que habían creado el ambiente social, jurídico, constitucional y político en que se habían producido los adelantos técnicos. No era tan fácil producir un ambiente en que se diera la acumulación del capital interno como producir una fábrica moderna. El nuevo sistema industrial no era sino el efecto del nuevo espíritu del liberalismo y del capitalismo, producto de una mentalidad a la que le interesaba más servir al consumidor que las guerras, las conquistas y la conservación de costumbres antiguas. El rasgo esencial del adelantado Occidente no era su técnica sino su atmósfera moral, que estimulaba el ahorro, la formación de capitales, el espíritu de empresa, los negocios y la competencia pacífica.

Los países atrasados tal vez habrían podido llegar a comprender el problema de fondo y comenzar a transformar sus estructuras sociales de manera que dieran por resultado la acumulación de capitales autóctonos. Pero aun así, habría sido un proceso lento y fatigoso, que habría requerido mucho tiempo. El abismo entre el este y el oeste, entre las naciones adelantadas y las naciones atrasadas, se habría ensanchado cada vez más. El este no habría podido alcanzar nunca al oeste. Recuperar la ventaja alcanzada por Occidente habría sido para Oriente una empresa imposible. Pero la historia siguió otro camino. Se manifestó un nuevo fenómeno: la internacionalización del mercado de capital. El adelantado Occidente empezó a suministrar a todo el mundo los capitales necesarios para las nuevas inversiones. Los préstamos y las inversiones directas permitieron suministrar a todos los países el equipo de la civilización moderna. Gandhi manifiesta su aversión hacia los inventos del Occidente mezquino y del diabólico capitalismo. Pero viaja en ferrocarril o en automóvil, y, cuando cae enfermo, busca tratamiento en hospitales equipados con los instrumentos más refi-

nados de la cirugía occidental. No se le ocurre pensar que ha sido el capital occidental el que ha hecho posible que los indios disfruten de esas ventajas.

La enorme transferencia de capital de la Europa occidental al resto del mundo ha sido uno de los acontecimientos más notables de la era del capitalismo. Esta transferencia ha permitido explotar los recursos naturales en los territorios más lejanos y ha elevado el nivel de vida de pueblos cuyas circunstancias materiales no habían mejorado nada desde tiempo inmemorial. Claro está que no era la caridad, sino el interés, lo que movía a las naciones adelantadas a exportar capitales. Pero el provecho no era unilateral; era mutuo. Los países en otros tiempos atrasados no tenían razón para quejarse de que los capitalistas extranjeros les hubieran proporcionado maquinaria y facilidades de transporte.

Sin embargo, en esta época de anticapitalismo ha llegado a ser general la hostilidad al capital extranjero. Las naciones deudoras quieren a toda costa expropiar al capitalista extranjero. Los préstamos son ignorados abiertamente, o mediante el sistema más hábil del control de cambios. La propiedad extranjera está expuesta a un control discriminatorio que puede llegar a la confiscación. Se practica incluso la expropiación descarada, sin indemnización alguna.

Se ha hablado mucho de la supuesta explotación de países deudores por parte de países acreedores. Pero si se ha de aplicar a estas relaciones el concepto de explotación, se trata más bien de la explotación de los países inversores por parte de las naciones que reciben los capitales. Los préstamos y las inversiones no se concibieron como regalos. Los préstamos se hicieron bajo solemne estipulación de devolución del capital y del pago de intereses. Las inversiones se hicieron con la esperanza de que se respetarían los derechos de propiedad. Pero a excepción de la gran masa de inversiones realizadas en Estados Unidos, en algunos de los *dominions* británicos y en algunos países pequeños, esas esperanzas se han frustrado. Las obligaciones no se han cumplido o dejarán de serlo en breve tiempo. Las

inversiones directas han sido confiscadas o lo serán pronto. Lo único que pueden hacer los países exportadores de capitales es cancelar sus créditos.

Veamos el problema desde el punto de vista de los países predominantemente industriales de Europa, que, relativamente sobrepoblados, son países poco dotados por la naturaleza. Para pagar productos alimenticios imprescindibles y primeras materias, dichos países necesitan exportar artículos manufacturados. Pero el nacionalismo económico de los países que están en situación de venderles productos alimenticios y primeras materias les da con la puerta en las narices. Para Europa, la restricción de exportaciones significa miseria y hambre. Pero mientras se pudiera recurrir a invertir dinero en el extranjero quedaba una válvula de seguridad. Las naciones deudoras estaban obligadas a exportar cierta cantidad de sus productos en pago de intereses y dividendos. Aunque se logaran los fines de la actual política de comercio exterior —evitar completamente la importación de artículos manufacturados— las naciones deudoras seguirían teniendo que proporcionar a las acreedoras los medios de pago del excedente de su producción de artículos alimenticios y de materias primas. Los consumidores de las naciones acreedoras estarían en situación de adquirir esas cosas en el mercado nacional protegido, de manos, por así decirlo, de quienes perciben pagos del extranjero. Las inversiones en el extranjero representarían en cierto modo la parte de las naciones acreedoras en los ricos recursos de las naciones deudoras. La existencia de estas inversiones suavizaría hasta cierto punto la desigualdad entre los países que tienen (*haves*) y los que no tienen (*have not*s).

¿En qué sentido era la Gran Bretaña anterior a la guerra una nación «que tenía»? Seguramente, no en el sentido de que era «poseedora» de un imperio. Pero los capitalistas británicos poseían una considerable cantidad de inversiones en el exterior, cuyo rendimiento hacía posible que el país comprara la correspondiente cantidad de productos extranjeros por encima de la equivalente a las exportaciones inglesas corrientes. La di-

ferencia entre la estructura económica de la Inglaterra y de la Austria anteriores a la guerra consistía precisamente en que Austria no tenía ese activo en el extranjero. El obrero inglés podía suministrar una considerable cantidad de géneros alimenticios y de materias primas trabajando en fábricas que vendían sus productos en el protegido mercado nacional a personas que percibían pagos del exterior. Era como si los trigales, los algodones y las plantaciones de caucho, los pozos petrolíferos y las minas estuvieran situados en Gran Bretaña.

Después de la actual guerra, cuando ese capital activo colocado en el exterior haya desaparecido a consecuencia de los métodos empleados para financiar los gastos bélicos, o por falta de pago o por la confiscación efectuada por los gobiernos de los países deudores, Inglaterra y otros países de la Europa occidental se verán reducido a la situación de países relativamente pobres. El cambio afectará muy seriamente a la situación del proletariado inglés. Las cantidades de géneros alimenticios y de materias primas extranjeras que anteriormente podía el país obtener en pago de intereses y dividendos habrá que buscarlas desesperadamente mediante la venta de artículos manufacturados a los que todos los países querrán cerrar el acceso.

7. *La guerra total*

Los príncipes del antiguo régimen mostraban afección por agrandar sus dominios. Aprovechaban todas las oportunidades para la guerra y la conquista. Organizaban ejércitos relativamente pequeños. Los ciudadanos detestaban las guerras, que les traían calamidades y les cargaban de impuestos. Pero no se interesaban por el resultado de las campañas. Les tenía más o menos sin cuidado ser gobernados por un Habsburgo o por un Borbón. Voltaire decía por entonces: «Los pueblos son indiferentes a las guerras de sus gobernantes.»¹⁹

¹⁹Benda, *La Trahison des clercs* (París 1927), p. 253.

La guerra moderna no es una guerra de ejércitos reales. Es una guerra de pueblos, una guerra total. Es una guerra de Estados que no deja a sus súbditos una esfera privada, pues los Estados entienden que toda la población es parte de las fuerzas armadas. Quien no guerrea debe trabajar para sostener y equipar al ejército. Ejército y pueblo son uno y lo mismo. Los ciudadanos participan apasionadamente en la guerra, porque quien lucha es su Estado, su dios.

Las guerras de agresión son actualmente populares en las naciones que están convencidas de que su bienestar material no puede mejorar sino con la victoria y las conquistas. Por otra parte, los ciudadanos de las naciones agredidas saben muy bien que deben luchar para sobrevivir. De esta manera, todos los individuos, en ambos campos, tienen un interés directo en el resultado de las batallas.

La anexión de Alsacia-Lorena por Alemania en 1871 no trajo ningún cambio en la riqueza o renta del ciudadano alemán medio. Los habitantes de la provincia anexionada conservaron sus derechos de propiedad, se convirtieron en ciudadanos del Reich y eligieron diputados al Reichstag. La tesorería alemana recaudó impuestos en el territorio adquirido, pero, por otra parte, corrió con la carga de los gastos de administración. Eran los tiempos del *laissez faire*.

Los viejos liberales tenían razón cuando afirmaban que ningún ciudadano de una nación liberal y democrática se beneficia con la guerra. Pero en estos tiempos de barreras a la migración y al comercio es distinto. A todo asalariado y a todo campesino le perjudica la política de un gobierno extranjero que les prohíbe el acceso a países en que las condiciones naturales de producción son más favorables que en su país natal. A todo el que trabaja le perjudican los derechos de importación con que un país castiga la venta de los productos de su trabajo. Si una guerra victoriosa destruye aquellas barreras, el bienestar material de las masas a quienes les afecta mejora. La presión en el mercado interior de trabajo puede ser aliviada mediante la emigración de parte de los trabajadores. Los emigrantes ganan más

en sus nuevos países, y la restricción de la oferta en el mercado interior de trabajo tiende a elevar los salarios dentro del país. La abolición de los derechos aduaneros extranjeros aumenta la exportación y por lo tanto la demanda en el mercado laboral interior. En el país cesa el cultivo del terreno menos productivo, y el campesino va a países donde aún hay disponible un terreno mejor. La productividad media del trabajo aumenta en todo el mundo, pues en los países de emigración se reduce la producción en las condiciones menos favorables y es sustituida por una expansión de la producción en los países de inmigración que ofrecen condiciones materiales más favorables.

Pero, por otra parte, se perjudican los intereses de los trabajadores y de los campesinos de los países relativamente superpoblados. Para ellos, la tendencia a la igualdad de salarios y de rentas agrícolas (para cada uno de los hombres que trabajan una unidad de terreno), inherente a un mundo de libre movilidad de la mano de obra, se traduce, en el futuro inmediato, en un descenso en su renta, por mucho que posteriormente les pueda beneficiar esa movilidad.

No se puede objetar que hay paro en los países relativamente poco poblados, empezando por Australia y Estados Unidos, y que la inmigración se traduciría en un aumento de las cifras del paro, no en una mejora de la situación de los inmigrantes. El paro como fenómeno de masas se debe siempre a la imposición de salarios mínimos superiores a los potenciales que fijaría un mercado de trabajo sin trabas. Si los sindicatos no trataran persistentemente de elevar los salarios por encima de los potenciales salarios de mercado, no habría un paro duradero de muchos trabajadores. Si no existiera una manipulación sindical de los salarios, Australia y América podrían absorber muchos millones de inmigrantes hasta llegar a la igualdad de salarios. Los salarios de mercado, tanto industriales como agrícolas, son mucho más elevados en Australia, Nueva Zelanda y en los Estados Unidos que en la Europa continental, lo que se debe al hecho de que en Europa se siguen explotando minas pobres mientras en los países ultramarinos siguen sin ser explotadas minas ricas y de

explotación más fácil. Los campesinos europeos siguen cultivando tierras rocosas y áridas en los Alpes, los Cárpatos, los Apeninos y los Balcanes y tierras arenosas en las llanuras del nordeste de Alemania, mientras en América y en Australia hay miles y miles de hectáreas de tierra fértil que nadie toca. A todos aquellos pueblos se les impide trasladarse a lugares en que su trabajo y su esfuerzo serían mucho más productivos y donde podrían prestar mejores servicios a los consumidores.

Ahora podemos comprender por qué el estatismo conduce necesariamente a la guerra, siempre que los que se encuentran en condiciones menos favorables crean que saldrán victoriosos. Dada la situación de esta época de estatismo, los alemanes, los italianos y los japoneses podrían beneficiarse de una guerra victoriosa. No es una casta guerrera la que empuja a Japón a la agresión, sino las consideraciones de política de salarios que no difieren mucho de las de los sindicatos. Los sindicatos australianos quieren cerrar las puertas a la inmigración para que suban los salarios en Australia. Los trabajadores japoneses quieren abrir los puertos australianos para que suban los salarios de los trabajadores de su raza.

El pacifismo está sentenciado en una época de estatismo. En tiempos del absolutismo real los filántropos se dirigían así a los reyes: «Compadecemos de la humanidad sufriente; sed generosos y compasivos. Su Majestad se beneficiará de la victoria y de la conquista. Pero pensad en el dolor de las viudas y huérfanos, en la tristeza de quienes han perdido sus hogares. Recordad el mandamiento: No matarás. Renunciad a la gloria y al engrandecimiento. ¡Conservad la paz!» Pero predicaban a sordos. Después vino el liberalismo. El liberalismo no se puso a declamar contra la guerra; trató de establecer las condiciones en que la guerra no fuera negocio, trató de abolirla suprimiendo sus causas. Si no lo consiguió, fue porque vino el estatismo. Cuando los pacifistas de nuestro tiempo dicen a los pueblos que la guerra no puede mejorar su bienestar, se equivocan. Las naciones agresoras siguen convencidas de que una guerra victoriosa podría mejorar la suerte de sus ciudadanos.

Estas consideraciones no son un alegato para que América y los *dominions* británicos abran sus puertas a los inmigrantes alemanes, italianos y japoneses. En las condiciones actuales, América y Australia cometerían simplemente un suicidio si los admitieran. Lo mismo daría que se rindieran directamente al Führer y al Mikado. Los inmigrantes de los países totalitarios son hoy la vanguardia de sus ejércitos, una quinta columna cuya invasión haría inútiles las demás medidas de defensa. América y Australia sólo pueden conservar su libertad, su civilización y sus instituciones democráticas cerrando rígidamente el acceso a los súbditos de los dictadores. Pero esta situación es resultado del estatismo. En el pasado liberal los emigrantes no venían como preparadores de la conquista, sino como ciudadanos leales a su nuevo país.

Sin embargo, cometeríamos una seria omisión si no mencionáramos el hecho de que muchos contemporáneos recomiendan las barreras a la inmigración sin referirse al problema de los salarios o del rendimiento de las tierras. Quienes las recomiendan se proponen conservar la existente división geográfica de varias razas. Arguyen así: la civilización occidental es producto de las razas caucásicas de la Europa occidental y central y de sus descendientes en países ultramarinos, y perecería si los países poblados por estos occidentales se vieran invadidos por asiáticos y por africanos. La invasión perjudicaría a ambas partes. La separación de razas beneficia a la humanidad porque impide la desintegración de la civilización occidental. Si los asiáticos y los africanos permanecen en aquella parte de la tierra en que han vivido durante miles de años, se beneficiarán de los nuevos progresos de la civilización del hombre blanco. Siempre tendrán ante sus ojos un modelo que imitar y que adaptar a sus propias condiciones. En un futuro distante podrán quizá contribuir al progreso de la cultura, y quizá entonces sea posible suprimir las barreras de división. En nuestro tiempo —dicen— tales planes carecen de sentido.

No debemos cerrar los ojos al hecho de que semejantes opiniones encuentran la aprobación de la gran mayoría. Sería

inútil negar que hoy existe una repugnancia a abandonar la división geográfica de varias razas. Incluso personas equitativas cuando aprecian las cualidades y lo que han logrado culturalmente las razas de color, y que se oponen seriamente a todo tipo de discriminación contra los miembros de esas razas que viven ya en medio de una población blanca, se oponen a la emigración en masa de gente de color. Son pocos los blancos que no se estremecerían ante el espectáculo de muchos millones de amarillos y de negros viviendo en sus propios países.

La elaboración de un sistema que produzca la coexistencia armoniosa y la pacífica cooperación económica y política de varias razas incumbe a las generaciones venideras. Pero la humanidad fracasará seguramente en la solución de este problema si no descarta totalmente el estatismo. No olvidemos que la actual amenaza a nuestra civilización no procede de un conflicto entre blancos y razas de color, sino de conflictos entre varios pueblos de Europa y de estirpe europea. Algunos escritores han profetizado una lucha decisiva entre la raza blanca y las razas de color. La realidad de nuestro tiempo es, sin embargo, la guerra entre grupos de naciones blancas y entre japoneses y chinos, todos ellos mongoles. Estas guerras son producto del estatismo.

8. *El socialismo y la guerra*

Los socialistas insisten en que la guerra no es más que una de las calamidades del capitalismo. En el futuro paraíso socialista, dicen, no habrá guerras. Claro está que entre nosotros y esa pacífica utopía median unas cuantas guerras cruentas; pero con el inevitable triunfo del comunismo desaparecerán todos los conflictos.

Es evidente que con la conquista de toda la superficie terrestre por un solo poder desaparecerían todas las guerras entre Estados y naciones. Si un dictador socialista lograra conquistar todos los países, no habría ya más guerras exteriores, siempre que la policía fuera suficientemente fuerte para impedir la des-

integración de este Estado mundial. Pero lo mismo podría decirse de cualquier otro conquistador. Si los grandes Khan mongoles hubieran logrado lo que se proponían, también habrían hecho que en el mundo reinara una paz eterna. Lástima que la Europa cristiana se obstinara en no rendirse voluntariamente a sus aspiraciones a la supremacía mundial.²⁰

Sin embargo, no estamos analizando proyectos de pacificación mundial mediante la conquista y la esclavitud universales, sino la manera de lograr que en el mundo desaparezcan las causas de conflicto. Semejante posibilidad está implícita en el proyecto liberal de cooperación armoniosa entre las naciones democráticas bajo el capitalismo. Si fracasó fue porque el mundo abandonó tanto el liberalismo como el capitalismo.

El socialismo mundial tiene dos posibilidades: la coexistencia de Estados socialistas independientes, por una parte, y el establecimiento de un gobierno socialista unitario y mundial, por otra.

El primer sistema estabilizaría las desigualdades existentes. Seguiría habiendo naciones ricas y naciones pobres, países demasiado poblados y países poco poblados. Si la humanidad hubiera implantado ese sistema hace cien años, habría sido imposible explotar los campos petrolíferos de México o de Venezuela, crear plantaciones de caucho en Malasia, o desarrollar la producción de bananas en la América central. Los países mencionados carecían de capital y de hombres adiestrados para explotar sus recursos. Un sistema socialista es incompatible con las inversiones de capitales extranjeros, los préstamos extranjeros, el pago de intereses y de dividendos y demás instituciones capitalistas.

Consideremos cuáles serían algunas de las condiciones en ese mundo de naciones socialistas coordinadas. Hay países superpoblados por blancos que trabajan para mejorar su condición pero cuyos esfuerzos tropiezan con la escasez de recursos

²⁰ Voegelin, «The Mongol Orders of Submission to the European Powers 1145-1155», en *Byzantion*, XV, pp. 378-413.

naturales. Estos trabajadores blancos necesitan materias primas y géneros alimenticios que podrían ser producidos en otros países mejor dotados. Pero estos países favorecidos por la naturaleza están poco poblados y carecen del capital necesario para explotar sus recursos. Sus habitantes no son lo bastante trabajadores ni habilidosos para sacar provecho de las riquezas que la naturaleza les ha prodigado. Carecen de iniciativa; se aferran a métodos anticuados de producción, no tienen interés por mejorar. No desean producir más caucho, estaño, copra y yute para cambiarlos por artículos manufacturados en el extranjero, y su actitud afecta al nivel de vida de los pueblos donde lo que más vale es la habilidad y el espíritu trabajador. ¿Acaso estos pueblos abandonados por la naturaleza se van a contentar con aguantar ese estado de cosas? ¿Van a trabajar más y producir menos porque los favorecidos por la naturaleza se abstienen tercamente de explotar mejor sus tesoros?

El resultado inevitable será la guerra y la conquista. Los trabajadores de regiones relativamente superpobladas invadirán los territorios poco poblados, los conquistarán y se los anexionarán. Luego vendrán las guerras entre conquistadores por el reparto del botín. Cada nación creerá que no ha obtenido lo que le corresponde en justicia, que otras naciones han obtenido demasiado y que se debería obligarles a renunciar a una parte. El socialismo en naciones independientes acabaría en guerras interminables.

Estas consideraciones nos permiten calibrar las absurdas teorías marxistas sobre el imperialismo. Todas ellas, por mucho que choquen unas con otras, tienen un rasgo común: sostienen que, con los progresos del capitalismo, los capitalistas están deseando invertir dinero en el extranjero porque la producción nacional tiende a producir menores beneficios y porque, bajo el capitalismo, el mercado interior es demasiado pequeño para absorber todo el volumen de producción, y añaden que este deseo de los capitalistas de exportar y de invertir dinero en el extranjero perjudica al interés de clase del proletariado y además origina conflictos internacionales y la guerra.

Sin embargo, los capitalistas no invierten en el extranjero para sustraer productos al consumo interior. Lo hacen, por el contrario, para suministrar al mercado nacional materias primas y géneros alimenticios que de otra manera no se pueden obtener o se obtienen en cantidades insuficientes y a un costo más elevado. Sin el comercio de exportación y sin las inversiones en el extranjero los consumidores europeos y americanos no hubieran disfrutado nunca del alto nivel de vida que les concedió el capitalismo. Lo que empujó a los capitalistas y a los empresarios hacia los mercados y las inversiones en el extranjero fueron las necesidades de los consumidores. Si los consumidores hubieran mostrado deseos de adquirir más cantidad de artículos que podían haber sido producidos en casa sin la ayuda de primeras materias extranjeras, en vez de adquirir géneros alimenticios y materias primas extranjeras, habría sido más provechoso aumentar la producción interior que invertir en el extranjero.

Los doctrinarios marxistas cierran deliberadamente los ojos a la desigualdad de recursos naturales en distintas partes del mundo, y, sin embargo, estas desigualdades constituyen el problema esencial en las relaciones internacionales.²¹ Sin ellas, las tribus teutónicas y posteriormente los mongoles no habrían invadido Europa. Se habrían dirigido hacia los amplios espacios vacíos de la tundra y de la Escandinavia septentrional. Si no tenemos en cuenta estas desigualdades en recursos naturales no encontraremos para las guerras más que algunos motivos diabólicos: las siniestras maquinaciones de los capitalistas, como dicen los marxistas, o las intrigas del sionismo mundial, como dicen los nazis.

²¹ Nos hemos ocupado sólo de los tipos de inversión de capital extranjero destinado a explotar los recursos naturales de países atrasados, es decir, de inversiones en minería, agricultura y servicios auxiliares como los transportes, servicios de utilidad pública, etc., etc. Las inversiones de capital para manufacturas se debieron en gran parte a la influencia del nacionalismo económico, y no se habrían producido en un mundo librecambista. Fue el proteccionismo el que obligó a los fabricantes norteamericanos de automóviles y a las plantas industriales alemanas a establecer sucursales en el extranjero.

Estas desigualdades son naturales y no desaparecerán nunca. En un mundo socialista unitario plantearían también un problema insoluble. Una administración socialista que abarcara el mundo entero podría, desde luego, seguir una política bajo la cual todos los seres humanos fueran tratados de igual manera; podría intentar trasladar trabajadores y capital de un territorio a otro sin tener en cuenta los intereses creados de los grupos de mano de obra de diferentes países o de diferentes grupos lingüísticos. Pero nada puede justificar la ilusión de que esos grupos de mano de obra, cuyos ingresos per cápita y nivel de vida se reducirían como consecuencia de semejante política, estarían dispuestos a tolerarlo. Ningún socialista de las naciones occidentales considera el socialismo como un plan (aunque cedamos a las falaces esperanzas de que la producción socialista aumentaría la productividad del trabajo) que deba producir un descenso del nivel de vida de aquellos países. Los trabajadores de Occidente no aspiran a la igualdad de salarios con los más de 1.000 millones de campesinos y obreros extremadamente pobres de Asia y de África. Por la misma razón que se oponen a la inmigración bajo el capitalismo, se opondrían a una política de traslado de mano de obra por parte de una administración socialista mundial. Preferirían pelear a mostrarse conformes con la abolición de las diferencias existentes entre los afortunados habitantes de territorios relativamente poco poblados y los desdichados habitantes de territorios superpoblados. No importa que a esas luchas las llamemos guerras civiles o guerras internacionales.

Los trabajadores occidentales son partidarios del socialismo porque esperan mejorar su situación mediante la abolición de lo que llaman rentas *no ganadas*. No nos interesa la falacia de estas expectativas. Sólo debemos recalcar que los socialistas de Occidente no quieren compartir sus ingresos con las desgraciadas masas orientales. No están dispuestas a renunciar al privilegio más valioso de que disfrutaban bajo el estatismo y el nacionalismo económico: la exclusión de la mano de obra extranjera. El obrero norteamericano es partidario del mantenimiento de

lo que llama «el modo de vida americano», no el modo de vida de un mundo socialista, a medio camino, poco más o menos, entre el actual modo de vida americano y el nivel de los *coolies*, probablemente mucho más cerca de éste que de aquél. Esta es una cruda realidad que ninguna retórica socialista puede disipar.

Los mismos egoístas intereses de grupo, que mediante las barreras a la migración han frustrado los planes liberales para una pacífica cooperación mundial de naciones, Estados e individuos, destruirían la paz interna en un mundo socialista. El argumento de la paz es tan infundado y erróneo como todos los demás formulados para demostrar que la realización del socialismo es posible y oportuna.

5. *Refutación de algunas explicaciones erróneas*

1. *Las deficiencias de las explicaciones corrientes*

Las explicaciones corrientes del nacionalismo moderno están lejos de reconocer que el nacionalismo, en nuestro mundo de división internacional del trabajo, es el resultado inevitable del estatismo. Hemos expuesto ya los errores de la más popular entre estas explicaciones, es decir de la teoría marxista del imperialismo. Ahora hemos de reseñar otras doctrinas.

Los defectos de la teoría marxista se deben a la falsedad de sus principios económicos. La mayoría de las teorías de que vamos a tratar ahora no se ocupan para nada de los factores económicos. El nacionalismo es para ellas un fenómeno de una esfera que no está sujeta a la influencia de factores que comúnmente se llaman económicos. Algunas de estas teorías llegan incluso a afirmar que las motivaciones nacionalistas provienen de haber descuidado deliberadamente las cuestiones económicas en favor de las demás cuestiones.

Un detenido análisis de todas estas opiniones divergentes requeriría un examen de todos los problemas fundamentales de la vida social y de la filosofía social. No podemos hacerlo en un estudio dedicado al nacionalismo y a los conflictos que ha originado y debemos limitarnos a los problemas en cuestión.

Respecto a los errores más comunes, tal vez sea necesario recalcar, una vez más, que lo que estudiamos son las políticas, las actividades políticas y las doctrinas que en aquéllas influyen, y no simples puntos de vista y opiniones sin consecuencias prácticas. No nos proponemos responder a preguntas como: ¿en

qué sentido se diferencian entre sí los individuos de las distintas naciones, Estados, grupos lingüísticos o de otra clase? O bien: ¿se odian o se aman mutuamente? Queremos saber por qué prefieren una política que persigue el nacionalismo económico y la guerra a otra que promueve la cooperación pacífica. Incluso las naciones que se odian profundamente se aferrarían a la paz y al libre cambio si estuvieran convencidas de que es la que mejor favorece sus propios intereses.

2. La supuesta irracionalidad del nacionalismo

Hay personas que creen haber explicado satisfactoriamente el nacionalismo afirmando su irracionalidad. A estas personas les parece un grave error, común principalmente entre los economistas, suponer que los actos humanos son siempre racionales. El hombre no es, dicen, un ser racional. Los fines últimos de sus acciones son a menudo, si no siempre, irracionales. La gloria y la grandeza del propio Estado, nación, raza, grupo lingüístico o clase social son de esos fines irracionales que los hombres prefieren al aumento de riqueza y bienestar o a la mejora del nivel de vida. Los hombres no gustan de la paz, de la seguridad ni de la vida tranquila. Sueñan con las vicisitudes de la guerra y de la conquista, del cambio, de la aventura y del peligro. Disfrutan matando, robando y destruyendo. Ansian marchar contra el enemigo a tambor batiente y son de corneta y con las banderas desplegadas al viento.

Debemos reconocer, sin embargo, que los conceptos de racional e irracional se aplican sólo a los medios, nunca a los fines últimos. Los juicios de valor mediante los cuales el hombre elige entre fines últimos opuestos no son racionales ni irracionales. Son arbitrarios, subjetivos y resultado de puntos de vista individuales. No hay ningún valor objetivo absoluto independiente de las preferencias individuales. La conservación de la vida es, en general, considerada como un fin último. Pero siempre ha habido hombres que han preferido la muerte a la

vida cuando la vida no podía ser conservada sino en condiciones que les parecían insoportables. Las acciones humanas consisten siempre en elegir entre dos bienes o dos males que no son considerados equivalentes. Cuando hay una perfecta equivalencia, el hombre se mantiene neutral y no hay acción. Pero lo que es bueno y lo que es mejor, o lo que es malo y lo que es peor, se deciden conforme a normas subjetivas, distintas en individuos diferentes, y que, según las circunstancias, cambian en los mismos individuos.

En cuanto aplicamos los conceptos de racional e irracional a los juicios de valor, reducimos los fines a medios. Nos referimos a algo que hemos fijado como fin provisional, y consideramos la elección partiendo de si es un medio adecuado para alcanzar el fin. Si tratamos de las acciones de otras personas, sustituimos su juicio por el nuestro, y si tratamos de nuestras acciones pasadas, sustituimos por nuestras valoraciones actuales las del momento en que actuamos.

Racional e irracional significan siempre: razonable o no desde el punto de vista de los fines que se persiguen. La racionalidad o irracionalidad absoluta no existen.

Podemos comprender lo que quieren decir quienes atribuyen al nacionalismo motivos irracionales. Estos quieren decir que el liberalismo se equivocaba cuando afirmaba que los hombres prefieren mejorar las condiciones materiales de su bienestar a alcanzar otros fines, como la gloria nacional, el placer de una vida llena de peligros o la satisfacción de inclinaciones a los placeres sádicos. Los hombres, dicen, han rechazado el capitalismo y el libre cambio porque aspiran a otros fines distintos de los que el liberalismo considera supremos. No buscan una vida sin necesidades y sin miedo, o una vida en que la seguridad y las riquezas aumenten constantemente, sino las especiales satisfacciones que les proporcionan los dictadores totalitarios.

No se puede decidir por consideraciones filosóficas o *a priori* si esas afirmaciones son ciertas o no. Son afirmaciones referentes a hechos, y lo que necesitamos preguntar es si la actitud de

nuestros contemporáneos es la que nos quieren hacer creer estas explicaciones.

No hay duda de que hay realmente personas que prefieren lograr otros fines a mejorar su bienestar material. Siempre ha habido hombres que voluntariamente han renunciado a muchos placeres y satisfacciones por hacer lo que les parecía moral y justo. Algunos han preferido el martirio a renunciar a lo que creían que era verdad. Han elegido la pobreza y el exilio porque querían tener libertad para buscar la verdad y la sabiduría. Lo más noble en el progreso de la civilización, del bienestar y de la ilustración lo han logrado hombres así, que arrojaron todos los peligros y desafiaron la tiranía de reyes poderosos y de masas fanáticas. Las páginas de la historia nos cuentan la epopeya de herejes quemados en la hoguera, de filósofos —desde Sócrates hasta Giordano Bruno— ejecutados, de cristianos y de judíos que han defendido heroicamente su fe a pesar de sangrientas persecuciones, y de otros muchos paladines de la honestidad y fidelidad cuyo martirio fue menos espectacular pero no menos verdadero. Pero estos ejemplos de abnegación personal y de disposición al sacrificio han sido siempre excepcionales; han sido privilegio de una pequeña elite.

También es cierto que siempre ha habido personas que han buscado el poder y la gloria. Pero tales aspiraciones no eran opuestas a la común aspiración a aumentar la riqueza, los ingresos y el lujo. La sed de poder no implica renunciar a mejorar materialmente. Por el contrario, los hombres quieren ser más poderosos para adquirir más riquezas que las que podrían adquirir por otros métodos. Muchos esperan adquirir más tesoros robando a otros que sirviendo a los consumidores. Muchos han elegido la carrera de la aventura porque confiaban que les sería más fácil triunfar. Hitler, Goebels y Goering eran simplemente ineptos para ocupaciones honestas. Los tres habían fracasado completamente en la pacífica vida económica de la sociedad capitalista, aspiraban al poder, a la gloria y a los puestos directivos y de esta manera se han convertido en los hombres más ricos de la Alemania actual. Es una tontería afirmar que, en ellos,

la «voluntad de poder» es algo opuesto a la aspiración a un mayor bienestar material.

La explicación del nacionalismo moderno y de la guerra que debemos considerar, llegados a este punto de nuestra investigación, no se refiere únicamente a los jefes sino también a sus seguidores. Respecto a estos últimos, la pregunta es: ¿es cierto que el pueblo —los electores, las masas de nuestros contemporáneos— han abandonado deliberadamente el liberalismo, el capitalismo y el libre cambio y los han sustituido por el estatismo —intervencionismo o socialismo—, el nacionalismo económico, la guerra y las revoluciones, porque prefieren una vida peligrosa en la pobreza a una buena vida en paz y seguridad? ¿Prefieren realmente ser pobres en un ambiente donde nadie vive mejor a ser ricos en una sociedad de mercado donde hay gente más rica? ¿Eligen el caos del intervencionismo, del socialismo y de guerras interminables a pesar de darse plena cuenta de que significan pobreza y privaciones? Sólo un hombre falto del sentido de la realidad o incapaz de observar se atrevería a contestar afirmativamente. Está claro que los hombres han abandonado el liberalismo y luchan contra el capitalismo porque creen que el intervencionismo, el socialismo y el nacionalismo económico los van a enriquecer, no a empobrecer. Los socialistas no dijeron ni dicen a las masas: queremos que baje vuestro nivel de vida. Los proteccionistas no dicen: vuestro bienestar material sufrirá con los derechos de importación. Los intervencionistas no recomiendan sus medidas señalando sus efectos perjudiciales para la comunidad. Por el contrario, todos estos grupos insisten una y otra vez en que su política enriquecerá a sus partidarios. Las gentes apoyan al estatismo porque creen que les va a enriquecer. Denuncian al capitalismo porque cree que les priva de la parte que en justicia les corresponde.

El punto principal de la propaganda nazi entre 1919 y 1933 fue: el mundo judío y el capitalismo occidental os han traído la miseria; nosotros lucharemos contra estos enemigos y os traeremos la prosperidad. Los nazis alemanes y los fascistas italianos luchaban por materias primas y por terrenos fértiles y pro-

metían a sus seguidores una vida de riqueza y lujo. El *sacro egoísmo* de los italianos no es una ideología de idealistas, sino de bandidos. Mussolini no elogiaba la vida peligrosa por sí misma, sino como medio para lograr un rico botín. Cuando Goering dijo que los cañones son más importantes que la mantequilla, explicó que en el futuro inmediato los alemanes tenían que limitar su consumo de mantequilla para hacerse con los cañones necesarios a fin de conquistar todos los tesoros del mundo. Si eso es altruismo, abnegación personal o idealismo irracional, los señores del sindicato de asesinos de Brooklyn eran los más perfectos altruistas e idealistas.

Los nacionalistas de todos los países han conseguido convencer a sus seguidores de que la única política realmente buena para el bienestar de toda la nación y de sus ciudadanos honestos es la suya; y que los demás partidos están dispuestos a vender traidoramente la prosperidad de la propia nación a los extranjeros, a los otros. Tomando el nombre de «nacionalistas», insinúan que los demás partidos favorecen los intereses extranjeros. En la Primera Guerra Mundial los nacionalistas alemanes se llamaban a sí mismos el partido de la patria, tachando así de traidores a la nación a quienes propugnaban una paz negociada, una sincera declaración de que Alemania no quería anexionarse Bélgica y que los submarinos no hundieran más trasatlánticos. No estaban dispuestos a reconocer que sus adversarios amaban a su patria tanto como ellos. Quien no era nacionalista era a sus ojos un apóstata y un traidor.

Esta actitud es común a todos los partidos antiliberales contemporáneos. Los llamados «partidos laboristas», por ejemplo, fingen recomendar los únicos medios favorables a los intereses materiales, naturalmente, del proletariado. Quien se opone a su programa es un enemigo del proletariado. No permiten una discusión racional sobre la utilidad de su política a favor de los trabajadores. Son tan presuntuosos que no prestan atención a las objeciones de los economistas. Lo que ellos recomiendan es bueno para los obreros; lo que aconsejan los críticos es malo.

Este intransigente dogmatismo no significa que los naciona-

listas o los dirigentes sindicales persigan otros fines distintos del bienestar material de sus naciones o clases. Ilustra simplemente un rasgo característico de nuestro tiempo: la sustitución de la discusión razonable por los errores del polilogismo. De este fenómeno trataremos en el siguiente capítulo.

3. *La doctrina aristocrática*

Entre la infinidad de afirmaciones falaces y de errores de hecho que forman la estructura de la filosofía marxista hay dos que son especialmente criticables. Marx afirma que el capitalismo causa un aumento de la pauperización de las masas y añade alegremente que los proletarios son intelectual y moralmente superiores a la mezquina, corrompida y egoísta burguesía. No vale la pena de perder tiempo refutando estas fábulas.

Los defensores del retorno al gobierno oligárquico ven las cosas desde otro ángulo. Es un hecho, dicen, que el capitalismo volcó el cuerno de la abundancia sobre las masas, que no saben por qué son más prósperas de día en día. Los proletarios han hecho todo lo posible para entorpecer o frenar el progreso de los inventos técnicos; han llegado incluso a destruir máquinas nuevas. Sus sindicatos siguen hoy oponiéndose a mejoras en los métodos de producción. Los empresarios y capitalistas han tenido que empujar a las recalcitrantes masas, contra su voluntad, hacia un sistema de producción que hace que vivan con más comodidades.

En una sociedad de mercado sin trabas —añaden estos defensores de la aristocracia— prevalece la tendencia hacia la disminución de la desigualdad de ingresos. Mientras el ciudadano medio se enriquece cada vez más, el empresario que triunfa rara vez alcanza la riqueza que le eleva por encima del nivel medio. El grupo que tiene grandes ingresos es muy reducido, y el consumo total de ese grupo es insignificante para desempeñar un papel en el mercado. Los miembros de la clase media superior disfrutaban de un nivel de vida más alto que las masas, pero tam-

poco sus demandas tienen importancia en el mercado. Viven más cómodamente que la mayoría de sus conciudadanos, pero no son lo bastante ricos para proporcionarse una manera de vivir fundamentalmente distinta. La vestimenta les cuesta más que a la clase media inferior, pero es del mismo tipo y se ajusta a las mismas modas. Sus cuartos de baño y sus automóviles son más elegantes, pero los servicios que les prestan son sustancialmente los mismos. Las viejas diferencias en el estándar de vida se han reducido hasta llegar a ser casi nada más que cuestión de adorno. La vida privada de un moderno empresario o director de empresa difiere de la de sus empleados mucho menos de lo que la vida de un señor feudal difería, hace siglos, de la de uno de sus siervos.

A los ojos de los críticos que defienden la aristocracia, el que las masas tomen una parte más activa en las actividades intelectuales y políticas del país es una deplorable consecuencia de la tendencia a la igualdad y de la elevación de su nivel de vida. Las masas no sólo fijan normas artísticas y literarias; son también supremas en política. Actualmente gozan de comodidades y tiempo libre bastante para desempeñar un papel decisivo en los asuntos de la comunidad. Juzgan los problemas económicos desde el punto de vista de su situación en el proceso de la producción. Para ellas, los empresarios y capitalistas, así como la mayoría de los directivos, son simplemente personas ociosas cuyos servicios podría prestar fácilmente «cualquiera que sepa leer y escribir».¹ Las masas están dominadas por la envidia y el resentimiento; quieren expropiar a los capitalistas y empresarios cuyas faltas han consistido en que les han servido demasiado bien. Son totalmente incapaces de concebir las consecuencias remotas de las medidas que propugnan. Por eso tienden a destruir las fuentes de que brota su prosperidad. La política de las democracias es suicida. Las turbas piden cosas contrarias a la sociedad y a sus intereses máspreciados. Eligen diputados a

¹ Véanse las características ideas de Lenin acerca de los problemas de la empresa y de la gestión en su folleto *State and Revolution* (Nueva York 1917), pp. 83-84.

demagogos corrompidos, aventureros y farsantes que elogian medicinas banales y remedios insensatos. La democracia ha terminado en una rebelión de bárbaros internos contra la razón, la política sensata y la civilización. Las masas han establecido firmemente a dictadores en muchos países europeos, y es posible que pronto logren hacer lo mismo en América. El gran experimento del liberalismo y de la democracia ha demostrado que acaba destruyéndolos y ha traído la peor de todas las tiranías.

Se necesita una reforma radical, no en consideración a la elite ni para salvar a la civilización, sino en beneficio de las masas. Hay que reducir los ingresos de los proletarios, dicen los defensores de la *revolución aristocrática*; hay que hacer que los proletarios trabajen más y que su trabajo sea más aburrido. El trabajador debe llegar al fin de la jornada tan cansado que no tenga ganas de dedicarse a pensamientos y actividades peligrosos. Hay que quitarle el voto. El poder político lo deben ejercer las clases superiores. El populacho será entonces inofensivo. Quienes lo forman serán siervos, pero, como tales, serán felices, sumisos y agradecidos. Lo que necesitan las masas es que se les dirija con mano firme. Si se les deja en libertad, son presa fácil de las aspiraciones dictatoriales de los granujas. Hay que salvarlos estableciendo a tiempo el gobierno oligárquico y paternal de los mejores, de la elite, de la aristocracia.

Tales son las ideas que muchos de nuestros contemporáneos han creído poder deducir de los escritos de Burke, Dostoievski, Nietzsche, Pareto y Michels y de la experiencia histórica de las últimas décadas. Elegid, dicen, entre la tiranía de hombres del hampa y el benévolo gobierno de reyes y aristócratas discretos. En la historia no ha habido nunca un sistema democrático duradero. Las repúblicas antiguas y medievales no eran auténticas democracias; las masas —esclavos y metecos— nunca participaron en el gobierno, y, en todo caso, aquellas repúblicas terminaron en la demagogia y en la ruina. Si es inevitable que haya un Gran Inquisidor, es preferible que lo sea un cardenal católico, un príncipe Borbón o un lord inglés, a que lo sea un sádico aventurero de baja estofa.

El fallo principal de esta manera de razonar es que exagera mucho el papel desempeñado por la capa más baja de la sociedad en la evolución que ha traído la perjudicial política de nuestro tiempo. Es una paradoja sostener que las masas, descritas por los defensores de la oligarquía como simple canalla, habrían de ser capaces de dominar a las clases superiores, a la élite de empresarios, capitalistas e intelectuales, y de imponerles su propia manera de pensar.

¿Quién es el responsable de los deplorables acontecimientos de las últimas décadas? ¿Acaso han sido las clases bajas, los proletarios, los que han formulado las nuevas doctrinas? Nada de eso. Ningún proletario ha contribuido absolutamente en nada a la formulación de doctrinas antiliberales. En las raíces del árbol genealógico del moderno socialismo encontramos el nombre del depravado vástago de una de las más aristocráticas y eminentes familias de la Francia monárquica. Casi todos los padres del socialismo pertenecieron a la clase media superior o ejercieron profesiones liberales. El belga Henri de Man, en un tiempo socialista de extrema izquierda y hoy no menos radical defensor del nacional-socialismo, tenía razón cuando afirmaba: «Si se acepta la engañosa expresión marxista que atribuye toda ideología social a una clase definida, habría que decir que el socialismo como doctrina, e incluso el marxismo, tienen un origen burgués.»² Ni el intervencionismo ni el nacionalismo provienen de la «escoria» de la sociedad. Son productos de gentes de buena posición.

El abrumador éxito de estas doctrinas, que han resultado tan perjudiciales para la pacífica cooperación social y que ahora sacuden los cimientos de nuestra civilización, no es producto de actividades de la clase baja. No tienen realmente la culpa los proletarios, los obreros, ni los campesinos. Los autores de estas ideas destructoras han sido miembros de las clases superiores.

² De Man, *Die Psychologie des Sozialismus* (ed. rev., Jena 1927), pp. 16-17. De Man lo escribió en una época en que era uno de los hombres más apreciados por el ala izquierda del socialismo alemán.

Los intelectuales convirtieron a las masas a esa ideología; no la extrajeron de las masas. El que la supremacía de estas modernas doctrinas sea prueba de decadencia intelectual no demuestra que las capas inferiores hayan conquistado a las superiores. Más bien demuestra la decadencia de los intelectuales y de la burguesía. Las masas, precisamente porque son romas y mentalmente inertes, nunca han creado nuevas ideologías. Esto ha sido siempre prerrogativa de la elite.

La verdad es que estamos frente a la degeneración de toda una sociedad y no frente a un mal limitado a algunas de sus partes. Cuando los liberales recomiendan el gobierno democrático como único medio de preservar permanentemente la paz, tanto en el interior como en las relaciones internacionales, no propugnan que gobiernen los mediocres, los de baja estofa, los estúpidos y los bárbaros de casa, como creen algunos críticos de la democracia. Son liberales y demócratas precisamente porque quieren que gobiernen los hombres mejor dotados para gobernar, y sostienen que los hombres mejor dotados deben probar su capacidad convenciendo a sus conciudadanos para que les encomienden voluntariamente el poder. No defienden la doctrina militarista, común a todos los revolucionarios, de que la capacidad se prueba apoderándose del poder mediante la violencia o el fraude. Ningún gobernante falto del don de la persuasión puede durar en el gobierno; ese don es indispensable para gobernar. Sería una vana ilusión suponer que un gobierno, por bueno que sea, puede durar sin el consenso público. Si nuestra comunidad no engendra hombres capaces de hacer que unos sólidos principios sociales sean aceptables, la civilización está perdida, cualquiera que pueda ser el sistema de gobierno.

No es cierto que los peligros que corren la paz, la democracia, la libertad y el capitalismo sean resultado de la «rebelión de las masas». Estos peligros son creación de personas cultas y de intelectuales, de hijos de familias de buena posición y de escritores y artistas mimados por la mejor sociedad. En todos los países del mundo, dinastías y aristócratas han trabajado jun-

tamente con socialistas e intervencionistas contra la libertad. De hecho todas las iglesias y sectas cristianas han aceptado virtualmente los principios del socialismo y del intervencionismo. El clero de casi todos los países es partidario del nacionalismo. A pesar de que el catolicismo es universal, ni siquiera la Iglesia Católica es una excepción. El nacionalismo irlandés, polaco y eslovaco es en gran medida obra del clero. Los nacionalistas franceses encuentran fuerte apoyo en la Iglesia.

Sería inútil intentar curar este mal mediante la vuelta al gobierno de los autócratas y de los nobles. La autocracia de los zares en Rusia o de los Borbones en Francia, España y Nápoles no era garantía de buena administración. Los Hohenzollern, los Junkers prusianos y los grupos dirigentes ingleses han demostrado claramente su incapacidad para gobernar un país.

Si en muchos países controlan el gobierno hombres indignos e innobles, es porque los han recomendado intelectuales eminentes. Los principios según los cuales ejercen sus poderes los han formulado doctrinarios de clases superiores y los han aprobado los intelectuales. Lo que necesita el mundo no es una reforma constitucional, sino ideologías sensatas. Es evidente que cualquier sistema constitucional puede funcionar satisfactoriamente cuando los gobernantes están a la altura de su función. El problema consiste en encontrar hombres dignos de gobernar. Ni el razonamiento a priori ni la experiencia histórica han demostrado que sea falso el fundamental principio liberal y democrático de que el primer requisito para gobernar es el consentimiento de los gobernados. Ni los reyes benévolos, ni las aristocracias ilustradas, ni los sacerdotes y filósofos altruistas pueden tener éxito si les falta ese consentimiento. Quien quiera establecer un buen gobierno perdurable debe empezar por intentar persuadir a sus conciudadanos mediante ideologías sensatas. Cuando recurre a la violencia, a la coacción y a la compulsión en vez de recurrir a la persuasión, no hace más que demostrar su propia incapacidad. A la larga, la fuerza y la amenaza no pueden ser aplicadas con éxito contra la mayoría. Cuando las masas son partidarias de políticas perjudiciales, a la civi-

lización no le queda ninguna esperanza. Las elites deberían ser supremas en virtud de la persuasión, no con ayuda de pelotones de ejecución.

4. *Darwinismo mal entendido*

Nada hay más equivocado que eso que está hoy tan de moda: intentar aplicar los métodos y conceptos de las ciencias naturales a la solución de los problemas sociales. En el reino de la naturaleza no podemos saber nada acerca de las causas finales que, por referencia, pueden servirnos para explicar los hechos. Pero en el campo de la actividad humana existe la finalidad que se propone el hombre. Los hombres eligen. Aspiran a ciertos fines, y para lograrlos aplican ciertos medios.

El darwinismo es una de las grandes conquistas del siglo xix. Pero lo que comúnmente suele llamarse darwinismo social no es más que una confusa desfiguración de las ideas expuestas por Charles Darwin.

Estos pseudo-darwinistas dicen que, en virtud de una ineludible ley natural, cada ser vivo devora a otros más pequeños y más débiles y es a su vez devorado por otros más grandes y más fuertes. En la naturaleza no existen la paz ni la amistad. En la naturaleza hay siempre luchas y un implacable aniquilamiento de quienes no consiguen defenderse. Los planes liberales para una paz eterna son producto de un racionalismo iluso. El hombre no puede abolir las leyes de la naturaleza. A pesar de las protestas de los liberales, asistimos a un recrudecimiento de la guerra. Siempre ha habido guerras y siempre las habrá. El nacionalismo moderno es, pues, la vuelta de unas ideas falaces a la realidad de la naturaleza y de la vida.

Digamos de pasada que las luchas a que se refiere esta doctrina son luchas entre animales de diferentes especies. Los animales superiores devoran a los inferiores; la mayor parte no se alimenta de su propia especie de manera canibalesca. Pero esto no tiene importancia.

El único equipo que las bestias usan en sus luchas es su fuerza física, sus elementos corporales y sus instintos. El hombre está mejor armado. Aunque físicamente es mucho más débil que muchos animales de presa, y está casi indefenso contra los microbios, más peligrosos, el hombre ha conquistado la tierra con su don más valioso, la razón. El principal recurso del hombre en su lucha por la supervivencia es la razón. Es una tontería ver la razón humana como algo no natural o incluso contrario a la naturaleza. La razón cumple en la vida humana una fundamental función biológica. Es el rasgo específico del hombre. Cuando el hombre lucha, la usa casi siempre como su arma más eficaz. La razón guía sus pasos en sus esfuerzos para mejorar las condiciones externas de su vida y su bienestar. El hombre es animal racional, *homo sapiens*.

Ahora bien, lo más grande que ha logrado la razón es el descubrimiento de las ventajas de la cooperación social y su corolario, la división del trabajo. Gracias a ello el hombre ha podido centuplicar su progenie y seguir brindando a cada individuo una vida mucho mejor que la que hace unos cientos de miles de años brindaba la naturaleza a su antepasado no humano. En este sentido podemos aplicar el término progreso, pues hoy vive mucha más gente y cada persona disfruta de una vida mucho más rica que sus padres. Claro está que este es un juicio de valor y, por lo tanto, arbitrario. Pero está formulado desde un punto de vista aceptado prácticamente por todos los hombres, aunque algunos, como León Tolstoi o el Mahatma Gandhi, parezcan denigrar incondicionalmente nuestra civilización. La civilización humana no es algo logrado contra la naturaleza; es más bien la obra de las cualidades innatas del hombre.

La cooperación social y la guerra son incompatibles a la larga. Los individuos que se bastan a sí mismos pueden luchar unos contra otros sin destruir las bases de su existencia. Pero en un sistema social de cooperación y división del trabajo la guerra significa disolución. La progresiva evolución de la sociedad requiere la progresiva eliminación de la guerra, para la cual no hay espacio en las actuales condiciones de división internacio-

nal del trabajo. La gran sociedad de un intercambio mundial de productos y servicios requiere una pacífica coexistencia de Estados y naciones. Hace varios cientos de años, para preparar el camino al desarrollo pacífico de la producción nacional fue necesario poner fin a las guerras entre nobles que gobernaban varias regiones y distritos. Hoy es indispensable hacer lo mismo en la comunidad mundial. Abolir la guerra internacional no es hoy menos natural de lo que fue hace quinientos años impedir que los barones se pelearan unos contra otros, o hace mil impedir que el hombre robara y matara a su vecino. Si los hombres no consiguen que no haya más guerras, la civilización y la humanidad están sentenciadas.

Desde un punto de vista darwinista correcto estaría bien decir: la cooperación social y la división del trabajo son las armas más importantes con que cuenta el hombre en su lucha por la supervivencia. La intensificación de esta reciprocidad en la dirección de un sistema de intercambio mundial ha mejorado considerablemente la situación de la humanidad. El mantenimiento de este sistema requiere una paz perdurable. La abolición de la guerra es, pues, una cuestión importante en la lucha del hombre por la supervivencia.

5. El papel del chovinismo

Está muy difundido el error de confundir el nacionalismo con el chovinismo o de explicar el nacionalismo como una consecuencia del chovinismo.

El chovinismo es una disposición del carácter y de la mente. No se traduce en acción. El nacionalismo es, por un lado, una doctrina que recomienda cierto tipo de acciones y, por otro, la política mediante la cual estas acciones se realizan. El chovinismo y el nacionalismo son, pues, dos cosas completamente distintas. No están ligados necesariamente. Muchos liberales antiguos fueron también chovinistas. Pero no creían que el medio de promover el bienestar de su propio país consistiera

en hacer daño a otros países. Eran chovinistas, pero no nacionalistas.

El chovinismo es la presunción de la superioridad de las cualidades y cosas logradas por la propia nación, lo que en las actuales condiciones significa, en Europa, del propio grupo lingüístico. Esta jactancia es una de las debilidades corrientes en el hombre medio. No es difícil explicar su origen.

Nada une a los hombres tanto como la comunidad de lenguaje, y nada los separa con más eficacia que la diferencia de idioma. Podemos invertir esta afirmación y decir que los hombres que se asocian usan el mismo idioma, y que los hombres entre quienes no hay relación directa no lo usan. Si las clases bajas de Inglaterra y Alemania tuvieran entre sí más afinidades que con las clases altas de sus propios países, los proletarios de ambos países hablarían el mismo idioma, una lengua distinta de las de las clases altas. Cuando en el sistema social del siglo XVIII las aristocracias de varios países europeos estaban más estrechamente ligadas entre sí que con los plebeyos de su propio país, usaban una lengua común a las clases altas: el francés.

El hombre que habla un idioma extranjero y no entiende el nuestro es un «bárbaro», porque no podemos comunicarnos con él. Es «extranjero» el país donde no comprenden nuestro idioma. Vivir en un país así es muy incómodo; uno se siente lleno de inquietud y de nostalgia. Las personas que oyen a otros hablar un idioma extranjero les consideran como a forasteros, y en cambio se sienten más cerca, se sienten amigos, de quienes hablan su propio idioma. De esta manera transfieren diferentes designaciones lingüísticas a las personas que hablan los idiomas. A todos los que hablan italiano en su vida cotidiana les llaman italianos. Después se usa la terminología lingüística para designar el país donde viven los italianos, y por último para designar todo aquello en que dicho país se distingue de los demás. Se habla de cocina italiana, de vino italiano, de arte italiano, de industria italiana, y así sucesivamente. A los italianos les son, claro está, más familiares las instituciones italianas que

las extranjeras, y como se llaman a sí mismos italianos, al hablar de esas instituciones usan los posesivos «mi» y «nuestro».

Psicológicamente, no es más difícil explicar la sobrevaloración de la comunidad lingüística propia, y de todo lo que se designa con el mismo adjetivo, como el lenguaje, que explicar la sobrevaloración de la propia personalidad o la subestimación de otras personas. (También puede ocurrir lo contrario —la subestimación de la nación y personalidad propias y la supervaluación de otras personas y de países extranjeros—, pero es más raro.) De todos modos, hay que recalcar que el chovinismo no estaba muy difundido a principios del siglo XIX. Sólo una pequeña minoría conocía países, lenguas e instituciones extranjeras, y esos pocos eran en general lo bastante instruidos para juzgar las cosas extranjeras de una manera relativamente objetiva. Las masas no sabían nada de países extranjeros. Para ellas el mundo extranjero no era inferior; simplemente, no les era familiar. Los orgullosos de aquellos tiempos se enorgullecían de su rango, no de su país. Las diferencias de casta contaban más que las nacionales o las lingüísticas.

Con el progreso del liberalismo las condiciones cambiaron rápidamente. Las masas adquirieron más ilustración y más conocimiento de su propio lenguaje. Empezaron a leer y aprendieron algo de países extranjeros y de sus costumbres. Los viajes se hicieron más baratos, y más extranjeros visitaron el país. En los programas escolares se incluyeron más idiomas. Pero, así y todo, el extranjero sigue siendo para las masas una persona a quien no conocen más que por los diarios y los libros. Hoy mismo viven en Europa millones de personas que nunca han tenido ocasión de tratar o de hablar con un extranjero más que en el campo de batalla.

El engrheimiento y la sobrevaloración de la propia nación son muy comunes. Pero sería una equivocación suponer que el odio y el desprecio al extranjero son naturales, sentimientos innatos. Ni los soldados que combaten para matar al enemigo lo odian individualmente si lo encuentran en un sitio que no sea la batalla. El jactancioso guerrero no odia ni desprecia al enemigo; lo

que quiere es que su valor resplandezca con una luz gloriosa. Cuando un fabricante alemán dice que ningún otro país puede producir artículos tan baratos y tan buenos como Alemania, no dice nada distinto que cuando afirma que los artículos de sus competidores internos son peores que los suyos.

El chovinismo moderno es un producto literario. Los escritores y los oradores aspiran al éxito halagando a su público, por lo que el chovinismo se difundió con la producción en masa de libros, revistas y diarios. La propaganda del nacionalismo le favorece. Sin embargo, su importancia política es relativamente insignificante, y en todo caso hay que distinguirlo del nacionalismo.

Los rusos están convencidos de que sólo en las escuelas de la Rusia soviética se enseña física, y de que la única ciudad que cuenta con ferrocarril metropolitano es Moscú. Los alemanes afirman que sólo Alemania tiene verdaderos filósofos, y describen París como una aglomeración de lugares de entretenimiento. Los ingleses creen que el adulterio es corriente en Francia, y los franceses definen la homosexualidad como *le vice allemand*. Los norteamericanos dudan de que los europeos usen bañeras. Todas estas afirmaciones son lamentables, pero no provocan la guerra.

Sorprende que los labriegos franceses se enorgullecen de que Descartes, Voltaire y Pasteur fueran franceses y compartan la gloria de Molière y de Balzac. Pero políticamente es inocuo. Lo mismo se puede decir de la sobrevaloración de las empresas militares del propio país y del deseo de los historiadores de interpretar derrotas, después de décadas y hasta de siglos, como victorias. Al observador imparcial le produce una extraña impresión el que los húngaros o los rumanos dediquen a la civilización de su país epítetos que serían incongruentemente grotescos incluso si la Biblia, el Corpus Juris Civilis, la Declaración de los Derechos del Hombre y las obras de Shakespeare, Newton, Goethe, Laplace, Ricardo y Darwin hubieran sido escritos por húngaros o por rumanos en húngaro o en rumano. Pero el antagonismo entre esos dos países no tiene nada que ver con tales afirmaciones.

El nacionalismo no ha engendrado el chovinismo. La principal función del chovinismo en el diseño de las políticas nacionalistas consiste en adornar los espectáculos y festivales del nacionalismo. La gente vibra de alegría y orgullo cuando los oradores oficiales les llaman elite de la humanidad y cantan las inmortales hazañas de sus antepasados y la invencibilidad de sus fuerzas armadas. Pero cuando se pierde el eco de las palabras y la celebración llega a su fin, los espectadores vuelven a casa y se acuestan. No montan en el caballo de batalla.

No hay duda de que, desde el punto de vista político, es peligroso que al hombre se le excite fácilmente con palabras grandilocuentes. Pero a las actividades políticas del moderno nacionalismo no se les puede encontrar excusa ni explicación en la intoxicación chovinista. Han sido unas doctrinas cuidadosamente preparadas, aunque erróneas, unos libros eruditos y densos de ideas los que han llevado al choque entre naciones, a guerras cruentas y a la destrucción.

6. *El papel de los mitos*

El término «mitos» se usa desde hace mucho tiempo para designar doctrinas e historias puramente ficticias. En este sentido los cristianos definen como mitos las enseñanzas y narraciones paganas. Este mismo sentido dan a las narraciones bíblicas quienes no comparten la fe cristiana. Pero para los cristianos no son mitos sino verdades.

Este hecho evidente ha sido desfigurado por escritores que sostienen que doctrinas que no resisten la crítica de la razón pueden justificarse atribuyéndoles un carácter mítico. Así han intentado formular una teoría racionalista para salvar al error y protegerlo de un razonamiento correcto. Si se prueba que una afirmación es falsa, no se la puede justificar diciendo que es un mito para ponerla a salvo de objeciones razonables. Cierto que en la historia han desempeñado papeles muy importantes muchas ficciones y doctrinas hoy refutadas en todo o en parte y

calificadas de mitos. Pero no lo han desempeñado como tales, sino como doctrinas tenidas por ciertas. Para quienes las sostenían eran auténticas, eran sinceras convicciones. Si se convirtieron en mitos fue a los ojos de quienes las consideraban ficticias y contrarias a la realidad y, por lo tanto, no querían que influyeran en sus propias acciones.

Para Georges Sorel, un mito es la construcción imaginaria de una acción futura triunfante.³ Pero debemos añadir que para apreciar el valor de un método o procedimiento no hay que tener en cuenta más que una cosa: si es un medio adecuado para lograr el fin que se persigue. Si un análisis razonable demuestra que no lo es, hay que rechazarlo. Es imposible hacer que un método o procedimiento inadecuados sea efectivo atribuyéndole la cualidad de mito. Sorel dice: «Si uno se pone en ese terreno de los mitos es invulnerable a la refutación crítica.»⁴ Pero el problema no consiste en triunfar en la polémica recurriendo a sutilezas y tretas. La única cuestión es si, siguiendo esa doctrina, logrará la acción los fines que persigue. Si, como hace Sorel, se considera que la función de los mitos es equipar al hombre para luchar por la destrucción de lo existente,⁵ no se puede eludir la pregunta: ¿representan estos mitos un medio adecuado para lograr ese fin? Conviene subrayar, de paso, que la destrucción de las condiciones existentes no puede considerarse como un fin; en el lugar de lo destruido hay que construir algo nuevo.

Si se demuestra racionalmente que el socialismo como sistema social no puede realizar lo que la gente desea o espera realizar a través de dicho sistema, o que la huelga general no es el medio adecuado para llegar al socialismo, no se cambian esos hechos diciendo, como dijo Sorel, que el socialismo y la huelga general son mitos. La gente que cree en el socialismo y en la

³ Sorel, *Réflexions sur la violence* (3.^a ed., París 1912), p. 32: «Los hombres que participan en los grandes movimientos sociales se representan su actividad inmediata en forma de imágenes de batallas que aseguran el triunfo de su causa. Propongo que a esas representaciones se les llame mitos.»

⁴ *Op. cit.*, p. 49.

⁵ *Op. cit.*, p. 46

huelga general quiere lograr con ellos ciertos fines. Está convencida de triunfar con esos métodos. No es como mitos sino como doctrinas consideradas correctas y bien fundadas como millones de hombres defienden el socialismo y a la huelga general.

Algunos librepensadores dicen: el cristianismo es un credo absurdo, un mito, pero que las masas crean en los dogmas cristianos es útil. Sin embargo, las ventajas que esos librepensadores esperan depende de que las masas crean que los Evangelios son verdades. No podrían realizarlas si consideraran los mandamientos como mitos.

Quien rechaza una doctrina política como equivocada concuerda con la terminología generalmente aceptada al llamarla mito.⁶ Pero si quiere aprovecharse de una superstición popular para lograr sus propios fines, hará bien en no denigrarla calificándola de mito. Porque su doctrina sólo le sirve mientras otros crean que es verdad. No sabemos qué era lo que creían los príncipes del siglo xvi que se sumaron a la Reforma religiosa. Si no los guió una convicción sincera, sino el deseo de enriquecerse, abusaron de la fe de otros para satisfacer sus apetitos egoístas. Pero habrían comprometido seriamente sus intereses si hubieran calificado de mítico el nuevo credo. Lenin fue lo bastante cínico para decir que las revoluciones hay que hacerlas con consignas del momento, y su propia revolución la hizo afirmando públicamente —en contra de lo que creía— consignas que habían calado en la opinión pública. Es posible que a algunos dirigentes políticos se les pueda convencer de la falsedad de la doctrina de su partido. Pero las doctrinas sólo pueden tener verdadera influencia cuando la gente las toma por ciertas.

A los ojos de sus defensores, el socialismo y el intervencionismo, el estatismo y el nacionalismo no son mitos, sino doctrinas que señalan el camino adecuado para lograr sus fines. El poder de las doctrinas se basa en que las masas crean firme-

⁶ Perroux, *Les Mithes hitleriens* (Lyon 1935); Rougier, *Les Mystiques politiques contemporaines* (París 1935), *Les Mystiques économiques* (París 1938).

mente que aplicándolas mejorarán de condición. Pero son doctrinas falaces: parten de suposiciones falsas y su razonamiento está lleno de paralogismos. Quienes ven a través de sus errores tienen razón en llamarles mitos. Pero mientras no logren vencer a sus conciudadanos de que esas doctrinas no se sostienen, dominarán a la opinión pública y guiarán a los políticos y a los estadistas. El hombre puede errar. Ha errado en el pasado y errará en el futuro. Pero no yerra deliberadamente. Desea triunfar y sabe que la elección de medios inadecuados frustrará sus acciones. El hombre no busca mitos, sino doctrinas prácticas que le indiquen los medios adecuados para alcanzar los fines que persigue.

El nacionalismo en general y el nazismo en particular no son mitos deliberados, ni se fundan en mitos, ni están sostenidos por mitos. Son doctrinas políticas, normas políticas, aunque erróneas, e incluso «científicas» en sus intenciones.

Si alguien estuviera dispuesto a llamar mitos las variaciones sobre temas como «Somos la sal de la tierra» o «Somos el pueblo elegido», temas en que de una manera u otra se han complacido todas las naciones y castas, tendríamos que referirnos a lo que hemos dicho del chovinismo. Que es música para deleite y satisfacción de la comunidad, mero pasatiempo para horas no dedicadas a los asuntos políticos. La política es actividad y persecución de fines. No hay que confundirla con el autoelogio y la autocomplacencia.

Tercera Parte

El nacionalismo alemán

6. *Las características del nacionalismo alemán*

1. *El despertar*

El nacionalismo alemán no difería del de otros países hasta que —a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta del siglo XIX— los nacionalistas alemanes hicieron lo que ellos consideraron un gran descubrimiento. Descubrieron que su nación era la más fuerte de Europa y llegaron a la conclusión de que, por lo tanto, era lo bastante poderosa para sojuzgar a Europa e incluso al mundo entero. Su razonamiento era el siguiente.

Los alemanes son el pueblo más numeroso de Europa, a excepción de Rusia. El Reich tiene dentro de los límites trazados por Bismarck más habitantes que ningún otro país de Europa, con la misma excepción. Fuera de los límites del Reich hay muchos millones de personas de habla alemana, y todas ellas, según el principio de nacionalidad, deberían unirse al Reich. A Rusia no habría que tomarla en consideración, ya que no es una nación homogénea, sino un conglomerado de muchas nacionalidades. Si a la población de Rusia se le quitan los polacos, los finlandeses, los estonios, los letones, los lituanos, los rusos blancos, las tribus caucásicas y mongoles, los georgianos, los alemanes de las provincias bálticas y de las orillas del Volga, y especialmente los ucranianos, no quedan más que los rusos de la Gran Rusia, que son menos que los alemanes. Además, la población alemana crece más de prisa que la de otros países europeos y mucho más de prisa que la del enemigo tradicional, Francia.

La nación alemana goza de la enorme ventaja de ocupar la parte central de Europa. Domina estratégicamente toda Europa y algunas partes de Asia y de África. En caso de guerra tiene la ventaja de que sus líneas de comunicación son internas.

El pueblo alemán es joven y vigoroso, mientras que las naciones occidentales son viejas y están degeneradas. Los alemanes son activos, virtuosos y están dispuestos a pelear. Los franceses están corrompidos moralmente, el ídolo de los ingleses es la ganancia, los italianos son flojos, y los rusos unos bárbaros.

Los alemanes son los mejores guerreros. Que los franceses no les pueden hacer frente se probó en las batallas de Rossbach, Katzbach, Leipzig, Waterloo, St. Privat y Sedan. Los italianos echan siempre a correr. La inferioridad militar de los rusos se puso en evidencia en Crimea y en la última guerra contra los turcos. La fuerza terrestre de los ingleses ha sido siempre desdeñable. Si Inglaterra reina en el mar es porque los alemanes, desunidos políticamente, han descuidado en el pasado la creación de una fuerza marítima. La antigua Liga Hanseática demostró claramente el genio marítimo de Alemania.

Es, pues, evidente, que la nación alemana está predestinada a la hegemonía. Dios, el destino y la historia eligieron a los alemanes cuando les dotaron de sus grandes cualidades. Pero, desgraciadamente, esta bendita nación no ha descubierto todavía lo que tiene el derecho y el deber de exigir. Olvidados de su misión histórica, los alemanes se han entregado a antagonismos y han peleado unos contra otros. El cristianismo les ha enfriado su innato ardor bélico. La Reforma ha dividido a la nación en dos campos hostiles. Los Habsburgo han malemployado las fuerzas del Imperio en beneficio de egoístas intereses dinásticos. Los demás príncipes han traicionado a la nación apoyando a los invasores franceses. Los suizos y los holandeses se han escindido. Pero al fin ha amanecido el día de Alemania. Dios ha enviado a su pueblo elegido sus salvadores: los Hohenzollern. Los Hohenzollern han reavivado el auténtico espíritu teutónico, el espíritu de Prusia. Han liberado al pueblo del yugo de los Habsburgo y de la Iglesia Católica. Y harán muchas cosas más. Esta-

blecerán el *imperium mundi* alemán. Todo alemán tiene la obligación de apoyarlos en la medida de su capacidad, pues así se sirve a sí mismo. Hay que extirpar de raíz todas las doctrinas que los enemigos de Alemania utilicen para debilitar el alma alemana e impedirle realizar su tarea. Todo alemán que predique la paz es un traidor, y hay que tratarlo como tal.

El primer paso de la nueva política debe consistir en reincorporar a todos los alemanes que ahora se encuentran fuera de sus fronteras. Hay que desmembrar el imperio austriaco. Hay que anexionar todos los países de dicho imperio que hasta 1866 fueron parte de la Federación Germánica, y en ellos están incluidos los checos y los eslovenos. Holanda y Suiza deben unirse a Alemania, y lo mismo harán los flamencos de Bélgica y las provincias bálticas de Rusia, cuyas clases altas hablan alemán. Hay que robustecer el ejército para realizar estas conquistas. Hay que construir una flota de guerra que pueda destruir la escuadra inglesa. Después hay que anexionar las valiosas colonias inglesas y francesas. Las Antillas holandesas y el Congo belga caerán automáticamente bajo el poder alemán con la conquista de las metrópolis. El Reich debe ocupar en Sudamérica un territorio bastante grande para que allí puedan establecerse por lo menos treinta millones de alemanes.¹

¹ Para demostrar que aspiraban a esto último, que sólo podía realizarse después de una guerra victoriosa contra los Estados Unidos, y que además de los fanáticos lo pedían unos cuantos hombres más moderados, a quienes los nacionalistas rabiosos despreciaban por su lenidad e indiferencia, no necesitamos más que citar una frase de Gustav von Schmoller. Schmoller era universalmente reconocido como el primero de los socialistas de cátedra y era profesor de Ciencia Política de la Universidad de Berlín, consejero permanente del gobierno alemán en asuntos económicos y miembro de la cámara prusiana de los pares y de la Academia Prusiana. Sus compatriotas y el elemento oficial alemán le tenían por el mayor economista de su tiempo y por un gran historiador de la economía política. Las palabras que citamos están en el tomo I, pp. 35 y 36, de un libro publicado en 1900 en Stuttgart por Gustav von Schmoller, Adolf Wagner y Max Sering, profesores de la Universidad de Berlín, con el título: *Handels- und Machtpolitik. Reden und Aufsätze im Auftrage der Freien Vereinigung für Flottenvorträge*. Son las siguientes: «No puedo detenerme en los detalles de las tareas comerciales y coloniales para las cuales necesitamos la escuadra. Bastará con mencionar unos cuantos puntos. Debemos desear a toda costa que

Este programa asignaba una tarea especial a los emigrantes alemanes que vivían en diversos países extranjeros. Los emigrantes serían organizados por emisarios nacionalistas a quienes apoyarían moral y económicamente los consulados del Reich. En los países que iban a ser conquistados por el Reich formarían la vanguardia. En otros se dedicarían a conquistar la simpatía de los gobiernos. Esto último era lo que se proyectaba especialmente en relación con los americanos de origen alemán, pues el plan era que Estados Unidos siguiera siendo neutral todo el tiempo que se pudiera.

2. La afirmación del pangermanismo

El pangermanismo fue obra de intelectuales y escritores. Sus defensores más incondicionales fueron los profesores de historia, derecho, economía política, geografía y filosofía. Ellos fueron quienes convirtieron a sus ideas a los estudiantes de las universidades, que muy pronto, una vez graduados, hicieron nuevos prosélitos. Como profesores en el campo de la instrucción superior (el famoso *Gymnasium* alemán e instituciones de la misma categoría), como abogados, jueces, funcionarios y diplomáticos, tuvieron grandes oportunidades de servir a la causa.

Las demás capas de la población se resistieron durante algún tiempo a las nuevas ideas. No querían más guerras ni con-

en el siglo que viene haya en el Brasil meridional un país alemán de 20 ó 30 millones de alemanes. No importa que siga siendo parte de Brasil, que sea un Estado independiente, o que esté más íntimamente relacionado con nuestro Imperio. Sin comunicaciones constantemente protegidas por acorazados, sin una Alemania dispuesta a intervenir vigorosamente en estos países, esta evolución estaría expuesta a peligros.»

Más franco que Schmoller era su colega Adolf Wagner, cuya fama y prestigio oficial eran casi tan grandes. Hablando de las guerras a las cuales habían de llevar los esfuerzos para encontrar lugares de residencia al excedente de población alemana, y de la futura «lucha por el espacio», añade: «Las vanas pretensiones como las de la Doctrina Monroe... no son obstáculos insalvables» (*Agrar-und Industriestaat*, 2.^a ed., Jena 1902, p. 83). Estas eran opiniones de viejos profesores, no de jóvenes jactanciosos. Sería fácil citar cientos de comentarios semejantes.

quistas; no querían más que vivir en paz. Eran, como decían desdeñosamente los nacionalistas, unos egoístas que no tenían ninguna gana de morir, sino de gozar de la vida.

La popular teoría de que los iniciadores del nacionalismo alemán fueron los Junkers y los oficiales, las grandes empresas, los financieros y la clase media, es contraria a la realidad. Todos estos grupos se opusieron firmemente al principio a las aspiraciones del pangermanismo. Pero su resistencia fue inútil porque les faltaba el apoyo ideológico. Como ya no había en Alemania escritores liberales, los escritores nacionalistas y los profesores triunfaron fácilmente. Muy pronto los jóvenes salieron de las universidades y de las escuelas inferiores convencidos pangermanistas. A finales de siglo era casi unánime en Alemania la aprobación del pangermanismo.

Los más firmes enemigos del pangermanismo fueron durante muchos años los hombres de negocios y los banqueros. Les era más familiar que a los nacionalistas la manera de vivir en el extranjero. Sabían que Francia e Inglaterra no estaban en decadencia, y que sería muy difícil conquistar el mundo. No querían poner en peligro con guerras su comercio exterior y sus inversiones. No creían que los acorazados pudieran cumplir la tarea de los viajeros de comercio y hacerles ganar más. Temían la incidencia de los grandes armamentos en los presupuestos nacionales. No querían botín, sino aumentar las ventas. Pero a los nacionalistas les fue fácil imponerse a los plutócratas hostiles. Los cargos importantes recayeron pronto en personas a quienes en la universidad les habían imbuido de ideas nacionalistas. En el Estado estatista los empresarios están a merced del elemento oficial. De la discrecionalidad de los funcionarios depende la resolución de asuntos de los cuales depende la existencia de las empresas. Los funcionarios se hallan en situación de arruinar al empresario a quien quieran arruinar. No sólo tenían, pues, fuerza para imponer silencio a quienes se opusieran, sino que podían además obligarles a contribuir a los fondos de partido nacionalista. En las asociaciones comerciales mandaban los síndicos (directores), que, después de haber sido

alumnos de profesores universitarios pangermanistas, rivalizaban en ser más nacionalistas que nadie. De esa manera, interviniendo en representación de los intereses de sus miembros, procuraban complacer a los funcionarios y hacer carrera.

El nacionalismo alemán no era, como insisten los marxistas, la «superestructura ideológica de los egoístas intereses de clase de los fabricantes de armas». En 1870 Alemania sólo tenía —aparte de la fábrica Krupp— fábricas relativamente pequeñas y no muy productivas. No hay la menor prueba de la afirmación según la cual los fabricantes de armas subvencionaban a los escritores nacionalistas de su tiempo. Tampoco tenían nada que ver con la propaganda, mucho más efectiva, de los profesores universitarios. El gran capital invertido en fábricas de municiones a partir de los años ochenta fue más consecuencia que causa de los armamentos alemanes.²

Naturalmente, todo hombre de negocios es partidario de las tendencias que pueden llevar a un aumento de sus ventas. El «capital del jabón» desea una mayor limpieza, el «capital de la construcción» una mayor demanda de viviendas, el «capital editorial» una mayor y mejor educación, y el «capital de los armamentos» más armamentos. En todos los sectores de la vida económica, el interés a corto plazo estimula estas actitudes. A la larga, sin embargo, el aumento de la demanda produce un aflujo de capitales a los sectores en expansión, y la competencia de nuevas empresas reduce los beneficios.

El destino de una parte mayor de la renta nacional alemana a gastos militares redujo correlativamente la parte que de dicha renta podían gastar los consumidores particulares. En la proporción en que los armamentos aumentaron las ventas de las fábricas de municiones, disminuyeron las de otras industrias. Los marxistas más sagaces no sostienen que el capital invertido en municiones sobornara a los escritores nacionalistas, sino que

² De los cinco acorazados que tenía Alemania en la guerra franco-alemana de 1870, tres habían sido construidos en Inglaterra y dos en Francia. Sólo más tarde desarrolló Alemania una industria nacional de armamento naval.

dichos escritores defendieron «inconscientemente» sus intereses, lo que implica que «inconscientemente» perjudicaron en la misma medida a los intereses de la mayoría de los empresarios y capitalistas alemanes. ¿Qué hizo el «espíritu del mundo», que dirige la actividad de filósofos y escritores contra su voluntad y les obliga a adaptar sus ideas a la dirección prescrita por las inevitables tendencias de la evolución, tan parcial que favorece a ciertos sectores de la vida económica a expensas de otros más numerosos?

Cierto que desde principios de siglo casi todos los capitalistas y empresarios alemanes fueron nacionalistas. Pero también lo han sido, y aun más que ellos, todas las capas sociales, clases y grupos alemanes. Era el resultado de la educación nacionalista, obra de escritores como Lagarde, Peters, Langhen Treitschke, Schmoller, Houston Stewart Chamberlain y Naumann.

No es cierto que la corte de Berlín, los Junkers y los militares aristócratas simpatizaran con las ideas pangermánicas desde el principio. Los Hohenzollern y sus partidarios habían buscado la hegemonía prusiana y un acrecentamiento del prestigio de Alemania en Europa. Habían conseguido estos fines y estaban satisfechos. No aspiraban a más. Tenían interés en conservar el sistema de castas alemán con los privilegios de las dinastías y de la aristocracia, lo que para ellos era más importante que la lucha por el dominio del mundo. No les entusiasmaba la idea de construir una gran flota, ni la expansión colonial. Bismarck accedió a regañadientes a los planes coloniales.

Pero los cortesanos y los nobles no podían resistir con éxito a un movimiento popular apoyado por los intelectuales. Hacía tiempo que habían perdido influencia sobre la opinión pública. La derrota del liberalismo, enemigo mortal de sus privilegios, les brindaba ventajas. Pero personalmente no contribuyeron absolutamente en nada al progreso de las nuevas ideas estatistas; lo que hicieron fue simplemente aprovecharse del cambio de ideología. Las ideas nacionalistas les parecían un tanto peligrosas. El pangermanismo estaba lleno de elogios de la antigua Prusia y sus instituciones, del partido conservador en

su capacidad de adversario del liberalismo, del ejército y de la armada, de los oficiales del ejército y de la nobleza. Pero a los Junkers les disgustaba en la mentalidad nacionalista un punto que les parecía democrático y revolucionario. Entendían que la intromisión de los plebeyos nacionalistas en la política exterior y en los problemas militares era un descaro. Estos campos, eran, a sus ojos, de la exclusiva competencia del soberano. Mientras que el apoyo que los nacionalistas prestaban a la política interior del gobierno era de su agrado, los Junkers consideraban como una especie de rebelión el hecho de que los pangermanistas tuvieran opiniones propias sobre la «alta política». La corte y los nobles parecían dudar incluso del derecho del pueblo a aplaudir sus éxitos en ese terreno.

Pero todos estos escrúpulos se limitaban a las viejas generaciones, a los hombres llegados a la madurez antes de la fundación del nuevo Imperio. Guillermo II y sus contemporáneos fueron ya nacionalistas. La nueva generación no pudo liberarse de la influencia de las nuevas ideas. Las escuelas les enseñaban nacionalismo. En el escenario político entraron como nacionalistas. Ciertamente cuando ejercían cargos públicos estaban obligados a mantener una reserva diplomática. Así sucedió muchas veces que el gobierno censurara públicamente a los pangermanistas y rechazara enérgicamente sugerencias con las que secretamente simpatizaba. Pero como el elemento oficial y los pangermanistas estaban de acuerdo sobre los fines últimos, estos incidentes carecían de importancia.

El tercer grupo que se opuso al nacionalismo extremista radical fue el de los católicos. Pero la organización política católica, el partido del Centro, ni estaba preparada ni tenía el calibre mental adecuado para combatir una gran evolución intelectual. Su método consistió simplemente en ceder ante todas las tendencias populares y procurar utilizarlas para sus fines, que eran la conservación y la mejora de la situación de la Iglesia. El único principio del Centro era el catolicismo. Por lo demás, carecía de principios y de convicciones, era meramente oportunista. El partido del Centro hizo todo aquello que podía contribuir

al triunfo en la próxima campaña electoral. Colaboró, según cambiaban las circunstancias, con los conservadores protestantes, con los nacionalistas y con los social-demócratas. En 1918 colaboró con los social-demócratas para derrocar el viejo sistema; después colaboró con ellos en la República de Weimar. Pero en 1933 se mostró dispuesto a compartir el poder en el Tercer Reich con los nazis, que frustraron esos planes. El Centro no sólo sufrió una desilusión, sino que se indignó cuando le fue rechazado su ofrecimiento.

El partido del Centro había organizado una poderosa red de sindicatos cristianos, que constituía uno de sus auxiliares más valiosos, y quería ardientemente aparecer como un partido de los trabajadores. Como tal, entendía que su deber consistía en fomentar la exportación. Las ideas económicas generalmente aceptadas por la opinión pública alemana sostenían que la mejor manera de aumentar la exportación consistía en tener una gran flota y hacer una enérgica política exterior. Como los pseudo-economistas alemanes opinaban que la importación era una desventaja y la exportación una ventaja, no podían imaginar que para inducir a los extranjeros a comprar más artículos alemanes hubiera otros medios que «un impresionante despliegue de la potencia naval alemana». Y como la mayoría de los profesores enseñaban que quien se opone al aumento de armamentos favorece el desempleo y el descenso del nivel de vida, el Centro no podía, en su calidad de partido obrero, resistir vigorosamente a los nacionalistas extremistas. Además, había otras consideraciones. Los territorios señalados para la primera anexión en el plan pangermanista de conquista estaban habitados principalmente por católicos. Su incorporación había de robustecer las fuerzas católicas del Reich. ¿Podía el Centro considerar malos semejantes planes?

Sólo el liberalismo habría podido tener fuerza suficiente para oponerse al pangermanismo. Pero ya no quedaban liberales en Alemania.

3. *El nacionalismo alemán en un mundo estatista*

El nacionalismo alemán difiere del de otros países europeos en que el pueblo alemán se cree el más fuerte de Europa. El pangermanismo y su heredero, el nazismo, son la aplicación de las doctrinas generales nacionalistas al caso específico del país más poblado y poderoso, pero que tiene, sin embargo, la desdicha de depender de géneros alimenticios y de materias primas importados.

El nacionalismo alemán no es producto de una brutalidad o violencia teutónica innata. No deriva de la sangre o de la herencia. No es una vuelta de los descendientes a la mentalidad de sus antepasados vikingos; los alemanes no descienden de los vikingos. Los antepasados de los alemanes de hoy fueron tribus alemanas (que *no* participaron en las invasiones que asestaron el golpe final a la civilización antigua), tribus eslavas y bálticas del nordeste e indígenas celtas de los Alpes. Por las venas de los alemanes de hoy corre más sangre no alemana que alemana. Los escandinavos, auténticos descendientes de los vikingos, tienen un tipo diferente de nacionalismo y aplican distintos métodos que los alemanes. Nadie puede decir si los suecos, de ser tan numerosos como son hoy los alemanes, habrían adoptado en nuestra época de nacionalismo los métodos nazis. Pero se puede afirmar que si los alemanes no fueran más numerosos que los suecos, no habrían sucumbido a la ideología de la conquista mundial.

No fueron los alemanes quienes inventaron el intervencionismo ni el estatismo con su inevitable resultado: el nacionalismo. Estas doctrinas las importaron del exterior. Ni siquiera inventaron el más conspicuo adorno de su propio nacionalismo: la fábula del arianismo.

Es fácil exponer los errores, falacias y paralogismos fundamentales del nacionalismo alemán partiendo de las bases que proporcionan la praxeología y la economía, así como la filosofía práctica del liberalismo que de ellas deriva. Pero los estatistas no pueden refutar las afirmaciones esenciales del pangerma-

nismo y del nazismo. La única objeción que pueden formular con cierta coherencia contra las enseñanzas del nacionalismo alemán es que los alemanes se equivocaron al suponer que podían conquistar a todos los demás países. Y las únicas armas que pueden emplear contra el nazismo son las militares.

No es coherente el estatista que se opone al nacionalismo alemán fundándose en que significa coacción. El Estado significa siempre coacción. Pero así como el liberalismo trata de restringir la aplicación de la coacción y de la compulsión a un campo limitado, los estatistas no admiten restricciones. Para el estatismo la coacción es el medio esencial —en realidad el único— de actividad política. Considera natural que el gobierno de Atlántida utilice hombres armados, es decir, funcionarios de aduanas y de inmigración, para dificultar que los ciudadanos de Thule vendan artículos en los mercados o trabajen en las fábricas de Atlántida. Y si es así, no se pueden formular argumentos lógicos efectivos contra los planes que trace el gobierno de Thule para derrotar a las fuerzas armadas de Atlántida, impidiendo así que perjudiquen a los ciudadanos de Thule. El único argumento práctico para Atlántida consiste en rechazar a los agresores.

Podemos comprender con claridad este asunto esencial si comparamos los efectos sociales de la propiedad privada y los de la soberanía territorial. Los orígenes de la propiedad privada y de la soberanía territorial pueden remontarse hasta el punto en que alguien se apropió de bienes o de tierras sin dueño o expropió violentamente a un predecesor cuyo título se basaba en la apropiación. No se puede atribuir otro origen a la ley y a la legalidad. Sería contradictorio o absurdo suponer un comienzo «legítimo». Esta situación adquirió legitimidad mediante su reconocimiento por parte de otras personas. La legalidad consiste en que se acepte generalmente la norma de que no se tolerarán más apropiaciones arbitrarias ni expropiaciones violentas. En consideración a la paz, a la seguridad y al progreso se conviene en que, en el porvenir, los cambios de propiedad se harán voluntariamente entre las partes directamente interesadas.

Esto, naturalmente, implica el reconocimiento de las apro-

piaciones y expropiaciones efectuadas en el pasado. Equivale a declarar que el presente estado de distribución ha de ser respetado como legal aunque se haya establecido arbitrariamente. No hay otra alternativa. Intentar establecer un orden equitativo expropiando a todos los propietarios y efectuando una nueva distribución conduciría a una serie inacabable de guerras.

En el marco de la sociedad de mercado ha perdido significado el hecho de que el formalismo legal ponga el origen de todo título en la apropiación arbitraria o en la expropiación violenta. En la sociedad de mercado la propiedad no está ya ligada al remoto origen de la propiedad privada. Estos acontecimientos de un pasado lejano, oculto en la oscuridad de la historia de la humanidad primitiva, no importan ya en la vida actual. Porque en una libre sociedad de mercado es el consumidor quien, comprando o no comprando diariamente, dice quién debe poseer algo y quién no. El funcionamiento del mercado asigna diariamente la propiedad de los medios de producción a quienes saben cómo usarlos mejor para satisfacer al consumidor. Sólo en un sentido formal y legalista pueden ser los propietarios considerados como sucesores de quienes realizaron las apropiaciones y expropiaciones. En realidad, los propietarios son mandatarios de los consumidores, y las leyes del mercado les obligan a satisfacer sus caprichos o sus necesidades. El mercado es una democracia. El capitalismo es la realización de la autodeterminación de los consumidores. El Sr. Ford es más rico que el Sr. X porque ha sabido servir mejor a los consumidores.

Pero todo esto no es cierto respecto a la soberanía territorial. En ella sigue teniendo plena importancia el hecho de que en un pasado remoto una tribu mongólica ocupó el Tibet. Si un día se descubrieran en el Tibet recursos preciosos que pudieran mejorar la condición de todos los seres humanos, dependería de la voluntad del Dalai Lama el que al mundo se le permitiera utilizar aquellos recursos o no. El soberano de su país es él. Su título, que proviene de una cruenta conquista de hace miles de años, sigue siendo supremo y exclusivo. Esta situación

insatisfactoria sólo puede resolverse mediante la violencia y la guerra. Así, la guerra es ineludible, la *ultima ratio*, la única manera de resolver antagonismos semejantes, a no ser que se recurra a los principios del liberalismo. Precisamente para hacer que la guerra no sea necesaria, el liberalismo recomienda el *laissez faire* y el *laissez passer* que harían inocuos los límites políticos. Un gobierno liberal en el Tibet no impediría a nadie utilizar lo mejor posible los recursos del país. Para abolir la guerra hay que eliminar sus causas. Lo que se necesita es limitar las actividades gubernamentales a defender la vida, la salud y la propiedad de los individuos, salvaguardando de este modo el funcionamiento del mercado. La soberanía no debe aplicarse para dañar a nadie, ni nacional ni extranjero.

En el mundo del estatismo la soberanía tiene, una vez más, derivaciones desastrosas. Cada gobierno soberano puede usar su aparato de coacción y compulsión en perjuicio de nacionales y de extranjeros. Los gendarmes de Atlántida aplican la coacción contra los ciudadanos de Thule. Thule ordena a su ejército que ataque a las fuerzas de Atlántida. Cada uno de los países llama agresor al otro. Atlántida dice: «Este es nuestro país; dentro de sus límites podemos hacer lo que nos dé la gana; tú, Thule, no tienes derecho a entrometerte.» Thule contesta: «Vuestro único título es la conquista; ahora os aprovecháis de la soberanía para hacer discriminaciones contra nosotros; pero no somos bastante fuertes para anular vuestro título mediante una fuerza superior.»

En estas circunstancias, no hay más que un medio de evitar la guerra: ser bastante fuertes para que nadie se atreva a atacar.

4. *Crítica del nacionalismo alemán*

Ninguna otra crítica del nacionalismo es necesaria fuera de la formulada con antelación por el liberalismo. Pero los planes del nacionalismo alemán deben ser considerados irrealizables aun al margen de toda referencia a la doctrina liberal. Es simplemente

falso que los alemanes sean bastante fuertes para conquistar el mundo. Además, es falso que, si triunfaran, podrían disfrutar de la victoria.

Alemania montó una tremenda máquina militar mientras los otros países descuidaron estúpidamente la organización de sus defensas. A pesar de todo, aun contando con aliados, es demasiado débil para luchar contra el mundo. La arrogancia de los pangermanistas y de los nazis se fundaba en la vana esperanza de que podrían luchar aisladamente contra cada país enemigo en una serie de guerras victoriosas. No contemplaban la posibilidad de un frente unido de las naciones amenazadas.

Bismarck triunfó porque pudo guerrear primero contra Austria y después contra Francia, mientras el resto del mundo se mantuvo neutral. Pero era lo bastante sensato para comprender que eso se debió a un cúmulo de circunstancias extraordinariamente favorables. No esperaba que el destino favorecería siempre de la misma manera a su país, y confesaba francamente que *la pesadilla de las coaliciones* le quitaba el sueño. Los pangermanistas fueron menos cautelosos, y en 1914 fue una realidad la coalición que temía Bismarck. Lo mismo ha sucedido ahora.

Alemania no aprendió la lección de la Primera Guerra Mundial. Más adelante, en el capítulo que trata del papel del antisemitismo, veremos a qué treta recurrieron los nazis para disfrazar el significado de aquella lección.

Los nazis están convencidos de que acabarán por conquistar el mundo porque se han liberado de las cadenas de la moral y de los sentimientos humanitarios. Arguyen así: «Si vencemos, esta guerra será la última y estableceremos nuestra hegemonía para siempre. Porque exterminaremos a nuestros enemigos para que no pueda haber más guerras de revancha ni rebeliones. Pero si vencen los ingleses y los norteamericanos, nos concederán una paz soportable. Como se sienten atados por principios morales, mandamientos divinos y otras tonterías, nos impondrán un nuevo Versalles, quizá un poco mejor, quizá un poco peor, pero que de todos modos no será la exterminación sino

un tratado que nos permitirá reanudar la lucha al cabo de cierto tiempo. Entonces volveremos a guerrear una y otra vez hasta lograr el fin que perseguimos: la radical exterminación de nuestros enemigos.»

Supongamos, a fines de discusión, que los nazis vencen y que imponen al mundo lo que ellos llaman una paz alemana. ¿Podrá funcionar satisfactoriamente un Estado alemán en un mundo cuyo fundamento moral no es la mutua comprensión sino la opresión? Donde imperen los principios de violencia y tiranía habrá siempre grupos ansiosos de aprovecharse del yugo que oprime al resto del país. El resultado sería la guerra perpetua entre los propios alemanes. Los sojuzgados esclavos no alemanes se aprovecharían de los disturbios para liberarse y exterminar a sus amos. El código moral nazi apoyó los esfuerzos de Hitler para aplastar con las armas de sus pandillas toda oposición que sus planes encontraron en Alemania. Las «tropas de asalto» se enorgullecen de «batallas» libradas en cervecerías, salas de reunión y callejuelas retiradas y de asesinatos y de viles agresiones.³ Quien en el futuro se creyera lo bastante fuerte para ello recurriría a las mismas tácticas. El código nazi acaba en guerras interminables.

El hombre fuerte, dicen los nazis, no sólo tiene derecho a matar. Tiene derecho a usar el fraude, la mentira, la difamación y la falsificación como armas legítimas. Todos los medios que sirven a la nación alemana son buenos. Pero, ¿quién debe decidir lo que es bueno para la nación alemana?

A esta pregunta el filósofo nazi contesta francamente: lo justo y lo noble son lo que a mis camaradas y a mí nos parece así, lo que al sano sentimiento del pueblo (*dass gesunde Volksempfinden*) le parece bueno, justo y equitativo. Pero ¿qué sentimientos son sanos y cuáles no? Sobre esto, dicen los nazis, no puede haber discusión entre auténticos alemanes. Pero, ¿quién es el auténtico alemán? ¿Qué pensamientos y sentimientos son autén-

³ Las antiguas «tropas de asalto» se jactaban de llamarse *Saalkämpfer*, es decir combatientes de cervecería.

ticamente alemanes y cuáles no lo son? ¿Qué ideas son alemanas: las de Lessing, Goethe y Schiller, o las de Hitler y Goebbels? ¿Era Kant, que deseaba la paz perpetua, auténticamente alemán? ¿O son Spengler, Rosenberg e Hitler, que dicen que el pacifismo es la más mezquina de las ideas, los auténticos alemanes? Hay disensión hasta en hombres a quienes ni siquiera los nazis niegan el calificativo de alemanes. Los nazis tratan de eludir ese dilema reconociendo que hay alemanes que desgraciadamente tienen ideas no alemanas. Pero si un alemán no siempre piensa y siente necesariamente como debe pensar un alemán, ¿quién debe decidir qué ideas son alemanas y qué ideas son no alemanas? Es evidente que los nazis se mueven en un círculo vicioso. Como también aborrecen la decisión no alemana por mayoría de votos, no se puede eludir la conclusión de que para ellos es alemán todo lo que entienden que es alemán quienes han triunfado en la guerra civil.

5. El nazismo y la filosofía alemana

Se ha afirmado reiteradamente que el nazismo es el producto lógico de la filosofía idealista alemana. También esto es un error. Las ideas filosóficas alemanas desempeñaron un importante papel en la evolución del nazismo. Pero se ha desfigurado mucho el carácter y la extensión de esta influencia.

Ni las doctrinas morales de Kant ni su concepto del imperativo categórico tienen nada que ver con el prusianismo ni con el nazismo. El imperativo categórico no es el equivalente de las disposiciones del código militar prusiano. No tuvo la antigua Prusia ningún mérito en que en una pequeña ciudad lejana desempeñara la cátedra de filosofía un hombre como Kant. A Federico el Grande no le importaba un bledo su gran súbdito, a quien nunca invitó a desayunar en aquella mesa cuyas refulgentes estrellas fueron los franceses Voltaire y D'Alembert. Federico Guillermo II se preocupó, en cambio, de amenazarlo con destituirle si cometía una vez más la insolencia de escribir so-

bre temas religiosos. Kant se sometió. Es una tontería considerarlo como un precursor del nazismo. Kant abogaba por la paz eterna entre los hombres. Los nazis elogian la guerra «como la forma eterna de la suprema existencia humana»,⁴ y su ideal es «vivir en un permanente estado de guerra».⁵

La popularidad de la opinión según la cual el nacionalismo alemán es producto de las ideas de la filosofía alemana se debe principalmente a la autoridad de George Santayana. Sin embargo, Santayana reconoce que lo que él llama «filosofía alemana» no es «idéntico a filosofía de Alemania» y que «la mayoría de los alemanes inteligentes sostienen opiniones que la filosofía alemana propiamente dicha debe despreciar enteramente».⁶ Por otra parte, manifiesta que el primer principio de la filosofía alemana ha sido «realmente prestado por no alemanes».⁷ Ahora bien, si esta nefanda filosofía no es de origen alemán ni la opinión de la mayoría de los alemanes inteligentes, las afirmaciones de Santayana se reducen a establecer el hecho de que algunos filósofos alemanes aceptaron doctrinas formuladas anteriormente por no alemanes⁸ y rechazadas por la mayoría de los alemanes inteligentes, doctrinas en las que Santayana cree haber encontrado las raíces intelectuales del nazismo. Pero no explica por qué esas ideas, aunque foráneas en Alemania y contrarias a las convicciones de su mayoría, han engendrado el nazismo precisamente en Alemania y no en otros países.

Además, hablando de Fichte y de Hegel, dice: «[Su filosofía] es una filosofía revelada, herencia del judaísmo. Nunca se hubiera podido basar, como se basó la de Grecia o la del Renacimiento, en la libre observación de la vida y de la naturaleza. Es

⁴ Spengler, *Preussentum und Sozialismus* (Munich 1925), p. 54.

⁵ Th. Fritsch en *Hammer* (1914), p. 541, tal como lo cita Hertz, *Nationalgeist und Politik* (Zurich 1937), I, p. 467.

⁶ Santayana, *Egotism in German Philosophy* (nueva ed., Londres 1939), p. 1.

⁷ *Op. cit.*, p. 9.

⁸ Hablando de Fichte, Santayana (*op. cit.*, p. 21) dice que su filosofía «se basaba en uno de los errores de Locke».

una teología protestante racionalizada.»⁹ Exactamente lo mismo se podría decir, no menos justificadamente, de la filosofía de muchos filósofos ingleses y norteamericanos.

Según Santayana la principal fuente del nacionalismo alemán es el egotismo, al que «no hay que confundir con el egoísmo o afirmación del yo propia de todo ser vivo». El egotismo «supone, si no afirma, que la fuente del ser y del poder de uno yace en uno mismo, que la voluntad y la lógica son omnipotentes por derecho propio y que a la mente o a la conciencia no debería controlarlos más que la misma mente o conciencia».¹⁰ Pero, si estamos dispuestos a usar el término tal como lo define Santayana con estas palabras, el egotismo es el punto de partida de la filosofía utilitarista de Adam Smith, Ricardo, Bentham y los dos Mill, padre e hijo; y, sin embargo, estos pensadores ingleses no derivaron de su primer principio conclusiones de carácter nazi. Su filosofía es una filosofía de liberalismo, del gobierno democrático, la cooperación social, la buena voluntad y la paz entre las naciones.

Ni el egoísmo ni el egotismo son rasgos esenciales del nacionalismo alemán; sí lo son, en cambio, sus ideas respecto a los medios mediante los cuales debe alcanzarse el bien supremo. Los nacionalistas alemanes están convencidos de que entre los intereses individuales de las naciones y los de una comunidad mundial hay un conflicto insoluble. Tampoco esta idea es de origen alemán, sino una opinión muy antigua que prevaleció hasta la época de la Ilustración, cuando los mencionados filósofos ingleses desarrollaron el concepto fundamentalmente nuevo de la armonía —rectamente entendida— de los intereses de todos los individuos de todas las naciones, pueblos y razas. Todavía en 1764, un hombre tan importante como Voltaire podía decir alegremente, en el artículo «Patria» de su *Diccionario filosófico*: «Ser buen patriota significa desear que la propia comunidad adquiera riquezas mediante el comercio y po-

⁹ Santayana, *op. cit.*, p. 11.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 9. 151.

der mediante las armas. Es evidente que un país sólo puede beneficiarse perjudicando a otros, y que sólo puede triunfar haciendo desgraciados a otros.» El principal defecto de las doctrinas nazis es esta identificación de los efectos de la pacífica cooperación humana y del mutuo intercambio de productos con los efectos de la guerra y de la destrucción. El nazismo no es simple egoísmo ni simple egotismo; es un egoísmo y un egotismo equivocados. Es una recaída en errores refutados hace mucho tiempo, un retorno al mercantilismo y una reviviscencia de ideas que Herbert Spencer calificó de militarismo. Es, en suma, el abandono de la filosofía liberal, generalmente despreciada hoy como la filosofía de Manchester y del *laissez faire*. Y, por desgracia, sus ideas a este respecto no se limitan a Alemania.

La contribución de la filosofía alemana al afianzamiento de las ideas nazis es de un carácter muy distinto del que generalmente se le ha atribuido. La filosofía alemana rechazó siempre las enseñanzas de la ética utilitarista y la sociología de la cooperación humana. La ciencia política alemana no comprendió nunca el significado de la cooperación social y de la división del trabajo. Con la excepción de Feuerbach, todos los filósofos alemanes ridiculizaron el utilitarismo calificándolo de sistema ético ramplón. La base de la ética estaba para ellos en la intuición. Una mística voz interior le da a conocer al hombre el bien y el mal. La moral es una restricción impuesta al hombre en consideración a los intereses de otros o de la sociedad. No comprendían que cada individuo sirve mejor a sus propios intereses —bien entendidos, es decir a largo plazo— obedeciendo a un código moral y adoptando actitudes beneficiosas para la sociedad, que entregándose a actividades perjudiciales para la sociedad. Por eso, tampoco comprendieron nunca la teoría de la armonía de intereses y del carácter meramente temporal del sacrificio que el hombre hace al renunciar a alguna ganancia inmediata para no poner en peligro la existencia de la sociedad. Entre las aspiraciones del individuo y las de la sociedad hay a sus ojos un conflicto insoluble. No veían que el individuo debe practicar la moral por su propio bienestar, no por el bienestar

de otro ni del Estado o sociedad. La ética de los filósofos alemanes es heterónoma. Una entidad mística ordena al hombre que se comporte moralmente, es decir, que renuncie a su egoísmo en beneficio de un ser más importante, más noble y más poderoso: la sociedad.

Quien no comprende que los principios morales sirven a los intereses de todos y que no hay un conflicto insoluble entre los intereses particulares y los sociales tampoco puede comprender que no hay un conflicto insoluble entre las distintas entidades colectivas. El lógico resultado de su filosofía es la creencia en un antagonismo irremediable entre los intereses de cada nación y los de la sociedad humana en general. El hombre debe elegir entre la fidelidad a su propio país o a la humanidad. Lo mejor para la gran sociedad internacional es perjudicial para cada nación, y viceversa. Pero sólo las naciones son verdaderas entidades colectivas, mientras que el concepto de una gran sociedad humana es ilusorio, añade el filósofo nacionalista. El concepto de humanidad fue un diabólico brebaje preparado por los judíos fundadores del cristianismo y de la filosofía utilitarista occidental y hebrea, para debilitar a la suprema raza aria. El primer principio moral es servir a la nación. Es justo lo que mejor sirve a la nación alemana, lo que implica que es justo todo lo perjudicial para las razas que tercamente se oponen a las aspiraciones alemanas de dominio mundial.

Es este un razonamiento muy frágil. No es difícil demostrar sus falacias. Los filósofos nazis se dan perfecta cuenta de que no pueden refutar lógicamente las doctrinas de la filosofía, de la economía y de la sociología liberal. Y por eso recurren al polilogismo.

6. *El polilogismo*

El polilogismo no lo inventaron los nazis. Lo que hicieron fue desarrollar su propio polilogismo. Hasta mediados del siglo XIX nadie se atrevió a discutir el hecho de que la estructura lógica

de la mente es inmutable y común a todos los seres humanos. Todas las relaciones humanas se basan en la suposición de una estructura lógica uniforme. Si podemos hablar unos con otros es porque podemos invocar algo que nos es común a todos, es decir, la estructura lógica de la razón. Unos tienen pensamientos más profundos y refinados que otros. Hay hombres que desgraciadamente no pueden seguir el proceso de la inferencia en largas cadenas de razonamiento deductivo. Pero mientras un hombre pueda pensar y seguir un proceso de pensamiento discursivo, siempre sigue los mismos principios básicos del razonamiento que aplican los demás hombres. Hay personas que no saben contar más allá de tres, pero hasta esos tres su manera de contar no difiere de la de Gauss o Laplace. Ningún historiador ni viajero nos ha traído noticia de personas para quienes *a* y *no-a* fueran idénticos, o que no pudieran comprender la diferencia entre la afirmación y la negación. Ciertamente que la gente viola a diario principios lógicos al razonar. Pero quien examine sus deducciones con atención podrá descubrir sus errores.

Si hay discusiones, si los hombres se hablan, si escriben cartas y libros, si tratan de demostrar o de refutar algo, es porque a todo el mundo le parecen indiscutibles estos hechos. Si no fuera así, la cooperación social e intelectual sería imposible. Nuestras mentes no pueden imaginar un mundo habitado por hombres de distintas estructuras lógicas o de una estructura lógica distinta de la nuestra.

Sin embargo, en el siglo XIX se ha discutido este hecho innegable. Marx y los marxistas, principalmente el «filósofo proletario» Dietzgen, enseñaron que el pensamiento lo determina la clase a la cual pertenece el que piensa. El pensamiento no produce la verdad, sino «ideologías», palabra que en la filosofía marxista significa disfraz egoísta del interés de la clase social a que pertenece el individuo que piensa. Es, pues, inútil discutir nada con personas que pertenecen a otra clase social. Las ideologías no hay que refutarlas mediante el razonamiento discursivo; hay que desenmascararlas denunciando la posición y el ambiente social de los autores. Por eso los marxistas no anali-

zan los méritos de las teorías físicas; se limitan a revelar el origen «burgués» de los físicos.

Los marxistas han recurrido al polilogismo porque no podían refutar con métodos lógicos las teorías formuladas por la ciencia económica «burguesa» ni las derivaciones de esas teorías que demostraban que el socialismo es irrealizable. Y como no podían demostrar racionalmente la solidez de sus propias ideas ni la falta de solidez de las de sus adversarios, denunciaron los métodos lógicos aceptados. Esta estratagema marxista tuvo un éxito sin precedentes y ha hecho invulnerables a toda crítica razonable los absurdos de su supuesta economía y de su supuesta sociología. Sólo mediante las triquiñuelas lógicas del polilogismo pudo el estatismo influir sobre el espíritu moderno.

El polilogismo es por naturaleza tan absurdo que no puede ser llevado consecuentemente a sus últimas consecuencias lógicas. Ningún marxista ha sido bastante audaz para deducir todas las conclusiones que su propio punto de vista epistemológico habría requerido. El principio del polilogismo debería llevarnos a pensar que las doctrinas marxistas no sólo no son objetivamente ciertas, sino que son además afirmaciones «ideológicas». Pero los marxistas lo niegan y quieren que sus doctrinas sean reconocidas como verdades absolutas. Dietzgen dice que «las ideas de la lógica proletaria no son ideas de partido, sino producto de una lógica pura y simple».¹¹ La lógica proletaria no es «ideología», sino lógica absoluta. Los marxistas actuales, que ponen a sus doctrinas la etiqueta de *sociología del conocimiento*, dan pruebas de la misma incoherencia. Uno de sus paladines, el profesor Mannheim, intenta demostrar que existe un grupo de hombres, los «intelectuales sin ligaduras», que están equipados con el don de comprender la verdad sin ser presa de errores ideológicos.¹² Claro está que el profesor Mannheim está

¹¹Dietzgen, *Briefe über Logik, speziell demokratisch-proletarische Logik* (2.ª ed., Stuttgart, 1903), p. 112.

¹²Mannheim, *Ideology and Utopia* (Londres 1936), p. 137.

convencido de que el más eminente de esos «intelectuales sin ligaduras» es él. No hay modo de refutarle. Al decir que no está uno conforme con él no hace más que probar que no pertenece a la elite de «intelectuales sin ligaduras» y que sus afirmaciones son puras tonterías.

Los nacionalistas alemanes se encontraron con el mismo problema que los marxistas. Tampoco ellos podían demostrar la certidumbre de sus afirmaciones ni la falsedad de las teorías económicas y praxeológicas. Y se refugiaron bajo el techo del polilogismo que les habían preparado los marxistas. La estructura lógica de la razón, dicen, es distinta en unas naciones y razas y en otras. Cada raza o nación tiene su propia lógica y por tanto su propia ciencia económica, matemática, física, etc., etc. Pero, con una incoherencia no menor que la del profesor Mannheim, el profesor Tirala, su contrafigura como paladín de la epistemología aria, manifiesta que las únicas ciencias y la única lógica ciertas, verdaderas y perennes son las de los arios.¹³ A los ojos de los marxistas, Ricardo y Freud, Bergson y Einstein están equivocados porque son burgueses; a los ojos de los nazis están equivocados porque son judíos. Una de las supremas aspiraciones de los nazis consiste en limpiar el alma aria de las impurezas de la filosofía occidental de Descartes, Hume y John Stuart Mill. Buscan una ciencia alemana *arteigen*,¹⁴ es decir una ciencia adecuada al carácter racial de los alemanes.

Podemos razonablemente admitir como hipótesis que las facultades mentales del hombre son el resultado de sus características físicas. Claro está que no podremos demostrar que la hipótesis es cierta, pero tampoco es posible demostrar que sea cierto el punto de vista opuesto tal como lo expresa la hipótesis teológica. Nos vemos obligados a reconocer que no sabemos cómo es que unos procesos fisiológicos producen pensa-

¹³Tirala, *Rasse, Geist und Seele* (Munich 1935), p. 190.

¹⁴El término *arteigen* es uno de los muchos acuñados por los nazis y el principal concepto del polilogismo. Su contrapartida es *artfremd*, o extraño al carácter racial. El criterio de la ciencia y de la verdad no es ya conforme o no conforme con la realidad, sino *arteigen* o *artfremd*.

mientos. Tenemos una vaga noción de los perjudiciales efectos del traumatismo o de cualquier otro daño infligido a ciertos órganos corporales; y sabemos que un daño de éstos puede limitar o destruir completamente las facultades y funciones mentales del hombre. Pero eso es todo. No sería menor superchería ni menor insolencia afirmar que las ciencias naturales nos proporcionan información acerca de la supuesta diversidad de la estructura lógica de la mente. El polilogismo no se puede derivar de la fisiología, de la anatomía ni de ninguna otra ciencia natural.

Ni el polilogismo marxista ni el polilogismo nazi han ido nunca más allá de manifestar que la estructura lógica de la mente es distinta entre unas clases y razas y otras. Nunca se han aventurado a demostrar precisamente en qué difiere la lógica de los proletarios de la lógica de los burgueses, ni en qué difiere la lógica de los arios de la lógica de los judíos o de los ingleses. No basta con rechazar en bloque la teoría de la ventaja comparativa de Ricardo o la teoría de la relatividad de Einstein, desmascarando los antecedentes raciales de sus autores. Lo primero que se necesita es formular un sistema de lógica aria distinta de la no aria. Después sería necesario analizar punto por punto las dos teorías discutidas y demostrar dónde hay en la segunda implicaciones de razonamiento que, aunque justas desde el punto de vista de la lógica no aria, no lo sean desde el punto de vista de la lógica aria. Y finalmente habría que explicar a qué clase de conclusiones debería llevar la sustitución de las inferencias no arias por las arias. Pero a esto no se ha atrevido ni se podrá atrever nunca nadie. El profesor Tirala, gárrulo paladín del racismo y del polilogismo ario, no dice una palabra de las diferencias que hay entre la lógica aria y la no aria. El polilogismo, sea marxista o sea ario, no entra nunca en detalles.

El polilogismo tiene una manera peculiar de afrontar las opiniones disidentes. Si quienes lo sostienen no consiguen revelar los antecedentes de un adversario, lo estigmatizan como traidor. Los marxistas y los nazis no tienen más que dos clases de adversarios. Los «enemigos» —ya sean miembros de una cla-

se no proletaria o de una raza no aria— están equivocados porque son tales, es decir son los otros «enemigos»; los adversarios de origen proletario o ario están equivocados porque son traidores. Y así, marxistas y nazis se desentienden alegremente del hecho desagradable de que hay desacuerdo entre los miembros de la que ellos dicen que es la misma clase o raza.

Los nazis oponen la ciencia económica alemana a la judía y a la anglosajona. Pero lo que ellos llaman ciencia económica alemana no se distingue en lo más mínimo de algunas de las tendencias de la ciencia económica extranjera. La economía alemana se deriva de las enseñanzas del ginebrino Sismondi y de los socialistas franceses e ingleses. Algunos de los más antiguos representantes de esta supuesta ciencia económica se limitaron a importar a Alemania el pensamiento extranjero. Friedrich List introdujo en Alemania las ideas de Alexander Hamilton, e Hildebrand y Brentano las del primitivo socialismo inglés. La economía propia (*arteigen*) de la «raza alemana» es casi idéntica a manifestaciones contemporáneas de la ciencia económica en otros países, por ejemplo a las del institucionalismo norteamericano.

Por otra parte, lo que los nazis llaman ciencia económica occidental, y por lo tanto ajena a su propia raza (*artfremd*), es en gran parte obra de hombres a quienes ni siquiera los nazis pueden negar el calificativo de alemanes. Los economistas nazis perdieron mucho tiempo buscando en el árbol genealógico de Carl Menger antepasados judíos, pero no lo consiguieron. Es absurdo explicar el conflicto entre teorías económicas por una parte y empirismo histórico e institucionalismo por otra como un conflicto racial o nacional.

El polilogismo no es una filosofía ni una teoría epistemológica. Es una actitud de fanáticos de espíritu estrecho que no pueden imaginar que nadie pueda ser más razonable o más inteligente que ellos. Tampoco es científico. Es más bien la sustitución de la razón y de la ciencia por supersticiones. Es la mentalidad característica de una época caótica.

7. Pangermanismo y nazismo

Las ideas esenciales del nazismo las desarrollaron los pangermanistas y los socialistas de cátedra en los treinta últimos años del siglo *xx*. El sistema quedó completo mucho antes de la Primera Guerra Mundial. No le faltaba nada y después no se le añadió más que un nombre nuevo. Los planes y la política de los nazis difieren de los de sus predecesores de la Alemania imperial únicamente en que han sido adaptados a una diferente constelación de condiciones políticas. El fin último —la hegemonía mundial alemana— y la manera de lograrla —la conquista— no han cambiado.

Uno de los hechos más curiosos de la historia moderna es que los extranjeros para quienes este nacionalismo alemán constituía una amenaza no se dieran cuenta antes del peligro. Algunos ingleses sí la vieron, pero fueron ridiculizados. Para el sentido común anglosajón los planes nazis eran demasiado descabellados para ser tomados en serio. Los ingleses, los norteamericanos y los franceses rara vez dominan satisfactoriamente el idioma alemán, y no leen libros y diarios alemanes. Los políticos ingleses que visitaban Alemania como turistas y trataban con políticos alemanes eran considerados por sus compatriotas como técnicos en problemas alemanes. Ingleses que asistían a un baile de la corte de Berlín o comían con militares de un regimiento de la Guardia Real en Potsdam volvían a Inglaterra con la buena noticia de que Alemania amaba la paz y era buena amiga de Inglaterra. Orgullosos de unos conocimientos adquiridos «sobre el terreno», desdeñaban arrogantemente a quienes disentían, llamándolos «teóricos y doctrinarios pedantes».

El rey Eduardo VII, hijo de padre alemán y de una madre cuya familia alemana no se había adaptado a la vida inglesa, tenía grandes sospechas de las desafiantes actitudes de su sobrino Guillermo II. Y a él le corresponde el mérito de que Inglaterra, aunque casi demasiado tarde, se volviera hacia una política de defensa y cooperación con Francia y Rusia. Pero ni

siquiera entonces los ingleses se percataron de que no sólo el Kaiser sino casi toda la nación alemana estaban lanzados a la conquista. El presidente Wilson sufrió la misma equivocación. También él creía que los instigadores de la política agresiva eran la corte y los Junkers, pero que el pueblo alemán era pacífico.

Errores semejantes prevalecen hoy. Extraviada por prejuicios marxistas, la gente se aferra a la opinión de que los nazis son un grupo relativamente reducido que, mediante el fraude y la violencia, ha impuesto su yugo a masas recalcitrantes. No comprende que las luchas internas que agitaron a Alemania eran disputas entre personas que mantenían los mismos fines últimos de la política exterior alemana. Rathenau, a quien asesinaron los nazis, era uno de los paladines literarios más destacados tanto del socialismo alemán como del nacionalismo alemán. Strase mann, a quien los nazis denigraron como partidario de Occidente, era uno de los defensores más tenaces de la llamada paz alemana, es decir de la anexión de grandes territorios tanto en los límites orientales como en los occidentales del Reich. Su política de Locarno fue una estratagema inventada para dejar manos libres a Alemania en el este. Si los comunistas se hubieran apoderado del poder en Alemania, no habrían adoptado una política menos agresiva que la de los nazis. Strasser, Rausching y Hugenberg eran rivales personales de Hitler, no adversarios del nacionalismo alemán.

7. *Los social-demócratas en la Alemania imperial*

1. *La leyenda*

El conocimiento de Alemania, la evolución y las acciones actuales del nazismo han sido oscurecidos por la leyenda de los social-demócratas alemanes.

La forma más antigua de esta leyenda, desarrollada antes de 1914, es la siguiente: la burguesía alemana ha vendido la libertad al militarismo alemán. Los burgueses han encontrado refugio en el gobierno imperial para conservar, mediante la protección del ejército prusiano, su situación como clase explotadora, situación amenazada por las justas reivindicaciones del proletariado. Pero la causa de la democracia y de la libertad, de la que han desertado los burgueses, ha encontrado nuevos defensores en los proletarios. Los social-demócratas luchan valientemente contra el militarismo prusiano. El emperador y sus oficiales aristócratas desean conservar el feudalismo. Los banqueros y los industriales, que se lucran con los armamentos, compran a escritores corrompidos para que difundan una ideología nacionalista y hagan creer al mundo que Alemania está unida en el nacionalismo. Pero a los proletarios no les pueden engañar los mercenarios nacionalistas de los grandes negocios. Gracias a la instrucción que han recibido de los social-demócratas, ven claramente el engaño. Millones de electores votan las candidaturas socialistas y eligen diputados que se oponen valientemente al militarismo. El Kaiser y sus generales se arman para la guerra, pero no tienen en cuenta la fuerza y

la decisión del pueblo. En el parlamento hay 110 diputados socialistas.¹ Detrás de ellos hay millones de trabajadores organizados en sindicatos que votan a los social-demócratas, además de otros electores que, aunque no están afiliados al partido, también les votan. Todos ellos combaten al nacionalismo. Apoyan la Segunda Internacional y están firmemente resueltos a oponerse a la guerra a toda costa. En estos verdaderos demócratas y pacifistas se puede tener absoluta confianza. El factor decisivo son los obreros, no los explotadores y parásitos, es decir los industriales y los Junkers.

Las personalidades de los partidos social-demócratas eran conocidas en todo el mundo. El público les escuchaba siempre que pronunciaban discursos en el Reichstag o en los congresos del partido. Sus libros estaban traducidos a casi todos los idiomas y se leían en todas partes. Dirigida por estos hombres, la humanidad parecía caminar hacia un futuro mejor.

A las leyendas les cuesta morir. Ciegan los ojos y obstruyen la mente contra la crítica y la experiencia. En vano intentaron Robert Michels² y Charles Andler³ ofrecer un cuarto más realista de los social-demócratas alemanes. Ni siquiera los últimos acontecimientos de la Primera Guerra Mundial quebraron aquellas ilusiones. En vez de destruirlas, a la antigua leyenda se le sumó una nueva.

Esta nueva leyenda es la siguiente: por desgracia, las grandes figuras del partido, Bebel y Liebknecht, murieron antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. Sus sucesores, en su mayoría intelectuales y políticos profesionales sin antecedentes proletarios, traicionaron los principios del partido y colaboraron en la política agresiva del Kaiser. Pero los trabajadores, que en su calidad de proletarios eran natural y fatalmente so-

¹ Elegidos en 1912, la última elección del Reich imperial.

² Véase la bibliografía de los escritos de Michels en «Studi in Memoria di Roberto Michels», *Annali della Facoltà di Giurisprudenza della R. Università di Perugia* (Padua 1937), vol. XLIX.

³ Andler, *Le Socialisme impérialiste dans l'Allemagne contemporaine, Dossier d'une polémique avec Jean Jaurès* (1912-13) (París 1918).

cialistas, demócratas y revolucionarios, y tenían un espíritu internacional, abandonaron a estos traidores y los sustituyeron por nuevos dirigentes: Karl Liebknecht, hijo del viejo, y Rosa Luxemburg. Y fueron ellos, no sus deshonestos dirigentes, quienes hicieron la revolución de 1918 y destronaron al Kaiser y demás príncipes alemanes. Pero los capitalistas y los Junkers no abandonaron la partida. Los traidores dirigentes del partido Noske, Ebert y Scheidemann los ayudaron. Durante catorce años largos los obreros lucharon a vida o muerte por la democracia y la libertad. Pero traicionados reiteradamente por sus dirigentes, estaban condenados al fracaso. Los capitalistas elaboraron un diabólico plan que les dio la victoria. Sus pandillas armadas se apoderaron del poder, y ahora gobierna el país Adolf Hitler, títere de los grandes empresarios y financieros. Pero las masas desprecian a este miserable mercenario. Se han sometido contra su voluntad al terrorismo que les ha dominado, pero preparan valientemente la rebelión decisiva. El día de la victoria del auténtico proletariado comunista, el día de la liberación, está ya amaneciendo.

No hay ni un adarme de verdad en estas leyendas.

2. *El marxismo y el movimiento obrero*

Karl Marx se hizo socialista en una época en que todavía no sabía economía política y porque la desconocía. Después, cuando el fracaso de la revolución de 1848 y 1849 le obligó a huir de Alemania, fue a Londres. Allí, en la biblioteca del Museo Británico, descubrió, en los años 50, no, como presumía, las leyes de la evolución del capitalismo, sino obras de economía política inglesas, informes publicados por el gobierno inglés y los folletos en que los primeros socialistas ingleses utilizaban la teoría del «valor», tal como la exponían los economistas clásicos, para justificar moralmente las reivindicaciones obreras. Tales fueron los materiales con los que Marx puso los «cimientos económicos» del socialismo.

Antes de trasladarse a Londres había propuesto, con total ingenuidad, un plan intervencionista. En el *Manifiesto del partido comunista* propuso en 1847 diez medidas de aplicación inmediata. A estos diez puntos, descritos como «aplicables en general en los países más adelantados», los define como «una intervención despótica en el derecho de propiedad y en las relaciones de producción burguesa». Marx y Engels los caracterizan como «medidas que, económicamente, parecen insuficientes e insostenibles, pero que en el curso de los acontecimientos se presentan como inevitables para transformar todo el sistema de producción».⁴

Ocho de estos diez puntos han sido llevados a la práctica por los marxistas alemanes con un radicalismo que habría encantado a Marx. Los otros dos (la expropiación de la propiedad privada de la tierra y asignación de las rentas a los gastos públicos, y la abolición de los derechos hereditarios) no han sido aún adoptados plenamente por ellos. Sin embargo, sus sistemas tributarios, su planificación agrícola y su política relativa a la limitación de las rentas se aproximan cada vez más a las metas fijadas por Marx. Los autores del *Manifiesto comunista* aspiraban a una realización gradual del socialismo a través de medidas de reforma social. Recomendaban así procedimientos que Marx y los marxistas calificarían, posteriormente, como un fraude socio-reformista.

En Londres, en los años cincuenta, Marx aprendió ideas muy distintas. El estudio de la economía política inglesa le enseñó que tales actos de intervención en el funcionamiento del mercado no servirían a sus propósitos. A partir de entonces abandonó tales actos como «absurdos pequeño-burgueses» derivados de la ignorancia de las leyes de la evolución capitalista. Los proletarios con conciencia de clase no fundan sus esperanzas

⁴ *Manifiesto del partido comunista*, final de la segunda sección. En el preface de la nueva edición, fechado el 24 de junio de 1872, Marx y Engels manifiestan que, a causa del cambio de circunstancias, «no se recalca la importancia de las medidas revolucionarias propuestas al final de la segunda sección».

en tales reformas. No deben obstaculizar la evolución del capitalismo como quisieran los «pequeño-burgueses» de menguado espíritu. Deben, por el contrario, celebrar todo paso adelante del sistema capitalista de producción. Y esto porque el socialismo sólo sustituirá al capitalismo cuando éste haya alcanzado su plena madurez, el último estadio de su evolución. «Ninguna formación social desaparece mientras no se hayan desarrollado todas las fuerzas productiva que es capaz de desplegar; no surgen nuevas y superiores relaciones de producción sin que antes hayan madurado en el seno de la vieja sociedad las condiciones materiales de su existencia.»⁵ De ahí que sólo exista un camino que conduce al colapso del capitalismo: la progresiva evolución del propio capitalismo. La socialización mediante la expropiación de los capitalistas es un proceso «que se realiza a través del juego de las leyes inmanentes de la propia producción capitalista». Es entonces cuando «suena la última hora de la propiedad privada capitalista».⁶ Surge el socialismo y «concluye... la prehistoria de la sociedad humana».⁷

Desde este punto de vista, deben parecer vanos no sólo los esfuerzos de los reformistas sociales para limitar, regular y mejorar el capitalismo. No menos incongruentes parecen los planes de los propios obreros para que suban los salarios y el nivel de vida mediante los sindicatos y las huelgas dentro del marco del capitalismo. «Precisamente el desarrollo de la industria moderna debe inclinar la balanza a favor del capitalista y contra el obrero» y «por consiguiente la tendencia general de la producción capitalista no es al aumento medio de los salarios sino a su descenso». Si tal es la tendencia del sistema capitalista, lo más que los sindicatos pueden intentar es «sacar el mejor partido posible a las ocasiones que se presenten para mejorar temporalmente su situación». Los sindicatos deberían comprenderlo y cambiar totalmente de política. En lugar del

⁵ Marx, *Zur Kritik del politischen Ökonomie*, publicado por Kautsky (Stuttgart, 1897), p. XII.

⁶ Marx, *Das Kapital* (7.^a ed., Hamburgo 1914), I, 728.

⁷ Marx, *Zur Kritik del politischen Ökonomie*, p. XII.

lema conservador: «un salario justo por un día de honrado trabajo», deberían inscribir en su bandera una consigna revolucionaria: «abolición del sistema de trabajo asalariado».⁸

Estas ideas marxistas podrán hacer mella en algunos hegelianos embriagados de dialéctica, doctrinarios dispuestos a creer que la producción capitalista engendra, «con la inexorabilidad de una ley de la naturaleza, su propia negación» como «negación de la negación»,⁹ y a esperar hasta que, «con el cambio de la base económica», se desmonte, con mayor o menor rapidez, «toda la gigantesca superestructura».¹⁰ Un movimiento político para la conquista del poder, tal como lo veía Marx, no podía basarse en esas creencias. No podía esperarse que las apoyaran los trabajadores. Partiendo de estos puntos de vista, no se podía esperar la colaboración del movimiento obrero, que no había que crearlo sino que ya existía. Este movimiento obrero era, en esencia, un movimiento sindical. Completamente impregnados de ideas que Marx calificaba de «pequeño-burguesas», los trabajadores sindicados aspiraban a obtener unos salarios más elevados y menos horas de trabajo, pedían legislación laboral, control de precios de los bienes de consumo y limitación de las rentas. Los obreros no simpatizaban con las doctrinas marxistas ni con las recetas que de ellas se derivaban, sino con el programa de los intervencionistas y los reformistas sociales. No estaban dispuestos a renunciar a sus planes y esperar mansamente a que llegara el lejano día en que el capitalismo se transformara en socialismo. Les entusiasmaba oír a los propagandistas marxistas cuando les aseguraban que las ineludibles leyes de la evolución social los destinaban a cosas más grandes, que ellos eran los elegidos para sustituir a los podridos parásitos de la sociedad capitalista, y que el porvenir era suyo. Pero querían vivir día a día, no en un futuro distante, y

⁸ Marx, *Value, Price and Profit*, publicado por Eleanor Marx Aveling (Nueva York 1901), pp. 72-74.

⁹ Marx, *Das Kapital*, cit., p. 729.

¹⁰ Marx, *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, p. XII.

pedían que se les pagara inmediatamente algo a cuenta de la futura herencia.

Los marxistas tuvieron que elegir entre una rígida e inflexible adhesión a las doctrinas de su maestro y una acomodaticia adaptación al punto de vista de los obreros que pudiera brindarles honores, poder, influencia y, cosa no menos importante, buenos ingresos; y no pudiendo resistir esta última tentación, cedieron. En su círculo íntimo siguieron discutiendo la dialéctica marxista, porque, además, el marxismo tenía un carácter esotérico. Pero en público escribían y hablaban de otra manera. Organizaron movimientos obreros para los cuales la subida de salarios, la legislación laboral y la seguridad social tenían más importancia que las alambicadas discusiones sobre «el enigma de la tasa media de beneficios». Organizaban cooperativas de consumo y de viviendas, apoyaban las medidas políticas anticapitalistas que, en sus escritos marxistas, estigmatizaban como medidas «pequeño-burguesas».

Hicieron todo lo que sus teorías marxistas denunciaban como absurdo, y estaban dispuestos a sacrificar sus principios y sus convicciones si del sacrificio podía esperarse algún triunfo electoral. En sus libros esotéricos eran doctrinarios implacables, pero en su actividad política eran oportunistas sin principios.

Los social-demócratas alemanes llevaron a la perfección este doble juego. Por un lado, estaba el pequeño círculo de marxistas iniciados cuya tarea consistía en velar por la pureza del credo ortodoxo y justificar la actividad política del partido, incompatible con el credo, mediante paralogismos y deducciones falaces. Después de la muerte de Marx, fue Engels el auténtico intérprete de su pensamiento. A la muerte de Engels, heredó Kaustky esa autoridad. Quien se desviara una pulgada del auténtico dogma tenía que desdecirse y someterse, o afrontar la implacable expulsión del partido. Para quienes no vivían de sus propios fondos esa expulsión significaba la pérdida de la fuente de ingresos. Por otra parte, estaba el enorme cuerpo de burocratas del partido, cuerpo que crecía diariamente, afanados en las actividades políticas del movimiento obrero. Para ellos,

la fraseología marxista no era más que un adorno de su propaganda. Les importaba un bledo el materialismo histórico y la teoría del valor. Eran intervencionistas y reformistas. Hacían lo que les diera popularidad entre las masas, que eran sus patronos. Ese oportunismo tuvo mucho éxito. Las cifras de afiliados y las cotizaciones al partido, a los sindicatos, a las cooperativas y a otras asociaciones aumentaban constantemente. El partido llegó a ser un poderoso organismo con un gran presupuesto y miles de empleados. Controlaba diarios, editoriales, imprentas, salas de reunión, pensiones, cooperativas y plantas industriales para satisfacer las necesidades de las cooperativas. Creó una escuela para la formación de la nueva generación de dirigentes de la burocracia del partido. En la estructura política del Reich llegó a ser la entidad más importante y predominaba en la Segunda Internacional.

Fue una grave equivocación no percibir ese dualismo que albergaba bajo el mismo techo dos principios y tendencias radicalmente distintos, incompatibles e imposibles de fundirse en uno solo. Porque ese fue el rasgo más característico del partido social-demócrata alemán y de todos los que se formaron en el extranjero según su modelo. Los grupitos de celosos marxistas —probablemente no fueron nunca más de unos cientos de personas en todo el Reich— estaban totalmente separados de los demás miembros del partido y se comunicaban con sus amigos extranjeros, especialmente con los marxistas austriacos (los «doctrinarios austro-marxistas»), con los revolucionarios rusos expatriados y con algunos grupos italianos. En los países anglosajones el marxismo era prácticamente desconocido en aquellos tiempos. Los marxistas ortodoxos tenían pocas afinidades con las actividades políticas diarias del partido. Sus puntos de vista y sus sentimientos eran extraños y casi les repugnaban no sólo a las masas, sino también a muchos burócratas. Los millones de electores que votaban a los social-demócratas no prestaban atención a las interminables discusiones teóricas sobre la concentración del capital, el hundimiento del capitalismo, el capital financiero, el imperialismo y las relaciones entre el ma-

terialismo marxista y el criticismo kantiano. Toleraban a la tribu de pedantes porque veían que impresionaban y asustaban al mundo «burgués» de estadistas, empresarios y clérigos, y que los profesores universitarios nombrados por el gobierno —la casta de brahmanes tudescos— les tomaban en serio y escribían voluminosas obras sobre el marxismo. Pero seguían su camino y dejaban que los sabios doctores siguieran el suyo.

Mucho se ha hablado de una supuesta diferencia fundamental entre el movimiento obrero alemán y el inglés. Pero no suele reconocerse que muchas de las diferencias tenían un carácter externo o accidental. Los dos partidos obreros deseaban el socialismo; los dos querían llegar a él gradualmente mediante reformas dentro del marco de la sociedad capitalista. Los dos movimientos obreros eran esencialmente movimientos sindicales. Para el obrerismo alemán el marxismo no era en el Reich imperial más que un adorno. Los marxistas eran un grupito de intelectuales.

El antagonismo entre la filosofía marxista y la del obrerismo organizado en el partido social-demócrata y sus sindicatos llegó a su momento álgido en el instante en que el partido tuvo que afrontar nuevos problemas. La artificial transacción entre el marxismo y el intervencionismo obrero se quebró cuando el conflicto entre la doctrina y el modo de actuar se extendió a campos que hasta entonces habían carecido de importancia práctica. La guerra dio al traste con el supuesto internacionalismo del partido, y los acontecimientos de la postguerra pusieron a prueba sus supuestas tendencias democráticas y su programa de socialización.

3. Los trabajadores alemanes y el Estado alemán

Para comprender el papel que desempeñó el movimiento obrero social-demócrata en la Alemania imperial es indispensable comprender correctamente las características esenciales del sindicalismo y sus métodos. El problema se estudia, en general, desde

el punto de vista del derecho de los trabajadores a asociarse. Pero no es esa la cuestión. Ningún gobierno liberal ha negado nunca a nadie el derecho a formar asociaciones. Además, no importa si las leyes conceden o no a los asalariados y empleados el derecho a romper *ad libitum* contratos. Pues aunque los trabajadores estuvieran legalmente obligados a indemnizar al patrono, lo cierto es que, en la práctica, las pretensiones de los patronos no tendrían efectividad alguna.

El método principal que los sindicatos pueden seguir y siguen para lograr sus fines —condiciones de trabajo más favorables— es la huelga. En este punto de nuestra investigación no necesitamos volver a analizar si los sindicatos pueden lograr alguna vez una subida salarial duradera y general para todos, por encima del nivel que fijaría un mercado sin trabas; nos basta con mencionar que la teoría económica —tanto la antigua y clásica, con su ala marxista, como la moderna, con su ala socialista— contestan categóricamente en sentido negativo.¹¹ Aquí nos interesa únicamente el problema de la clase de armas que los sindicatos usan para tratar con los patronos. Y lo cierto es que los contratos colectivos se celebran bajo la amenaza de dejar el trabajo. Si los sindicatos no amenazaran al empresario con la huelga, la contratación colectiva seguiría la misma suerte que la contratación individual de cada trabajador. Pero una huelga puede fracasar si algunos trabajadores se niegan a sumarse a ella o los empresarios emplean esquiroles. Los sindicatos recurren a la intimidación y a la coacción contra todo el que intente oponerse a los huelguistas, y recurren también a actos de violencia contra las personas y los bienes de los esquiroles y de los empresarios o dirigentes patronales que intenten emplearlos. A lo largo del siglo XIX los trabajadores de todos los países lograron ese privilegio no tanto mediante una explícita sanción legislativa cuanto por la actitud acomodaticia o complaciente de la policía y de la justicia. La opinión pública ha adoptado la causa de los sindicatos y ha aprobado las huelgas, ha calificado de sin-

¹¹ véase *supra*, pp. 104-06.

vergüenzas y traidores a los esquiroles, ha aprobado el castigo infligido por los trabajadores organizados a los patronos que ofrecían resistencia y a los esquiroles y ha reaccionado vigorosamente cuando las autoridades han tratado de intervenir para proteger a los agredidos. El hombre que se atreve a oponerse a los sindicatos se ha convertido en un proscrito a quien se le niega la protección del gobierno. Y se ha establecido firmemente la costumbre legal de autorizar a los sindicatos a recurrir a la coacción y a la violencia.

Esta renuncia por parte del gobierno ha sido menos notable en los países anglosajones —donde por costumbre ha habido siempre un campo más amplio para la reparación de los agravios particulares— que en Prusia y el resto de Alemania, donde la policía era omnipotente y estaba acostumbrada a mezclarse en todas las esferas de la vida. ¡Ay de aquel a quien en el imperio de los Hohenzollern se le declarara culpable de uno de los innumerables decretos y «verboten»! La policía intervenía en seguida y los jueces dictaban sentencias draconianas. No se toleraban más que tres clases de infracciones. Los duelos, aunque prohibidos en el código penal, les estaban prácticamente permitidos a los oficiales del ejército, a los estudiantes universitarios y a las personas de cierta categoría social. La policía se callaba también cuando los socios de algún elegante club estudiantil se emborrachaban, armaban escándalos, molestaban a la gente pacífica y se divertían promoviendo desórdenes. Mucho más importante era, sin embargo, la indulgencia para con los excesos cometidos en relación con las huelgas. Dentro de ciertos límites, se toleraba la violencia de los huelguistas.

En la naturaleza de los actos de violencia está que tienden a rebasar los límites dentro de los cuales son tolerados y considerados como legítimos. Ni siquiera la disciplina más estricta puede siempre evitar que los policías los repriman con más dureza que la aconsejada por las circunstancias, ni que los carceleros dejen de cometer brutalidades contra los presos. Sólo los formalistas, sin contacto con la realidad, se hacen la ilusión de que a los soldados se les puede inducir a que cumplan es-

trictamente en la refriega las normas de la guerra. Y aunque a los sindicatos se les hubiera limitado con más precisión el campo asignado por costumbre para la violencia, habría habido transgresiones. El intento de fijar límites a ese privilegio especial ha llevado reiteradamente a choques entre la autoridad y los huelguistas, y como la autoridad no podía menos de intervenir de vez en cuando, pronto corría la voz de que el gobierno ayudaba a los patronos. Por esta razón el público dejó de ver que los patronos y los esquirols estaban, en un amplio sentido de la expresión, a merced de los huelguistas. Cuando había una huelga no había protección gubernamental para los adversarios de los sindicatos, que de esa manera se convirtieron en la práctica en entidades públicas autorizadas a ejercer la violencia para lograr sus fines, como lo fueron después las pandillas que practicaban el *pogrom* en la Rusia zarista y las tropas de asalto en la Alemania nazi.

En el transcurso de la vida política alemana adquirió gran importancia el hecho de que el gobierno hubiera concedido tales privilegios a los sindicatos. Así, a partir de los años setenta fueron posibles las huelgas triunfantes. Ciertamente que antes había habido en Prusia algunas huelgas. Pero las circunstancias eran entonces diferentes. Los patronos no podían encontrar esquirols en la vecindad de instalaciones industriales situadas en pueblos pequeños, y la falta de información respecto a las condiciones del mercado de trabajo en otros distritos les impedían contratar obreros de puntos distantes. Al cambiar las circunstancias, las huelgas no podían triunfar sino mediante la amenaza, la violencia y la intimidación.

El gobierno imperial no pensó nunca seriamente en alterar su política favorable a los sindicatos. En 1899, cediendo, al parecer, a exigencias de patronos y de obreros no sindicados, presentó en el Reichstag una ley de protección a quienes no secundaran la huelga. Fue simplemente un engaño. Porque la falta de protección a quienes estaban dispuestos a trabajar no se debía a defectos del código penal, sino a que las autoridades y la policía descuidaban deliberadamente la aplicación de leyes vi-

gentes. Ni las leyes ni las sentencias de los jueces contaban gran cosa en esta cuestión. Como la policía no intervenía y los fiscales no acusaban, las leyes no se aplicaban y los jueces no tenían ocasión de dictar sentencia. Sólo cuando los sindicatos transgredían los límites trazados por la policía se podía llevar un caso ante la justicia. El gobierno estaba firmemente resuelto a no cambiar la situación existente. No tenía grandes deseos de inducir al parlamento a aprobar la ley propuesta, y el parlamento la rechazó. Si el gobierno la hubiera tomado en serio, el parlamento habría actuado de otra manera. El gobierno alemán sabía muy bien cómo hacer que el Reichstag se plegara a sus deseos.

El hecho más relevante de la moderna historia de Alemania es que el gobierno imperial concertó una alianza virtual y una cooperación política de hecho con todos los grupos hostiles al capitalismo, al libre cambio y a la economía de libre mercado. El militarismo de los Hohenzollern intentó luchar contra el liberalismo «burgués» y el parlamentarismo «plutocrático» asociándose con grupos obreros, con campesinos y con pequeños comerciantes. Aspiraba a sustituir el que definía como sistema de explotación por la intervención gubernamental en la vida económica y, más tarde, por una planificación económica nacional. Los cimientos ideológicos y especulativos del sistema habían sido puestos por los socialistas de cátedra, un grupo de profesores que monopolizaban los departamentos de ciencias sociales en las universidades alemanas. Aquellos hombres, cuyos principios eran casi idénticos a los que posteriormente sostendrían los fabianos ingleses y los institucionalistas norteamericanos, actuaban, por decirlo así, como el trust de cerebros del gobierno. El propio sistema era definido, por quienes le apoyaban, como *Sozialpolitik* o *das soziale Königtum der Hohenzollern*. Ninguna de las dos expresiones se presta a una traducción literal. Tal vez se las pudiera traducir por *New Deal*, dado que sus características principales —legislación laboral, seguridad social, política de elevación de precios de los productos agrícolas, fomento de las cooperativas, actitud favorable a los sin-

dicatos, restricciones impuestas a las operaciones de Bolsa, fuerte tributación de las empresas— correspondían a la política norteamericana iniciada en 1933.¹²

La nueva política se inauguró a finales de los años setenta y fue solemnemente anunciada en el mensaje imperial de 17 de noviembre de 1881. Bismarck se proponía superar a los socialdemócratas en medidas favorables a los intereses de los trabajadores. Sus anticuadas inclinaciones autocráticas le impulsaban a luchar —en una lucha sin esperanza— contra los dirigentes socialdemócratas. Sus sucesores abandonaron las leyes antisocialistas, pero prosiguieron con firmeza la *Sozialpolitik*. Sidney Webb decía, ya en 1889, refiriéndose a la política inglesa: «Ahora se puede afirmar, en justicia, que la filosofía socialista actual no es más que la consciente y explícita reivindicación de principios de organización social que ya habían sido inconscientemente adoptados en gran parte. La historia económica del siglo [xix] es casi una continuada crónica del progreso del socialismo.»¹³

Sin embargo, la *Sozialpolitik* alemana había ido mucho más lejos que el reformismo británico coetáneo. Los socialistas alemanes de cátedra se gloriaban de lo que su país había hecho en materia de progreso social. Estaban orgullosos de que Alemania estuviera por encima de todos en política favorable a los trabajadores. No advertían que si Alemania podía eclipsar a Inglaterra en cuestiones de legislación social y de sindicación laboral era simplemente porque sus aranceles protectores y sus cárteles elevaban los precios internos por encima del mercado mundial, mientras que los ingleses seguían fieles al libre cambio. Los salarios reales alemanes no subían por encima de la productividad del trabajo. Lo que hizo que aumentara el nivel general de vida no fue la *Sozialpolitik* del gobierno ni las actividades de los sindicatos, sino la evolución de la empresa capitalista. No correspondía al gobierno ni a los sindicatos el mérito

¹²Elmer Roberts empleó la expresión «socialismo monárquico». Véase su libro *Monarchical Socialism in Germany* (Nueva York 1913).

¹³Sidney Webb, *Fabian Essays in Socialism* (Nueva York, 1891), p. 4.

de que los empresarios hubieran perfeccionado los métodos de producción y llenado el mercado con mejores artículos. El obrero alemán podía consumir más bienes que su padre o que su abuelo porque, gracias a los nuevos métodos de producción, su trabajo era más eficiente y producía más y mejores artículos. Pero, a los ojos de los profesores, la baja de las cifras de mortalidad y la subida del consumo per cápita eran prueba de la bondad del sistema de los Hohenzollern. Atribuían el aumento de la exportación al hecho de que Alemania era ya una de las naciones más poderosas, y a que el ejército y la marina imperiales hacían temblar a los demás países. La opinión pública estaba plenamente convencida de que sin la intervención del gobierno los trabajadores no habrían estado mejor que cien años antes.

Claro está que los trabajadores estaban dispuestos a creer que el gobierno actuaba lentamente y que la política que les era favorable podía progresar con mucha mayor rapidez. Cada nueva disposición no era más que un incentivo para pedir otras. Pero si bien criticaban al gobierno por su lentitud, no desaprobaban la actitud de los diputados social-demócratas, que votaban en contra de las leyes propuestas por el gobierno y apoyadas por los miembros «burgueses». Estaban de acuerdo tanto con los social-demócratas, que calificaban todas las disposiciones favorables a los trabajadores de disposiciones fraudulentas impuestas por la burguesía al proletariado, como con los profesores nombrados por el gobierno que elogiaban dichas medidas como las más beneficiosas realizaciones de la *Kultur* alemana. Estaban encantados con el constante aumento del nivel de vida, que tampoco atribuían al funcionamiento del capitalismo, sino a la acción de los sindicatos y del gobierno. No se aventuraban a rebelarse. Les gustaba la fraseología revolucionaria de los social-demócratas porque asustaba a los capitalistas. Eran leales ciudadanos del Reich, formaban la leal oposición a Su Majestad.

Esta adhesión era tan firme e inmovible que pasó la prueba de las leyes contra los social-demócratas, que no fueron más que un eslabón en la larga serie de torpezas cometidas por Bis-

marck en su política interior. Bismarck, como Metternich, estaba plenamente convencido de que las ideas podían ser derrotadas por los policías. Pero los resultados obtenidos fueron opuestos a sus intenciones. Los social-demócratas salieron de la prueba de aquellos años con no menos vigor que el partido del Centro y la Iglesia Católica después del *Kulturkampf*, la gran campaña anticatólica. En los doce años en que estuvieron en vigor las leyes antisocialistas (1878-90) los votos socialistas aumentaron considerablemente. Las leyes sólo atacaban a aquellos socialistas que tomaban parte activa en la política. No molestaron seriamente a los sindicatos ni a las masas que votaban a los socialistas. Fue precisamente en estos años cuando la política a favor de los trabajadores dio el mayor paso adelante. El gobierno quería superar a los socialistas. Los obreros comprendieron que el Estado era cada vez más suyo y que les estaba apoyando en sus reivindicaciones contra los patronos. El gobierno nombró inspectores de fábrica que eran la personificación de esa cooperación, y los trabajadores no tenían motivos para sentirse hostiles al Estado simplemente porque molestaba a los dirigentes del partido.¹⁴ En aquellos años de legislación antisocialista todo afiliado al partido recibía puntual y regularmente diarios y folletos pasados de contrabando desde Suiza y leía los discursos que pronunciaban en el Reichstag los diputados socialistas. Era un «revolucionario» leal y un monárquico un tanto crítico y alambicado. Tanto Marx como el Kaiser estaban equivocados al creer que aquel pacífico ciudadano estaba sediento de sangre principesca. Pero Lassalle había estado en lo cierto al diseñar la futura colaboración del Estado de los Hohenzollern con los proletarios socialistas.

La incondicional lealtad de los proletarios hizo que el ejército fuera un instrumento acomodaticio en manos de sus jefes. El liberalismo había sacudido los cimientos del absolutismo

¹⁴ En aquellos días felices de los ochenta, la gente solía hablar de «persecuciones». Pero, comparadas con lo que hicieron los bolcheviques y los nazis con sus adversarios, no pasaban de leves molestias.

prusiano. En los tiempos de su supremacía el rey y sus ayudantes no confiaban en la masa de su ejército, pues sabían que no podían usarlo contra el adversario interior ni en guerras de agresión no disimulada. El socialismo y el intervencionismo, el *New Deal* del Kaiser, habían restablecido la lealtad de las fuerzas armadas. En adelante podrían ser empleadas para cualquier fin. Los hombres responsables de la nueva fase política —los estadistas y los profesores— se daban plena cuenta de ello. Si habían apoyado la iniciación de la *Sozialpolitik* y pedido su intensificación era precisamente por eso. Los oficiales del ejército estaban convencidos de que los soldados social-demócratas eran de toda confianza. No aprobaban, sin embargo, que el Kaiser tratara desdeñosamente a los social-demócratas, como no habían aprobado las medidas de Bismarck contra ellos ni su política anticatólica. Detestaban los desafiantes discursos de los diputados socialistas, pero confiaban en el soldado socialdemócrata. Ellos mismos odiaban al empresario rico no menos que los obreros. Detlev von Liliencron, su portavoz lírico, lo confesó francamente en 1889 en los días de la campaña antisocialista.¹⁵ Los Junkers y los oficiales del ejército estaban unidos en una virtual colaboración con el obrerismo por el instrumento que forja las uniones más sólidas: el odio mortal. Cuando los social-demócratas desfilaban en las calles, los oficiales —vestidos de paisano— contemplaban las filas de hombres y comentaban sonriendo: «Nosotros mismos hemos enseñado a estos chicos a desfilar; cuando llegue el día de la movilización funcionarán muy bien a nuestras órdenes.» Acontecimientos posteriores demostraron que estaban en lo cierto.

El 3 de agosto de 1914 el canciller del Reich, Bethmann-Hollweg, recibió a los presidentes de todos los grupos parlamentarios. El camarada Scheidemann narra así la entrevista: «El Canciller nos dio la mano a cada uno de nosotros. A mí me pareció que me la estrechaba de una manera rara, firmemente y

¹⁵Véase su carta de 17 de septiembre de 1889 publicada en *Deutsche Rundschau*, XXI (Berlín 1910), 663.

reteniéndola mucho tiempo, y cuando me dijo: ¿Cómo está usted, Sr. Scheidemann?, sentí como que me quería decir: Bueno, espero que nuestra tradicional disputa ha terminado por algún tiempo.»¹⁶ Esa era la opinión que el popular y gran dirigente del partido tenía del antagonismo de cincuenta años. No había sido una lucha histórica de un proletariado consciente contra los explotadores y quienes desataban las guerras, como solían decir en los mítines los oradores oficiales del partido, sino una mera disputa que podía terminar con un apretón de manos.

4. *Los social-demócratas en el sistema de castas alemán*

El capitalismo mejoró la situación social y económica de los asalariados. El número de brazos empleados en la industria alemana fue aumentando de año en año. De año en año subieron los ingresos y el nivel de vida de los obreros, que estaban más o menos contentos. Claro está que envidiaban la riqueza de la clase media superior (pero no la de los príncipes ni la de los aristócratas) y que querían mejorar. Pero mirando atrás a las condiciones en que habían vivido sus padres y recordando las experiencias de su propia niñez, tenían que confesar que, al fin y al cabo, las cosas no estaban tan mal. Alemania gozaba de prosperidad y las masas obreras la compartían.

Todavía quedaba mucha pobreza en Alemania. Difícilmente podía ser de otra manera en un país donde la opinión pública, el gobierno y casi todos los partidos políticos se esforzaban en poner obstáculos en el camino del capitalismo. El nivel de vida era muy insatisfactorio en la agricultura de levante, en la minería y en algunos sectores de la producción que no conseguían ajustar sus métodos a las nuevas condiciones. Pero a los obreros a quienes no les tocaba de cerca no les importaba mucho la suerte de sus menos afortunados compañeros. El concepto de solidaridad de clase era una de las ilusiones marxistas.

¹⁶Scheidemann, *Der Zusammenbruch* (Berlín 1921), pág. 9.

Sin embargo, había algo que molestaba mucho a los obreros prósperos justamente porque gozaban de prosperidad. En su calidad de asalariados, carecían de una posición definida en la sociedad alemana. A su nueva casta no la reconocían las antiguas. Los pequeños burgueses y comerciantes, los tenderos, los artesanos y las numerosas personas que ocupaban puestos subalternos al servicio del Reich, de los Estados y de las municipalidades les miraban por encima del hombro. Los pequeños burgueses no ganaban más que los obreros; sus tareas eran a menudo más aburridas que las del obrero medio; pero eran vanidosos y desdeñaban a los asalariados. No estaban dispuestos a admitir obreros en sus clubs de bochas, a permitirles bailar con sus hijas, ni a tratar con ellos socialmente. Lo peor era que no les permitían el acceso a sus asociaciones de ex combatientes.¹⁷ Los domingos y en ocasiones solemnes, los ex combatientes, correctamente vestidos de chaqué, con sombrero de copa y corbata negra, desfilaban gravemente por las calles principales observando estrictamente las reglas militares. Y a los obreros les reventaba no poder tomar parte. Se sentían avergonzados y humillados.

La organización social-demócrata brindaba un remedio eficaz a esa clase de agravios. Los social-demócratas proporcionaban a los trabajadores clubs de bochas, bailes y otros pasatiempos propios al aire libre. Había asociaciones de proletarios con conciencia de clase que se dedicaban a la cría de canarios, a la filatelia, al ajedrez, al esperanto y así sucesivamente. Había clubs atléticos de trabajadores independientes, con campeonatos. Había desfiles de proletarios con bandas de música y bandera. Había innumerables comités y conferencias, presidentes y vicepresidentes, secretarios honorarios, tesoreros honorarios, miembros de comité, presidentes de sector, inspectores y funcionarios del partido. Los obreros perdieron su complejo de inferioridad

¹⁷El nombre oficial de esos clubs era Asociaciones de Guerreros (*Kriegervereine*). Sus miembros eran hombres que habían servido en las fuerzas armadas del Reich.

y la impresión de aislamiento. No eran ya los hijastros de la sociedad, estaban firmemente asentados en una gran comunidad, eran personas importantes llenas de responsabilidades y deberes. Y sus oradores oficiales, universitarios con anteojos y títulos académicos, les convencieron de que no sólo eran tan buenos sino mejores que los pequeños burgueses, clase que de todos modos estaba condenada a desaparecer.

Lo que los social-demócratas consiguieron realmente fue no inspirar un espíritu revolucionario en las masas, sino, por el contrario, reconciliarlas con el sistema alemán de castas. Los trabajadores obtuvieron un status en el orden establecido del sistema alemán de clan y formaron una casta propia con toda la estrechez de miras y todos los prejuicios de las sectas sociales. No dejaron de luchar por salarios más altos, menos horas de trabajo y reducción de precios de los cereales, pero no por eso eran ciudadanos menos leales que los demás grupos de campesinos y de artesanos.

Uno de los fenómenos paradójicos de la Alemania imperial consistía en que los obreros social-demócratas hablaban de revolución en público al tiempo que en el fondo de su corazón seguían siendo perfectamente leales, mientras que la clase media superior y los dedicados a profesiones liberales proclamaban grandilocuente su lealtad al rey y a la patria y gruñían en privado. Uno de sus principales motivos de preocupación era su relación con el ejército.

Las leyendas marxistas, que han desfigurado casi todos los aspectos de la vida alemana, han desfigurado también éste. La burguesía, dicen, se sometió al militarismo porque deseaba obtener mandos en las fuerzas armadas, y es cierto que no ser oficial de reserva afectaba seriamente al honor y a la reputación de los miembros de la clase media superior. Los burócratas, los profesionales, los empresarios y los dirigentes de empresas que no lograban ser oficiales de reserva lo notaban en sus carreras y en sus negocios. Pero el obtener y conservar el grado de oficial de la reserva tenía también sus inconvenientes. El motivo de queja no era que al oficial de reserva se le prohibiera tener

todo género de relaciones con los partidos de oposición. Los jueces y los burócratas estaban de todos modos afiliados a los partidos que apoyaban al gobierno; si no lo hubieran estado, no habrían sido nombrados. Los empresarios y los directivos de empresa se veían obligados, por obra del sistema intervencionista, a ser neutrales políticamente o a afiliarse a uno de los partidos gubernamentales. Pero había otras dificultades.

Dirigido por los prejuicios de los Junkers, el ejército exigía que el oficial de la reserva cumpliera estrictamente, tanto en su vida privada como en los negocios, su código de conducta caballeresca. No era propio de un oficial el que un empresario o un directivo de empresa ejecutara un trabajo manual en su fábrica ni enseñara siquiera a un obrero la manera de trabajar. El hijo de un empresario que trabajaba durante algún tiempo en una máquina para adquirir familiaridad con la empresa no podía ser nombrado oficial de reserva. Tampoco podía serlo el dueño de un gran almacén que ocasionalmente atendía a algún cliente. A un teniente de la reserva que daba la casualidad de que era arquitecto de fama mundial le reprendió un día su coronel porque, mientras vigilaba el decorado del salón de recepciones de la municipalidad de una gran ciudad, se había quitado la chaqueta y puesto a colgar un cuadro en la pared. Había hombres amargados por no poder obtener el nombramiento de oficial de la reserva, y oficiales que rabiaban secretamente por el comportamiento de sus superiores. Para resumir, a un ciudadano común no le resultaba un placer ser oficial de la reserva del ejército prusiano.

A las clases inferiores no les eran familiares, desde luego, estas tribulaciones de los oficiales de la reserva. Lo único que veían era la insolencia con que aquellos hombres compensaban su sentimiento de inferioridad. Pero notaban también que los oficiales —tuvieran o no tuvieran diploma— disfrutaban molestando a los llamados soldados de un año, es decir, a los bachilleres que sólo prestaban servicio durante un año. Los representantes de las clases inferiores se alegraban cuando los oficiales insultaban al hijo de su jefe y gritaban que en el ejérci-

to no había diferencias de educación ni de riqueza y que la importancia de los negocios paternos no influía para nada.

La vida social de la clase media superior estaba envenenada por la continua fricción entre las pretensiones de los oficiales aristócratas y la burguesía; pero los civiles eran impotentes. Habían sido derrotados en la lucha por la reorganización de Alemania.

5. Los social-demócratas y la guerra

Marx no era pacifista. Era un revolucionario. Despreciaba a los emperadores y a los reyes, pero preparaba la gran guerra civil en que los proletarios del mundo unidos lucharían contra los explotadores. Como todos los utópicos de la misma clase, estaba convencido de que esa guerra sería la última. Cuando los proletarios vencieran y establecieran su perdurable régimen nadie estaría en situación de arrebatarnos los frutos de la victoria. Engels se asignaba a sí mismo el papel de jefe supremo en esa guerra y estudió estrategia para estar a la altura de su tarea cuando llegara *el día*.

Esta idea de la cooperación de todos los proletarios en la lucha final por la liberación llevó en 1864 a la fundación de la Primera Internacional Obrera, que apenas fue más que una mesa redonda de doctrinarios y jamás entró en el campo de la actividad política. Su desaparición de la escena llamó tan poco la atención como su existencia previa.

En 1870, dos de los cinco diputados socialistas del Parlamento de la Alemania del Norte, Bebel y Liebknecht, se opusieron a la guerra contra Francia. Su comportamiento, como dijo el socialista francés Hervé, fue «un gesto personal que no tuvo consecuencias ni suscitó reacción alguna». Las dos naciones, los alemanes y los franceses, dice Hervé, «estaban en cuerpo y alma en los campos de batalla. Los defensores más fanáticos de la guerra a cuchillo eran los internacionalistas de París... La guerra franco-alemana fue el fracaso moral de la Internacional.»¹⁸

¹⁸Hervé, *L'Internationalisme* (París 1910), p. 129.

La Segunda Internacional, fundada en París en 1889, fue obra de uno de los muchos congresos internacionales celebrados en ciudades que gozaban de ferias mundiales. En los veinticinco años que habían transcurrido desde la fundación de la Primera Internacional el concepto de la gran revolución mundial había perdido gran parte de su atractivo. El propósito de la nueva organización no podía ya ser presentado como una coordinación de operaciones militares de los ejércitos proletarios de varios países. Había que encontrar otro objetivo, cosa difícil. Los partidos obreros habían empezado a desempeñar un papel muy importante en la política interior de su país, pero se ocupaban de innumerables problemas de intervencionismo y nacionalismo económico y no estaban dispuestos a someter sus respectivas tácticas políticas a una fiscalización por parte de extranjeros. En muchos problemas serios se manifestaba un conflicto de intereses entre proletarios de diversos países, y no siempre era fácil eludir la discusión en materias enojosas. Unas veces hubo que discutir hasta las barreras a la inmigración, y el resultado fue un violento choque de distintas opiniones y un escandaloso desenmascaramiento del dogma marxista de que entre los proletarios de todos los países hay una inquebrantable solidaridad. Los gurús marxistas tuvieron dificultad para ocultar de manera aceptable las fisuras que se habían manifestado.

Para la discusión de las reuniones de la Internacional siempre se podía contar con un tema neutral e inocuo: la paz. En la discusión se vio pronto cuáles eran las consignas marxistas. En el congreso de París, Friedrich Engels declaró que los proletarios tenían el deber de impedir la guerra a toda costa hasta que se apoderaran del poder en los países más importantes.¹⁹ La Internacional estudió a la luz de este principio varias medidas: la huelga general, la negativa a cumplir el servicio activo, el sabotaje ferroviario, etc., etc. Pero era imposible eludir el problema de si la destrucción del sistema defensivo del propio país servía realmente a los intereses de los trabajadores. El trabaja-

¹⁹Kautsky, *Sozialisten und Krieg* (Praga 1937), p. 39.

dor no tiene patria, dice el marxista; lo único que tiene que perder son sus cadenas. Muy bien. Pero ¿caso al trabajador no le importa cambiar unas cadenas alemanas por unas cadenas rusas? ¿Debería el obrero francés dejar que Francia fuera presa del militarismo alemán? La Tercera República, decían los social-demócratas alemanes, no es más que una plutocracia y una república falsa; el trabajador francés no tiene por qué luchar por ella. Pero los franceses —a quienes ese razonamiento no les convencía— seguían aferrados a su prejuicio contra los Hohenzollern. Los alemanes se sintieron ofendidos por lo que ellos llamaban terquedad francesa y sentimientos pequeño-burgueses, aunque no por eso dejaban de manifestar paladinamente que los social-demócratas defenderían incondicionalmente a Alemania contra Rusia. Hasta Bebel se jactó de que en caso de guerra contra Rusia, él mismo, con todo lo viejo que era, empuñaría un fusil.²⁰ Engels, en una colaboración al anuario del partido de los trabajadores francés para 1892, declaraba: «Si la República Francesa ayuda a Su Majestad el Zar y Autócrata de todas las Rusias, los social-demócratas alemanes sentirán luchar contra los franceses, pero lucharán.»²¹ La petición que con esas palabras hacía Engels a los franceses concordaba perfectamente con las ingenuas aspiraciones de los nacionalistas alemanes. También ellos entendían que el deber de Francia consistía en aislarse diplomáticamente o bien permanecer neutral en una guerra entre la Triple Alianza y Rusia y encontrarse sin aliados en una guerra contra Alemania.

La cantidad de engaños y falsedades en las actividades de la Segunda Internacional fue realmente asombrosa. Más asombroso aún era que la gente siguiera con gran atención las locuaces discusiones y estuviera convencida de que los discursos y resoluciones tenían una enorme importancia. Sólo los prejuicios pro-socialistas y pro-marxistas de la opinión pública pueden explicar este fenómeno. Quien estuviera libre de ellos podía ver

²⁰Kautsky, *op. cit.*, p. 307.

²¹Kautsky, *op. cit.*, p. 357.

claramente que se trataba de pura charlatanería. La oratoria de estos congresos obreros no tenía más importancia que los brindis de los monarcas en sus reuniones. En ocasiones semejantes también el Kaiser y el Zar solían hablar de la tradicional amistad que los unía y se aseguraban mutuamente que lo único que les preocupaba era mantener la paz.

En la Segunda Internacional predominaba el partido socialdemócrata alemán, el mejor organizado y más numeroso de todos los partidos socialistas. Los congresos eran, en consecuencia, una réplica exacta de las condiciones que imperaban en el partido alemán. Los delegados eran marxistas que intercalaban en sus discursos citas de Marx. Pero los partidos a que representaban eran partidos de sindicatos, para los cuales el internacionalismo era un concepto vacío y que se aprovechaban del nacionalismo económico. Los obreros alemanes no tenían prejuicios solamente contra Rusia; los tenían también contra Francia e Inglaterra, países de capitalismo occidental. Como todos los demás alemanes, estaban convencidos de que Alemania tenía derecho a reclamar colonias inglesas y francesas. A la política de Alemania en Marruecos no le encontraban más defecto que su falta de éxito.²² Criticaban la gestión de los asuntos militares y navales, pero se preocupaban de que las fuerzas armadas estuvieran preparadas para la guerra. Como a los demás alemanes, les parecía que la herramienta más importante en política internacional es la espada. Y también estaban convencidos de que Inglaterra y Francia envidiaban la prosperidad de Alemania y planeaban una agresión.

Fue una grave equivocación no darse cuenta de esa mentalidad militarista de las masas alemanas. Por otra parte, se prestó demasiada atención a escritos de algunos socialistas que, como Shippel, Hildebrand y otros, propusieron que los socialdemócratas apoyaran abiertamente la política agresiva del Kaiser. Al fin y al cabo, los socialdemócratas eran un partido de oposición; no les incumbía votar a favor del gobierno. Su acomodaticia

²²Andler, *op. cit.*, p. 107.

actitud fue, sin embargo, lo bastante efectiva para estimular la tendencia nacionalista en la política internacional.

El gobierno se daba plena cuenta de que los obreros socialdemócratas lo apoyarían en caso de guerra. Los dirigentes de la administración pública no estaban tan seguros de unos cuantos marxistas ortodoxos; pero sabían muy bien que de las masas les separaba un abismo y estaban convencidos de que la masa del partido les disculparía a ellos las medidas de precaución que dictaran contra los marxistas extremistas. El resultado fue que, cuando estalló la guerra, encarcelaron a varios dirigentes del partido, pero después comprendieron que no era necesario. El comité ejecutivo del partido, mal informado como siempre, ni siquiera se enteró de que las autoridades habían cambiado de opinión y que no tenían nada que temer. Por eso el 3 de agosto de 1914 el presidente, Ebert, y el tesorero, Braun, huyeron a Suiza, con los fondos del partido.²³

Es una tontería decir que, al votar por la guerra, los dirigentes socialistas traicionaron a las masas. Las masas aprobaron unánimemente la guerra del Kaiser, y hasta los pocos diputados y periodistas que disentían tuvieron que respetar la voluntad de los electores. Los soldados más entusiastas en aquella guerra de conquista y hegemonía fueron los soldados socialdemócratas.

Después, claro está, las cosas cambiaron. Las esperadas victorias no llegaron. Millones de alemanes fueron sacrificados en infructuosos ataques a las trincheras enemigas. Las mujeres y los niños se morían de hambre. Y hasta los afiliados a los sindicatos se dieron entonces cuenta de que se habían equivocado al creer que la guerra les brindaba una oportunidad para mejorar de vida. El país maduró para la propaganda del extremismo. Pero los extremistas no propugnaban la paz; querían que, en vez de una guerra contra un enemigo extranjero, estallara una guerra de clases, una guerra civil.

²³Ziekursch, *op. cit.*, III, 385.

8. Antisemitismo y racismo

1. *El papel del racismo*

Al nazismo se le considera frecuentemente, ante todo, como una teoría racista.

El chovinismo alemán reclama para los alemanes una noble ascendencia. Los alemanes son descendientes de la señorial raza nórdico-aria que comprende a todos los que han contribuido al desarrollo de la civilización humana. El nórdico es alto, delgado, rubio, de ojos azules; es inteligente, valiente, heroico y está dispuesto al sacrificio y animado por un ardor «fáustico». El resto de la humanidad es morralla, poco más que monos. Pues «el abismo que separa a los llamados seres humanos más bajos y a nuestras razas más nobles es mucho más profundo que el que separa a los hombres más bajos y a los monos de las especies superiores», dice Hitler.¹ Es obvio que esta noble raza tiene un justo título a la hegemonía mundial.

El mito nórdico sirve así a la vanidad nacional. Pero el nacionalismo político no tiene nada en común con la vanidad chovinista. Los nacionalistas alemanes no aspiran a dominar en el mundo porque su origen sea noble. Los racistas alemanes no niegan que lo que dicen de los alemanes se podría decir, con más justificación, de los suecos o de los noruegos. Pero, sin embargo, llamarían locos a los escandinavos si se atrevieran a adoptar la política que formulan para su propio país. Porque a

¹ Discurso pronunciado el 3 de septiembre de 1933 en Nuremberg, publicado en la *Frankfurter Zeitung*, 4 de septiembre de 1933.

los escandinavos les faltan las dos condiciones que yacen bajo la agresividad alemana: altas cifras de población y una situación geográfica estratégicamente ventajosa.

Para explicar el parentesco idiomático de las lenguas indoeuropeas se partió de la hipótesis de un origen común de todos estos pueblos. La falsedad de esta hipótesis aria quedó demostrada hace mucho tiempo. La raza aria es una ilusión. La antropología científica no reconoce semejante fábula.²

El primer libro de Moisés nos dice que Noé es el antepasado de todos los hombres que hoy viven. Noé tuvo tres hijos. De uno de ellos, Sem, proceden los antiguos hebreos, el pueblo al que Moisés libró de la esclavitud egipcia. El judaísmo enseña que todas las personas que profesan la religión judía son retoños de aquel pueblo. Es imposible probarlo; no se ha hecho ninguna tentativa para ello. No hay documentos históricos respecto a la inmigración en la Europa central u oriental de judíos procedentes de Palestina; por otra parte, disponemos de documentos referentes a la conversión de europeos no judíos al judaísmo. Sin embargo, esta hipótesis de ascendencia tiene una vasta aceptación como dogma indiscutible. Los judíos la conservan porque forma parte esencial de su enseñanza de la religión; otros, porque puede justificar una política de distinciones contra los judíos. A los judíos se les llama asiáticos porque, según esta hipótesis, hace sólo unos 1.800 años que vinieron a Europa, lo que explica también que se use el término semitas para designar a quienes profesan la religión judía y a su progenie. El término lenguas semíticas se usa en filología para designar la familia de lenguas a que pertenece el hebreo, idioma del Antiguo Testamento. Es un hecho, naturalmente, que el hebreo es la lengua religiosa del judaísmo, como el latín lo es del catolicismo y el árabe del islamismo.

Durante más de cien años los antropólogos han estudiado los rasgos físicos de varias razas. El indiscutible resultado de

²Houzé, *L'Aryen et l'Anthroposociologie* (Bruselas 1906), p. 3; Hertz, *Rasse und Kultur* (3.ª ed., Leipzig 1925), p. 102.

estas investigaciones científicas es que los pueblos de piel blanca, europeos y no europeos, descendientes de europeos emigrados, representan una mezcla de varios rasgos físicos. Se ha intentado explicarlo como resultado de mezclas entre miembros de grupos etnológicos puros. Pero, sea cual fuere la verdad, lo cierto es que en la clase o raza de piel blanca no existen hoy razas puras.

Se han hecho otros esfuerzos para coordinar determinadas características físicas —características raciales— con determinadas características mentales y morales. Pero tampoco esto ha resultado.

Por último, se ha intentado, especialmente en Alemania, descubrir las características raciales de una supuesta raza judía o semítica como distinta de las características físicas de los europeos no judíos. Pero también se ha fracasado totalmente. Ha resultado imposible distinguir antropológicamente a los alemanes judíos de los no judíos. En el campo de la antropología no hay una raza judía ni características raciales judías. La doctrina racial de los antisemitas pretende ser una ciencia natural. Pero el material de que deriva no es resultado de la observación de fenómenos naturales. Es la genealogía del Génesis y el dogma de la doctrina rabínica las que enseñan que todos los miembros de su comunidad religiosa descienden de los súbditos del rey David.

Los hombres que viven en ciertas condiciones adquieren a menudo en la segunda generación, y a veces ya en la primera, una especial conformación física o mental. Esta es, naturalmente, una regla que tiene muchas excepciones. Pero la pobreza o la riqueza, el ambiente urbano o rural, la vida al aire libre o entre paredes, las montañas o los valles, las costumbres sedentarias o el duro trabajo físico, estampan muy a menudo su sello peculiar en el cuerpo del hombre. A los carniceros y a los relojeros, a los sastres y a los leñadores, a los actores y a los contadores se les puede reconocer a menudo como tales por su expresión o constitución física. Los racistas ignoran deliberadamente estos hechos. Sin embargo, sólo ellos pueden explicar el origen

de estos tipos a quienes en la conversación diaria se les llama aristocráticos o plebeyos o de quienes se dice que tienen tipo de militares, tipo de sabios o tipo de judíos.

Las leyes promulgadas por los nazis para discriminar a los judíos y a sus descendientes no tienen nada que ver con consideraciones raciales propiamente dichas. Una ley que discriminara contra miembros de una raza determinada tendría que empezar por enumerar con precisión biológica y fisiológica los rasgos característicos de la raza en cuestión. Después tendría que determinar el procedimiento legal y las formalidades mediante las cuales pudiera establecerse para cada individuo la presencia o la ausencia de dichas características. Las decisiones finales de dichos procedimientos, debidamente ejecutadas, deberían entonces servir de base de discriminación en cada caso. Los nazis han elegido un camino distinto. Dicen, es verdad, que no quieren discriminar a quienes profesan la religión judía sino a quienes pertenecen a la raza judía. Pero definen a los miembros de esa raza diciendo que son aquellos que profesan la religión judía o descienden de personas que la profesaban. En la llamada legislación racial de Nuremberg, el rasgo característico de la raza judía consiste en que el individuo en cuestión o sus antepasados pertenezcan o hayan pertenecido a la comunidad religiosa del judaísmo. Si una ley pretende establecer la discriminación contra los miopes, pero al definir la miopía dice que consiste en ser calvo, las personas que usan la terminología generalmente aceptada no dirán que es una ley desventajosa para los miopes; dirán que lo es para los calvos. Cuando los norteamericanos quieren discriminar a los negros, no van a los archivos a estudiar las afinidades raciales, sino que buscan en el cuerpo del individuo huellas de origen negro. Los negros y los blancos difieren en rasgos raciales, es decir, corporales, pero es imposible distinguir por características raciales a un alemán judío de otro no judío.

Los nazis hablan constantemente de la raza y de la pureza racial. Dicen que su política es fruto de la antropología moderna. Pero es inútil buscar en ella consideraciones raciales. En-

tienden que, con excepción de los judíos y sus descendientes, todos los blancos de habla alemana son arios. En su opinión, todas las personas de habla alemana son germanas, aunque evidentemente sean descendientes de antepasados eslavos, romanos o mongoles (magiares o hungro-fenicios). Los nazis sostienen que combaten la guerra decisiva entre la raza nórdica de los señores y los seres humanos inferiores. Pero en esta lucha se han aliado con los italianos, a quienes sus doctrinas raciales pintan como una raza bastarda, y con los nipones, mongólicos, gentes de ojos oblicuos, piel amarilla y pelo negro. Por otra parte, desprecian a los nórdicos escandinavos porque no simpatizan con sus planes de supremacía mundial. Los nazis se llaman antisemitas, pero han ayudado a las tribus árabes a luchar contra los británicos, a quienes consideran nórdicos. Los árabes hablan un idioma semítico, y los científicos nazis les llaman semitas. ¿Quién, en las luchas de Palestina, merece mejor el apelativo de «antisemita»?

Ni siquiera el mito racial es producto alemán. Su origen es francés. Sus creadores, especialmente Gobineau, querían justificar los privilegios de la aristocracia francesa demostrando que la nobleza tenía un origen franco. Esto originó, en la Europa occidental, la errónea creencia según la cual también los nazis reconocen las reivindicaciones de los príncipes y los nobles a la *leadership* política y a los privilegios de casta. Sin embargo, los nacionalistas alemanes entienden que todo el pueblo alemán —con la excepción de los judíos y descendientes de judíos— es una raza de nobles homogénea. Dentro de ella no hacen distinciones. No se concibe grado de nobleza más alto que el de la germanidad. Bajo las leyes nazis todos los alemanes son camaradas (*Volksgenossen*) y, como tales, iguales. La única distinción que los nazis hacen entre alemanes se basa en la intensidad de su celo en alardear de las cualidades consideradas genuinamente alemanas. Todo alemán no judío —sea príncipe, noble o plebeyo— tiene el mismo derecho a servir a su nación y distinguirse en su servicio.

Cierto que en los años que precedieron a la Primera Guerra

Mundial también los nacionalistas se aferraban al prejuicio, en un tiempo muy popular en Alemania, de que los Junkers prusianos estaban extraordinariamente dotados para el mando militar. Pero sólo en ese sentido sobrevivió la leyenda hasta 1918. Las lecciones del fracaso de los oficiales prusianos en la campaña de 1806 habían sido olvidadas hacía mucho tiempo. A nadie le preocupaba el escepticismo de Bismarck, que, hijo él mismo de madre no aristócrata, dijo que Prusia estaba produciendo unos oficiales cuya graduación iba desde las categorías inferiores hasta los jefes de regimientos, insuperados en ningún otro país; pero que en cuanto a las categorías más altas, el elemento prusiano no era ya tan fértil en buenos jefes como en los tiempos de Federico II.³ Pero los historiadores prusianos habían exaltado las proezas del ejército prusiano hasta reducir al silencio a los críticos. A los pangermanistas, a los católicos y a los social-demócratas les unía su aversión a los arrogantes Junkers, pero se hallaban plenamente convencidos de que los Junkers estaban especialmente dotados para los altos puestos del ejército y para el mando militar. La gente se quejaba de que los oficiales no aristócratas quedaran excluidos de la Guardia Real y de muchos regimientos de caballería, y del desdenoso trato que se les daba en el resto del ejército; pero jamás se atrevió a poner en duda las sobresalientes cualidades militares de los Junkers. Hasta los social-demócratas tenían plena confianza en los oficiales del ejército alemán. La firme convicción de que la guerra acabaría con una aplastante victoria alemana, convicción compartida por todas las capas sociales, se basaba fundamentalmente en la sobrevaloración del genio militar de los Junkers.

La gente no se daba cuenta de que la nobleza alemana, que mucho antes había dejado de desempeñar un papel primordial en la vida política, estaba a punto de perder las riendas del ejército. Los nobles no se habían distinguido nunca en la ciencia,

³ Bismarck, *op. cit.*, I, p. 6.

en las artes, ni en las letras. Su contribución en estos campos no se puede comparar con la de los aristócratas ingleses, franceses e italianos. Con todo, en ningún otro país moderno era tan favorable la situación de los aristócratas, o tan poco propicia la de los ciudadanos comunes, como en Alemania. En el cenit de su vida y su éxito Goethe escribió lleno de amargura: «Ignoro cuáles son las condiciones en los países extranjeros, pero en Alemania sólo el aristócrata puede lograr cierta perfección universal y personal. Un plebeyo puede llegar a tener méritos y, en el mejor de los casos, a cultivar su espíritu; pero su personalidad, intente lo que intente, se malogrará.»⁴ Sin embargo, fueron los ciudadanos comunes, y no los nobles, los que produjeron las obras que hicieron que Alemania fuera definida como «la nación de los poetas y de los pensadores».

Entre los escritores que formaron el pensamiento político de la nación no había nobles. Hasta los conservadores prusianos tomaron su ideología de plebeyos como Stahl, Rodbertus, Wagner, Adolf Wagner. Entre los hombres que fomentaron el nacionalismo alemán no había casi ningún aristócrata. El pangermanismo y el nazismo son, en este sentido, movimientos tan «burgueses» como el socialismo, el marxismo y el intervencionismo. En la alta burocracia se iban filtrando continuamente elementos no aristócratas.

Lo mismo sucedía en las fuerzas armadas. El duro trabajo de los oficiales del Estado Mayor, de los servicios técnicos y de la armada no era del agrado de los Junkers. Muchos cargos importantes del Estado Mayor eran desempeñados por plebeyos. La personalidad más relevante del militarismo alemán anterior a la guerra fue el almirante Tirpitz, que hasta 1900 no tuvo título de nobleza. También Ludendorff, Groener y Hoffmann eran plebeyos.

Pero lo que destruyó definitivamente el prestigio militar de los Junkers fue la derrota en la Primera Guerra Mundial. En el

⁴ Goethe, *Wilhelm Meister's Lehrjahre*, Libro V, cap. III.

actual ejército alemán hay todavía muchos aristócratas en las graduaciones más altas, pues los oficiales que adquirieron sus primeras estrellas en las guerras que precedieron a la Primera Guerra Mundial han tenido tiempo de llegar a lo alto de la escala. Pero no se les da preferencia. Entre los dirigentes políticos del nazismo hay pocos nobles, y hasta los títulos de éstos son a menudo discutibles.

Los príncipes y los nobles alemanes, que denigraron el liberalismo y la democracia y que hasta 1933 lucharon tercamente por conservar sus privilegios, se han sometido completamente al nazismo y cierran los ojos a sus principios igualitarios. Entre los más fanáticos admiradores del Führer hay príncipes de sangre real que se enorgullecen de servir de satélites de los notorios bandidos que ejercen cargos importantes en el partido. Pero no hay duda de que están completamente equivocados quienes creen, como muchos aristócratas ingleses, que la restauración de las dinastías alemanas cambiaría la mentalidad alemana y el tono de su política.⁵

2. La lucha contra la mentalidad judía

El nazismo quiere combatir la mentalidad judía. Pero hasta ahora no ha conseguido definir sus rasgos característicos. La mentalidad judía no es menos mítica que la raza judía.

Los primeros nacionalistas alemanes intentaron oponer a la mentalidad judía la visión del mundo «cristiano-teutónica». Sin embargo, la combinación de lo cristiano y de lo teutónico es insostenible. No hay tretas exegéticas que puedan justificar la aspiración alemana a una situación preferente en el reino de la cristiandad. Los evangelios no mencionan a los alemanes. Quien desee discriminar no sólo a los judíos sino a los cristianos des-

⁵ El primer príncipe alemán que mucho antes de 1933 ejerció un cargo en el partido nazi fue el último soberano Duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, nacido y criado en Inglaterra como nieto de la reina Victoria.

cendientes de judíos no puede apelar a los evangelios. Los anti-semitas consecuentes deben rechazar el cristianismo.

No es preciso decidir aquí si al propio cristianismo se le puede llamar judío.⁶ De todos modos el cristianismo brotó del credo judío y reconoce los Diez Mandamientos como ley eterna y el Antiguo Testamento como palabra divina. Los apóstoles y los miembros de la primitiva comunidad eran judíos. Se podría objetar que Cristo no estaba de acuerdo con las enseñanzas de los rabinos. Pero es un hecho que Dios envió al Salvador a los judíos, y no a los vándalos, y que el Espíritu Santo inspiró libros en hebreo y en griego, pero no en alemán. Si los nazis estuvieran dispuestos a tomar en serio sus mitos raciales y a ver en ellos algo más que oratoria de mítines de partido, tendrían que borrar el cristianismo con la misma brutalidad que ponen contra el liberalismo y el pacifismo. Si no lo han hecho, no es porque les parezca imposible, sino porque su *política* no tiene absolutamente nada que ver con el racismo.

Es muy extraño que en un país donde las autoridades insultan oficialmente a los judíos y al judaísmo con palabras indecentes, donde han declarado fuera de la ley a los judíos a causa de su judaísmo y donde se boicotean teoremas matemáticos, hipótesis físicas y procedimientos terapéuticos porque se sospecha que sus autores son «no arios», en miles de iglesias sigan los sacerdotes de varios credos alabando los Diez Mandamientos revelados al judío Moisés, como fundamento de la moral. Es extraño que en un país donde no se puede imprimir ni leer una sola palabra de un escritor judío se canten los Salmos y sus traducciones, adaptaciones e imitaciones alemanas. Es extraño que los ejércitos alemanes, que en la Europa oriental se divierten asesinando a miles de indefensas mujeres y niños judíos, vayan acompañados de capellanes que llevan la Biblia en la mano. Es muy extraño, sí, pero el Tercer Reich está lleno de contradicciones de este género.

⁶ Se atribuye al papa Pío XI la frase: «Espiritualmente somos semitas.» G. Seldes, *The Catholic Crisis* (Nueva York, 1939), p. 45.

Claro está que los nazis no observan las enseñanzas morales de los evangelios. No las cumplen tampoco los demás conquistadores y guerreros. Al cristianismo no se le permite ya, como no se lo permitieron otros agresores, ser un obstáculo en el camino de la política nazi.

El nazismo no sólo deja de rechazar explícitamente al cristianismo, sino que se declara partido cristiano. El punto 24 del «inalterable programa del partido» proclama que éste defiende el cristianismo *positivo* sin ligarse a ninguna de las diversas religiones cristianas. En este contexto, el término «positivo» significa neutralidad respecto a los antagonismos entre las diversas iglesias y sectas.⁷

Muchos escritores nazis, es cierto, se complacen en denunciar y denigrar al cristianismo y en trazar planes para fundar una nueva religión alemana. Sin embargo, el partido nazi como tal no combate al cristianismo sino a las religiones cristianas en calidad de establecimientos autónomos y entidades independientes. Su totalitarismo no puede tolerar la existencia de ninguna institución que no se halle completamente sometida a la soberanía del Führer. A ningún alemán se le reconoce el privilegio de desafiar una disposición emanada del Estado refiriéndose a una autoridad independiente. La separación de la Iglesia y el Estado es contraria a los principios del totalitarismo. El nazismo debe, pues, aspirar a un retorno a las condiciones que prevalecían en las Iglesias luteranas alemanas y en la Unión de Iglesias Prusianas antes de la Constitución de Weimar. La autoridad civil era entonces suprema también en la Iglesia. Quien gobernaba el país era obispo supremo de la Iglesia luterana de su territorio. Suyo era el *jus circa sacra*.

El conflicto con la Iglesia Católica tiene un carácter semejante. Los nazis no toleran las conexiones entre ciudadanos alemanes y extranjeros o instituciones extranjeras. Si disolvieron

⁷ Para otra interpretación del término «positivo», véase *Die Grundlagen des Nationalsozialismus* (Leipzig 1937, p. 59) del obispo Alois Hudal, el eminente defensor católico del nazismo.

los Clubs Rotarios alemanes fue precisamente porque estaban ligados a la Internacional Rotaria cuyo centro está en Chicago. Un ciudadano alemán no debe obediencia más que a su Führer y a su nación; todos los internacionalismos son malos. Hitler sólo toleraría el catolicismo si el Papa residiera en Alemania y se subordinara a la máquina del partido.

Los nazis rechazan como judío todo lo que procede de escritores judíos. La condena incluye a judíos que, como Stahl, Lassalle, Gumplowicz y Rathenau, han aportado al sistema nazi muchas ideas esenciales. Pero el espíritu judío, como dicen los nazis, no se limita únicamente a los judíos y a sus descendientes. Muchos «arios» —por ejemplo, el poeta y crítico Gotthold Ephraim Lessing, el socialista Friedrich Engels, el compositor Johannes Brahms, el escritor Thomas Mann y el teólogo Karl Barth— están imbuidos de mentalidad judía, y también a ellos les alcanza la condena. Hay también escuelas enteras de pensamiento, arte y literatura rechazadas como judías. El internacionalismo y el pacifismo son judíos, pero no lo es la propaganda bélica. Lo son el liberalismo, el capitalismo, así como el «falso» socialismo de los marxistas y los bolcheviques. A la filosofía de Descartes y de Hume, al positivismo, al materialismo, al empiriocriticismo, a las teorías económicas de los clásicos y del subjetivismo moderno se les aplican los epítetos de judíos y occidentales. La música atonal, la ópera italiana, la opereta y los cuadros impresionistas son también judíos. En resumen, es judío todo lo que no les gusta a los nazis. Si se pusieran juntas todas las cosas que los nazis han estigmatizado como judías, se tendría la impresión de que toda nuestra civilización es obra únicamente de judíos.

Por otra parte, muchos paladines del racismo alemán han intentado demostrar que todos los hombres eminentes de países no alemanes han sido arios nórdicos o de origen alemán. El ex marxista Woltmann, por ejemplo, ha descubierto rasgos germánicos en Petrarca, Dante, Ariosto, Rafael y Miguel Ángel, cuyo genio lo heredaron de antepasados teutónicos. Woltmann está plenamente convencido de que «toda la civilización europea,

incluso la de países eslavos y latinos, es obra de la raza alemana».⁸

Sería perder el tiempo detenerse en esas afirmaciones. Basta decir que los diversos representantes del racismo alemán se contradicen mutuamente tanto al establecer las características raciales de la raza noble como en la clasificación racial de los mismos individuos. Muy a menudo contradicen también lo que ellos mismos han dicho en otra parte. El mito de la raza dominadora ha sido elaborado realmente de una manera muy descuidada.⁹

Todos los defensores del nazismo insisten reiteradamente en que el marxismo y el bolchevismo son la quintaesencia de la mentalidad judía, y en que la gran misión histórica del nazismo consiste en extirpar de raíz esa peste. Ciertamente que esta actitud no impidió a los nacionalistas alemanes colaborar con los comunistas alemanes para minar la República de Weimar y adiestrar sus guardias negros en la artillería rusa y en los campos de aviación de Rusia desde 1923 hasta 1933, ni entrar desde agosto de 1939 hasta junio de 1941 en una estrecha complicidad política y militar con la Rusia soviética. A pesar de ello, la opinión pública sostiene que el nazismo y el bolchevismo son filosofías —*Weltanschauungen*— implacablemente enemigas. En realidad, en los últimos años no ha habido en todo el mundo más que dos partidos políticos principales: los antifascistas, es decir, los amigos de Rusia (los comunistas, sus flaqueadores, y los llamados liberales y progresistas) y los anticomunistas, es decir, los amigos de Alemania (partidos de camisetas de distintos colores, llamados «fascistas», no muy apropiadamente, por sus adversarios). Ha habido pocos auténticamente liberales y demócratas en estos años. La mayoría de quienes se consideraban a sí mismos como tales estaban dispuestos a apoyar medidas

⁸ Véanse los libros de Woltmann, *Politische Anthropologie* (Eisenach 1993), *Die Germanen und die Renaissance in Italien* (Leipzig 1905), *Die Germanen in Frankreich* (Jena 1907).

⁹ Hert, *op. cit.*, p. 159.

que realmente son totalitarias, y muchos han elogiado con entusiasmo los métodos dictatoriales rusos.

El mero hecho de que esos dos grupos luchen uno contra otro no prueba necesariamente que sus filosofías y primeros principios sean distintos. Siempre ha habido guerras entre grupos que defendían los mismos credos y filosofías. Los partidos de izquierda y de derecha están en conflicto porque ambos aspiran al poder. Carlos V solía decir: «Yo y mi primo el rey de Francia estamos totalmente de acuerdo; si nos peleamos es porque los dos aspiramos a lo mismo: Milán.» Hitler y Stalin aspiran a lo mismo; los dos quieren mandar en los países bálticos, en Polonia y en Ucrania.

Los marxistas no están dispuestos a reconocer que también los nazis son socialistas. A sus ojos el nazismo es el peor de los males del capitalismo. Los nazis, por otra parte, describen el sistema ruso como el más vil de todos los tipos de explotación capitalista y como una diabólica maquinación del judaísmo mundial para dominar a los «gentiles». Sin embargo, está claro que a ambos sistemas, el alemán y el ruso, hay que considerarlos socialistas desde el punto de vista económico. Y el único punto de vista que importa, cuando se discute si un partido o sistema es socialista o no, es el económico. Por socialismo se entiende y se ha entendido siempre un sistema de organización económica de la sociedad. El socialismo es el sistema en que el gobierno controla plenamente la producción y la distribución. En la medida en que el socialismo existente en los distintos países aislados pueda llamarse socialismo auténtico, tanto Rusia como Alemania tienen razón al definir sus sistemas como socialistas.

Que los nazis y los bolcheviques estén justificados para llamarse partidos de los trabajadores es otra cuestión. El *Manifiesto comunista* dice: «El movimiento proletario es el movimiento consciente de independencia de la inmensa mayoría», y en este sentido solían definir los viejos marxistas el partido obrero. Los proletarios, explicaban, son la inmensa mayoría del país, y son ellos, no un gobierno benévolo ni una minoría bien intencio-

nada, quienes se han de apoderar del poder y establecer el socialismo. Pero los bolcheviques han abandonado este plan. Una pequeña minoría se proclama vanguardia del proletariado, implanta la dictadura, disuelve violentamente el parlamento elegido en sufragio universal y gobierna por derecho propio y por la fuerza. Claro está que esta minoría dice que al hacerlo sirve a los intereses de la mayoría y de toda la nación, pero esa ha sido siempre la pretensión de todos los gobernantes oligárquicos.

El precedente lo sentaron los bolcheviques. El triunfo de la camarilla de Lenin alentó a la pandilla de Mussolini y a las tropas de Hitler. Tanto el fascismo italiano como el nazismo alemán adoptaron los métodos políticos de la Rusia soviética.¹⁰ La única diferencia entre el nazismo y el bolchevismo es que los nazis tuvieron en las elecciones que precedieron al golpe de Estado una minoría mucho más numerosa que los bolcheviques en las elecciones rusas del otoño de 1917.

Los nazis no sólo han imitado a los bolcheviques la táctica de conquista del poder. Han copiado muchas más cosas. Han importado de Rusia el sistema del partido único y el papel privilegiado del partido y de sus afiliados en la vida pública; la preponderancia de la policía política; la organización de partidos filiales en el extranjero, empleados para combatir a sus gobiernos y para el sabotaje y espionaje con ayuda de los fondos públicos y la protección de los servicios diplomático y consular; las ejecuciones administrativas y el encarcelamiento de

¹⁰Poca gente comprende que el programa económico del fascismo italiano, el Estado corporativo, no difiere del programa del British Guild Socialism predicado durante la Primera Guerra Mundial y en los años siguientes por los socialistas ingleses más eminentes y por algunos continentales. La exposición más brillante de esta doctrina es el libro *A Constitution for the Socialist Commonwealth of Great Britain*, publicado en 1920 por Sidney y Beatrice Webb (Lord y Lady Passfield). Comparados con este volumen, los discursos de Mussolini y los escritos de los profesores italianos de economía corporativa parecen bastante torpes. Claro está que ni el ala izquierda del socialismo inglés ni los fascistas italianos han intentado nunca seriamente llevar a la práctica este programa tan anunciado. Su realización llevaría al completo caos. El régimen económico de la Italia fascista era en realidad una abortada imitación de la *Zwangswirtschaft* alemana. Véase Mises, *Nationalökonomie*, pp. 705-7.

los adversarios políticos; los campos de concentración; los castigos a las familias de los expatriados y los métodos de propaganda. Han copiado de los marxistas incluso el modo de tratarse, camarada de partido (*Parteigenosse*), derivado del marxista camarada (*Gesosse*), y el uso de una terminología militar en todos los campos de la vida civil y económica.¹¹ La cuestión no estriba en saber en qué se parecen los dos sistemas, sino en qué difieren.

Ya hemos hablado de las diferencias entre los modelos socialistas ruso y alemán.¹² Estas diferencias no obedecen a una disparidad en sus principios filosóficos; son consecuencias debidas a las diferentes condiciones económicas de ambos países. El modelo ruso era inaplicable en Alemania, cuya población no puede bastarse a sí misma. El modelo alemán resulta muy poco eficiente en comparación con el sistema capitalista, pero es mucho más eficiente que el ruso. El nivel de vida ruso es muy bajo a pesar de la inagotable riqueza de Rusia en recursos naturales.

En los dos países hay desigualdad de ingresos y de niveles de vida. Sería inútil intentar determinar si es mayor o menor la diferencia entre el nivel de vida del camarada Goering y del camarada medio del partido que entre el camarada Stalin y sus camaradas. El rasgo característico del socialismo no es la igualdad de ingresos sino el pleno control de la actividad económica por parte del gobierno, el exclusivo poder de utilizar todos los medios de producción por parte del gobierno.

Los nazis no rechazan el marxismo porque aspira al socialismo, sino, como dicen, porque propugna el internacionalismo.¹³ El internacionalismo de Marx no era sino la aceptación de las ideas del siglo XVIII acerca de las causas fundamentales de la

¹¹ Para una comparación entre los dos sistemas, véase *Stalin's Russia*, de Max Eastman (Nueva York 1940), pp. 83-94.

¹² Véase *supra*, pp. 92-96.

¹³ De un modo semejante, muchos escritores cristianos rechazan el bolchevismo sólo porque es anticristiano. Véase Berdiaev, *The Origen of Russian Communism* (Londres 1937), pp. 217-225.

guerra: que los príncipes desean luchar uno contra otro porque buscan el engrandecimiento mediante la conquista, mientras que las naciones libres no codician el territorio de sus vecinos. Pero a Marx no se le ocurrió nunca que esa inclinación a la paz depende de la existencia de una sociedad de mercado sin trabas. Ni Marx ni su escuela han podido comprender el significado de los conflictos internacionales en un mundo estatista y socialista. Se han contentado con afirmar que en la tierra prometida del socialismo no habrá conflictos.

Hemos visto ya cuán discutible fue el papel que desempeñó en la Segunda Internacional el problema del mantenimiento de la paz. Para la Rusia soviética la Tercera Internacional ha sido simplemente un instrumento de su implacable guerra contra todos los gobiernos extranjeros. Los soviéticos sienten tanta avidez de conquistas como cualquier conquistador del pasado. No han cedido una pulgada de las anteriores conquistas de los zares sino cuando se les ha obligado a ello. Han aprovechado todas las oportunidades para extender su imperio. Claro está que ya no usan los pretextos de los antiguos zares; han encontrado una nueva terminología para ello. Pero eso no hace que la suerte de los sojuzgados sea mejor.

En lo que piensan los nazis cuando acusan al espíritu judío de internacionalista es en la teoría liberal del libre cambio y de las mutuas ventajas de la división internacional del trabajo. Los judíos, dicen, quieren corromper el innato espíritu ario de heroísmo con la falaz doctrina de las ventajas de la paz. Difícilmente podría sobrevalorarse de una manera más inexacta la contribución de los judíos a la civilización moderna. La cooperación pacífica entre las naciones es indudablemente algo más que un fruto de maquinaciones judías. El liberalismo y la democracia, el capitalismo y el comercio internacional, no son invenciones judías.

Finalmente, los nazis llaman judía a la mentalidad comercial. Tácito nos informa de que las tribus germánicas de su tiempo consideraban bajo y vergonzoso adquirir con el sudor lo que se podía adquirir derramando sangre. Tal es también el principio

moral de los nazis, que desprecian a los individuos y a los países que desean lucrarse sirviendo a otros. La manera más noble de ganarse la vida es, a sus ojos, el robo. Werner Sombart ha comparado dos ejemplares de la humanidad: los comerciantes (*Händler*) y los héroes (*Helden*). Los británicos son comerciantes; los alemanes, héroes. Pero más a menudo el apelativo de comerciantes se reserva para los judíos.

Los nazis califican simplemente de judío y de comunista a todo lo que se oponga a sus doctrinas y principios. Cuando ejecutan rehenes en países ocupados dicen que castigan a judíos y comunistas. Del presidente norteamericano dicen que es judío y comunista. Quien no esté dispuesto a someterse a ellos es, por ese mero hecho, judío. En el diccionario nazi los términos judío y comunista son sinónimos de no nazi.

3. *Intervencionismo y discriminación legal contra los judíos*

En el periodo anterior a la afirmación del liberalismo los individuos que profesaban un determinado credo religioso formaban un orden, una casta propia. El credo determinaba la afiliación a un grupo que asignaba a cada miembro privilegios y descalificaciones (*privilegia odiosa*). Sólo en algunos países ha abolido el liberalismo tal estado de cosas. En muchos países europeos donde en otros aspectos la ley concede a todos los ciudadanos la libertad de conciencia, el ejercicio del culto y la igualdad, la legislación matrimonial y el registro de nacimientos, matrimonios y defunciones se mantienen aparte en cada grupo religioso. El pertenecer a una comunidad religiosa hace que se conserve un peculiar carácter legal. Todo ciudadano está obligado a pertenecer a una de ellas y transmite su condición a sus hijos. La ley regula la manera de pertenecer a las comunidades religiosas y de cambiar de religión. Esta situación permite establecer la filiación religiosa de una persona y de sus antepasados con la misma precisión legal con que se establece el parentesco para las herencias.

El alcance de este hecho puede aclararse comparándolo con las condiciones referentes a la pertenencia a un grupo lingüístico. El pertenecer a un grupo lingüístico no ha tenido nunca carácter de casta. Era y es cuestión de hecho, pero no una condición jurídica.¹⁴ En general es imposible determinar el grupo lingüístico al que pertenecían los antepasados difuntos de una persona. Las únicas excepciones son los antepasados que fueron personalidades eminentes, escritores o dirigentes políticos de grupos lingüísticos. Además, es casi siempre imposible determinar si un hombre ha cambiado en algún momento de su vida su filiación lingüística. Quien habla alemán y declara que lo es no necesita temer que su afirmación sea refutada con prueba documental de que sus padres o él mismo anteriormente no han sido alemanes. Ni siquiera el acento extranjero puede traicionarle. En países de población lingüísticamente mezclada el acento y las inflexiones de cada grupo influyen en los demás. Entre los dirigentes del nacionalismo alemán en las provincias del este de Alemania, y en Austria, Checoslovaquia y otros países limítrofes, había muchos que hablaban alemán con un fuerte acento eslavo, húngaro o italiano, cuyos apellidos sonaban a extranjeros y que hacía muy poco tiempo que los habían cambiado por otros que sonaban a alemanes. Había soldados de tropas nazis cuyos padres, que vivían todavía, no comprendían el alemán. A menudo sucedía que hermanos y hermanas pertenecían a distintos grupos lingüísticos. Contra neófitos así no se podía intentar discriminar legalmente, pues no era posible determinar de una manera indiscutible los hechos.

En una sociedad de mercado libre no hay discriminación legal contra nadie. Todo hombre tiene derecho a obtener en el sistema social un puesto en el que trabajar y ganarse la vida. El consumidor puede, siempre que esté dispuesto a pagar el coste, hacer distinciones. Un checo o un polaco pueden preferir comprar más caro en un comercio de un eslavo, a comprar más

¹⁴Podemos prescindir de ciertos intentos ocasionales de la antigua Austria para conceder estado legal a la condición lingüística de las personas.

barato y mejor en un comercio de un alemán. Un antisemita puede renunciar a curarse de una dolencia con el salvarsán, producto judío, o recurrir a un remedio menos eficaz. En este poder arbitrario consiste lo que los economistas llaman soberanía del consumidor.

Intervencionismo significa discriminación obligatoria que beneficia a una minoría de ciudadanos a expensas de la mayoría. Sin embargo, también en una comunidad democrática puede aplicarse la discriminación. Varios grupos minoritarios forman una alianza y con ella una mayoría para obtener privilegios para cada uno de ellos. Los productores de trigo de un país, los ganaderos y los viticultores forman, por ejemplo, un partido agrario y consiguen que se discrimine contra los productores extranjeros, y por lo tanto privilegios para cada uno de estos tres grupos. El coste del privilegio concedido a los viticultores recae sobre el resto de la comunidad —incluidos los ganaderos y los productores de trigo— y lo mismo sucede con los privilegios de los otros.

Quien vea los hechos desde este ángulo —y lógicamente no se pueden ver desde ningún otro— comprende que los argumentos expuestos en favor de la llamada política del productor son indefendibles. Un solo grupo minoritario no podría obtener un privilegio de éstos, pues la mayoría no lo toleraría. Pero si todos los grupos minoritarios o muchos de ellos obtienen un privilegio, es a costa de los grupos que no han obtenido un privilegio más ventajoso que el de los demás. El prestigio político del intervencionismo se debe a que no se comprende una verdad tan evidente. Los partidarios de la discriminación y de los privilegios no comprenden que los consumidores son ellos mismos y que, como tales, han de pagar la cuenta. En el caso del proteccionismo, por ejemplo, creen que sólo perjudica a los extranjeros, contra quienes se discrimina mediante el arancel. Ciertamente perjudica a los extranjeros, pero no sólo a ellos: los consumidores deben pagar precios más altos.

Ahora bien, dondequiera que haya minorías judías —y los judíos son minoría en todos los países— es fácil discriminar

contra ellos legalmente, pues la cualidad de judío puede establecerse de un modo válido. Puede hacerse que la discriminación respecto a esta minoría indefensa parezca razonable, en cuanto pueda parecer que favorece los intereses de los no judíos. Lo que la gente no comprende es que también a los no judíos les perjudicará con toda certeza. Si a los judíos se les cierra el acceso al ejercicio de la medicina, los médicos no judíos resultarán favorecidos, pero en cambio los enfermos salen perjudicados, pues se les restringe la libertad de elegir un médico en quien tengan confianza. Quienes no quieren que les asista un médico judío, no pierden nada, pero los demás sí pierden.

En la mayor parte de los países europeos es técnicamente posible discriminar legalmente contra los judíos y sus descendientes. Es además políticamente posible porque los judíos son en general minorías insignificantes y sus votos no cuentan gran cosa en las elecciones. Finalmente, en una época en que la intervención gubernamental para proteger a los productores menos eficientes contra quienes producen mejor y más barato parece una política beneficiosa, la discriminación contra los judíos parece sensata. El tendero no judío dice: ¿por qué no me protegéis a mí también? Protegéis al fabricante y al campesino contra los extranjeros que producen mejor y más barato; protegéis al obrero contra la competencia de la mano de obra inmigrada; deberíais protegerme a mí contra la competencia de mi vecino el tendero judío.

La discriminación puede no tener nada que ver con el odio o la repugnancia inspirados por aquellos contra quienes se aplica. Los suizos o los italianos no odian a los norteamericanos ni a los suecos, y, sin embargo, discriminan contra productos norteamericanos y suecos. A la gente le disgustan siempre los competidores. Pero los extranjeros que le suministran artículos no son para el consumidor competidores, sino suministradores. Un médico no judío podrá odiar a su competidor judío. Pero si pide que se excluya de la profesión a los judíos es precisamente porque muchos enfermos no judíos no sólo no odian a los médicos judíos, sino que los prefieren a muchos no

judíos y recurren a ellos. El hecho de que las leyes racistas impongan serios castigos a la relación sexual entre judíos y «arios» no indica que haya odio entre esos dos grupos. Si se odiaran no haría falta prohibir la relación sexual. Sin embargo, en una investigación sobre los problemas políticos del nacionalismo y del nazismo no necesitamos ocuparnos de los problemas de patología sexual que implican. Explicar los complejos de inferioridad y perversión sexual causantes de las leyes raciales de Nuremberg, y las sádicas bestialidades manifestadas en la matanza y la tortura de judíos, es tarea que incumbe a la psiquiatría.

En un mundo en que la gente comprenda el significado de la sociedad de mercado, y por lo tanto abogue por la política a favor del consumidor, no hay discriminación legal contra los judíos. Quien tenga antipatía a los judíos puede no recurrir a los comercios, médicos y abogados judíos. Por otra parte, sólo un milagro puede evitar a la larga esa discriminación en un mundo intervencionista. La política de proteger al productor doméstico menos eficiente contra el productor extranjero más eficiente, al artesano contra el fabricante y al pequeño comerciante contra el gran almacén o la cadena de almacenes, quedaría incompleta si no protegiera al «ario» contra el judío.

Muchas décadas de intensa propaganda antisemítica no han conseguido que los «arios» alemanes dejen de comprar en comercios judíos, recurran a médicos y a abogados judíos y lean libros de escritores judíos. Lo han hecho a plena conciencia, pues los competidores judíos han tenido buen cuidado de repetirles que eran judíos. Quien quisiera desembarazarse de los competidores judíos no podía descansar en un supuesto odio a los judíos; necesitaba pedir la discriminación legal contra ellos.

Esta discriminación no es resultado del nacionalismo ni del racismo. Es básicamente —como el nacionalismo— resultado del intervencionismo y de la política que favorece al productor menos eficiente a expensas del consumidor.

Casi todos los escritores que han tratado el problema del

antisemitismo han intentado demostrar que, de una u otra manera, han sido los judíos los que, con su conducta o sus actitudes, lo han provocado. Esta opinión la comparten incluso muchos escritores judíos y adversarios no judíos del antisemitismo, que buscan las culpas de los judíos que impelen a lo no judíos al antisemitismo. Pero si la causa del antisemitismo estuviera realmente en los rasgos distintivos de los judíos, tales propiedades tendrían que consistir en virtudes y méritos extraordinarios que harían de ellos la elite de la humanidad. Si son los propios judíos quienes tienen la culpa de que aquellos cuyo ideal es la guerra perpetua y el derramamiento de sangre, que adoran la violencia y aspiran a abolir la libertad, les consideren los enemigos más peligrosos de sus propósitos, debe ser porque los judíos son los más eminentes paladines de la libertad, de la justicia y de la cooperación pacífica entre las naciones. Si los judíos han incurrido en el odio nazi con su propia conducta, es sin duda porque todo lo grande y noble de Alemania, todas las cosas inmortales del pasado alemán, han sido obra de judíos o de afines al espíritu judío. Y como los partidos que tratan de destruir la civilización moderna y volver a la barbarie han puesto en primera línea de su programa el antisemitismo, esta civilización debe ser obra de judíos. De ningún individuo ni grupo se puede decir algo más honroso que el que los enemigos mortales de la civilización tienen fundadas razones para perseguirlos.

La verdad es que mientras los judíos son víctimas del antisemitismo, ni su conducta ni sus cualidades han desempeñado un papel decisivo en la incitación y difusión de la aversión de que hoy son objeto. Lo que en una época intervencionista hace tentador el discriminar contra ellos es que forman en todas partes una minoría que puede ser definida con precisión. Claro está que los judíos han contribuido a la civilización moderna, pero ésta no es total ni predominantemente obra de judíos. La paz y la libertad, la democracia y la justicia, la razón y el pensamiento, no son específicamente judíos. Muchas cosas, buenas y malas, suceden en la tierra sin que los judíos tengan en ellas arte

ni parte. Los antisemitas exageran mucho cuando ven en los judíos los más eminentes representantes de la cultura moderna y les hacen únicamente a ellos responsables del cambio que el mundo ha experimentado desde las invasiones de los bárbaros.¹⁵

En los siglos oscuros, los judíos fueron perseguidos, a causa de su religión, por paganos, cristianos y musulmanes. Este motivo ha perdido mucha de su fuerza y hoy sólo influye en unos cuantos católicos y fundamentalistas que achacan a los judíos la difusión del librepensamiento. Pero también esta es una idea equivocada. Ni Hume ni Kant, ni Laplace ni Darwin, eran judíos. La crítica más dura de la Biblia la han desarrollado teólogos protestantes,¹⁶ y los rabinos judíos se opusieron firmemente a ella durante muchos años.

Tampoco el liberalismo, el capitalismo o la economía de mercado fueron obra de judíos. Hay quienes intentan justificar el antisemitismo denunciando a los judíos como capitalistas y defensores *laissez faire*. Otros antisemitas —y a menudo los mismos— les acusan de comunistas. Estas acusaciones contradictorias se anulan mutuamente. Pero es cierto que la propaganda anticapitalista ha contribuido mucho a la popularidad del antisemitismo. Las almas simples no comprenden el sentido de términos abstractos como capital y explotación, capitalistas y explotadores, y los sustituyen por las palabras judaísmo y judíos. Sin embargo, aunque los judíos fueran, en ciertos ambientes, menos populares aún de lo que son, no habría discriminación alguna contra ellos, si no constituyeran un claro grupo distinguible legalmente de las demás personas.

¹⁵ Aquí estamos tratando de las condiciones en la Europa central y occidental y en los Estados Unidos. En muchas partes de la Europa oriental fue distinto.

¹⁶ El obispo Hudal llama «no ario» a David Friedrich Strauss, la personalidad más relevante de la más dura crítica alemana (*op. cit.*, p. 23). No es cierto; Strauss no tenía antepasados judíos (véase su biografía por Th. Ziegler, I, 4-6). Por otra parte, los nazis anticatólicos dicen que Ignacio de Loyola, fundador de los Jesuitas, era de origen judío (Seldes, *op. cit.*, p. 161). Faltan pruebas de ello.

4. *La «puñalada por la espalda»*

El fin de la Primera Guerra Mundial desenmascaró con total evidencia el núcleo del dogma del nacionalismo alemán. El propio Ludendorff, ídolo de los nacionalistas, tuvo que confesar que habían perdido la guerra, que el Reich había sufrido una aplastante derrota. El país no esperaba la noticia del fracaso. Durante cuatro años el gobierno había dicho al crédulo alemán que iba ganando la guerra. No se podía dudar de que los ejércitos alemanes habían ocupado casi toda Bélgica y varias provincias de Francia, mientras que los aliados no llegaron a ocupar más que unas cuantas millas cuadradas de territorio alemán. Las tropas alemanas habían entrado en Bruselas, Varsovia, Belgrado y Bucarest. Rusia y Rumanía se habían visto obligadas a firmar tratados de paz dictados por Alemania. Si queréis ver quién es el victorioso mirad el mapa, decían los estadistas alemanes, que se jactaban de que la flota inglesa había sido barrida del Mar del Norte, teniendo que refugiarse en los puertos, y de que la marina mercante inglesa era fácil presa de los submarinos alemanes. Los ingleses se morían de hambre. Los vecinos de Londres no podían dormir por miedo a los Zeppelines. Los Estados Unidos no estaban en situación de ayudar a los aliados; carecían de ejército y, aunque lo hubieran tenido, les habrían faltado barcos para transportarlo a Europa. Los generales alemanes habían dado pruebas de talento; Hindenburg, Ludendorff y Mackensen estaban a la altura de los más preclaros jefes del pasado; en las fuerzas armadas alemanas todos eran héroes, especialmente los intrépidos pilotos del aire y las estoicas tripulaciones de los submarinos.

Y de pronto, ¡la catástrofe! Había sucedido algo horrible y espantoso cuya única explicación tenía que ser la traición. Una vez más, algún traidor había derribado desde un rincón seguro al victorioso. Una vez más, Hagen había asesinado a Siegfried. Al ejército victorioso lo habían apuñalado por la espalda. Mientras los alemanes luchaban contra el enemigo, los adversarios de casa habían llevado al pueblo a la rebelión de noviembre, el

crimen más infame de todas las épocas. Lo que había fracasado no era el frente, sino la retaguardia. Los culpables no eran los soldados ni los generales, sino los débiles del gobierno civil y del Reichstag que no habían sabido reprimir la rebelión.

La vergüenza y el arrepentimiento por los acontecimientos de noviembre de 1918 fueron más intensos entre los aristócratas, los oficiales del ejército y los dirigentes nacionalistas, porque en aquellos días se habían portado de una manera que a ellos mismos les iba a parecer pronto escandalosa. Varios oficiales de marina trataron de contener a los amotinados, pero casi todos los demás se plegaron a la revolución. Veintidós tronos cayeron sin intentar la resistencia. Los dignatarios de las cortes, los ayudantes, los oficiales de palacio y los cuerpos de guardia que habían jurado sacrificar su vida se sometieron mansamente al ver destronados a los príncipes. No se imitó el ejemplo de los Guardias Suizos que murieron por Luis XVI y su consorte. Cuando las masas asaltaron los castillos de los varios reyes y duques no se vio por ninguna parte al partido de los patriotas ni a los nacionalistas.

Aquellas almas desalentadas se vieron salvadas en su propia estimación cuando algunos generales y dirigentes nacionalistas encontraron una justificación y una excusa: todo había sido obra de los judíos. Alemania había triunfado en tierra, mar y aire, pero los judíos habían apuñalado por la espalda a las fuerzas victoriosas. Quien osaba refutar esa leyenda era acusado inmediatamente de judío o de sobornado por los judíos. No ha sido posible destruirla con argumentos racionales. Se la ha desmenuzado, se ha demostrado documentalmente la falsedad de cada uno de sus puntos, se ha aportado a la refutación un abrumador volumen de pruebas... todo en vano.

Hay que comprender que el nacionalismo alemán sólo consiguió sobrevivir a la derrota de la Primera Guerra Mundial por medio de la leyenda de la puñalada por la espalda. Sin ella se hubieran visto obligados a prescindir de su programa, que se fundaba totalmente en la tesis de la superioridad militar alemana. Para seguir ostentándolo era indispensable decir: «Hemos

dado nuevas pruebas de que somos invencibles. Pero nuestras victorias no nos han traído el triunfo porque los judíos han saboteado a la nación. Si eliminamos a los judíos, nuestras victorias nos traerán la debida recompensa.»

Hasta entonces el antisemitismo había desempeñado un papel poco importante en la estructura de las doctrinas del nacionalismo alemán. Era cosa secundaria, no cuestión principal. Los esfuerzos para discriminar contra los judíos provenían del intervencionismo, como provenía el nacionalismo; pero no eran parte vital del sistema del nacionalismo político alemán. Pero el antisemitismo fue desde entonces el punto focal del credo nacionalista, su cuestión fundamental. Tal era su significado en la política interior. Y pronto adquirió la misma importancia en la política exterior.

5. El antisemitismo como factor de la política internacional

La constelación de fuerzas políticas que convirtieron el antisemitismo en un factor importante de la política mundial fue muy extraña.

En los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial el marxismo se difundió triunfalmente en los países anglosajones. En Inglaterra, la opinión pública cayó bajo el hechizo de las doctrinas neomarxistas sobre el imperialismo, según las cuales las guerras se hacen para defender los egoístas intereses del capital. Los intelectuales y los partidos de izquierda se sentían un tanto avergonzados de la participación de Inglaterra en la guerra mundial. Estaban convencidos de que moralmente era injusto y políticamente poco sensato obligar a Alemania a pagar las reparaciones y a limitar sus armamentos. Estaban también firmemente resueltos a no permitir que Inglaterra volviera a pelear en otra guerra. Deliberadamente cerraron los ojos a todo hecho desagradable que pudiera hacerles flaquear en su ingenua confianza en la omnipotencia de la Sociedad de Naciones. Exageraban la eficacia de las sanciones y de medidas tales como

el Pacto Briand-Kellogg, que declaraba la ilegalidad de la guerra. Propugnaban para su país una política de desarme que dejaba al Imperio británico casi inerme en un mundo que se preparaba incansablemente para nuevas guerras.

Pero al mismo tiempo las mismas personas pedían al gobierno inglés y a la Sociedad de Naciones que se opusieran a las aspiraciones de las potencias «dinámicas» y salvaguardaran por todos los medios —sin llegar a la guerra— la independencia de las naciones débiles. Se abandonaban a un lenguaje enérgico contra Japón y contra Italia, pero prácticamente, con su oposición al rearme y su pacifismo incondicional, alentaban la política imperialista de estos dos países. Contribuyeron a que Inglaterra rechazara las propuestas del secretario de Estado Stimson para contener la expansión de Japón en China. Hicieron fracasar el plan Hoare-Laval, que aseguraba la independencia por lo menos de una parte de Abisinia, pero no levantaron un dedo cuando Italia ocupó todo el país. No cambiaron de política cuando Hitler se apoderó del poder e inmediatamente empezó a prepararse para las guerras que habían de dar a Alemania el predominio primero en Europa y después en todo el mundo. Su política era una política de avestruz frente a la situación más grave en que Inglaterra jamás se hubiera encontrado.¹⁷

Los partidos de derecha no diferían en principio de los de izquierda. Eran únicamente más moderados en sus manifestaciones y deseaban encontrar un pretexto racional para la política de inactividad y de indolencia que las izquierdas aceptaban alegremente y sin pensar en el futuro. Se consolaban con la esperanza de que los alemanes no pensaban atacar a Francia, sino a la Rusia soviética. Eran simples deseos que no tenían en cuenta los planes expuestos por Hitler en *Mein Kampf*. Las izquierdas se enfurecieron. Nuestros reaccionarios, gritaban, están ayudando a Hitler porque anteponen los intereses de clase

¹⁷ Asombrosa manifestación de esta mentalidad es el libro de Bertrand Russell, *Which Way to Peace?*, publicado en 1936. El editorial «The Obscurantists», de la *Nineteenth Century and After*, N.º 768 (marzo de 1941), pp. 209-229, es una demoledora crítica a la política exterior del partido laborista inglés.

a los de la nación. Sin embargo, el estímulo que Hitler encontró en Inglaterra no provenía tanto de ciertos elementos de las clases superiores como del estado del armamento inglés, en el que las izquierdas tenían aún más responsabilidad que las derechas. La única manera de detener a Hitler hubiera consistido en gastar grandes cantidades de dinero en rearmarse y en volver al servicio militar obligatorio. Pero toda la nación británica, no sólo los aristócratas, se oponían firmemente a esas medidas. Y en estas condiciones no dejaba de ser razonable que un pequeño grupo de pares y de plebeyos ricos intentara mejorar las relaciones entre los dos países. Claro está que el plan no podía tener éxito. A los nazis no se les podía disuadir de sus propósitos con discursos reconfortantes de ingleses socialmente preeminentes. La repugnancia inglesa contra el rearme y el servicio militar obligatorio era factor importante en los planes nazis, pero la simpatía de media docena de pares no lo era. No era un secreto que Inglaterra no podría, al estallar las hostilidades, enviar a Francia un ejército expedicionario de siete divisiones, como había enviado en 1914; ni que la Real Fuerza Aérea era numéricamente muy inferior a la Fuerza Aérea Alemana; ni que hasta la marina inglesa era mucho menos formidable que entre 1914 y 1918. Los nazis sabían muy bien que muchos políticos sudafricanos se oponían a que aquel *dominion* participara en la guerra, y estaban en estrecha relación con los partidos anti-británicos de la India, de Egipto y de los países árabes.

El problema que Gran Bretaña tenía que afrontar era simplemente el siguiente: ¿favorece al país el permitir que Alemania conquiste todo el continente europeo? El plan de Hitler consistía en lograr a toda costa que Inglaterra fuera neutral hasta completar la conquista de Francia, Polonia, Checoslovaquia y Ucrania. ¿Le haría Inglaterra ese favor? Quien hubiera respondido negativamente no habría debido hablar, sino actuar. Pero los políticos ingleses hundieron la cabeza en la arena.

Teniendo en cuenta el estado de la opinión pública inglesa, Francia debería haber comprendido que estaba aislada y que tenía que afrontar sola la amenaza nazi. Los franceses co-

nocían poco la mentalidad alemana y la situación política de Alemania. Así y todo, cuando Hitler conquistó el poder, todos los políticos franceses debieron haber comprendido que el núcleo principal de su plan consistía en aniquilar a Francia. Los partidos políticos franceses de izquierda compartían, desde luego, los prejuicios, las ilusiones y los errores de las izquierdas inglesas. Pero había en Francia un influyente grupo nacionalista que siempre había desconfiado de Alemania y propiciado una enérgica política antialemana. Si los nacionalistas franceses hubieran propugnado en 1933 y los años siguientes la adopción de medidas para impedir el rearme alemán, habrían contado con el apoyo de todo el país, con la excepción de los intransigentes comunistas. Alemania había empezado a rearmarse bajo la República de Weimar, pero ni en 1933 ni en unos cuantos años más estaba preparada para la guerra, y se le hubiera podido forzar a someterse ante la amenaza de Francia o a hacer la guerra sin posibilidades de triunfar. En aquel tiempo era posible todavía contener a los nazis con amenazas, y, si hubiera estallado la guerra, Francia habría sido lo bastante fuerte para vencer.

Pero entonces sucedió algo asombroso e inesperado. Los nacionalistas, que durante más de sesenta años habían sido fanáticamente antialemanes, habían despreciado todo lo alemán y siempre habían pedido una política enérgica contra la República de Weimar, de la noche a la mañana cambiaron de manera de pensar. Quienes habían calificado peyorativamente de judíos todos los esfuerzos para mejorar las relaciones franco-alemanas, quienes habían llamado maquinaciones judías a los planes Dawes y Young y al convenio de Locarno, quienes habían sospechado de la Sociedad de Naciones por considerarla como a una institución judía, empezaron a simpatizar con los nazis y se negaron a reconocer el hecho de que Hitler estaba dispuesto a destruir Francia para siempre. Hitler, insinuaban, es menos enemigo de Francia que los judíos, y como ex combatiente simpatiza con los ex combatientes franceses. Quitaban importancia al rearme alemán. Además, decían, Hitler no se rearma más que para com-

batir contra el bolchevismo judío. El nazismo es la coraza de Europa contra el ataque del judaísmo mundial cuyo principal representante es el bolchevismo. Los judíos están deseando empujar a Francia a la guerra contra los nazis. Pero Francia es lo bastante sensata para no sacarles a los judíos las castañas del fuego. Francia no se desangrará por los judíos.

No era la primera vez que en la historia de Francia ponían los nacionalistas su antisemitismo por encima de su patriotismo. En el asunto Dreyfus hicieron todo lo posible para que un militar traidor eludiera el castigo mientras un judío inocente languidecía en prisión.

Se ha dicho que los nazis corrompieron a los nacionalistas franceses. Es posible que algunos políticos franceses recibieran dinero, pero esto carecía de importancia políticamente. El Reich no hubiera hecho más que despilfarrar. Los diarios y revistas antisemitas tenían gran circulación y no necesitaban subsidios alemanes. Hitler abandonó la Sociedad de Naciones, anuló las cláusulas de desarme del Tratado de Versalles, ocupó la zona desmilitarizada del Rin y promovió tendencias antifrancesas en el norte de África. Y los nacionalistas franceses criticaron esos actos principalmente para echar la culpa a sus propios adversarios políticos; la culpa la tenían ellos por haber adoptado una actitud hostil al nazismo.

Hitler invadió después Austria. Siete años antes Francia se había opuesto vigorosamente al plan de unión aduanera entre Austria y Alemania. Pero en la nueva ocasión se apresuró a reconocer la violenta anexión de Austria. Y en Munich, en colaboración con Inglaterra e Italia, obligó a Checoslovaquia a acceder a las pretensiones de Alemania. Todo ello encontró la aprobación de la mayoría de los nacionalistas franceses. Cuando Mussolini, instigado por Hitler, proclamó sus aspiraciones a Saboya, Niza y Córcega, los nacionalistas expusieron tímidamente sus objeciones. Ningún Demóstenes se puso en pie para advertir a la nación contra Filipo. Pero si hubiera aparecido un nuevo Demóstenes, los nacionalistas lo hubieran acusado de ser hijo de rabino o sobrino de Rothschild.

Cierto que tampoco las izquierdas francesas se opusieron a los nazis, con lo que no se distinguieron de sus amigos ingleses. Pero eso no excusa a los nacionalistas, que tenían la suficiente influencia para haber inspirado en Francia una enérgica política antinazi. Lo que pasaba era que toda propuesta sería de resistir a Hitler les parecía una forma de traición judía.

Se atribuye a la nación francesa el hecho de que fuera amante de la paz y estuviera dispuesta a evitar la guerra incluso a costa de sacrificios. Pero no era esa la cuestión. Alemania se preparaba abiertamente a una guerra para destruir totalmente a Francia. No había duda de las intenciones nazis. La única política adecuada en estas condiciones hubiera debido consistir en frustrar a toda costa los planes de Hitler. Quien mencionaba a los judíos al discutir las relaciones franco-alemanas perjudicaba a su país. No tenía nada que ver el que Hitler fuera amigo o enemigo de los judíos. Lo que estaba en juego era la existencia de Francia, y lo único que había que tener en cuenta era eso, no el deseo que pudieran tener los comerciantes o los tenderos de desembarazarse de sus competidores judíos.

La culpa de que Francia no resistiera a Hitler a tiempo, de que descuidara durante mucho tiempo los preparativos militares y de que finalmente no estuviera preparada cuando la guerra no pudo ser evitada más tiempo, la tuvo el antisemitismo. Los antisemitas franceses sirvieron bien a Hitler. Sin ellos habría podido evitarse la guerra, o por lo menos se habría luchado en condiciones mucho más favorables.

Cuando llegó la guerra, las derechas francesas la calificaron de guerra judía y los comunistas franceses la calificaron de guerra capitalista. La impopularidad de la contienda paralizó las manos de los jefes militares y frenó el trabajo en las fábricas de armamentos. Desde el punto de vista militar la situación en junio de 1940 no era peor que la de principios de septiembre de 1914, y era mejor que en septiembre de 1870. Ni Gambetta, ni Clemenceau, ni Briand habrían capitulado. Tampoco habría capitulado Mandel. Pero Mandel era judío y por lo tanto no podía ser dirigente. Así fue como sucedió lo increíble: Francia renegó

del pasado, estigmatizó de judíos los más nobles recuerdos de su historia y aclamó la pérdida de su independencia política como si hubiera sido una revolución nacional y una regeneración de su verdadero espíritu.

No sólo en Francia, sino también en todo el mundo, el antisemitismo hizo propaganda al nazismo. El perjudicial efecto del intervencionismo y de sus tendencias hacia la discriminación llegó a ser tal que mucha buena gente no pudo ya apreciar los problemas de política exterior más que desde el punto de vista de sus apetitos discriminatorios contra toda clase de competidores triunfantes. La esperanza de librarse de un competidor judío les fascinaba mientras olvidaban todo lo demás: la independencia de su país, la libertad, la religión y la civilización. En todo el mundo había y hay partidos que simpatizan con los nazis. Todo país europeo tiene su Quisling. Al mando de los ejércitos que tenían el deber de defender su país hubo Quislings que capitularon ignominiosamente, colaboraron con los invasores y tuvieron la desvergüenza de llamar verdadero patriotismo a su traición. Los nazis cuentan con aliados en toda ciudad o pueblo donde haya un hombre deseoso de librarse de un competidor judío. El arma secreta de Hitler consiste en las inclinaciones antijudías de millones de comerciantes y tenderos, médicos, abogados, profesores y escritores.

La guerra actual no hubiera podido gestarse sin el antisemitismo. Sólo el antisemitismo hizo posible que los nazis devolvieran al pueblo alemán la fe en la invencibilidad de sus fuerzas armadas, para empujar una vez más a Alemania a la política de agresión y de lucha por la hegemonía. Sólo la confusión antisemita de buena parte de la opinión pública francesa impidió que Francia contuviera a Hitler cuando aún se le podía contener sin guerra. Y fue el antisemitismo el que ayudó a los ejércitos alemanes a encontrar en cada país europeo hombres dispuestos a abrirles las puertas.

La humanidad ha pagado realmente muy caro el antisemitismo.

9. *La República de Weimar y su caída*

1. *La Constitución de Weimar*

El principal argumento a favor del militarismo de los Hohenzollern era su supuesta eficiencia. La democracia, decían los profesores nacionalistas, podrá ser una forma de gobierno adecuada para países pequeños cuya independencia está a salvo por las rivalidades que hay entre las grandes potencias, o para países como Inglaterra o los Estados Unidos, resguardados por su situación geográfica, pero no para Alemania. Alemania está rodeada de naciones enemigas, sola en el mundo, sin fronteras protegidas por barreras naturales, y su seguridad se basa en el ejército, esa extraordinaria realización de la casa de los Hohenzollern. Sería una tontería confiar ese invencible instrumento a un parlamento, organismo de civiles charlatanes e incompetentes.

Pero la Primera Guerra Mundial acabó en una aplastante derrota y destruyó el antiguo prestigio de la familia real, de los Junkers, de los militares y de los burócratas. El sistema parlamentario de Occidente dio pruebas de su superioridad militar. La guerra, a la cual el presidente Wilson asignó la finalidad de asegurar el mundo para la democracia, fue para la democracia la prueba de fuego. Los alemanes se pusieron a revisar su credo político y se volvieron hacia la democracia, palabra que, casi olvidada durante medio siglo, se volvió popular en las últimas semanas de la guerra. Para los alemanes, democracia significaba la vuelta a las libertades cívicas y a los derechos del hombre, suspendidos en el curso de la guerra, y sobre todo la sustitución de un semidespotismo monárquico por un gobierno par-

lamentario. Estos puntos estaban implícitos, como sabía todo alemán, en el programa oficial del partido más numeroso en el parlamento: el social-demócrata. Se esperaba que los social-demócratas llevaran a la práctica los principios democráticos de su programa, y se estaba dispuestos a apoyarle en sus esfuerzos de reconstrucción política.

Pero del campo marxista llegó una respuesta que nadie hubiera podido prever fuera del grupito de técnicos marxistas profesionales. Nosotros, proletarios conscientes, proclamamos los marxistas, no tenemos nada que ver con vuestros burgueses conceptos de libertad, de parlamentarismo y de democracia. Nosotros no queremos la democracia, sino la dictadura del proletariado, es decir, nuestra dictadura. No estamos dispuestos a concederos a vosotros, parásitos burgueses, los derechos del hombre, la libertad, ni la representación parlamentaria. De aquí en adelante sólo gobernarán los marxistas y los proletarios. Si habéis interpretado mal nuestra posición ante la democracia, la culpa es vuestra. Si hubierais estudiado bien las obras de Marx, habríais estado mejor informados.

El segundo día de la revolución nombraron los social-demócratas en Berlín un nuevo gobierno: los mandatarios del pueblo, que era una dictadura de los social-demócratas. Formado únicamente por delegados de su partido, no se pensaba dar participación a otros.¹

Al final de la guerra, el antiguo partido social-demócrata se dividió en tres grupos: los socialistas de la mayoría, los socialistas independientes y los comunistas. Sólo la mitad de los ministros eran socialistas de la mayoría; la otra mitad eran socialistas independientes. El grupo más extremista de los tres no participaba en el gobierno. Aborrecían la colaboración con los mode-

¹ Es importante tener en cuenta que, aunque el más numeroso de los grupos en el Reichstag de la Alemania monárquica, los diputados social-demócratas, estaba en gran minoría ante los demás grupos juntos. Nunca llegaron a contar con mayoría de votos. Durante la República de Weimar todos los partidos marxistas juntos no lograron nunca una mayoría de votos ni contaron con una mayoría absoluta en el Reichstag.

rados socialistas de la mayoría, a quienes denunciaban como traidores. Los extremistas, el grupo Espartaco del partido comunista, pidió inmediatamente el exterminio de la burguesía. Su programa se condensaba en la reivindicación: todo el poder debe estar en manos de los consejos de obreros y soldados. Rechazaban vigorosamente todos los planes de concesión de derechos políticos a quienes no estaban afiliados a su partido y se oponían fanáticamente al sistema parlamentario. Querían organizar Alemania conforme al modelo soviético, y liquidar la burguesía a la manera soviética. Convencidos de que el mundo estaba en víspera de la gran revolución proletaria que iba a destruir el capitalismo y establecer el perpetuo paraíso comunista, deseaban aportar su esfuerzo a la gloriosa empresa. Los socialistas independientes simpatizaban con los comunistas, pero eran menos francos, y esa misma reserva les hacía depender de ellos, pues eran los extremistas quienes marcaban la pauta. Los socialistas de la mayoría no tenían opiniones propias ni una clara idea de la política que debían adoptar. Su falta de resolución no se debía a cambios de manera de pensar respecto a sus convicciones socialistas, sino a creer que una gran parte de los obreros socialistas habían tomado en serio los puntos democráticos del programa social-demócrata y se oponían a abandonar el parlamentarismo. Seguían creyendo que el socialismo y la democracia son compatibles, y que el socialismo no puede ser realizado más que en una comunidad democrática. No veían incompatibilidad entre el socialismo y la democracia ni comprendían por qué había de preferir Alemania el método ruso de dictadura a los principios de la democracia occidental.

Los comunistas deseaban conquistar el poder por la violencia. Confiaban en la ayuda rusa, pero se sentían lo bastante fuertes para conquistarlo aun sin ella, pues estaban convencidos de que los apoyaba la abrumadora mayoría de la nación. Consideraban, pues, innecesario hacer preparativos especiales para exterminar a la burguesía. Mientras los adversarios se estuvieran quietos, no era preciso adelantarse a dar el primer golpe. Los primeros acontecimientos confirmaron esta opinión. En la

Navidad de 1918 estalló en Berlín un conflicto entre el nuevo gobierno y una belicosa tropa comunista: la división de marinos del pueblo, que se opusieron al gobierno. Los mandatarios del pueblo, presas del pánico, pidieron ayuda a un cuerpo armado que todavía no había sido disuelto y que estaba en los alrededores de la capital, una compañía de caballería desmontada de la antigua Guardia Real, mandada por un general aristocrático. Hubo un encuentro y el gobierno ordenó a los guardias que se retiraran. Éstos había obtenido un pequeño triunfo táctico, pero el gobierno retiró las fuerzas porque le faltaba confianza en su propia causa y no quería luchar contra los «camaradas». Este combate sin importancia convenció a los socialistas independientes de que era imposible evitar el triunfo del comunismo, y para no perder popularidad ni llegar demasiado tarde a participar en el inminente gobierno comunista, retiraron los representantes que tenían entre los mandatarios del pueblo. Los socialistas de la mayoría se quedaron solos en el gobierno y cargaron con la responsabilidad de lo que sucedía en el Reich: la creciente anarquía, el insatisfactorio suministro de víveres y otros artículos y el rápido aumento del paro. A los ojos de los extremistas eran los defensores de la reacción y de la injusticia.

No podía haber ninguna duda acerca de los planes de los extremistas. Ocuparían los edificios oficiales y encarcelarían, e incluso matarían, a los miembros del gobierno. En vano intentó organizar Noske, a quien el gobierno nombró jefe supremo, una tropa de socialistas de la mayoría. Ningún socialdemócrata quería luchar contra los comunistas. La situación del gobierno parecía desesperada cuando, el 5 de enero de 1919, los comunistas y los socialistas independientes iniciaron la batalla en las calles de Berlín y llegaron a dominar en el centro de la capital. Pero cuando mayor era el peligro, apareció una ayuda inesperada.

Los marxistas narran de la siguiente manera los sucesos: las masas apoyaban unánimemente a los dirigentes extremistas y deseaban la implantación del socialismo. Pero desgraciadamente

fueron lo bastante confiados para creer que el gobierno, compuesto únicamente de dirigentes social-demócratas, no pondría obstáculos. Y Ebert, Noske y Scheidemann les traicionaron. Deseosos de salvar al capitalismo, esos traidores conspiraron con los restos del antiguo ejército y con las pandillas de los «cuerpos francos» sostenidas por los capitalistas, y las tropas de la reacción se lanzaron contra los confiados dirigentes comunistas, los asesinaron y dispersaron a las masas que habían perdido sus jefes. Así se inició la política reaccionaria que finalmente culminó en la caída de la República de Weimar y en la instalación del nazismo.

Esta exposición de los hechos ignora el cambio radical que en las últimas semanas de 1918 sufrió la mentalidad política de la nación alemana. En octubre y en noviembre de 1918 la gran mayoría del país estaba sinceramente dispuesta a apoyar a un gobierno democrático. Como a los social-demócratas se les consideraba demócratas, y eran el partido parlamentario más numeroso, había casi una absoluta unanimidad para confiarles la dirección en la formación del futuro sistema de gobierno popular. Pero entonces vino la sorpresa. Relevantes personalidades del partido marxista rechazaron la democracia y se manifestaron partidarios de la dictadura del proletariado. Todo lo que habían proclamado durante cincuenta años había sido pura mentira. Sencillamente, lo único que perseguía era poner a Rosa Luxemburg, una extranjera, en el lugar de los Hohenzollern. Los alemanes abrieron los ojos. ¿Cómo habían podido dejarse engañar por las consignas de los demócratas? Entonces aprendieron que la democracia era evidentemente un engaño. Como habían dicho siempre los conservadores, resultaba que los defensores de la democracia querían establecer el gobierno de la turba y la dictadura de los demagogos.

Los comunistas habían menospreciado burdamente la capacidad intelectual de la nación alemana. No comprendían que era imposible aplicar en Alemania los métodos que habían dado buen resultado en Rusia. Cuando se jactaron de que en cincuenta años de agitación democrática nunca habían actua-

do con sinceridad, cuando dijeron a los alemanes: «¡Qué bien hemos sabido engañaros, tontos! Ahora estáis en nuestras manos», la cosa les pareció demasiado fuerte no sólo al resto de los alemanes, sino también a los afiliados al antiguo partido social-demócrata. En pocas semanas el marxismo y el socialismo marxista —no el socialismo como sistema económico— perdieron todo el prestigio anterior. La misma idea de la democracia se hizo sospechosa. Para muchos alemanes el término democracia fue desde entonces sinónimo de fraude. A principios de 1919 los comunistas eran ya muchos menos de los que creían sus jefes. Y la gran mayoría de los trabajadores les era resueltamente contraria.

Los nacionalistas se dieron rápidamente cuenta del cambio de mentalidad y se aprovecharon de la ocasión. Si unas semanas antes se habían sentido desesperados, ahora sabían cómo volver. La leyenda de «la puñalada por la espalda» les había devuelto ya la perdida confianza en sí mismos. Pero lo primero que tenían que hacer era impedir el establecimiento de una dictadura roja y la matanza de no proletarios.

El antiguo partido conservador y algunos grupos afiliados habían cambiado en noviembre el nombre del partido por el de partido nacionalista alemán del pueblo (*Deutsch-nationale Volkspartei*). En su primer manifiesto, publicado el 24 de noviembre, pedía «la vuelta de la dictadura de una clase al gobierno parlamentario como único sistema adecuado a la luz de los recientes acontecimientos». Pedía también la libertad individual y de conciencia, la libertad de palabra y de investigación científica y la igualdad de derechos ante la ley. Por segunda vez en la historia de Alemania, un partido esencialmente antidemocrático presentaba al cuerpo electoral, por razones puramente tácticas, un programa liberal y democrático. Los métodos marxistas habían encontrado adeptos; los nacionalistas habían aprovechado las lecturas de Lenin y Bujarin y elaboraron un plan preciso de futuras operaciones para la conquista del poder y decidieron apoyar en el futuro inmediato la causa del gobierno parlamentario, de la libertad y de la democracia, para poder

terminar con ella más tarde. Para ejecutar la primera parte de este programa estaban dispuestos a colaborar no sólo con los católicos, sino también con los socialistas de la mayoría y sus antiguos dirigentes, que temblaban en los palacios gubernamentales de la Wilhelmstrasse.

Para evitar el comunismo y salvar el parlamentarismo y la libertad para el periodo intermedio era necesario derrotar a las fuerzas armadas de los comunistas y de los socialistas independientes. Los restos disponibles del antiguo ejército eran, si los mandaban buenos jefes, lo bastante fuertes para intervenir con éxito contra los comunistas.

Pero entre los generales no se podían encontrar jefes así. Hindenburg era viejo, su papel en la guerra había consistido simplemente en dejar las manos libres a Ludendorff, y sin Ludendorff no servía para nada. A los demás generales les faltaba iniciativa; esperaban órdenes de Hindenburg. Pero el quebrantamiento de la disciplina militar había llegado ya a tal punto que la apatía de los generales no podía ser un obstáculo para la actividad del ejército. El vacío lo llenaron oficiales jóvenes, a veces simples tenientes. Con los soldados desmovilizados, que no mostraban muchos deseos de trabajar honestamente y preferían una vida de aventuras al trabajo regular, algunos de aquellos oficiales formaron cuerpos libres y al frente de ellos pelearon por su propia cuenta. Otros oficiales apartaron a los más escrupulosos del Estado Mayor y, a veces sin el debido respeto, obligaron a los generales a participar en la guerra civil.

Los mandatarios del pueblo habían perdido toda esperanza de salvación cuando de pronto les llegó ayuda. Las tropas entraron en Berlín y reprimieron la revolución comunista. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg cayeron prisioneros y fueron asesinados. Aquella victoria no puso fin a la guerra civil, que duró varios meses en provincias y de vez en cuando volvió a estallar en Berlín. Con todo, la victoria obtenida por las tropas en Berlín en 1919 salvaguardó las elecciones a la asamblea constituyente, las sesiones de este parlamento y la promulgación de la Constitución de Weimar. Guillermo II solía decir: «Donde mis

guardias ponen los pies no se vuelve a hablar de democracia.» La democracia de Weimar era un tanto peculiar. Habían peleado por ella y la habían ganado los soldados de caballería del Kaiser. Si se pudo discutir y votar fue porque los nacionalistas, adversarios de la democracia, la preferían a la dictadura de los comunistas. La nación alemana obtuvo el gobierno parlamentario como un regalo de manos de los enemigos mortales de la libertad, que esperaban una oportunidad para volver a quitárselo.

En vano inventaron los socialistas de la mayoría y su afiliado el partido demócrata una leyenda más para ofuscar la visión de esos tristes hechos. Según ellos, en los primeros meses posteriores a la revolución de noviembre los marxistas discutieron en sus círculos la cuestión de la forma de gobierno que mejor serviría a los intereses de los trabajadores alemanes. Las discusiones fueron a menudo violentas, porque algunos extremistas trataron de perturbarlas. Pero finalmente, tras una lenta deliberación, los trabajadores resolvieron que la forma más adecuada de gobierno era la democracia parlamentaria. Esta magnánima renuncia a la dictadura fue fruto de una voluntaria decisión y aportó una nueva prueba de la madurez política de los trabajadores alemanes.

Esta interpretación de los acontecimientos soslaya cautelosamente el principal problema. A principios de enero de 1919 no había en Alemania más que un problema político: elegir entre el totalitarismo bolchevique bajo la dictadura común de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, por una parte, y el parlamentarismo por otra. Esta lucha no podía ser resuelta con los pacíficos métodos de la democracia. Los comunistas no estaban dispuestos a someterse a la mayoría, tenían armas y dominaban en la mayor parte de la capital y en otros muchos lugares. Si no hubiera sido por las pandillas y tropas nacionalistas y por los restos del antiguo ejército, habrían podido conquistar el poder en todo el Reich e implantar el bolchevismo en Alemania. No había más que un elemento que podía contener su asalto y que lo contuvo: las fuerzas armadas de derecha.

Los marxistas moderados están en lo cierto cuando dicen que no sólo la burguesía y los agricultores, sino también la mayor parte de los trabajadores organizados, se oponían a la dictadura y preferían el gobierno parlamentario. Pero en aquel momento no se trataba ya de si un hombre estaba dispuesto a votar la candidatura de un partido, sino de si estaba dispuesto a arriesgar su vida por sus convicciones. Los comunistas eran una pequeña minoría, pero no quedaba más que un medio para combatirlos: las armas. Quien deseara la democracia —bien desde el punto de vista de su *Weltanschauung*, o simplemente como mal menor— tenía que asaltar los reductos comunistas, disolver sus fuerzas armadas y dar al gobierno el dominio de la capital y del resto del país. Todo el mundo sabía que esa era la situación. Todos los socialistas de la mayoría sabían que no combatir con armas a los comunistas equivalía a someterse al comunismo. Pero sólo unos cuantos funcionarios intentaron débilmente organizar la resistencia, y sus propósitos fracasaron porque sus amigos políticos se negaron a colaborar.

Es muy importante comprender las ideas que en aquellos días fatales modelaron las actitudes de los socialistas de la mayoría. Porque esas ideas brotaban de la mismísima esencia del pensamiento marxista y reaparecen siempre y dondequiera que el pueblo imbuido de doctrinas marxistas debe afrontar situaciones semejantes. En ellas encontramos una de las principales razones por las cuales el marxismo —dejando aparte su fracaso económico— ha sido y es, incluso en el campo de la actividad política, uno de los fracasos más estrepitosos de la historia.

Los marxistas alemanes —recordémoslo, no los comunistas, sino quienes rechazaban sinceramente la dictadura— argüían de la siguiente manera: para preparar el camino al socialismo democrático es necesario aplastar a los comunistas. (En aquellos días de diciembre de 1918 y enero de 1919 los marxistas alemanes no comunistas acariciaban todavía la ilusión de que la mayoría del pueblo apoyara *su* programa socialista.) Es necesario vencer la rebelión comunista mediante la resistencia armada. Pero eso no nos incumbe a nosotros. Nadie puede esperar que

nosotros, marxistas y proletarios como somos, nos levantemos en armas contra nuestros camaradas de clase y de partido. Hay que hacer un trabajo sucio, pero eso no nos incumbe a nosotros, pues nuestros principios se oponen a ello. Debemos insistir en el principio de la solidaridad de clase y de partido. Además, si lo ejecutáramos, nosotros perderíamos popularidad y pondríamos en peligro nuestro triunfo en las inminentes elecciones. Nuestra situación es realmente desdichada, pues los comunistas, que no se sienten atados por la misma idea, pueden pelear contra nosotros porque tienen la enorme ventaja de llamarnos traidores y reaccionarios. Nosotros no podemos pagarles en la misma moneda. Ellos son revolucionarios cuando combaten contra nosotros, pero nosotros apareceríamos como reaccionarios al combatir contra ellos. En el reino del pensamiento marxista, los más radicales tienen siempre razón al despreciar y atacar a los moderados. Si les llamáramos traidores y renegados no nos creería nadie. Como marxistas, en esta situación no podemos menos de adoptar una actitud de no resistencia.

Aquellos supersustiles marxistas no veían lo que el pueblo alemán —en el que se contaban millones de afiliados al antiguo partido— comprendía perfectamente: que esa política significaba la abdicación del marxismo alemán. El partido gobernante que confiesa: ahora hay que hacer esto, pues lo exige el momento, pero como nosotros no podemos hacerlo, porque nos lo impiden nuestros principios, tendrá que hacerlo algún otro, renuncia para siempre a la dirección política.

Los marxistas no comunistas reprochan severamente a Ebert, Noske y otros dirigentes su colaboración con los nacionalistas vencedores de las fuerzas comunistas. Pero la colaboración no consistió más que en haber hecho unas cuantas consultas. Es posible que los asustados mandatarios del pueblo y sus segundos no ocultaran, en esas conversaciones con los mandos nacionalistas, que estaban asustados, que carecían de fuerza y que se alegrarían de que los salvaran. Pero a los ojos de los intransigentes defensores del principio de solidaridad de clase, eso sólo significa traición.

Lo más notable de todo ello es que al comunismo alemán lo derrotaron las derechas solas, mientras los marxistas no comunistas querían mantenerse neutrales. Si no hubiera sido por la intervención armada nacionalista, Alemania habría sido bolchevique en 1919. El resultado de los acontecimientos de enero de ese año fue que el prestigio de los nacionalistas aumentó de un modo extraordinario, pues a ellos les correspondió la gloria de haber salvado al país, mientras que los social-demócratas fueron objeto de desprecio. En cada nueva rebelión comunista volvió a repetirse la experiencia. Los nacionalistas lucharon solos contra los comunistas mientras los social-demócratas dudaban de oponerse a sus «camaradas comunistas». Los social-demócratas gobernaron en Prusia, el Estado más importante, y en otros más pequeños del Reich, pero gobernaron únicamente gracias al apoyo de los nacionalistas de la *Reichswehr* y de los cuerpos francos. Desde entonces estuvieron a merced de las derechas.

Tanto los nacionalistas como los comunistas consideraron la República de Weimar únicamente como campo de batalla de su lucha por la dictadura. Ambos partidos se armaron para la guerra civil; los dos intentaron varias veces iniciar el asalto y hubo que reducirlos por la fuerza. Pero los nacionalistas fueron adquiriendo cada día más fuerza, mientras los comunistas se iban debilitando progresivamente. No era cuestión de votos ni de número de diputados. Los centros de gravedad de ambos partidos estaban fuera del ámbito parlamentario. Los nacionalistas podían actuar libremente. Les apoyaba la mayoría de los intelectuales, de los empleados, de los empresarios, de los agricultores y parte de los obreros especializados. Los problemas de la vida alemana les eran familiares. Podían ajustar sus acciones al cambio de condiciones políticas y económicas de la nación y de cada una de las provincias. Los comunistas, por otra parte, debían obedecer a órdenes de ignorantes jefes rusos que desconocían Alemania, y se veían obligados a cambiar de política de la noche a la mañana cada vez que el comité central de Moscú se lo ordenaba. Ningún hombre inteligente y honesto podía soportar esta servidumbre. La calidad intelectual y moral

de los dirigentes comunistas alemanes era por lo tanto muy inferior a las del nivel medio de los políticos alemanes. No eran enemigos de talla para los nacionalistas. Los comunistas no desempeñaron en la política alemana más que el papel de saboteadores y conspiradores. Después de enero de 1919 no contaban ya con ninguna posibilidad de triunfar. Claro está que diez años de desgobierno nazi han reavivado el comunismo alemán, y el día de la caída de Hitler será el partido más fuerte de Alemania.

Si hubieran podido elegir, los alemanes se habrían pronunciado en favor de la democracia en 1918. Pero tal como vinieron las cosas, no pudieron elegir más que entre dos dictaduras: la nacionalista y la comunista. No había entre esos dos partidos dictatoriales un tercero que defendiera el capitalismo y su corolario político la democracia. Ni los socialistas de la mayoría, con el partido Demócrata afiliado a ellos, ni el Centro católico eran los adecuados para adoptar la democracia «plutocrática» y el republicanismo burgués. Su pasado y sus ideologías se oponían vigorosamente a esa actitud. Los Hohenzollern perdieron el trono porque rechazaron el parlamentarismo inglés. La República de Weimar fracasó porque rechazó el republicanismo francés tal como se concretó de 1875 a 1930 en la Tercera República. No tenía más programa que el de navegar entre los dos grupos que aspiraban a la dictadura, lo que para quienes apoyaban el gobierno parlamentario no era el mejor sistema, sino una medida de emergencia, un ir tirando. Los socialistas de la mayoría querían ser marxistas moderados y nacionalistas moderados, nacionalistas marxistas, y marxistas nacionalistas. Los católicos querían combinar el nacionalismo y el socialismo con el catolicismo y seguir manteniendo la democracia. Un eclecticismo así está condenado al fracaso. No atrae a la juventud y sucumbe en todos los conflictos con adversarios resueltos.

No quedaba más que otra alternativa al nacionalismo: la adopción de un libre cambio sin limitaciones. Pero nadie pensó en ella en Alemania. Hubiera requerido el abandono de todas las medidas de la *Sozialpolitik*, del control gubernamental

y de la presión de los sindicatos. Los partidos que creían combatir contra el nacionalismo extremista —los social-demócratas y sus satélites, y los comunistas, el Centro y algunos grupos de agricultores— eran por el contrario fanáticos defensores del estatismo y del superproteccionismo. Pero, faltos de la visión suficiente para comprender que esa política planteaba a Alemania el tremendo problema de la autarquía, cerraron simplemente los ojos. No debemos exagerar la capacidad intelectual de las masas alemanas, pero no eran tan tontas como para no ver que el fundamental problema alemán era la autarquía y que los únicos que tenían una idea de cómo afrontarlo (aunque fuera falsa) eran los partidos nacionalistas. Mientras los demás partidos soslayaban la discusión de sus peligros, los nacionalistas ofrecían un plan para su solución, y como lo único que se les ofreció a los alemanes fue ese plan de conquista mundial, lo aprobaron. Nadie les dijo que había otra salida. Los marxistas y los católicos no fueron ni siquiera lo bastante sagaces para ver que el plan de dominio mundial estaba condenado a fracasar militarmente; por nada del mundo querían herir la vanidad del pueblo, que estaba convencido de su propia invencibilidad. Pero aunque los adversarios de la agresión hubieran expuesto adecuadamente los peligros y riesgos de una nueva guerra, los ciudadanos corrientes habrían seguido prefiriendo a los nazis. Porque los nazis, más cautelosos y listos, decían: nosotros tenemos un plan preciso para salvar a Alemania. Es muy arriesgado y no podemos garantizar el triunfo, pero nos brinda una posibilidad, mientras nadie más tiene la menor idea de cómo afrontar nuestra seria situación. Si no hacéis caso estáis perdidos; si nos seguís hay por lo menos una posibilidad de triunfar.

La conducta de las izquierdas alemanas no fue menos de avestruz que la de las francesas o las inglesas. Por un lado, propugnaban la omnipotencia del Estado y por lo tanto el superproteccionismo; por otro, no se paraban a pensar que en un mundo de autarquía Alemania estaba condenada a morirse de hambre. Los marxistas alemanes refugiados se jactan de que sus partidos hicieron algunos esfuerzos —muy tímidos realmente—

para evitar el rearme de Alemania. Pero eso era sólo una prueba de su incoherencia y de su incapacidad para ver la realidad tal como era. Quien quisiera mantener la paz tenía que combatir el estatismo, y, sin embargo, las izquierdas no apoyaron al estatismo con menos fanatismo que las derechas. Toda la nación alemana era partidaria de la política intervencionista que debía llevar a la *Zwangswirtschaft*. Pero sólo los nazis comprendieron que mientras Rusia podía vivir autárquicamente, Alemania no podía. Y triunfaron porque no tropezaron con ningún partido que propiciara el *laissez faire*, es decir, la economía de mercado.

2. La abortada socialización

Los social-demócratas habían puesto a la cabeza de sus programas de partido la petición de socialización (*Vergesellschaftung*) de los medios de producción, lo que habría sido claro y sin ambigüedades si el pueblo hubiera estado preparado para interpretarlo como la forzosa expropiación de los medios de producción por parte del Estado y, en consecuencia, como la gerencia gubernamental de todos los sectores de la actividad económica. Pero los social-demócratas afirmaban categóricamente que no era ese el sentido de su aspiración fundamental. La nacionalización (*Verstaatlichung*) y la socialización, insistían, son dos cosas completamente distintas. Las medidas de nacionalización y municipalización (*Verstaatlichung*) de varias instalaciones industriales y empresas, que el Reich y los Estados que lo formaban habían considerado desde los años ochenta del siglo pasado como parte esencial de su política socio-económica, no eran ni socialización ni los primeros pasos hacia ella. Eran, por el contrario, resultado de la política capitalista extremadamente perjudicial a los intereses de los trabajadores. La negativa experiencia de estas empresas nacionalizadas y municipalizadas no tenía, pues, ninguna relación con la propuesta socialista de socialización. Sin embargo, los marxistas no expli-

caban lo que la socialización significa realmente ni sus diferencias con la nacionalización. Intentaron dar unas torpes explicaciones, pero pronto marginaron la discusión de tan espinoso problema. El tema fue declarado tabú. No hubo ningún alemán decente que tuviera audacia suficiente para quebrantar la consigna planteando el problema.

La Primera Guerra Mundial produjo una tendencia hacia el socialismo. Sector tras sector fueron centralizados, es decir sometidos forzosamente a la dirección de una comisión cuyos miembros —empresarios del sector en cuestión— no eran más que consejeros del comisario del gobierno. El programa Hindenburg propiciaba una aplicación general de este principio para todos los sectores del comercio y de la producción de Alemania, y su ejecución la hubiera transformado en una comunidad puramente socialista según el modelo *Zwangswirtschaft*. Pero este programa no había sido aún completamente realizado cuando el Imperio Alemán se hundió.

El socialismo de guerra era muy impopular en Alemania. La gente le culpaba incluso de aquello de lo que no era responsable. No se podía acusar sólo al socialismo de guerra del hambre que había en Alemania. El bloqueo comercial, la ausencia de millones de trabajadores que prestaban servicio en las fuerzas armadas y el hecho de que gran parte del esfuerzo productivo hubo que orientarlo a la producción de armamentos y municiones contribuyeron a empeorar la situación más aún que lo inadecuado de los métodos socialistas de producción. Los social-demócratas debieron haber explicado estos hechos, pero no querían perder ninguna oportunidad que pudiera ser explotada para desfigurarlos demagógicamente. Atacaban a la *Zwangswirtschaft* como tal. Según ellos, este sistema era la peor clase de explotación y abuso capitalista y había demostrado la urgente necesidad de sustituir el capitalismo por el socialismo.

El fin de la guerra trajo la derrota militar, la revolución, la guerra civil, el hambre y la desolación. Millones de soldados desmovilizados, muchos de los cuales retuvieron sus armas,

volvieron a sus casas y robaron depósitos militares, detuvieron trenes para buscar comida y, en unión de obreros despedidos de las fábricas que de la noche a la mañana se habían visto obligadas a suspender la producción de municiones, hicieron expediciones en busca de pan y de patatas. En los pueblos se organizó la resistencia armada. La situación era caótica. Los inexpertos e ignorantes socialistas que se habían apoderado del poder no sabían qué hacer y sus órdenes y contraórdenes desintegraron la máquina administrativa. A las masas hambrientas que pedían comida se les servían discursos grandilocuentes.

En esta emergencia el capitalismo dio pruebas de su adaptabilidad y eficiencia. Los empresarios, desafiando al fin abiertamente las innumerables leyes y decretos de la *Zwangswirtschaft*, intentaron poner en marcha sus fábricas. Lo más urgente era reanudar la producción para exportar con objeto de comprar víveres y materias primas en los países neutrales y en los Balcanes. Sin tales planteamientos, Alemania habría sido condenada a muerte. Los empresarios triunfaron en sus esfuerzos y salvaron a Alemania. La gente los tachaba de aprovechados, pero se precipitaba a adquirir los productos puestos a la venta y se alegraban de adquirir artículos muy necesarios. Los parados volvieron a encontrar trabajo. Alemania inició la vuelta a la normalidad.

Los socialistas no se preocuparon mucho de la reducción de la *Zwangswirtschaft*. El sistema, en su opinión, lejos de ser socialista, era un mal capitalista que había que abolir en cuanto fuera posible. Sólo entonces debería empezar la verdadera socialización.

Pero, ¿qué significaba la socialización? Según los marxistas, no era ni lo que representaba la nacionalización de los ferrocarriles y de las minas del Estado, ni el socialismo de guerra de la *Zwangswirtschaft*. ¿Qué otra cosa podía ser? Los marxistas de todos los grupos tuvieron que confesar que no lo sabían. Durante más de cincuenta años habían predicado la socialización como punto fundamental de su programa. Ahora que se habían apoderado del poder tenían que ejecutar su programa. Tenían

que afrontar la socialización. Pero pronto se vio que no sabían lo que eso quería decir. ¡Una situación realmente comprometida!

Afortunadamente, los dirigentes socialistas se acordaron de que hay una clase de hombres que lo saben todo: los omniscientes profesores. El gobierno nombró una comisión socializadora. La mayoría de sus miembros eran social-demócratas, pero no era de ellos, sino de los profesores, de quienes se esperaba la solución del enigma. Los profesores nombrados por el gobierno no eran social-demócratas. Propugnaban la *Sozialpolitik* que en años anteriores había favorecido la nacionalización y municipalización de varias empresas y que recientemente había apoyado la economía planificada, la *Zwangswirtschaft*. Siempre habían apoyado precisamente el reformismo que los marxistas ortodoxos denunciaban como una farsa capitalista perjudicial para el proletariado.

La comisión para la socialización deliberó muchos años, se mesó los cabellos, destiló unas superalambicadas definiciones, trazó planes absurdos y propugnó malos principios económicos. Sus dictámenes e informes, coleccionados y archivados en gruesos volúmenes, descansan en las bibliotecas para edificación de futuras generaciones. Son una prueba de la decadencia intelectual producida por el marxismo y el estatismo. Pero no lograron responder a la pregunta de lo que significaba la socialización como cosa distinta de la nacionalización (*Verstaatlichung*) o de la planificación (*Zwangswirtschaft*).

No hay más que dos métodos de socialización, y los dos fueron aplicados por el gobierno imperial alemán. Está, por un lado, la nacionalización completa, que es el método de la Rusia soviética; por otro, la planificación centralizada, que es la *Zwangswirtschaft* del programa Hindenburg y el método nazi. Con su hipócrita demagogia, los marxistas alemanes se habían cerrado los dos caminos. Los marxistas de la República de Weimar no sólo dejaron de acentuar la tendencia hacia la socialización, sino que toleraron el abandono virtual de las medidas socializadoras más efectivas iniciadas por el gobierno imperial.

Sus adversarios, y el primero de ellos el régimen del canciller católico Bruning, reanudaron más tarde la política de planificación y los nazis la perfeccionaron estableciendo la planificación general, el socialismo alemán tipo *Zwangswirtschaft*.

A los trabajadores alemanes, tanto social-demócratas como comunistas, no les importaba gran cosa la socialización. Para ellos, como dijo Kautsky, la revolución no significaba sino una oportunidad para elevar los salarios. Daban más importancia a la subida de salarios, a la ayuda al desempleo y a la reducción del horario laboral que a la socialización.

Esta situación no fue resultado de la traición de los dirigentes socialistas, sino de las contradicciones inherentes al credo social-demócrata. Los marxistas propiciaban un programa cuya realización había de llevar a la omnipotencia del Estado y al totalitarismo, pero tampoco dejaban de hablar incansablemente de «quitarse de encima esa chatarra del Estado en su totalidad», y de la «destrucción del Estado». Propugnaban la socialización, pero rechazaban los dos únicos métodos disponibles para realizarla. Decían que los sindicatos habían fracasado en mejorar la condición del obrero, pero el punto fundamental de su actividad política era la política sindical. Enseñaban que el socialismo no podía implantarse mientras el capitalismo no llegara a su plena madurez y denigraban como «pequeño-burguesas» todas las medidas planeadas para contener o retrasar la evolución del capitalismo, pero ellos mismos las pedían vehementemente y fanáticamente. Estas contradicciones e incoherencias, no las maquinaciones de los capitalistas o empresarios, fueron las que determinaron la quiebra del marxismo alemán.

Cierto que los dirigentes social-demócratas eran incompetentes y que algunos carecían de sinceridad y estaban corrompidos. Pero eso no se debía a la casualidad. Ningún hombre inteligente podía dejar de ver los fundamentales defectos de la doctrina marxista. La corrupción es un mal inherente a todo gobierno que no esté fiscalizado por una despierta opinión pública. Quienes estaban dispuestos a tomar en serio la petición de socialización desertaron del marxismo y se pasaron al

nazismo. Porque los nazis, aunque más corrompidos moralmente, apuntaban sin ambigüedades a la economía planificada.

3. *Los partidos armados*

La revolución de noviembre trajo la reaparición de un fenómeno que no se había manifestado en mucho tiempo en la historia de Alemania. Aventureros militares formaron pandillas armadas o *Freikorps* y se pusieron a actuar por su cuenta. El método lo iniciaron los comunistas revolucionarios, pero pronto lo adoptaron y perfeccionaron los nacionalistas. Oficiales despedidos del antiguo ejército juntaron soldados desmovilizados y muchos mal adaptados y ofrecieron su protección a los campesinos amenazados por las expediciones de los hambrientos habitantes de las ciudades y a la población de las fronteras orientales que sufría las irrupciones de guerrillas polacas y lituanas. En pago de sus servicios, los terratenientes y los agricultores les proporcionaban comida y techo. Cuando la situación que les había hecho parecer útiles cambió, las pandillas se dedicaron al chantaje y a sacar dinero a los terratenientes, a los comerciantes y a la gente rica y se convirtieron en una calamidad pública.

El gobierno no se atrevió a disolverlas. Algunas de las pandillas habían luchado valientemente contra los comunistas. Otras habían defendido con éxito las provincias orientales contra los polacos y los lituanos y se jactaban de sus triunfos. La juventud nacionalista no ocultaba sus simpatías hacia ellas. Los viejos dirigentes del partido nacionalista eran profundamente hostiles a los inmanejables jefes de pandilla que se resistían a sus consejos y cuya actividad perjudicaba directamente a sus bien estudiados planes. Las exigencias de los *Freikorps* eran una carga pesada para los terratenientes y campesinos. Las pandillas no eran ya necesarias como defensa contra las rebeliones comunistas. La *Reichswehr*, nuevo ejército reorganizado conforme a las disposiciones del Tratado de Versalles, era ya lo bastante fuerte para ello. Los paladines nacionalistas, que estaban en lo

cierto al sospechar que los jóvenes que formaban las pandillas esperaban desalojarlos de la dirección del movimiento nacionalista, inventaron un plan inteligente para acabar con ellas. Se las incorporaría a la *Reichswehry* de esa manera serían inocuas. Y como cada día les resultaba más difícil a los capitanes obtener fondos para el sostenimiento de sus hombres, se mostraron dispuestos a aceptar el ofrecimiento y a obedecer las órdenes de los oficiales del ejército.

Esta solución era, sin embargo, una violación del Tratado de Versalles, que había limitado la *Reichswehr* a cien mil hombres. Inmediatamente hubo choques con los representantes franceses e ingleses. Las potencias aliadas pidieron la disolución total de la llamada *Reichswehr* negra, y cuando el gobierno, obediente, decidió disolver la tropa negra más importante, la brigada de marinos Ehrhardt, provocó la insurrección de Kapp.

La guerra contra el extranjero, la guerra civil y la mentalidad revolucionaria de los marxistas y los nacionalistas habían creado tal espíritu de brutalidad que los partidos políticos dieron carácter militar a sus organizaciones. Tanto las derechas nacionalistas como las izquierdas marxistas contaban con fuerzas armadas. Estas tropas de partido eran, claro está, completamente distintas de las fuerzas formadas por nacionalistas exaltados y por comunistas extremistas. Las formaban hombres que trabajaban con regularidad de lunes a sábado y que en los fines de semana se ponían el uniforme y desfilaban al son de charangas, con brazaletes y hasta con armas. Aquellos hombres se enorgullecían de pertenecer a sus asociaciones, pero no tenían ganas de pelear, no les animaba el espíritu de agresión. Su existencia, sus desfiles, sus jactancias y los audaces discursos de sus jefes eran una molestia, pero no una amenaza, contra la paz interior.

Después del fracaso de las intentonas revolucionarias de Kapp en marzo de 1920, de Hitler y Ludendorff en noviembre de 1923 y de varias rebeliones comunistas, la más importante de las cuales fue la de Holz en marzo de 1921, Alemania estaba en vías de volver a la normalidad. Los *Freikorps* y las pandillas comunistas empezaron a desaparecer lentamente del escena-

rio político. Todavía hacían alguna escaramuza unos contra otros y contra la policía, pero las peleas fueron degenerando más y más hacia el pistolerismo y el pillaje. Ni esos alborotos ni las conspiraciones de unos cuantos aventureros podían poner en peligro la estabilidad del orden social.

Pero el partido y la prensa social-demócratas cometieron la torpeza de denunciar reiteradamente a los pocos *Freikorps* que seguían actuando y a pedir con vehemencia su disolución. Esta actitud era un desafío a los partidos nacionalistas, a quienes los aventureros no les disgustaban menos que a los social-demócratas, pero que, no atreviéndose a abandonarlos abiertamente, replicaron pidiendo la simultánea disolución de las fuerzas comunistas. Pero los social-demócratas se hallaban en igual situación respecto a las pandillas comunistas. Las odiaban y las temían, pero no querían combatir las abiertamente.

Como en el Reich de Bismarck, también en la república de Weimar los principales poderes de la administración civil eran atributos, no del gobierno del Reich, sino de los gobiernos de los Estados que lo formaban. El Estado más extenso y más rico, el de población más numerosa, el centro de gravedad del Reich o, mejor aún, el Reich propiamente dicho, era Prusia. El hecho de que el partido conservador hubiera dominado en Prusia había dado a los conservadores hegemonía en la Alemania imperial. El hecho de que los social-demócratas gobernarán Prusia en la República de Weimar les dio preponderancia en la Alemania republicana. Cuando el canciller von Papen derrocó en Prusia el régimen socialista mediante el golpe de Estado de 20 de julio de 1932, la suerte del Reich quedó virtualmente decidida.

El gobierno bávaro se resistió a disolver las pandillas nacionalistas en su territorio. Su actitud no obedecía a la simpatía hacia los nacionalistas, sino al particularismo provincial. Desobedecer a la autoridad central era cuestión de principio. El gobierno del Reich se vio sin saber qué hacer, pues para imponer su voluntad a un Estado desobediente no contaba más que con un medio: la guerra civil. En esta situación el gobierno social-demócrata prusiano recurrió a una medida fatal. El 22 de febrero

de 1924 creó la *Reichsbanner Schwartz-Rot-Gold*. No era una tropa particular, como las demás fuerzas armadas de los partidos. Era un ejército del partido gobernante prusiano y contaba con el pleno apoyo del gobierno prusiano. Para su jefatura se nombró a un relevante funcionario prusiano: el gobernador de la provincia de Sajonia. La *Reichsbanner* era una asociación, no partidista, de todos los hombres leales al sistema republicano de gobierno y a la Constitución de Weimar. Pero en realidad era una institución social-demócrata. Sus dirigentes insistieron en que todos los afiliados a los demás partidos leales serían bien recibidos en sus filas. Pero la inmensa mayoría de sus miembros eran social-demócratas que hasta entonces habían formado parte de las distintas fuerzas armadas de organizaciones socialistas locales y provinciales. La fundación de la *Reichsbanner* no robusteció, pues, a las fuerzas militares de la social-democracia, pero les proporcionó una nueva organización más centralizada y el apoyo oficial del Estado prusiano. No fueron nunca en él muy numerosos los miembros del partido católico del Centro, y pronto desaparecieron completamente de sus filas. El tercer partido leal, el Demócrata, era un insignificante afiliado al social-demócrata.

Los social-demócratas han intentado justificar la creación de la *Reichsbanner* aludiendo a las inclinaciones nacionalistas de la *Reichswehr*, de los cien mil soldados que formaban el ejército del Reich. Pero la rebelión de Kapp había demostrado que los socialistas tenían en la huelga general un arma muy eficaz para derrotar a los nacionalistas. La única amenaza seria contra la República de Weimar estaba en las simpatías nacionalistas de las filas del obrerismo organizado. Los dirigentes social-demócratas no podían luchar con éxito contra esa tendencia; muchos de ellos simpatizaban en secreto con ella.

El aspecto siniestro de la creación de la *Reichsbanner* fue que brindó a Hitler un punto de arranque. Su *putsch* de Munich de noviembre de 1923 había acabado en un completo fracaso. Cuando salió de la cárcel en diciembre de 1924 se le presentaba una perspectiva política muy negra y lo que necesitaba era

exactamente la creación de la *Reichsbanner*. Todos los no marxistas, es decir, la mayoría de la población, estaba aterrorizada por los desafiantes discursos de sus dirigentes y por el hecho de que al cabo de un año de existencia contaba con tres millones de miembros, muchos más que todas las *Wehrverbände* de la derecha juntas.² Como los social-demócratas, exageraban la fuerza de la *Reichsbanner* y de su disposición para la lucha. El resultado fue que mucha buena gente se mostró dispuesta a ayudar a las tropas de asalto nazi.

Pero estas tropas eran muy distintas de las demás fuerzas armadas de los partidos de derecha o de izquierda. No las formaban hombres de cierta edad que habían peleado en la primera guerra mundial y que querían conservar sus empleos para sostener a sus familias. Las tropas de asalto, como los antiguos *Freikorps*, estaban formadas por jóvenes desocupados que se ganaban la vida peleando. Se podía contar con ellos a cualquier hora del día o de la noche, no sólo en los fines de semana o días festivos. Se podía dudar de que las fuerzas de partido —fueran de derecha o de izquierda— estuvieran dispuestas a luchar si se les atacaba seriamente. Era seguro que no emprenderían nunca una campaña agresiva. Pero las tropas de Hitler eran combativas; las formaban bronquistas profesionales. Si los adversarios del nazismo no se hubieran sometido sin resistencia en 1933, aquellas tropas habrían luchado por su Führer en una guerra civil.

A Hitler le subvencionaron las grandes empresas en el primer periodo de su carrera. Pero mucho más dinero les sacó él en el segundo periodo de su lucha por la supremacía. Thyssen y los demás le pagaron pero no lo sobornaron. Hitler les aceptó el dinero como acepta un rey el tributo de sus súbditos. Si le hubieran negado lo que les pidió, habría saboteado sus planes o los hubiera asesinado. Estas medidas radicales fueron innecesarias. Los capitalistas preferían permanecer en el nazismo

² Stampfer, *Die vierzehn Jahre der ersten Deutschen Republik* (Karlsbad 1936), p. 365.

reducidos a la condición de gerentes, a ser liquidados a la rusa por el comunismo. Tal como era la situación de Alemania no les quedaba otra alternativa.

Tanto la fuerza como el dinero son impotentes contra las ideas. Los nazis no debieron su conquista de Alemania ni a que sacaron unos cuantos millones de marcos a los grandes empresarios, ni a que eran unos luchadores implacables. La gran mayoría de la nación alemana había sido socialista y nacionalista durante muchos años. Los sindicatos social-demócratas simpatizaban con el extremismo nacionalista tanto como los campesinos, los católicos y los tenderos. Los comunistas debían en gran parte sus votos a la idea de que la mejor manera de establecer la hegemonía alemana en Europa y derrotar al capitalismo occidental era el comunismo. Los empresarios y comerciantes alemanes aportaron su contribución al triunfo del nazismo, pero también la aportaron las demás capas sociales del país. No se exceptuaban ni siquiera las religiones, ni la católica, ni las protestantes.

Para explicar los grandes cambios ideológicos no basta afirmar que alguien se ha gastado el dinero. Sea cual fuere, la popularidad del comunismo en los Estados Unidos de hoy no se debe ni a generosas subvenciones del gobierno ruso ni al hecho de que algunos millonarios hayan contribuido monetariamente a diarios y revistas de izquierda. Y aunque es cierto que algunos banqueros judíos, asustados por el antisemitismo nazi, han contribuido a los fondos de partidos socialistas, y que la fundación más rica que jamás se haya creado para el estudio de las ciencias sociales en Alemania fue la de un comerciante de trigo judío que fundó un instituto marxista en la universidad de Frankfurt, el marxismo alemán no es, sin embargo, como afirman los nazis, obra de asalariados judíos.

La consigna «solidaridad nacional» (*Volksgemeinschaft*) se había apoderado de tal modo de la mentalidad alemana que cuando los nazis dieron el golpe final nadie se atrevió a resistir. Los nazis destruyeron las esperanzas de muchos grupos que en un tiempo les ayudaron. Las grandes empresas, los terratenien-

tes, los agricultores, los artesanos, los tenderos y las iglesias se sintieron desilusionados. Pero el prestigio de los principales puntos del credo nazi —nacionalismo y socialismo— era tan abrumador que esta insatisfacción no tuvo consecuencias importantes.

Sólo una cosa podía poner fin al dominio nazi: una derrota militar. El bloqueo y el bombardeo de ciudades alemanas por los aviones ingleses y norteamericanos convencerán finalmente a los alemanes de que el nazismo no es el mejor medio para traer la prosperidad a su país.

4. *El Tratado de Versalles*

Los cuatro tratados de paz de Versalles, Saint Germain, Trianon y Sèvres forman el arreglo diplomático más torpe que jamás se haya concertado y serán recordados siempre como relevantes ejemplos de fracaso político. Se proponían establecer una paz duradera, pero el resultado fue una serie de guerras menores y por último una nueva guerra mundial más terrible que la anterior. Se proponían salvaguardar la independencia de los pequeños países, y el resultado fue la desaparición de Austria, Abisinia, Albania y Checoslovaquia. Iban a asegurar al mundo la democracia, y los resultados fueron Stalin, Hitler, Mussolini, Franco y Horthy.

Sin embargo, uno de los reproches que generalmente se le hacen al tratado de Versalles carece totalmente de fundamento. La propaganda alemana consiguió convencer a la opinión pública de los países anglosajones de que los términos del tratado eran muy injustos para Alemania, de que las privaciones que impuso a los alemanes los llevaron a la desesperación y de que el nazismo y la guerra actual son fruto del mal trato impuesto a Alemania. Todo eso es completamente falso. El orden político establecido en Europa por los cuatro tratados era muy insatisfactorio. Los problemas de la Europa oriental fueron zanjados con tal descuido de las verdaderas condiciones, que

el resultado fue el caos. Pero el tratado de Versalles no fue injusto para Alemania ni sumió al pueblo alemán en la miseria. Si sus disposiciones se hubieran llevado a la práctica, Alemania no habría podido rearmarse y volver a atacar. El mal no estuvo en que el tratado fuera malo para Alemania, sino en que las potencias victoriosas le permitieron burlar sus cláusulas más importantes.

El tratado obligaba a Alemania a ceder los territorios no alemanes conquistados por Prusia y cuya mayoría de población no alemana se oponía resueltamente a la dominación alemana. El único título que Alemania tenía respecto a aquellos países era la conquista. Que al Reich se le obligara a devolver territorios de los que se habían apoderado los Hohenzollern no fue, como solían decir los propagandistas alemanes, el robo más escandaloso que jamás se haya cometido. El tema favorito de la propaganda alemana era el corredor polaco. ¿Qué habrían dicho los ingleses o los franceses, gritaban los oradores nazis, si se les hubiera cortado un trozo de su país y dividido en dos partes separadas para ceder paso a otro país? Los gritos impresionaron a la opinión pública de todo el mundo. Los propios polacos arrojaron poca luz sobre el asunto. En aquellos años estaban gobernados por una incompetente y corrompida oligarquía, y a la camarilla dirigente le faltaba vigor intelectual para combatir la propaganda alemana.

La verdad es la siguiente. En la Edad Media los Caballeros Teutónicos conquistaron el país que hoy es conocido como provincia prusiana de la Prusia oriental. Pero no consiguieron conquistar el territorio que en 1914 era la provincia prusiana de la Prusia occidental. La Prusia oriental no estaba, pues, unida al Imperio alemán. Entre los límites occidentales de la Prusia oriental y los orientales del Sacro Imperio había un trozo de tierra gobernado por los reyes de Polonia, de la que formaba parte, y que estaba habitado por polacos. Este trozo de tierra, es decir, la Prusia occidental, fue anexionado por Prusia en el primer reparto de Polonia, e importa fijarse en que esta anexión, lo mismo que la de la provincia prusiana de Posen, la hizo Prusia,

y no el Imperio alemán. Estas provincias no pertenecían ni al Sacro Imperio, que se disolvió en 1806, ni a la Confederación Germánica, que fue de 1815 a 1866 la organización política de la nación alemana. El hecho de que el rey de Prusia, en su calidad de elector-marqués de Brandeburgo y de duque de Pomerania, fuera miembro del Sacro Imperio y de la Confederación Germánica no tenía para aquellas provincias orientales más significado que el que en otro tiempo tuvo para Inglaterra el hecho de que el rey, en su calidad de elector (y después de rey) de Hannover fuera príncipe del Sacro Imperio y posteriormente miembro de la Confederación Germánica. Hasta 1866 la relación de estas provincias con Alemania era como la de Virginia o Massachusetts con Alemania entre 1714 y 1776 ó como la de Escocia entre 1714 y 1837. Eran países extranjeros gobernados por un príncipe que al mismo tiempo gobernaba un país alemán.

Fue en 1866 cuando el rey de Prusia, por su propia decisión soberana, incorporó estas provincias al *Norddeutscher Bund*, y en 1871 cuando las incorporó al *Deutsches Reich*. A los habitantes de estos países no se les pidió su conformidad. En realidad no estaban conformes. Al Reichstag alemán enviaron diputados polacos, y siempre expresaron su deseo de conservar su idioma polaco y sus tradiciones polacas, y durante cincuenta años se resistieron a todos los esfuerzos que el gobierno prusiano hizo para germanizarlos.

Cuando el tratado de Versalles restableció la independencia de Polonia y le devolvió las provincias de Posen y de Prusia occidental, no le concedió un corredor. Lo que hizo fue simplemente anular los efectos de conquistas prusianas (no alemanas) anteriores. Ni quienes elaboraron la paz ni los polacos tenían la culpa de que los Caballeros Teutónicos hubieran conquistado un territorio que no estaba unido al Reich.

El tratado de Versalles devolvió Alsacia-Lorena a Francia y el Schleswig septentrional a Dinamarca. Tampoco en estos casos robó nada a Alemania. Los habitantes de estas regiones se oponían violentamente a la dominación alemana y querían liberarse de su yugo. Alemania no tenía más que un título para

oprimir a estos pueblos: la conquista. El lógico resultado de la derrota fue tener que ceder el botín de conquistas anteriores.

La segunda disposición del tratado que se solía criticar severamente se refería a las reparaciones. Los alemanes habían devastado gran parte de Bélgica y del norte de Francia. ¿Quién había de pagar la reconstrucción de aquellas zonas? ¿Francia y Bélgica, que eran las agredidas, o Alemania, que era la agresora? ¿Los victoriosos o los derrotados? El tratado decidió que fuera Alemania.

No necesitamos analizar detalladamente el problema de las reparaciones. Nos basta con determinar si impusieron a Alemania la miseria y el hambre. Veamos la renta de Alemania y los pagos por reparaciones entre 1925 y 1930.

<i>Año per cápita en marcos</i>	<i>Renta de reparaciones per cápita en marcos</i>	<i>Pagos a título de reparaciones en porcentaje sobre la renta</i>	<i>Pagos a título</i>
1925	961	16,25	1,69
1926	997	18,30	1,84
1927	1.118	24,37	2,18
1928	1.185	30,75	2,60
1929	1.187	38,47	3,24
1930	1.092	26,10*	2,39

* Renta per cápita: *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*. Reparaciones per cápita: cifras obtenidas dividiendo por 65.000.000 los pagos por reparaciones. Como la población de Alemania fue aumentando levemente durante ese periodo, la verdadera proporción debería ser un poco menor que la indicada.

Afirmar que esos pagos la empobrecieron y la condenaron al hambre es desfigurar grotescamente los hechos. Ni siquiera en el caso de que los alemanes hubieran hecho esos pagos de su bolsillo, y no, como los hicieron, con dinero prestado por el extranjero, habrían afectado al nivel de vida de su país.

Disponemos de cifras del aumento del capital alemán entre 1925 y 1929. Los aumentos, en millones de marcos, fueron:³

1925	5.770
1926	10.123
1927	7.125
1928	7.469
1929	6.815

Desde septiembre de 1924 hasta julio de 1931 Alemania pagó en concepto de reparaciones, bajo los planes Dawes y Young, 10.821 millones de marcos. No volvió a pagar nada más. Contra esa salida, sus deudas públicas y privadas en el extranjero, originadas en el mismo periodo, importaban aproximadamente 20.500 millones de marcos, a los que se pueden añadir unos 5.000 millones de marcos de inversiones extranjeras en Alemania. Es evidente que Alemania no sufría de falta de capital. Si necesitáramos más pruebas, las tendríamos en el hecho de que en el mismo periodo invirtió en el extranjero unos 10.000 millones de marcos.⁴

No fueron las reparaciones la causa de la mala situación económica de Alemania. Pero si los aliados hubieran insistido en cobrar, habrían dificultado seriamente su rearme.

La campaña contra las reparaciones acabó en un completo chasco para los aliados y en un completo triunfo de Alemania para no pagar. Lo que pagaron lo pagaron contrayendo deudas exteriores que luego repudiaron, con lo que toda la carga recayó sobre los extranjeros.

Respecto a las posibles reparaciones futuras, importa mucho conocer las causas fundamentales del fracaso anterior. Los aliados se vieron desde el principio de las negociaciones con el

³ «Zuwachs an bereitgestelltem Geldkapital», en *Vierteljahrshäfte für Konjunkturforschung*, número especial 22 (Berlín 1931), p. 29.

⁴ Stolper, *German Economy 1870-1940* (Nueva York 1940), p. 179.

lastre de su adhesión a las falsas doctrinas monetarias de los economistas partidarios del estatismo de nuestro tiempo. Estaban convencidos de que las reparaciones representaban un peligro para el mantenimiento de la estabilidad monetaria en Alemania y de que Alemania no podría pagar mientras no tuviera una favorable balanza comercial. Les preocupaba un falso problema de «transferencias». Estaban dispuestos a aceptar la tesis alemana de que los pagos «políticos» producen efectos radicalmente distintos de los pagos originados por transacciones comerciales. Y esa maraña de falacias mercantilistas los llevó a no fijar en el Tratado de Paz el importe de la deuda, reservando la decisión a negociaciones posteriores, y además los indujo a estipular pagos en especie, a insertar la cláusula de «protección de transferencias» y por último a acceder, en julio de 1931, a la moratoria Hoover y a cancelar todos los pagos en concepto de reparaciones.

La verdad es que el mantenimiento de la estabilidad monetaria y de un sólido sistema monetario no tiene nada que ver con la balanza de pagos ni con la comercial. No hay más que una cosa que ponga en peligro la estabilidad monetaria: la inflación. El país que no emite cantidades adicionales de papel moneda ni expande el crédito no tendrá problemas monetarios. El pago de reparaciones no exige el requisito previo de contar con un exceso de la exportación sobre la importación. La causación es más bien la inversa. El hecho de que una nación efectúe esos pagos genera la tendencia a crear un tal exceso de exportaciones. El problema de las «transferencias» no existe. Si el gobierno alemán recauda por medio de impuestos la cantidad necesaria para los pagos (en marcos), cada contribuyente deberá reducir correlativamente su consumo de productos alemanes o importados. En el segundo caso, se dispone de las divisas extranjeras que de otra manera se hubieran utilizado en la compra de artículos importados. En el primero, bajan los precios de los artículos nacionales, lo que producirá una tendencia a aumentar la exportación y por lo tanto la cantidad de divisas extranjeras. De esta manera, la recaudación interior de los mar-

cos necesarios para el pago proporciona automáticamente la cantidad de divisas extranjeras necesarias para la transferencia. Nada de esto depende en absoluto de que los pagos sean «políticos» o comerciales.

Cierto que el pago de las reparaciones habría perjudicado al contribuyente alemán. Le habría obligado a reducir el consumo. Cualesquiera que fueran las circunstancias, alguien tenía que pagar los daños. Lo que no pagaran los agresores tenían que pagarlo las víctimas de la agresión. Pero nadie compadecía a las víctimas mientras cientos de escritores y políticos derramaban en todo el mundo lágrimas —de cocodrilo y también lágrimas verdaderas— por los alemanes.

Quizá hubiera sido más sensato políticamente elegir otro método de fijar la cantidad que debía pagar Alemania. Se pudo haber establecido una relación fija, por ejemplo, entre la cantidad pagadera anualmente y la que Alemania destinara en el futuro al rearme. Por cada marco gastado en el ejército y en la marina se le pudo haber fijado un múltiplo en concepto de cuota de reparaciones. Pero ningún plan podía resultar eficaz mientras los aliados estuvieran bajo el hechizo de las falacias mercantilistas.

La afluencia de los pagos alemanes hizo fatalmente que los países perceptores tuvieran una balanza comercial «desfavorable». Sus importaciones superaban a sus exportaciones porque cobraban las reparaciones, cosa que, desde el punto de vista de las falacias mercantilistas, produjo un efecto alarmante. Los aliados manifestaron inmediatamente deseos de que Alemania les pagara y al mismo tiempo no les pagara. No sabían realmente lo que querían. Pero los alemanes sabían en cambio muy bien lo que *ellos* querían. No querían pagar.

Alemania se quejó de que las barreras comerciales de los demás países le hacían más onerosos los pagos. La queja tenía sus buenas razones. Los alemanes habrían tenido razón si hubieran intentado obtener con un aumento de las exportaciones los medios necesarios para pagar. Pero lo que pagaban en dinero lo obtenían mediante préstamos del extranjero.

Los aliados estaban tan equivocados que la culpa del fracaso de las cláusulas de reparaciones del tratado se la echaban a los alemanes. Debieron habérsela echado a sus propios prejuicios mercantilistas. Las cláusulas no habrían fracasado si entre los aliados hubiera habido un número suficiente de intelectuales influyentes que hubiesen sabido refutar las objeciones suscitadas por los nacionalistas alemanes.

Los observadores extranjeros se equivocaron de arriba abajo al interpretar el papel que el tratado de Versalles desempeñó en la agitación nazi. El núcleo de su propaganda no fue la injusticia del tratado, sino la leyenda de «la puñalada por la espalda». Somos, solían decir, el pueblo más poderoso de Europa y hasta del mundo. La guerra ha demostrado de nuevo nuestra invencibilidad. Si quisiéramos, podríamos derrotar a todos los demás países, pero los judíos nos han dado una puñalada por la espalda. Los nazis no mencionaban el tratado más que para demostrar toda la villanía de los judíos.

«A nuestro país, que era el victorioso —solían decir, le ha obligado a rendirse el crimen de noviembre. Nuestro gobierno paga reparaciones aunque no haya nadie lo bastante fuerte para obligarnos a pagarlas. Nuestros dirigentes judíos y marxistas aceptan las cláusulas de desarme porque quieren que paguemos ese dinero al judaísmo mundial.» Hitler no combatió el tratado. Combatió a los alemanes que votaron en el parlamento su aprobación y que se oponían a violarlo unilateralmente. Porque los nacionalistas opinaban que lo de que Alemania era lo bastante fuerte para anular el tratado había quedado probado con la leyenda de «la puñalada por la espalda».

Muchos críticos del tratado de Versalles, tanto aliados como neutrales, solían decir que había sido una equivocación permitir que Alemania tuviera motivos de agravio, en lo que se equivocaban. Aunque el tratado no hubiera tocado al territorio europeo de Alemania, aunque no le hubiera obligado a entregar las colonias, aunque no hubiera impuesto el pago de reparaciones y la limitación de su armamento, no se hubiese podido evitar una nueva guerra. Los nacionalistas alemanes estaban

resueltos a conquistar más «espacio vital». Querían conseguir la autarquía. Estaban convencidos de que las perspectivas de victoria militar eran excelentes. Su agresivo nacionalismo no fue consecuencia del tratado de Versalles. Los agravios de los nazis tenían que ver poco con él. Tenían que ver con el «espacio vital».

Se ha comparado frecuentemente el tratado de Versalles con los de los años 1814 y 1815. El sistema de Viena logró que en Europa hubiera paz durante muchos años. Al parecer, el generoso trato dispensado a los franceses derrotados impidió que Francia planeara guerras de revancha. Y se afirma que si los aliados hubieran tratado a los alemanes de una manera parecida, los resultados habrían sido mejores.

Francia era hace siglo y medio la primera potencia de la Europa continental. Su población, su riqueza, su civilización, su eficiencia militar eclipsaban a los demás países. Si los franceses de aquel tiempo hubieran sido nacionalistas en el sentido moderno, habrían tenido la posibilidad de dominar el continente durante algún tiempo. Pero el nacionalismo les era ajeno a los franceses del periodo revolucionario. Eran, ciertamente, chovinistas. Se enorgullecían de su libertad recién adquirida. Creían que tenían el deber de ayudar a otros países en su lucha contra la tiranía. Eran chovinistas, patriotas y revolucionarios. Pero no eran nacionalistas. No tenían deseos de conquista. No empezaron ellos la guerra, sino que les atacaron unos reyes extranjeros, derrotaron a los invasores y fue entonces cuando unos generales ambiciosos, el primero de los cuales era Napoleón, los empujaron a la expansión territorial. Al principio les pareció bien, pero poco a poco fueron resistiéndose y comprendieron que se estaban desangrando por la familia Bonaparte. Después de Waterloo se sintieron aliviados. Ya no tendrían que preocuparse de lo que sería de sus hijos. Pocos franceses se quejaron de la pérdida de Renania, de los Países Bajos o de Italia. Ningún francés lloró porque José dejara de ser rey de España o Jerónimo rey de Westfalia. Austerlitz y Jena se convirtieron en recuerdos históricos. El ciudadano francés se sentía halagado

por la poesía que ensalzaba al Emperador y sus batallas, pero no tenía ninguna gana de subyugar a Europa.

Posteriormente, los acontecimientos de junio de 1848 atrajeron la atención hacia el sobrino del Emperador. Muchos esperaban que resolviera los nuevos problemas internos como había resuelto su tío los de la primera revolución. No hay duda de que el tercer Napoleón debió su popularidad únicamente a la gloria de su tío. Nadie le conocía en Francia ni él conocía a nadie. Había visto el país a través de los barrotes de la cárcel y hablaba francés con acento alemán. No era más que el sobrino, el heredero de un gran nombre; nada más. Los franceses no le elogiaron, indudablemente, porque querían volver a guerrear. Los atrajo convenciéndoles de que con él tendrían paz. El lema de su propaganda era: el imperio significa paz. Sebastopol y Solferino no le ganaron popularidad, sino que más bien le perjudicaron. Víctor Hugo, paladín literario de la gloria del primer Napoleón, vilipendió implacablemente a su sucesor.

La obra del Congreso de Viena pudo durar porque Europa amaba la paz y entendía que la guerra era un mal. La obra de Versalles estaba condenada a fracasar en esta época de nacionalismo agresivo.

Lo que intentó conseguir realmente el tratado de Versalles estaba contenido en sus cláusulas militares. La restricción de la fuerza militar alemana y la desmilitarización de la zona del Rin no perjudicaron a Alemania, porque ninguna nación se atrevía a atacarla. Pero habrían podido capacitar a Francia e Inglaterra para impedir una nueva agresión alemana si hubieran estado seriamente dispuestas a impedirlo. No tiene el tratado la culpa de que las naciones victoriosas no intentaran llevar a la práctica sus disposiciones.

5. La depresión económica

La gran inflación alemana fue resultado de las doctrinas monetarias de los socialistas de cátedra y tuvo poco que ver con el

curso de los acontecimientos militares y políticos. El autor de este libro la predijo en 1912, y el economista norteamericano B.M. Anderson confirmó en 1917 la predicción. Pero la mayoría de las personas que entre 1914 y 1923 estaban en situación de influir en la política monetaria y bancaria de Alemania, y todos los periodistas, escritores y políticos que se ocupaban de estos problemas, discurrían en el engaño de que la cantidad de billetes de banco no afecta al precio de los artículos de primera necesidad ni a los cambios de moneda extranjera, y culpaban de la subida de precios al bloqueo y a los especuladores, y de la subida de los tipos de cambio a la desfavorable balanza de pagos. Ninguno de ellos levantó un dedo para contener la inflación. Como todos los partidos inflacionistas, sólo querían combatir las indeseables pero inevitables consecuencias de la inflación, es decir, la subida de los precios. Su ignorancia de los problemas económicos les empujaba hacia el control de precios y las restricciones en los cambios de moneda extranjera. Nunca lograron comprender por qué fallaron sus tentativas. La inflación no fue un acto de Dios ni una consecuencia del tratado de Versalles. Fue la aplicación práctica de las mismas ideas estadísticas que habían engendrado el nacionalismo. Todos los partidos políticos alemanes tuvieron parte de culpa en ella, pues todos se aferraron al error de que la devaluación de la moneda se debía, no a la expansión del crédito bancario, sino a la desfavorable balanza de pagos.

La inflación empobreció a la clase media. Las víctimas se unieron a Hitler, pero no porque sufrían, sino porque creían que el nazismo les iba a aliviar. El hecho de que un hombre sufra de mala digestión no explica por qué consulta a un curandero; le consulta porque cree que le curará. Si opinara de otra manera, acudiría a un médico. La mala situación de Alemania no justifica, pues, el éxito del nazismo. Había otros partidos, el socialdemócrata y el comunista, por ejemplo, que recomendaban sus propias medicinas.

A Alemania le afectó la gran depresión de 1929 en adelante, pero no más que a otros países. Al contrario. En los años de la

depresión los precios de los géneros alimenticios y de las materias primas que Alemania importaba bajaron más que los de los productos terminados que exportaba.

La depresión debió haber producido un descenso de los salarios. Pero como los sindicatos no permitieron que bajaran, el paro aumentó. Tanto los social-demócratas como los comunistas confiaban en que el aumento del paro les favorecería. Pero obró a favor del nazismo. La gran depresión fue internacional. Sólo en Alemania, sin embargo, trajo el triunfo de un partido que, como panacea, recomendaba el rearme y la guerra.

6. *El nazismo y los trabajadores alemanes*

A los escritores que han analizado los problemas del nazismo les ha intrigado el siguiente enigma: en Alemania había muchos millones de afiliados a los partidos social-demócrata y del Centro católico y que a la vez eran miembros de los sindicatos dirigidos por esos partidos. ¿Cómo pudieron los nazis imponerse a esas masas de resueltos adversarios y establecer su sistema totalitario? ¿Es que de la noche a la mañana cambiaron de modo de pensar? ¿O eran unos cobardes que se sometieron al terror de las tropas de asalto y se resignaron a esperar el día de la redención? ¿Son marxistas todavía los obreros alemanes? ¿Apoyan sinceramente al nazismo?

Al plantear de esa manera el problema se comete un error fundamental. La gente parte de la gratuita suposición de que los miembros de los diversos clubs políticos y sindicatos eran social-demócratas, comunistas y centristas convencidos y aprobaban plenamente los principios y programas de sus dirigentes. No se tiene generalmente en cuenta que el pertenecer a un partido o a un sindicato era virtualmente obligatorio. Aunque en la Alemania de Weimar el sistema de afiliación obligatoria a un único sindicato no se llevó a los extremos a que hoy se ha llegado con el nazismo, se fue sin embargo bastante lejos. En la mayor parte de Alemania y en la mayoría de los sectores de

producción alemana le era prácticamente imposible a un trabajador quedarse fuera de los grandes grupos sindicales. Si buscaba trabajo o no quería que lo despidieran, o si pretendía el subsidio de paro, tenía que afiliarse a uno de los sindicatos, que ejercían una presión económica y política a la cual todos tenían que someterse. Afiliarse a un sindicato vino a ser prácticamente, para el trabajador, una cosa de rutina, y si se afiliaba era por hacer lo que hacía todo el mundo y porque era peligroso no afiliarse. No le incumbía averiguar cuál era la *Weltanschauung* de su sindicato. Tampoco los burócratas del sindicato se preocupaban de los principios de los afiliados. Lo único que querían era atraer al sindicato a cuantos fuera posible.

Estos millones de trabajadores organizados estaban obligados a aprobar de palabra las doctrinas de sus partidos, a votar a los candidatos del partido para diputados y cargos del sindicato, a suscribirse a los diarios del partido y a evitar criticar públicamente su política. Pero la experiencia diaria les probaba, sin embargo, que algo iba mal. Cada día se enteraban de que los países extranjeros imponían nuevas barreras comerciales a los productos alemanes, es decir, a los productos de su trabajo y fatiga. Como los sindicatos, con pocas excepciones, no estaban dispuestos a aprobar la rebaja de salarios, cada nueva barrera comercial producía un aumento del paro, y los trabajadores perdían confianza en los marxistas y en los centristas. Se dieron cuenta de que estos hombres no sabían cómo afrontar sus problemas y de que lo único que hacían era acusar al capitalismo. El trabajador alemán era radicalmente hostil al capitalismo, pero las denuncias contra él le parecían insatisfactorias en aquellas circunstancias. No podía esperar que la producción se mantuviera mientras se redujera la exportación, y empezó a interesarse por los argumentos nazis. Tales son las consecuencias, le decían los nazis, de nuestra desdichada dependencia de los mercados extranjeros y de los caprichos de los gobiernos extranjeros. Alemania está condenada si no logra conquistar más espacio y llega a bastarse a sí misma. Todos los esfuerzos para mejorar la condición del trabajador son vanos mientras nos veamos redu-

cidos a servir de esclavos asalariados de capitalistas extranjeros. Estas palabras impresionaban a los trabajadores. No desertaban de sus sindicatos ni de sus clubs de partido, pues eso les hubiera podido traer serias consecuencias. Por miedo o por inercia, siguieron votando a los social-demócratas, a los comunistas o a los centristas. Pero se volvieron indiferentes tanto al socialismo marxista como al católico y empezaron a simpatizar con el nacional-socialismo. Desde antes de 1923 las filas de los sindicatos alemanes estaban ya llenas de trabajadores que simpatizaban en secreto con los nazis. A los trabajadores alemanes no le perturbó gran cosa que los nazis acabaran incorporando a la fuerza a todos los afiliados a los sindicatos al Frente del Trabajo. Se volvieron hacia el nazismo porque los nazis tenían un programa que trataba su problema más urgente: las barreras comerciales extranjeras. Los demás partidos carecían de ese programa.

El despido de los impopulares funcionarios de los sindicatos no agradó a los trabajadores menos que las humillaciones que infligieron los nazis a los empresarios y gerentes de empresas. Los propietarios se vieron reducidos a la condición de gerentes. Los obreros se regocijaron de las desdichas de sus patronos. Fueron ellos quienes triunfaron cuando sus patronos, echando espumarajos de rabia, tuvieron que desfilar con ellos en los solemnes desfiles oficiales. El verlos así fue un bálsamo para sus corazones.

Luego vino el boom del rearme. Ya no hubo parados. Pronto empezó a escasear la mano de obra. Los nazis consiguieron resolver un problema que los social-demócratas no habían podido dominar. Los trabajadores exultaban.

Es posible que ya entonces se dieran cuenta de la otra cara de la medalla. Ahora están desilusionados.⁵ Los nazis no los han

⁵Sin embargo, todavía el 6 de octubre de 1941 *The Times* de Londres publicaba una información de Moscú, según la cual los interrogatorios de los prisioneros alemanes hechos por los rusos probaban que la mayoría de los obreros especializados seguían apoyando firmemente al nazismo, especialmente los comprendidos entre los 25 y 35 años, así como los del Ruhr y otros antiguos centros industriales.

llevado a la tierra que mana leche y miel. En el desierto de las tarjetas de racionamiento van floreciendo las semillas del comunismo. El Frente del Trabajo se hundirá el día de la derrota como se hundieron los sindicatos marxistas y católicos en 1933.

7. *Las críticas extranjeras al nazismo*

Hitler y su camarilla conquistaron Alemania por la violencia, por el asesinato y por el crimen. Pero las doctrinas del nazismo se habían apoderado del espíritu alemán mucho antes. Fue la persuasión, no la violencia, la que convirtió a la inmensa mayoría de la nación a los principios del nacionalismo militante. Si Hitler no hubiera conseguido ganar la carrera de la dictadura, la habría ganado algún otro. Los aspirantes a quienes tuvo que eclipsar fueron muchos: Kapp, el general Ludendorff, el capitán Ehrhardt, el mayor Papst, Forstrat Escherich, Strasser y muchos más. Hitler carecía de escrúpulos y pudo, por lo tanto, derrotar a competidores más cultos y más escrupulosos que él.

El nazismo conquistó Alemania porque nunca encontró la adecuada resistencia intelectual. Habría conquistado todo el mundo si, tras la caída de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos no hubieran comenzado a combatirlo en serio.

La crítica actual al programa nazi no ha conseguido servir a ese propósito. La gente se ocupaba de los meros accesorios de la doctrina nazi, pero no llegó a discutir plenamente los principios nacional-socialistas. La razón es obvia. *Los principios fundamentales de la ideología nazi no difieren de las ideologías sociales y económicas generalmente aceptadas.* La diferencia concierne únicamente a la aplicación de dichas ideologías a los especiales problemas de Alemania.

Estos son los dogmas de la ortodoxia «no ortodoxa» actual:

1. El capitalismo es un sistema de explotación injusto. Perjudica a la inmensa mayoría para favorecer a una pequeña minoría. La propiedad privada de los medios de producción dificulta el empleo de los recursos naturales y

- de los adelantos técnicos. Los beneficios y los intereses son tributos que las masas se ven obligadas a pagar a una clase de parásitos ociosos. El capitalismo es la causa de la guerra y debe desembocar en la guerra.
2. El primer deber de un gobierno popular consiste, pues, en sustituir la gestión de los capitalistas y empresarios por el control gubernamental de la actividad económica.
 3. Los precios máximos y los salarios mínimos, impuestos directamente por la administración pública o indirectamente dejando manos libres a los sindicatos, son medios adecuados para mejorar la suerte del consumidor y elevar permanentemente el nivel de vida de todos los asalariados, y pasos hacia la total emancipación de las masas (con el establecimiento final del socialismo) del yugo del capital. (Incidentalmente debemos decir que Marx se opuso violentamente en sus últimos años a estas proposiciones. El marxismo de hoy las aprueba, sin embargo, plenamente.)
 4. La política monetaria generosa, es decir, la expansión del crédito, constituye un método útil para aliviar las cargas impuestas por el capital a las masas y traer la prosperidad al país. No tiene nada que ver con la periódica aparición de las depresiones económicas. Las crisis económicas son males inherentes al capitalismo sin trabas.
 5. Todos los que niegan las anteriores manifestaciones y afirman que el capitalismo sirve mejor a las masas y que el único modo efectivo de mejorar permanentemente la condición económica de todas las capas sociales es la progresiva acumulación de nuevos capitales, son unos mal intencionados defensores de los intereses egoístas de la clase explotadora. No se puede ni hablar de volver al *laissez faire*, al libre cambio, al patrón oro y a la libertad económica. Afortunadamente, la humanidad no volverá nunca a las ideas y principios políticos del siglo XIX ni al periodo de la reina Victoria. (Digamos entre parén-

tesis que tanto el marxismo como el sindicalismo tienen los mejores derechos a los epítetos de «decimonónico» y «victoriano».)

6. Las ventajas que se derivan del comercio exterior radican exclusivamente en la exportación. Las importaciones perjudican y hay que restringirlas todo lo posible. La situación más feliz en que una nación puede encontrarse es la de no necesidad de importar. (Los «progresistas», es cierto, no se entusiasman con este dogma y a veces hasta lo rechazan como un error nacionalista; sin embargo, en sus acciones se inspiran en él.)

Respecto a esos dogmas no hay diferencia entre los liberales ingleses de hoy y el partido laborista inglés, por una parte, y los nazis por otra. No importa que los ingleses digan que estos principios son fruto del liberalismo y de la democracia económica mientras los nazis, con más fundamento, los califican de antiliberales y antidemocráticos. No tiene más importancia el que en Alemania no se le permita a nadie disentir mientras en Inglaterra se limitan a burlarse del que disiente y a llamarle tonto.

No necesitamos ponernos a refutar aquí las falacias de estos seis dogmas. Es tarea que incumbe a los tratados que exponen los problemas fundamentales de la teoría económica, tarea que está todavía por hacer. Necesitamos, sin embargo, recalcar que la persona a quien le falte valor o penetración para atacar estos principios no está en situación de apreciar los fallos en las conclusiones que de ellos sacan los nazis. También los nazis desean que el gobierno controle la vida económica. También los nazis aspiran a la autarquía para su país. El rasgo característico de su política es que se niegan a aceptar las desventajas que les procuraría la aplicación del mismo sistema en otros países. No están dispuestos a quedar «encarcelados», como dicen, en un territorio relativamente sobrepoblado donde la productividad del trabajo es menor que en otros países.

Tanto los adversarios alemanes del nazismo como los extranjeros han sido derrotados en la batalla intelectual contra él por

haberse quedado enredados en el mismo dogmatismo intransigente e intolerante. Las izquierdas inglesas y los progresistas norteamericanos aspiran a que la vida económica de sus respectivos países esté totalmente controlada y admiran los métodos soviéticos de gestión económica. Al rechazar el totalitarismo alemán se contradicen. Los intelectuales alemanes vieron en el abandono del patrón oro y del libre cambio por parte de Inglaterra la superioridad de las doctrinas y métodos alemanes. Ahora ven que los anglosajones imitan en casi todos los aspectos su sistema de gestión económica y oyen que eminentes ciudadanos de estos países manifiestan que sus naciones seguirán esa misma política en la postguerra. ¿Por qué, en vista de todo ello, no han de estar los nazis convencidos de que fueron ellos los iniciadores de un nuevo y mejor orden social y económico?

Los jefes del partido nazi y de sus tropas de asalto son unos pistoleros sádicos. Pero los intelectuales y los trabajadores alemanes han tolerado su gobierno porque estaban conformes con las bases sociales y económicas y con las doctrinas políticas del nazismo. Quien antes de que estallara la guerra actual y para evitarla (no simplemente para expulsar al hampa que ejerce el poder en la Alemania de hoy) hubiera querido combatir el nazismo como tal, habría tenido que empezar por hacer cambiar de mentalidad al pueblo alemán, lo que no estaba al alcance de los defensores del estatismo.

Es inútil buscar contradicciones e inconsecuencias en las doctrinas nazis. Se contradicen y son inconsecuentes, pero sus defectos fundamentales son comunes a todos los tipos del estatismo actual.

Una de las objeciones que más comúnmente se formulan contra los nazis es la supuesta inconsecuencia de su política demográfica. Es una contradicción, se solía decir, quejarse por un lado de la relativa superpoblación de Alemania y pedir más «espacio vital» y procurar, por otro, que aumente la natalidad. Pero a los ojos de los nazis no había inconsecuencia en esas actitudes. El único remedio que conocían para el mal de la superpoblación estaba en el hecho de que los alemanes eran suficien-

tes para lanzarse a una guerra de conquista de más espacio, mientras los países pequeños que sufrían el mismo mal eran demasiado débiles para salvarse. Cuantos más soldados pudiera Alemania reclutar, más fácil le sería al país curarse del mal de la superpoblación. La doctrina subyacente era falsa, pero quien no la atacara en conjunto no podía encontrar convincentemente defectos al esfuerzo de crear la mayor cantidad posible de carne de cañón.

Una de las razones por las cuales impresionaban poco las objeciones formuladas contra el despotismo nazi y las atrocidades que cometían es que la mayoría de los mismos críticos se inclinaban a excusar los métodos soviéticos. De ahí que los nacionalistas alemanes pudieran decir que los críticos, tanto los alemanes como los extranjeros, eran injustos con los nazis cuando les acusaban de prácticas que en los rusos juzgaban con más suavidad. Y cuando los anglosajones atacaban sus doctrinas raciales, les llamaban hipócritas y farsantes. ¿Es que los ingleses y los norteamericanos, replicaban, observan el principio de la igualdad de todas las razas?

Los críticos extranjeros condenan el sistema nazi como capitalista. En estos tiempos de fanático anticapitalismo y de entusiástico apoyo al socialismo no hay reproche que parezca desacreditar más a un gobierno ante la opinión de moda que el calificativo de pro-capitalista. Pero esta acusación contra los nazis es infundada. Ya hemos visto anteriormente que la *Zwangswirtschaft* es un sistema socialista de control total de la vida económica.

Cierto que todavía hay beneficios particulares en Alemania. Algunas empresas ganan mucho más que en los últimos años del régimen de Weimar. Pero este hecho tiene un significado muy distinto del que creen los críticos. En Alemania hay un estricto control de los gastos particulares. Ningún capitalista o empresario (gerente de empresa) alemán ni ninguna otra persona puede gastar en bienes de consumo más que la cantidad de dinero que el gobierno considera adecuada a su categoría y posición en el servicio del país. El excedente debe ser deposi-

tado en los bancos o invertido en valores oficiales o de compañías alemanas totalmente controladas por el gobierno. Ocultar dinero o billetes de banco está estrictamente prohibido y castigado como alta traición. Desde antes de la guerra no se importaban artículos de lujo, y su producción interna ha cesado ya. Nadie puede comprar más víveres ni ropas que las que le correspondan en el racionamiento. Los alquileres de las casas han quedado congelados. No se pueden comprar muebles ni artículos semejantes. No se permite viajar al extranjero más que en misiones oficiales. Hasta hace poco, se concedía una pequeña cantidad de divisas extranjeras a los turistas que querían irse de vacaciones a Suiza o a Italia. El gobierno nazi no deseaba enojar a sus amigos italianos prohibiéndoles a los alemanes ir a Italia. El caso de Suiza era distinto. El gobierno suizo, accediendo a requerimientos de una de las ramas más importantes de su sistema económico, insistió en que parte del pago de las exportaciones alemanas a Suiza fuera compensado por los gastos de los turistas alemanes. Como el importe total de las exportaciones alemanas a Suiza y de las exportaciones suizas a Alemania estaba fijado por un convenio bilateral de cambio, a Alemania no le importaba la forma en que Suiza distribuyera el excedente. La suma concedida a los turistas alemanes que iban a Suiza era deducida de la destinada al pago de las deudas alemanas a los bancos suizos. Los accionistas de los bancos suizos pagaban así los gastos de los turistas alemanes.

Las compañías alemanas no pueden distribuir libremente sus beneficios entre los accionistas. El importe de los dividendos está estrictamente limitado con arreglo a una técnica legal muy complicada. Se ha dicho que eso no es un freno serio, ya que las compañías pueden inflar artificialmente el capital. Esto es un error. Sólo pueden aumentar su capital nominal con los beneficios obtenidos, declarados y gravados como tales en años anteriores pero no distribuidos entre los accionistas.

Como el consumo particular está estrictamente limitado y controlado por el gobierno, y como hay que invertir la renta no consumida, lo que virtualmente significa que hay que prestarla

al gobierno, los grandes beneficios no constituyen más que un sutil método de tributación. El consumidor tiene que pagar precios altos y los negocios son nominalmente provechosos. Pero cuantos más beneficios se obtengan, más se hinchan los fondos del gobierno, que los obtiene por medio de impuestos o de préstamos que todo el mundo sabe que un día no serán reconocidos. Las empresas alemanas no han estado en muchos años en situación de renovar sus equipos. A fin de año el activo de las compañías y de los comerciantes particulares consistirá principalmente en maquinaria gastada y en unas cuantas dudosas reclamaciones al gobierno. La Alemania en guerra vive de su capital, es decir, del capital que nominal y aparentemente pertenece a los capitalistas.

Los nazis interpretan la actitud de otros países respecto al problema de las materias primas como un reconocimiento de la justicia de sus reclamaciones. La Sociedad de Naciones ha declarado que el presente estado de cosas es insatisfactorio y perjudica a las naciones que se definen como *have nots*. El cuarto punto de la Declaración Atlántica de 14 de agosto de 1941, en que los jefes de los gobiernos del Reino Unido y de los Estados Unidos dan a conocer «ciertos principios comunes a la política nacional de sus respectivos países, principios en que basan sus esperanzas de un futuro mejor para el mundo», reza así: «Procurarán, respetando debidamente las obligaciones que actualmente tienen, que todos los países, grandes o pequeños, victoriosos o derrotados, tengan acceso, en igualdad de condiciones, al comercio y a las primeras materias del mundo que necesitan para su prosperidad económica.»

En una guerra mundial la Iglesia católica está por encima de los contendientes. En los dos campos hay católicos. El Papa está en situación de ver imparcialmente el conflicto. A los ojos de los nazis tuvo, pues, mucha importancia que el Papa descubriera las causas fundamentales de la guerra en «ese frío y calculado egoísmo que tiende a acumular recursos económicos y materiales destinados para el uso de todos, hasta el punto de que a las naciones menos favorecidas por la naturaleza se les niega el

acceso a ellos» y añadiera que «reconocía la necesidad de la participación de todos en las riquezas naturales de la tierra, incluso de los países que en el cumplimiento de este principio pertenecen a la categoría de los que dan y no a la de los que *reciben*.⁶

Bueno, dicen los nazis, todo el mundo reconoce que nuestras quejas son razonables. Además, añaden, en este mundo que busca la autarquía de las naciones totalitarias, la única manera de satisfacerlas consiste en redistribuir la soberanía territorial.

Se argüía a menudo que los peligros de la autarquía que temían los nazis estaban todavía lejanos, que Alemania podía todavía extender su comercio de exportación y que su renta per cápita seguía aumentando. Pero estas objeciones no impresionaron a los alemanes, que querían realizar la igualdad económica, es decir, la productividad de la mano de obra alemana a tanta altura como cualquier otra nación. También los asalariados de los países anglosajones, objetaban, gozan de un nivel de vida mucho más alto que en el pasado, y, sin embargo, los «progresistas» no consideran que eso sea una justificación del capitalismo, sino que aprueban la demanda de elevar los salarios y la abolición del sistema salarial. Es injusto, decían los nazis, oponerse a las aspiraciones alemanas cuando nadie se opone a las de los trabajadores anglosajones.

El argumento más débil formulado contra la doctrina nazi era el eslogan de los pacifistas: «la guerra no resuelve nada». Porque no se puede negar que el presente estado de soberanía territorial y de organización política es fruto de guerras del pasado. La espada liberó a Francia del dominio de los reyes ingleses e hizo de ella una nación independiente, convirtió a América y a Australia en países de hombres blancos y aseguró la autonomía de las repúblicas americanas. Batallas sangrientas hicieron de Francia y de Bélgica países predominantemente católicos, y de la Alemania septentrional y de los Países Bajos países

⁶ Discurso radiofónico de Navidad. *New York Times*, 25 de diciembre de 1941.

predominantemente protestantes. Guerras civiles salvaguardaron la unidad de los Estados Unidos y de Suiza.

Contra los planes de agresión alemana se habrían podido formular dos objeciones eficaces e irrefutables. Una, que los propios alemanes han contribuido todo lo posible al estado de cosas que les parece tan deplorable. Otra, que la guerra es incompatible con la división del trabajo. Pero los «progresistas» y los nacionalistas no estaban en situación de desafiar al nazismo en este terreno. A ellos mismos no les preocupaba el mantenimiento de la división internacional del trabajo; ellos mismos propiciaban el control gubernamental de la economía que debe llevar necesariamente al proteccionismo y finalmente a la autarquía.

Las falaces doctrinas del nazismo no pueden resistir la crítica de la ciencia económica sólida hoy denigrada como ortodoxa. Pero quien se aferra a los dogmas del neo-mercantilismo popular y propugna el control gubernamental de la economía no puede refutarlas. La «no ortodoxia» fabiana y keynesiana dio por resultado una confusa aceptación de los principios del nazismo. Su aplicación a la política práctica frustró todos los esfuerzos en pro de un frente común de las naciones amenazadas por las aspiraciones del nazismo.

10. *El nazismo como problema mundial*

1. *Ámbito y limitaciones de la historia*

La tarea de la investigación histórica consiste en retroceder desde los acontecimientos históricos hasta sus fuentes. El historiador debe demostrar cómo de unas previas condiciones naturales y sociales resultó una determinada situación histórica y cómo las acciones humanas y los acontecimientos que escapan al control del hombre transformaron un previo estado de cosas en un estado de cosas subsiguiente. Pero esta retrospectión analítica no se puede llevar hasta el infinito. Tarde o temprano, la historia llega a un punto en que sus métodos interpretativos dejan de servir, y entonces el historiador sólo puede establecer que hubo un factor que produjo lo que resultó. La manera habitual de expresarlo consiste en hablar de algo individual o único.

Lo mismo ocurre, esencialmente, en las ciencias naturales. También ellas llegan tarde o temprano a un punto que deben tomar simplemente como dato de la experiencia, como el dato. Su campo está en la interpretación (o, como antes preferían decir, en la explicación) de los cambios como resultado de fuerzas que operan en todo el universo. Cada hecho lo retrotraen a hechos anteriores, y nos muestran que a , b y n son resultado de x . Pero hay algunas x que, al menos en nuestro tiempo, no pueden ser retrotraídas a otras fuentes. Es posible que las futuras generaciones logren llevar más atrás los límites de nuestro conocimiento. Pero no hay duda de que siempre quedará algo a lo que no se le pueda encontrar fuentes.

La mente humana no es capaz de captar coherentemente el significado de un concepto como el de la última causa de todas las cosas. Las ciencias naturales no irán nunca más allá de establecer unos cuantos factores últimos a los cuales no se les encuentran orígenes, fuentes o causas.

El término individualidad tal como lo usan los historiadores significa: nos encontramos aquí frente a un hecho al que no se le puede encontrar origen en otros factores. No proporciona una interpretación ni una explicación. Establece, por el contrario, que nos vemos ante un dato inexplicable de la experiencia histórica. ¿Por qué cruzó César el Rubicón? Los historiadores pueden brindarnos varios motivos que pudieron haber influido en la decisión de César, pero no pueden negar que hubiera sido posible cualquier otra. Quizá Cicerón o Bruto, en una situación semejante, hubieran actuado de otra manera. La única respuesta correcta es: cruzó el Rubicón porque era César.

Es engañoso explicar la conducta de un hombre o de unos hombres aludiendo a su carácter. El concepto de carácter equivale al de individualidad. Lo que llamamos carácter de un hombre o de un grupo es la totalidad de lo que sabemos de su conducta. Si se hubieran portado de otra manera, nuestra noción de su carácter sería distinta. Es un error explicar el hecho de que Napoleón se autoproclara emperador y tratara insensatamente de introducirse en el círculo de las viejas dinastías europeas como resultado de su carácter. De la misma manera, si no hubiera sustituido su vitalicia dignidad consular por su condición de emperador, si no se hubiera casado con una archiduquesa, habríamos tenido también que decir que era por rasgos peculiares de su carácter. La referencia al carácter no explica más que la famosa explicación del efecto soporífico del opio en la frase: *virtus dormitiva qui facit sensus assupire*.

Es, pues, inútil esperar ayuda de la psicología, sea psicología individual, sea psicología de masas. La psicología no nos lleva más allá de los límites fijados en el concepto de la individualidad. No explica por qué la traición amorosa lleva a unos a la dipsomanía, a otros al suicidio y a otros a escribir malos ver-

sos, mientras inspiró a Petrarca y a Goethe poemas inmortales y a Beethoven una música divina. La clasificación de los hombres según varios tipos de carácter no es muy útil. Los clasifica según su conducta y luego cree haber encontrado una explicación deduciendo la conducta de esa clasificación. Además, cada individuo o grupo tiene rasgos que no encajan en el lecho de Procusto de la clasificación.

Tampoco la fisiología soluciona el problema. La fisiología no puede explicar por qué unos hechos y circunstancias externos traen a la conciencia humana ideas y actos definidos. Aunque lo supiéramos todo acerca del funcionamiento de las células y nervios cerebrales, nunca podríamos explicar, sin recurrir a la individualidad, por qué unos hechos ambientales idénticos pueden producir en diferentes individuos, y en los mismos individuos en diferentes momentos, ideas y actos distintos. La vista de la caída de una manzana llevó a Newton a las leyes de la gravitación, pero ¿por qué no había llevado antes a otro? ¿En qué difiere el proceso fisiológico que lleva a la solución exacta de un problema matemático del que lleva a una solución inexacta? ¿Por qué los mismos problemas de locomoción en montañas cubiertas de nieve llevaron a los noruegos a inventar el esquí mientras que los habitantes de los Alpes no tuvieron esa inspiración?

Ninguna investigación histórica puede evitar referirse al concepto de la individualidad. Ninguna biografía que trate de la vida de una sola personalidad, no de la historia de pueblos y naciones, puede ir en su análisis más allá de un punto en el que lo último que se puede decir es que es una individualidad.

2. La falacia del concepto de «carácter nacional»

El principal defecto del concepto de carácter como explicación está en la permanencia que se le atribuye. Al individuo o al grupo se le concibe como equipado con un carácter estable del cual se derivan todas sus ideas y acciones. El criminal no es un cri-

minal porque ha cometido un crimen; lo comete porque es un criminal. El hecho de que un hombre haya cometido en otro tiempo un crimen es, pues, prueba de que el hombre es un criminal y hace plausible que se le considere culpable de cualquier otro crimen que se le atribuya. Esta doctrina ha influido profundamente en el enjuiciamiento penal en la Europa continental. El Estado desea probar que el acusado ha cometido anteriormente otros crímenes; la defensa desea probar su inocencia demostrando que su vida anterior está libre de culpa.¹ Sin embargo, un hombre que ha cometido varios asesinatos puede ser inocente de otro por el cual está sometido a proceso, mientras que un hombre puede, después de sesenta años de vida impecable, haber cometido un crimen abominable.

El concepto de carácter de una nación es una generalización de rasgos descubiertos en varios individuos, y, en general, resultado de una inducción precipitada y poco meditada de un número insuficiente de ejemplos mal seleccionados. En tiempos pasados, los ciudadanos alemanes de Bohemia conocían pocos checos que no fueran cocineros o criados, de lo que dedujeron que los checos eran serviles, sumisos y tímidos. En cambio, a un estudiante de historia política y religiosa checa le podrán parecer rebeldes y amantes de la libertad. Pero, ¿quién nos autoriza a buscar características comunes de los distintos individuos de una comunidad que comprende, por una parte, a Jan Huss y Zizka de Trocnov y, por otra, a criados y criadas de servicio? El criterio aplicado en la formación del concepto de clase «checos» es el uso del idioma checo. Suponer que todos los miembros de un grupo lingüístico deben tener otros rasgos comunes es una *petitio principii*.

La interpretación más popular del predominio del nazismo explica que es fruto del carácter nacional alemán. Quienes sostienen esta teoría buscan en la literatura y en la historia de Alemania textos, citas y actos que denotan agresividad, rapacidad

¹Estas consideraciones no pueden aplicarse al procedimiento penal americano.

y avidez de conquistas. Y de esos retazos de conocimiento inducen el carácter nacional alemán, y del carácter así establecido la aparición del nazismo.

Es muy fácil, ciertamente, reunir muchos hechos de la historia de Alemania y muchas citas de escritores alemanes que pueden ser utilizados para demostrar la tendencia, inherente al alemán, hacia la agresión. Pero no es menos fácil descubrir las mismas características en la historia y en la literatura de otros grupos lingüísticos. Alemania no ha tenido nunca unos panegiristas del heroísmo y de la guerra mejores ni más elocuentes que Carlyle y Ruskin, ni un poeta y escritor chovinista más eminente que Kipling, ni unos maquiavélicos conquistadores más implacables que Warren Hastings y Lord Clive, ni un soldado más brutal que Hodson de Hodson's Horse.

Muy a menudo las citas están sacadas de contexto y quedan desfiguradas. En la Primera Guerra Mundial la propaganda inglesa solía repetir unas cuantas líneas del *Fausto* de Goethe. Pero no mencionaba que el personaje en cuya boca se ponen esas palabras, Euforion, es una contrafigura de Lord Byron, el poeta a quien Goethe admiraba más que a ningún otro de sus contemporáneos (a excepción de Schiller), aunque no era el romanticismo de Byron lo que más atraía a su propio clasicismo. Los versos no expresan ninguno de los principios de Goethe. Fausto concluye glorificando la labor productiva; su idea fundamental es que lo único que puede hacer feliz al hombre es la satisfacción de prestar servicios útiles a sus semejantes, es un panegírico de la paz, de la libertad y de la seguridad a la cual los nazis llaman desdeñosamente «burguesa». Euforion-Byron representa un ideal diferente: la inquieta avidez de fines inaccesibles al ser humano, el ansia de aventura, de combate y de gloria que acaban en el fracaso y en la muerte prematura. Es una tontería citar, como prueba del innato militarismo alemán, los versos en que Euforion contesta a los consejos de paz de sus padres con un apasionado elogio de la guerra y de la victoria.

En Alemania, como en todos los países, ha habido panegiristas de la agresión, de la guerra y de la conquista. Pero tam-

bién ha habido otros alemanes. A los más grandes no se les encuentra entre los que glorifican la tiranía y la hegemonía mundial alemana. ¿Representan mejor el carácter nacional alemán Heinrich von Kleist, Richard Wagner y Detlev von Liliencron, que Kant, Goethe, Schiller, Mozart y Beethoven?

La idea del carácter de una nación es evidentemente arbitraria. Se deriva de un juicio que omite todos los hechos desagradables que contradicen un dogma preconcebido.

No es lícito aplicar procedimientos estadísticos para establecer el carácter de una nación. La cuestión no consiste en saber cómo habrían votado los alemanes si hubieran debido decidir en plebiscito la política que debía seguir el país. Aunque se pudiera hacer bien una investigación semejante, sus resultados no nos proporcionarían en nuestro caso una información útil. La situación política de cada periodo tiene su forma única, su individualidad. No estamos justificados para deducir de acontecimientos pasados conclusiones aplicables hoy. Nuestros problemas no quedarían aclarados si supiéramos que la mayoría de los godos reprobaron la invasión del Imperio Romano y que la mayoría de los alemanes del siglo xix aprobaron el trato que Barbarroja dio a los milaneses. La situación actual tiene demasiado poco en común con las del pasado.

El método usualmente aplicado consiste en espigar unas cuantas famosas personalidades del pasado y del presente de una nación y tomar sus opiniones y acciones como representativas de todo el país. El método sería defectuoso aun cuando se fuera lo bastante concienzudo para poner frente a esos hombres otros que tuvieron ideas distintas y que actuaron de distinta manera. No es lícito conceder la misma importancia representativa a los principios de Kant que a los de algún obtuso profesor de filosofía.

Es una contradicción considerar representativos únicamente a hombres famosos ignorando a los demás, por una parte, y, por otra, estudiarlos como si, después de haberlos seleccionado arbitrariamente, formaran un indiferenciado grupo de iguales. Uno del grupo puede destacarse de los demás tanto como

todo el grupo se destaca de la nación. Unos cientos de poetastros y de versificadores no contrapesan a Goethe.

Es correcto hablar de la mentalidad de una nación en cierta época histórica si entendemos con este término la mentalidad de la mayoría. Pero ésta está sujeta a cambios. La mentalidad alemana no fue la misma en tiempos del feudalismo medieval, en tiempos de la reforma y en los de la Ilustración, en la época del liberalismo y en nuestra época.

Es probable que hoy alrededor del 80 por ciento de los europeos de habla alemana sean nazis. Si apartamos a los judíos, austriacos y suizos, podríamos decir que más del 90 por ciento de los alemanes apoyan los planes hitlerianos de hegemonía mundial. Pero eso no se puede explicar refiriéndose a la caracterización que de los alemanes de su tiempo hace Tácito. Una explicación así no sería mejor que el sistema que aplican los nazis para probar la supuesta barbarie de los anglosajones de hoy citando la ejecución de Juana de Arco, el exterminio en masa de los aborígenes de Tasmania por los colonos ingleses, y las crueldades descritas en *La cabaña del tío Tom*.

El carácter nacional estable no existe. Explicar el nazismo alegando que los alemanes han tenido siempre una tendencia innata a adoptar los principios nazis es moverse en un círculo vicioso.

3. *El Rubicón de Alemania*

Este libro ha intentado aclarar el nacimiento del nazismo, mostrar cómo las condiciones del industrialismo moderno y las doctrinas socio-económicas actuales produjeron una situación en que la inmensa mayoría de los alemanes no vieron, para evitar el desastre y mejorar su condición, otro camino que el indicado en el programa del partido nazi. Por una parte, veían el oscuro porvenir que, en una época que avanzaba rápidamente hacia la autarquía económica, se le presentaba a un país que no podía nutrir ni vestir a sus ciudadanos con sus propios recursos

naturales. Por otra, creían ser lo bastante fuertes para evitar esa calamidad conquistando un *Lebensraum* suficiente.

La explicación del predominio nazi va hasta donde puede ir una investigación histórica. Debe limitarse en los puntos que limitan nuestros esfuerzos de estudio de acontecimientos históricos y recurrir a conceptos de individualidad y de unicidad irrepetibles.

Porque no era el nazismo el único modo concebible de afrontar los problemas de la Alemania actual. Había y hay otra solución: el libre cambio. Claro está que la adopción de los principios del libre cambio habría requerido el abandono del intervencionismo y el establecimiento de una economía de mercado sin trabas. ¿Pero por qué debía prescindirse de esta solución sin siquiera plantearla? ¿Por qué no comprendieron los alemanes la inutilidad del intervencionismo y la imposibilidad del socialismo?

Decir que también otros países se adhirieron al estatismo y al nacionalismo económico no es una explicación suficiente ni una justificación válida. Alemania se vio amenazada antes y más gravemente por los efectos de la tendencia a la autarquía. El problema fue al principio y durante algún tiempo un problema sólo alemán, aunque más tarde afectara a otras naciones. Alemania se vio obligada a encontrar una solución. ¿Por qué eligió el nazismo y no el liberalismo, la guerra y no la paz?

Si hace 50 ó 60 años hubiera adoptado Alemania el libre cambio incondicional, tampoco Gran Bretaña, ni las colonias de la corona, ni la India inglesa, ni algunos pequeños países europeos lo habrían abandonado. El libre cambio habría recibido un poderoso impulso. El curso de los asuntos mundiales habría sido distinto. El posterior avance del proteccionismo, del particularismo monetario y de la discriminación contra la mano de obra extranjera y el capital extranjero habrían sido contenidos. La marea se habría frenado. No es improbable que otros países hubiesen imitado el ejemplo de Alemania. En todo caso, la prosperidad de Alemania no se hubiera visto amenazada por el ulterior avance de otros países hacia la autarquía.

Pero los alemanes ni siquiera consideraron esta alternativa. El puñado de hombres que defendían incondicionalmente la libertad tanto en el comercio exterior como en el interior fueron objeto de risas, despreciados como reaccionarios y silenciados con amenazas. En los años noventa del siglo pasado Alemania apoyaba casi unánimemente la política cuyo fin era la preparación para la guerra inminente en orden a ampliar el espacio vital y conseguir la hegemonía mundial.

Los nazis derrotaron dentro de Alemania a los demás partidos socialistas, nacionalistas e intervencionistas porque no temían llevar su programa a sus últimas consecuencias lógicas. La gente tenía confianza en que hablaban en serio. Los nazis le ofrecían una solución radical del problema del comercio exterior, y con este radicalismo desplazaron a otros partidos que propugnaban esencialmente la misma solución, pero moderadamente, titubeando y quedándose a mitad de camino. Lo mismo sucedía con los demás problemas. Véase, por ejemplo, lo que sucedía con las cláusulas territoriales del tratado de Versalles. Todos los partidos alemanes, sin excepción, las deploraban como la mayor infamia infligida a Alemania y como una de las causas de su mala situación económica. Los comunistas no las mencionaban especialmente, pero su censura del tratado en conjunto como uno de los productos más vergonzosos del imperialismo capitalista, como decían, comprendía las cláusulas. Lo mismo pasaba con los pacifistas. Pero sólo los nazis fueron lo bastante sinceros y coherentes para proclamar que fuera de una guerra victoriosa no había esperanza de reconquistar las provincias perdidas. Sólo ellos parecían ofrecer así un remedio contra un mal que todos denunciaban.

Pero es imposible explicar por qué los alemanes nunca consideraron seriamente, en aquellos años críticos, la otra alternativa al nacionalismo: el liberalismo y el libre comercio. La fatal decisión contra el libre comercio y la paz y a favor del nacionalismo y la guerra no se presta a explicaciones. En una situación única y que no podía repetirse, la nación alemana eligió la guerra y rechazó la solución pacífica. Se trataba de un acontecimien-

to histórico individual que no puede ser explicado ni analizado. Los alemanes cruzaron su Rubicón.

Podemos decir que actuaron así porque eran alemanes de la época nacionalista. Pero eso no explica nada. La guerra civil norteamericana pudo haberse evitado si los del norte hubieran accedido a la secesión. La revolución norteamericana no habría ocurrido si las colonias no hubieran estado dispuestas a lanzarse a una arriesgada guerra por su independencia. Estas características de los norteamericanos de 1776 y 1861 son hechos últimos, casos individuales de acontecimientos históricos.

No podemos explicar por qué, ante una alternativa, algunas personas eligen *a* y no *b*.

Claro está que el método elegido por los alemanes no perjudica sólo a los demás pueblos; les perjudica también a ellos. Los alemanes no lograrán los fines que persiguen. Las guerras del *Lebensraum* les resultarán desastrosas. Pero no sabemos por qué los norteamericanos optaron, en los dos casos mencionados, de una manera que acontecimientos posteriores probaron que beneficiaba a la civilización occidental, mientras los alemanes han elegido el camino de la catástrofe.

Lo mismo puede decirse de la conducta de los países amenazados por los planes alemanes de agresión. El presente estado de cosas mundial no se debe únicamente a las malignas aspiraciones de los nacionalistas alemanes; no menos se debe a que el resto del mundo no los contuvo adoptando las medidas adecuadas. Si las víctimas hubieran sustituido sus mutuas rivalidades por una estrecha colaboración política y militar, Alemania se habría visto obligada a abandonar sus planes. Todo el mundo sabía que para detener a los agresores e impedir la guerra no había más que un medio: la seguridad colectiva. ¿Por qué no la adoptaron los amenazados? ¿Por qué prefirieron seguir con su política de nacionalismo económico, que hacía inútiles todos los planes de formación de un frente unido de todas las naciones pacíficas? ¿Por qué no abandonaron el estatismo para poder abolir las barreras comerciales? ¿Por qué dejaron de tener en cuenta, como los alemanes, la vuelta al *laissez faire*?

El estatismo no sólo produjo una situación en que los nacionalistas alemanes no vieron otra salida que la conquista; hizo que fueran inútiles todas las tentativas para detener a Alemania a tiempo. Mientras los alemanes se rearmaban para el gran día, la principal preocupación de Inglaterra consistía en perjudicar a Francia y a los demás países cerrando el acceso a sus productos. Cada nación mostró deseos de utilizar su soberanía para establecer el control gubernamental de la economía, actitud que necesariamente implicaba una política de aislamiento y de nacionalismo económico. Cada nación hacía una continua guerra económica a las demás. Cada ciudadano se complacía cuando los últimos informes estadísticos mostraban un aumento de la exportación y una disminución de la importación. Los belgas se alegraban de que las importaciones de Holanda disminuyeran; los holandeses se alegraban cuando lograban reducir el número de turistas que deseaban visitar Bélgica. El gobierno suizo subvencionó a los turistas franceses que se dirigían a Suiza; el gobierno francés subvencionó a los turistas suizos que visitaban Francia. El gobierno polaco penaba a los polacos por visitar países extranjeros. El polaco, el checo, el húngaro o el rumano que querían que los viera un médico vienés o enviar a un hijo suyo a un colegio suizo tenían que pedir un permiso especial a la oficina de control de cambios de moneda extranjera.

Todo el mundo estaba convencido de que eso era una locura, a menos que se tratara de un acto de su propio gobierno. Los periódicos informaban diariamente de medidas especialmente paradójicas de nacionalismo económico y las criticaban duramente. Pero ningún partido político estaba dispuesto a demoler las murallas aduaneras de su propio país. Todo el mundo era partidario del libre cambio para los demás países y del superproteccionismo para el suyo. A nadie parecía ocurrírsele que el libre cambio empieza en casa, pues casi todos eran partidarios del control gubernamental de la economía en su propio país.

De esta actitud no puede brindar la historia mejor explicación que la de recurrir a la noción de individualidad y unicidad.

Frente a un problema serio, las naciones eligieron el camino del desastre.

4. *La alternativa*

La realidad del nazismo pone a todos los demás ante una alternativa: hay que destruir el nazismo o renunciar a la autodeterminación, es decir, a la libertad y a la existencia como seres humanos. Si se someten, serán esclavos en un mundo dominado por los nazis. Su civilización perecerá; no gozarán ya de libertad de elegir, de actuar y de vivir como quieran; tendrán simplemente que obedecer. Su Supremo Señor será el Führer, vicario del «dios alemán». Si no aprueban esta situación, deben luchar desesperadamente hasta destruir completamente el poder nazi. No se puede soslayar esta alternativa; no hay una tercera solución. Una paz negociada, fruto del empate, no significaría más que un armisticio temporal. Los nazis no abandonarán sus planes de hegemonía mundial. Renovarán su asalto. Estas guerras no pueden cesar más que con la victoria decisiva o con la derrota definitiva del nazismo.

Es un error fatal ver esta guerra como si fuera una de las muchas que ha habido en el pasado entre países de civilización occidental. Esta es una guerra total. No se ventila el destino de una dinastía, de una provincia o de un país, sino el de todas las naciones y el de la civilización. Europa no ha corrido un peligro semejante desde las invasiones tártaras del siglo XIII. La suerte de los derrotados sería peor que la de los griegos y los serbios bajo el yugo turco. Los turcos no intentaron exterminar a los griegos y los serbios vencidos, ni borrar su idioma ni su credo cristiano. Pero los nazis les preparan otras cosas a los conquistados: el exterminio de quienes resistan tercamente a la raza señorial, y la esclavitud de quienes se sometan espontáneamente.

En una guerra así no se puede ser neutral. Los neutrales saben muy bien cuál sería su destino si vencieran los nazis. Es vana

su jactancia de que están dispuestos a luchar por su independencia si los nazis les atacan. En caso de derrota de los aliados, las operaciones militares de Suecia o de Suiza no serían más que un gesto simbólico. En las condiciones actuales la neutralidad equivale a apoyar virtualmente al nazismo.

Lo mismo puede decirse respecto a las personas de habla alemana, sean ciudadanos del Reich o no. Son ciudadanos del Reich que quieren justificarse afirmando que no son nazis pero que no pueden menos de luchar en las filas de sus conciudadanos. El hombre, dicen, tiene la obligación de ser incondicionalmente leal a su grupo lingüístico, tenga razón o no la tenga. Esta fue la idea que hizo que algunos ciudadanos austriacos, suizos y de varios países americanos se volvieran hacia el nazismo o adoptaran una actitud que les parecía neutral.

Pero esta doctrina de la ilimitada solidaridad de todos los miembros de un grupo lingüístico es uno de los principales vicios del nacionalismo. Nadie estaría dispuesto a sostener un principio de solidaridad así respecto a los demás grupos. Si la mayoría de los habitantes de una ciudad o de una provincia decidieran luchar contra el resto del país, pocos reconocerían que la minoría tendría la obligación de ponerse al lado de la mayoría y apoyarla. El problema que se ventila en la lucha entre el nazismo y el resto de la humanidad es si la única colectividad social legítima es la comunidad del pueblo que habla el mismo idioma o si la supremacía hay que atribuirle a la gran sociedad que comprende a todos los seres humanos. Es la lucha de la humanidad contra las aspiraciones del intransigente particularismo de un grupo. Con más razón que la que tienen los nazis para negar a los austriacos y los suizos el derecho de autonomía moral y política, los miembros de la sociedad humana deben negar ese derecho a los distintos grupos lingüísticos. No se puede concebir la cooperación humana ni la paz duradera si los hombres ponen su lealtad a un grupo particular por encima de la lealtad a la humanidad, a la norma moral y al principio de la responsabilidad moral y de la autonomía de cada individuo. Renan tenía razón cuando decía que el problema es si un hom-

bre pertenece a un grupo particular o si se pertenece a sí mismo.²

Los mismos nazis comprenden claramente que en las condiciones producidas por la división internacional del trabajo y por el actual estado de la industrialización es imposible el aislamiento de países o de regiones. No quieren retirarse del mundo y vivir de su suelo en un espléndido aislamiento. No quieren destruir la gran sociedad mundial. Tratan de organizarla en forma de oligarquía, de una oligarquía en que ellos gobernarán y los demás obedecerán y serán esclavos. En una lucha así, quien no se pone del lado de quienes luchan contra los nazis favorece al nazismo.

Se puede decir que esto último es cierto respecto a muchos pacifistas y a quienes se abstienen por razones de conciencia. Podemos admirar sus nobles motivos y sus ingenuas intenciones, pero no hay duda de que su actitud les lleva a ser cómplices de los nazis. Lo que necesitan precisamente los nazis para realizar sus planes es la no resistencia y la obediencia pasiva. Kant estaba en lo cierto cuando decía que la prueba del valor moral de un principio está en que pueda o no ser aceptado (los pragmáticos dirían en que pueda o no «funcionar») como regla universal de conducta. La aceptación general del principio de no resistencia y de obediencia pasiva por parte de los no nazis destruiría nuestra civilización y reduciría a esclavitud a todos los no alemanes.

No hay más que una manera de salvar nuestra civilización y preservar la humana dignidad del hombre. Consiste en extirpar radical e implacablemente el nazismo. Sólo después de la total destrucción del nazismo podrá el mundo renovar sus esfuerzos para mejorar la organización social y edificar la buena sociedad.

La alternativa está entre humanidad o bestialidad, cooperación pacífica entre los hombres o despotismo totalitario. Todos los planes de una tercera solución son ilusorios.

²Véase *supra*, p. 141.

Cuarta Parte

El futuro de la civilización occidental

11. *Las ilusiones de la planificación mundial*

1. *El término «planificación»*

Es obvio que en estos tiempos de división internacional del trabajo, por una parte, y de intervención gubernamental en la economía, por otra, la ilimitada soberanía de cada nación debe llevar al nacionalismo económico y, mediante él, al conflicto. Nadie osa negar que el nacionalismo económico y la paz son incompatibles. En todos los proyectos de establecimiento de un orden más satisfactorio se incluyen siempre propuestas para sustituir los permanentes antagonismos del nacionalismo económico por algún género de cooperación internacional. La más popular de estas propuestas se llama planificación mundial o internacional. La planificación es la receta mágica de nuestro tiempo. La gente está convencida de que curará todos los males de la vida nacional e internacional. El prestigio del eslogan «planificación» es tan grande que su mera mención parece ser ya una solución de todos los problemas económicos.

Al tratar de los asuntos internos, la planificación se usa como sinónima de socialismo. A veces sólo se llama así al modelo alemán de socialismo —la *Zwangswirtschaft*—, reservando el término «socialismo» propiamente dicho al modelo ruso. En todo caso, planificación significa siempre planificación por parte de autoridades gubernamentales y ejecución de los planes por órdenes del gobierno acompañadas de fuerza coercitiva. La planificación es la antítesis de la libertad de empresa y de la propiedad privada de los medios de producción. La planificación y

el capitalismo son absolutamente incompatibles. En un sistema de economía planificada la producción obedece a órdenes del gobierno, no a planes de capitalistas deseosos de obtener beneficios satisfaciendo las necesidades de los consumidores.

Es una ilusión creer que se pueden conciliar la planificación y la libertad de empresa. Entre estos dos métodos no cabe ninguna transacción. Donde las diversas empresas gozan de libertad de decidir qué producir y cómo producirlo, hay capitalismo. Donde, en cambio, la dirección corre a cargo de las autoridades, hay planificación socialista. En esta última no hay ya empresas capitalistas, pues las que había se transformaron en órganos estatales que han de cumplir órdenes. El antiguo empresario se convierte en un gerente como el *Betriebsführer* de la Alemania nazi.

La idea de una planificación por parte de grupos organizados de los distintos sectores de la producción es muy popular entre algunos hombres de negocios, pues equivaldría a sustituir la libertad de empresa y la competencia por cárteles obligatorios y prescindiría del capitalismo poniendo en su lugar el sindicalismo de empresa, que sería como una réplica del medieval sistema de gremios. No traería el socialismo, sino un monopolio general con sus nefastas consecuencias. Dificultaría la oferta y pondría serios obstáculos en el camino del progreso técnico. No preservaría la libertad de empresa, sino que pondría en una privilegiada posición a quienes ahora poseen fábricas en funcionamiento, protegiéndolas contra la competencia de buenos productores nuevos. Significaría una parcial abdicación del Estado para beneficiar a pequeños grupos de ricos.

Respecto a los asuntos internacionales, la palabra planificación significa a veces socialismo mundial con una gestión mundial unitaria. Pero más a menudo significa la sustitución del intervencionismo independiente de cada gobierno nacional por un intervencionismo común de todos o muchos de los gobiernos. Más adelante nos ocuparemos de ambos conceptos.

Pero antes de empezar el examen económico de los problemas en cuestión, conviene hacer unas cuantas observaciones

respecto a las raíces psicológicas de la popularidad de la idea de planificación.

2. El complejo de dictadura

El hombre nace asocial y antisocial. El recién nacido es un salvaje. Su característica es el egoísmo. Sólo la experiencia de la vida y las enseñanzas de sus padres, sus hermanos, sus hermanas y sus compañeros de juegos, y posteriormente de otras personas, le obligan a reconocer las ventajas de la cooperación social y le hacen cambiar de conducta. El salvaje se vuelve así hacia la civilización y la vida de ciudadano. Aprende que su voluntad no es omnipotente, que tiene que adaptarse a otros y ajustar sus actos al ambiente social, y que las aspiraciones y los actos de otras personas son hechos que debe tener en cuenta.

Al psicópata le falta esta capacidad de adaptación al ambiente. Es un asocial y no llega nunca a adaptarse a los hechos. Pero, le guste o no, la realidad se impone. Y como eliminar la voluntad y los actos de sus semejantes y borrar todo lo que tiene delante no está a su alcance, se dedica a soñar despierto. El débil a quien le faltan fuerzas para seguir viviendo en la realidad se entrega a sueños de dictadura y de dominio sobre todos los demás. El país de sus sueños es el país en que él es el único que decide, el país en que él es el único que da órdenes y los demás obedecen. En este paraíso no sucede más que lo que él quiere que suceda y todo es sensato y razonable, es decir, todo corresponde exactamente a sus ideas y deseos, todo es razonable según el punto de vista de su razón.

En el secreto de estos sueños con los ojos abiertos el psicótico se asigna a sí mismo el papel de dictador: él es César. Cuando se dirige a sus conciudadanos debe ser más modesto. Describe una dictadura ejercida por otro, pero el dictador de quien habla no es más que su sustituto, un lugarteniente suyo que actúa sólo como él quiere. Un soñador que no tomara esta cauta preocupación y se propusiera a sí mismo para el puesto de dictador

correría el peligro de que le tomaran por loco. Los psiquiatras llamarían megalomanía a su locura.

Nadie ha recomendado jamás una dictadura que se propusiera otros fines que los aprobados por él mismo. Quien propugna la dictadura aboga siempre por el imperio absoluto de su propia voluntad, aunque ejercida mediante un intermediario, un amanuense. Quiere un dictador a su imagen y semejanza.

Ahora podremos comprender las causas de la popularidad de la planificación. Todo lo que el hombre hace debe ser planificado, es la realización de sus planes. Pero quienes denigran la producción anárquica y propugnan la economía planificada desean eliminar los planes de todos los demás. Sólo una voluntad debe tener derecho a imponerse, sólo un plan debe ser llevado a la práctica: el plan aprobado por el psicópata, el plan razonable, el único. Todos los obstáculos deben desaparecer, la fuerza de los demás hay que anularla, nada debe impedir que el lamentable psicópata arregle el mundo según sus caprichos. Todos los medios que contribuyen a aupar al trono la razón del soñador son buenos.

La unánime aprobación de la planificación por nuestros contemporáneos es sólo aparente. Quienes sostienen la planificación no están de acuerdo en lo que respecta a sus planes. No están de acuerdo más que para rechazar los planes de otros.

Muchas falacias populares referentes al socialismo son debidas a la errónea creencia de que todos los amigos del socialismo propugnan el mismo sistema. En realidad, cada socialista quiere su propio socialismo, no el de otros, y discute a los demás socialistas el derecho a llamarse socialistas. A los ojos de Stalin, los mencheviques y los trotskistas no son socialistas sino traidores, y viceversa. Los marxistas llaman a los nazis lacayos del capitalismo; los nazis llaman a los marxistas lacayos del capitalismo judío. Cuando un hombre habla de socialismo o de planificación, piensa siempre en su propia clase de socialismo, en su propio plan. La planificación no significa, pues, preparación para cooperar pacíficamente. Significa conflicto.

3. *Un Estado mundial*

La creación de un estado mundial supranacional es una vieja idea de los pacifistas.

Sin embargo, para mantener la paz no se necesita un gobierno mundial si prevalecen en todas partes la democracia y la economía de mercado sin trabas. Bajo el libre capitalismo y el libre cambio no hacen falta disposiciones especiales ni instituciones internacionales para preservar la paz. Donde no se discrimina contra los extranjeros, donde todo el mundo goza de libertad para vivir y trabajar donde quiera, no hay ya causas de guerra.

Podemos conceder a los socialistas que lo mismo se puede decir de un Estado socialista mundial, siempre que los dirigentes no discriminen contra ninguna raza, grupo lingüístico o religión. Pero si, por el contrario, se aplica la discriminación, nadie puede impedir que haya guerras mientras los perjudicados crean ser lo bastante fuertes para vencer.

Todo lo que se habla de establecer una autoridad mundial para impedir, mediante una fuerza policial mundial, los conflictos armados, es en vano si los grupos o naciones favorecidos no están dispuestos a renunciar a sus privilegios. Si estos privilegios han de subsistir, un Estado mundial no puede ser concebido más que como un despótico dominio de las naciones privilegiadas sobre las carentes de privilegios. Una comunidad democrática de naciones libres es incompatible con todo género de discriminaciones contra grandes grupos.

Un parlamento mundial elegido por sufragio universal e igual de todos los adultos no aprobaría, indudablemente, las barreras aduaneras y migratorias. Es absurdo suponer que los pueblos de Asia estarían dispuestos a tolerar leyes contra la inmigración de Australia y de Nueva Zelanda, ni que las naciones predominantemente industriales de Europa fueran a estar conformes con una política proteccionista de los países productores de materias primas y de géneros alimenticios.

No hay que dejarse engañar por el hecho de que grupos

minoritarios hayan conseguido, en algunos países, privilegios a expensas de la mayoría. Este fenómeno lo hemos estudiado ya suficientemente. Supongamos ahora que lo intrincado del problema de las consecuencias económicas del proteccionismo confundiera a los legisladores internacionales de tal modo que a los representantes de los perjudicados por las barreras comerciales se les convenciera engañosamente para retirar su oposición. No es muy probable, pero podría suceder. Y es seguro que en un parlamento mundial en el que los representantes de los perjudicados por las barreras migratorias formaran una compacta mayoría no consentirían que se mantuvieran de forma permanente. Esta es la dura realidad que hace ilusorios los ambiciosos planes de un Estado mundial democrático o de una federación mundial. En las presentes circunstancias es utópico entregarse a esos proyectos.

Hemos indicado ya que el mantenimiento de las barreras migratorias contra las naciones totalitarias que aspiran a la conquista del mundo es indispensable para la defensa política y militar. Se cometería, sin embargo, un error si se afirmara que todas las barreras migratorias son, en las presentes circunstancias, fruto del descarriado y egoísta interés de clase de los trabajadores. Con todo, frente a la doctrina marxista del imperialismo, aceptada hoy casi generalmente, es necesario recalcar que los capitalistas y los empresarios no tienen, en su condición de patronos, ningún interés en establecer barreras inmigratorias. Aunque aceptáramos la falaz doctrina de que las ganancias y el interés deben su existencia a que los empresarios y los capitalistas privan al obrero de parte de lo que en justicia se le debería pagar, es evidente que ni a corto ni a largo plazo tienen interés por medidas que elevan artificialmente los salarios nacionales. El capital no es más partidario de las barreras inmigratorias que la *Sozialpolitik*, cuya ineludible salida es el proteccionismo. Si los intereses egoístas de los grandes negocios predominaran en el mundo, como nos dicen los marxistas, no habría barreras comerciales. Los propietarios de las fábricas más eficientes no están interesados —bajo la libertad económica interior— en que

se les proteja. Y si no fuera como compensación por la subida de los excesivos costes laborales, no pedirían el establecimiento de derechos a la importación.

Mientras haya barreras migratorias, el nivel de salarios del mercado laboral interno es más alto en los países en que las condiciones físicas de producción son más favorables —como, por ejemplo, en los Estados Unidos— que en países que ofrecen condiciones menos favorables. En los países que impiden la inmigración obrera no se da la tendencia hacia la igualación de salarios. Bajo el libre cambio combinado con barreras a la inmigración, prevalecería en los Estados Unidos una tendencia hacia la expansión de los sectores en que los salarios constituyen una parte relativamente pequeña del coste de producción. Los sectores que requieren relativamente más mano de obra (por ejemplo, el sector de las prendas de vestir) se reducirían. La consiguiente importación no traería pérdidas ni paro, pues serían compensadas por un aumento de la exportación de artículos que pueden ser producidos ventajosamente en el país y subirían el nivel de vida en los Estados Unidos y en el extranjero. Mientras algunas empresas se ven amenazadas por el libre cambio, la masa de la industria y la nación no sufren ningún perjuicio. El principal argumento en favor del proteccionismo norteamericano, el de que para mantener el alto nivel de vida del país se necesita la protección, es falso. Los tipos salariales norteamericanos están protegidos por las leyes inmigratorias.

La legislación favorable a los trabajadores y las tácticas sindicales dan por resultado una subida de los salarios por encima del nivel asegurado por las leyes inmigratorias. Las ganancias sociales obtenidas mediante estos métodos no son más que aparentes. Si no hay aranceles protectores, se traducen bien en una caída de los tipos salariales o bien en paro, pues la capacidad competitiva de las industrias nacionales se debilita y las ventas se reducen correlativamente. Si hay un arancel protector, hacen aumentar los precios de aquellos bienes que, a causa del aumento de los costes de producción internos, necesitan ser

protegidos. Los trabajadores sufren así en su condición de consumidores.

Quienes tienen dinero que invertir no sufrirían si a las industrias nacionales se les negara protección. Gozan de libertad para invertirlo en países en que las condiciones parecen brindar las mayores probabilidades de beneficio. La protección no favorece sino a los intereses del capital invertido ya en algunos sectores de la industria.

La mejor prueba de que los grandes negocios no obtienen ninguna ventaja de la protección nos la ofrece el hecho de que las empresas más grandes tienen fábricas en varios países. Tal es precisamente, en esta época de superproteccionismo, el rasgo característico de las grandes empresas.¹ Sin embargo, les sería más provechoso (y claro está que al mismo tiempo sería más ventajoso para los consumidores) concentrar toda su producción en fábricas situadas donde las condiciones son más favorables.

La verdadera barrera contra el pleno uso de las fuerzas productivas no es, como dicen los marxistas, el capital o el capitalismo, sino la política (calificada por Marx de «pequeño-burguesa») diseñada para reformar y controlar el capitalismo. Una política que, por otra parte, conduce al nacionalismo económico y substituye la cooperación pacífica bajo la división internacional del trabajo por el conflicto internacional.

4. *La producción planificada*

Las sugerencias más realistas de una planificación mundial no implican el establecimiento de un Estado mundial con un parlamento mundial. Proponen acuerdos y reglamentos interna-

¹Por ejemplo, los fabricantes de automóviles o los grandes productores de petróleo, margarina y jabón. Los fabricantes norteamericanos de automóviles no propugnan el proteccionismo. La única organización que tuvo en Alemania el valor de luchar abiertamente contra el programa proteccionista de los partidos nacionalistas fue la Asociación de Fabricantes de Bienes de Equipo.

cionales referentes a la producción, al comercio exterior, a la moneda y al crédito, y finalmente préstamos e inversiones exteriores.

Los planificadores describen a veces sus propuestas como medidas para combatir la pobreza y la indigencia. Pero esta descripción es ambigua. Todas las medidas económicas se conciben como remedio de la pobreza. También el *laissez faire* es un método para abolirla, y tanto la historia como la teoría económica han demostrado que ha tenido más éxito que ninguna otra política. También los japoneses trataron de mejorar la suerte de las masas japonesas cuando intentaron incrementar su exportación vendiendo más barato que nadie. Si el nacionalismo económico de otros países no hubiera frustrado sus esfuerzos, no sólo habrían logrado lo que perseguían, sino que al mismo tiempo habrían elevado el nivel de vida de los países importadores vendiéndoles productos más baratos.

Es necesario recalcar que no tratamos aquí de planes de caridad internacional. Se aliviarían muchos sufrimientos si algunos países estuvieran dispuestos a ayudar a las masas hambrientas de los países pobres suministrándoles gratuitamente víveres y ropa. Pero estas acciones quedan fuera del campo de las consideraciones estrictamente económicas. Son modos de consumo, no de producción de bienes.

Podemos examinar primero las propuestas hechas para regular —mediante convenios internacionales entre varios gobiernos o por orden de una autoridad internacional establecida con ese fin— la producción de varios artículos.

En el mercado libre los guías y reguladores de la producción son los precios. Los bienes se producen cuando pueden ser producidos con ganancia y no se producen cuando la producción entraña una pérdida. Una industria lucrativa tiende a ampliarse, mientras que la que no produce beneficios tiende a reducirse. Una industria no es lucrativa cuando los precios que el productor puede obtener por sus productos no cubren el coste de los materiales y de la mano de obra requeridos para su producción. Son, pues, los consumidores quienes, comprando o dejando de

comprar, determinan cuánto se debe producir en cada sector industrial. La cantidad de trigo producido está determinada por el precio que los consumidores están dispuestos a pagar. Un aumento de la producción más allá de esos límites significaría que los factores de la producción (trabajo y capital) que, conforme a la demanda de los consumidores, se necesitan para producir otros artículos, se desviarían para satisfacer necesidades que a los consumidores les parecen menos urgentes. En el capitalismo sin trabas prevalece siempre la tendencia a fijar la cantidad de producción en cada campo en un nivel en que el productor o los productores marginales, es decir, aquellos que trabajan en las condiciones menos favorables, no ganen ni pierdan.

En tales condiciones, una norma que estableciera la expansión de la producción de un artículo no tendría objeto si el gobierno o la autoridad internacional no subvencionara a los productores marginales para indemnizarles de las pérdidas que sufrirían. Pero esto traería como consecuencia la correspondiente restricción de la producción de otros artículos. Los factores de la producción se retirarían de otros sectores para ampliar la industria subvencionada. Los consumidores, que como contribuyentes proporcionan los medios necesarios para la subvención, se verían obligados a restringir su consumo, adquirirían una menor cantidad de productos que desearían obtener en mayor cantidad, y tendrían la oportunidad de adquirir mayor cantidad de otros artículos cuya demanda sería menos intensa. La intervención del gobierno no se ajustaría a sus deseos individuales, y en el fondo no podrían pensar que su situación fuera mejor.

No está en manos de los gobiernos el aumentar la oferta de un artículo sin restringir correlativamente la de otros requeridos con más urgencia por los consumidores. La autoridad sólo puede reducir el precio de un artículo subiendo los precios de otros.

Hay, desde luego, cientos de millones de personas que estarían dispuestas a consumir más trigo, azúcar, caucho, o estaño, si sus precios fueran más bajos. Cuando bajan los precios aumenta la venta de todos los artículos. Pero la intervención

gubernamental no podría abaratar esos artículos sin encarecer otros, por ejemplo, la carne, la lana o la pasta de papel. El aumento general de la producción sólo se puede obtener mejorando la técnica, acumulando capital adicional y usando mejor todos los factores de la producción. Ninguna planificación—sea nacional, sea internacional— puede dar lugar a un descenso general de los precios reales ni aliviar las quejas de aquellos para quienes los precios son demasiado altos.

Pero la mayoría de quienes propician la planificación internacional no tienen la menor intención de abaratar las materias primas ni los géneros alimenticios. Al contrario. En lo que piensan es en subir los precios y en restringir la oferta. Se las prometen muy felices con la política mediante la cual varios gobiernos han intentado—especialmente en los últimos veinte años— poner en práctica restricciones y aumento de precios para beneficio de grupos especiales de productores y para desventaja de los consumidores. Cierto que algunos de estos planes funcionaron durante algún tiempo para caer después, pero otros no funcionaron en ningún momento, lo que, a juicio de los planificadores, se debió a defectos en la ejecución técnica. Todos los proyectos de planificación económica de la postguerra cuentan con la esperanza de poder mejorar los métodos para que en el futuro puedan funcionar.

El peligro está en que, mientras que el gobierno es incapaz de abaratar un bien mediante su intervención en la economía, tiene en cambio el poder para encarecerlo. Los gobiernos tienen facultades para crear monopolios y para obligar a los consumidores a pagar precios de monopolio, facultades de las que se sirven con harta frecuencia.

En el campo de las relaciones económicas internacionales no podría suceder nada más desastroso que la realización de tales planes. Dividiría a los países en dos grupos, el explotador y el explotado, los que restringirían la producción e impondrían precios de monopolio, y los obligados a pagarlos. Engendraría insolubles conflictos de intereses y traería inevitablemente nuevas guerras.

Los defensores de estos planes tratan de justificarlos señalando que las condiciones son muy insatisfactorias para los productores de materias primas y de géneros alimenticios. Insisten en que en estos sectores hay superproducción y que los precios son tan bajos que los productores pierden dinero. Sus planes aspiran a proporcionar a la producción la capacidad de generar beneficios.

Cierto que buena parte de la producción de estos bienes no es rentable. La tendencia hacia la autarquía hace que a los países industriales les resulte más difícil vender sus productos acabados en el extranjero, y, en consecuencia, tienen que restringir sus compras de géneros alimenticios y de materias primas. De ahí la necesidad de restringir la producción de estos bienes y de que los productores submarginales desaparezcan. Es ciertamente una desgracia para ellos, pero los culpables son únicamente los políticos de sus países por sus medidas superproteccionistas. La única manera de aumentar las ventas de café y de que los precios suban en un mercado sin monopolio consiste en comprar más productos en los países donde el consumo de café aumentaría si aumentaran sus exportaciones. Pero los grupos de presión de los productores rechazan esta solución y buscan precios de monopolio. Quieren sustituir con planes monopolizadores el funcionamiento de un mercado sin trabas, donde la restricción de la producción de materias primas y de víveres, inevitable por la política proteccionista de los países productores, se realizaría de forma automática mediante la eliminación de los productores submarginales, es decir, de aquellos que no ganan con los precios de mercado. Pero los gobiernos quieren restringirla mucho más para establecer precios de monopolio.

Se dice a menudo que el mecanismo del mercado capitalista no funciona en las condiciones actuales. Los productores marginales, dicen, no abandonan el negocio, sino que continúan produciendo, con lo que los precios bajan a un nivel en que ningún productor gana. La consecuencia es que se necesita una intervención del gobierno.

El hecho es cierto; pero su interpretación y las conclusiones que de ella se derivan son totalmente erróneas. La razón de que los productores submarginales no cesen de producir está en que confían en que intervendrá el gobierno para que su actividad sea de nuevo lucrativa. Siguen produciendo, con lo que saturan el mercado de tal manera que los precios no cubren ya ni siquiera los costes de otros productores. En este como en otros muchos casos, los efectos insatisfactorios de la anterior intervención del gobierno se presentan como argumento a favor de una intervención ulterior. Las exportaciones disminuyen porque se han limitado las importaciones, con lo que también bajan los precios de los productos de exportación; y por tanto se piden nuevas medidas que permitan elevar los precios.

Fijémonos en las condiciones de la agricultura norteamericana. Desde los comienzos del periodo colonial ha habido un continuo desplazamiento del cultivo de tierras menos fértiles al de tierras más fértiles. Siempre ha habido terrenos submarginales cuyo cultivo ha debido abandonarse porque la competencia de agricultores que producían a menor coste hacía que no dieran beneficios. Pero las cosas tomaron un nuevo cariz con el *New Deal*. El gobierno intervino para favorecer a los agricultores submarginales. Todos los agricultores tuvieron que someterse a una restricción proporcional de la producción. El gobierno se embarcó en un vasto plan para restringir la producción, subir los precios y subvencionar a los agricultores. Al intervenir para favorecer especialmente al agricultor submarginal perjudicó a todos los consumidores de víveres y de algodón y a todos los contribuyentes, e impuso al resto de la nación una carga para otorgar subsidios a algunos grupos. De esta manera dividió a la nación en dos clases enfrentadas: la de los subvencionados y la de los subvencionadores, más numerosa. Tal es el inevitable resultado del intervencionismo. El gobierno no puede dar a un grupo más que lo que quita a otro.

Los conflictos internos generados por esta política son realmente muy serios. Pero en la esfera de las relaciones internacionales son incomparablemente más desastrosos. En la medi-

da en que se imponen precios de monopolio a los géneros alimenticios y a las materias primas, las quejas de los países no poseedores (*have nots*) están plenamente justificadas.

Tales son las perspectivas de una planificación internacional o mundial en la esfera de la producción de alimentos y de materias primas. Sería difícil imaginar un programa más preñado de futuros conflictos y guerras.

5. *Convenios comerciales con el exterior*

En la época del *laissez faire* los tratados de comercio eran considerados como medios para abolir, poco a poco, las barreras comerciales y todas las demás medidas discriminatorias contra los extranjeros. Requisito de los tratados solía ser la cláusula de nación más favorecida.

Luego cambió la situación. Con el predominio del intervencionismo las importaciones se consideraron desastrosas para la prosperidad económica del país. La discriminación contra los extranjeros empezó entonces a ser considerada como una buena manera de promover el bienestar de un país. El significado de los tratados de comercio cambió radicalmente. Los gobiernos se mostraron deseosos de superarse mutuamente en las negociaciones. El valor de un tratado estaba en proporción a lo que dificultaba el comercio de exportación de otro y estimulaba el propio. El trato de nación más favorecida cedió el lugar a la discriminación hostil.

A la larga no podía haber un proteccionismo «moderado». Si a la gente le parece que las importaciones perjudican, no se detendrá en ningún punto en el camino hacia la autarquía. ¿Por qué tolerar un mal cuando parece haber un medio de librarse de él? El proteccionismo había de evolucionar hacia el sistema de licencias y contingentación y hacia el control de cambios de moneda extranjera. El fin último de la política comercial exterior de casi todos los países es hoy impedir la importación, lo que significa autarquía.

Es inútil esperar algo de los cambios puramente técnicos en los métodos aplicados en las negociaciones internacionales respecto a cuestiones de comercio exterior. Si Atlántida está resuelta a cerrar el acceso a telas fabricadas en el extranjero, no importa que sus delegados deban negociar directamente con los delegados de Thule, o que se trate del asunto en un consejo internacional en que están representadas otras naciones. Si Atlántida está dispuesta a admitir una cantidad limitada —una cuota— de telas de Thule sólo porque quiere vender a Thule la correspondiente cuota de trigo, no es probable que acceda a la indicación de ceder parte de esa cuota a otros países. Si se aplica la presión o la violencia para forzar a Atlántida a que cambie sus reglamentos de importación de modo que puedan ser importadas más telas, recurrirá a otros métodos intervencionistas. En un régimen de intervención gubernamental en la economía el gobierno dispone de innumerables medios para castigar la importación. Podrán ser de menos fácil manejo, pero pueden ser no menos eficaces que los aranceles, la contingentación o la absoluta prohibición de importar.

Un organismo internacional de planificación del comercio exterior sería, en las actuales circunstancias, una asamblea de delegados de gobiernos afectos a las ideas del superproteccionismo. Y es una ilusión suponer que una autoridad así estaría en condiciones de contribuir con algo sincero o duradero a la promoción del comercio exterior.

Algunos creen que, mientras que el libre cambio universal y la división mundial del trabajo son totalmente erróneos, los países vecinos deberían sin embargo establecer una cooperación económica más estrecha. Sus economías se complementarían, arguyen, si estuvieran dispuestos a formar bloques económicos regionales. Esta doctrina, formulada primeramente por el nacionalismo alemán, es falsa.

En general, los países vecinos ofrecen condiciones naturales de producción semejantes, especialmente en la agricultura. Es menos probable que sus sistemas económicos se complementen mutuamente que compitan en el mercado mundial. Una

unión aduanera entre España y Portugal, o entre Bulgaria y Yugoslavia, o entre Alemania y Bélgica, significaría poca cosa. Los principales problemas del comercio exterior no son regionales. Las condiciones para exportar vino español no podrían mejorar mediante el libre cambio con Portugal, y viceversa. Lo mismo se puede decir de la producción de maquinaria en Alemania y en Bélgica o de la producción agrícola en Bulgaria y en Yugoslavia.

6. *Planificación monetaria*

El patrón oro era un patrón internacional. Garantizaba la estabilidad de los tipos de cambio. Era un corolario del libre cambio y de la división internacional del trabajo. Por esta razón quienes propugnaban el estatismo y el proteccionismo extremo lo denigraron y abogaron por su abolición. Su campaña tuvo éxito.

Ni siquiera en el momento álgido del liberalismo renunciaron los gobiernos a llevar a la práctica planes de dinero barato. La opinión pública no está dispuesta a comprender que el interés del dinero es un fenómeno de mercado que no puede ser abolido por el intervencionismo gubernamental. Todo el mundo aprecia más un pan disponible para el consumo de hoy que un pan con el que no se podrá contar en diez o en cien años, cosa que, mientras sea cierta, debe tenerla en cuenta toda la actividad económica.

En una economía de mercado el tipo de interés tiende a corresponder a la magnitud de esa diferencia entre la valoración de los bienes futuros y la de los presentes. Ciertamente que los gobiernos pueden reducir el tipo de interés a corto plazo. Pueden emitir cantidades adicionales de papel moneda, pueden abrir el camino a la expansión bancaria del crédito, y de esta manera crear una bonanza artificial y la apariencia de prosperidad. Pero una prosperidad de ese género está condenada a hundirse tarde o temprano y a traer la depresión.

El patrón oro ponía un freno a los planes gubernamentales de dinero barato. Era imposible favorecer la expansión del crédito y seguir teniendo la paridad oro fijada permanentemente por la ley. Los gobiernos tenían que elegir entre el patrón oro y su política —desastrosa a la larga— de expansión del crédito. El patrón oro no se hundió. Lo destruyeron los gobiernos. Era tan incompatible con el estatismo como el libre cambio. Los distintos gobiernos lo abandonaron porque deseaban hacer subir los precios internos y los salarios por encima del nivel del mercado mundial y porque querían estimular la exportación y poner trabas a la importación. La estabilidad de los cambios era a sus ojos un mal, no una bendición.²

Si un gobierno quiere volver al patrón oro no se necesitan convenios internacionales ni ningún plan internacional. Todas las naciones, ricas o pobres, poderosas o débiles, pueden volver a adoptarlo en cualquier momento. La única condición que se requiere es el abandono de la política de dinero barato y de los esfuerzos para combatir la importación mediante la devaluación.

La cuestión que aquí se examina no es si un país debería volver a la determinada paridad oro que tuvo en un tiempo y que abandonó. Una política así significaría actualmente deflación. Pero todo gobierno tiene libertad para estabilizar la relación existente entre su unidad monetaria nacional y el oro y hacer que sea duradera. Si no sigue la expansión del crédito y no hay más inflación, el mecanismo del patrón oro volverá a funcionar.

Todos los gobiernos están, sin embargo, firmemente resueltos a no renunciar a la inflación ni a la expansión del crédito. Han vendido su alma al diablo del dinero barato. A toda administración pública le gusta hacer felices a los ciudadanos gastando dinero, pues la opinión pública atribuye a sus gobernantes la consiguiente prosperidad. El inevitable fracaso ocurrirá

²Tal es la esencia de las doctrinas monetarias de Lord Keynes. Su escuela aboga apasionadamente por la inestabilidad de los tipos de cambio.

más tarde y recaerá sobre sus sucesores. Es la política típica del *après nous le déluge*. Lord Keynes, paladín de esa política, dice: «A la larga todos estaremos muertos.»³ Pero desgraciadamente todos vivimos el breve plazo y estamos destinados a vivir décadas pagando la orgía del dinero barato de unos cuantos años.

La inflación es esencialmente antidemocrática. Lo democrático es el control del presupuesto. El gobierno no tiene más que una fuente de ingresos: los impuestos. No hay tributación legal sin consentimiento del parlamento. Pero si el gobierno tiene otras fuentes de ingresos puede librarse de ese control.

Cuando la guerra llega a ser inevitable, un gobierno auténticamente democrático se ve obligado a decir al país la verdad. Ha de decirle: «Nos vemos obligados a luchar por nuestra independencia. Vosotros, los ciudadanos, debéis soportar la carga. Debéis pagar más impuestos y por lo tanto reducir el consumo.» Pero el partido gobernante que no quiere poner en peligro su popularidad mediante grandes impuestos recurre a la inflación.

Han pasado ya los tiempos en que la mayoría de quienes ejercían el poder entendían que la estabilidad del cambio era una ventaja. La devaluación de la moneda se ha convertido en un medio regular de restringir la importación y de expropiar capitales extranjeros. Es uno de los métodos del nacionalismo económico. Pocas personas quieren hoy que el tipo de cambio de la moneda de su país sea estable. Su propio país está, al parecer, luchando contra las barreras comerciales de otros y la progresiva devaluación de sus sistemas monetarios. ¿Por qué se va a aventurar a demoler sus murallas comerciales?

Algunos de quienes abogan por una nueva moneda internacional entienden que el oro no sirve para ello precisamente porque contiene la expansión del crédito. Piensan en un papel

³Lord Keynes no acuñó esta frase para recomendar políticas a corto plazo, sino para criticar algunos métodos y afirmaciones inadecuadas de la teoría monetaria (Keynes, *Monetary Reform*, Nueva York 1924, p. 88). Sin embargo, es la frase que mejor caracteriza la política económica recomendada por Lord Keynes y su escuela.

moneda internacional emitido por una autoridad mundial o por un banco internacional de emisión. Las naciones individuales se verían obligadas a mantener la paridad entre sus monedas y la moneda mundial. Sólo la autoridad mundial tendría derecho a emitir cantidades adicionales o a autorizar la expansión del crédito por el banco mundial. De esa manera se lograría la estabilidad de los tipos de cambio entre los diversos sistemas monetarios locales y se conservaría la supuesta bendición de la inflación y de la expansión del crédito.

En todo caso estos planes dejan de tener en cuenta el punto clave. En todos los casos de inflación o de expansión del crédito hay dos grupos: el de los ganadores y el de los perdedores. Los perdedores son los acreedores, cuyas pérdidas constituyen las ganancias de los deudores. No es esto todo. Los resultados más fatales de la inflación se derivan de que la subida de precios y de salarios que ocasiona ocurren en diferentes momentos y en diferente medida para las diversas clases de artículos y de mano de obra. Unos precios y unos salarios suben más de prisa y a un nivel más alto que otros. Mientras la inflación está en camino algunas personas disfrutan del beneficio de precios más altos por los bienes y servicios que venden, mientras los precios de los bienes y servicios que compran no han subido todavía o no han subido tanto. Estas personas se lucran en virtud de su afortunada posición. La inflación es para ellas un buen negocio. Sus ganancias se derivan de las pérdidas de otros sectores de la población. Los perdedores son aquellos que se encuentran en la desdichada situación de vender los servicios y artículos cuyos precios no han subido todavía o tanto como los precios de las cosas que compran para su propio consumo. Dos de los mayores filósofos del mundo, David Hume y John Stuart Mill, se tomaron el trabajo de trazar un bosquejo de los cambios inflacionarios en que la subida de los precios y de los salarios ocurre al mismo tiempo y en el mismo grado respecto a todos los artículos y servicios, pero fracasaron. La teoría monetaria moderna nos ha proporcionado la irrefutable demostración de que esta desproporción y falta de simultaneidad son carac-

terísticas inevitables de todas las variaciones en la cantidad de dinero y de crédito.⁴

En un sistema de inflación mundial o de expansión mundial del crédito cada nación se preocupará de pertenecer al grupo de los ganadores y no al de los perdedores. Pedirá para el propio país todo lo que pueda de la cantidad adicional de papel moneda o de crédito. Y como ningún método podría eliminar las mencionadas desigualdades, y no se podría encontrar un justo principio de distribución, se originarían antagonismos para los cuales no habría solución satisfactoria. Las populosas naciones asiáticas propugnarían, por ejemplo, una asignación per cápita, procedimiento que daría por resultado un alza más rápida de los precios de las materias primas que producen que de los precios de los artículos manufacturados que compran. Las naciones ricas pedirían una distribución según la renta nacional, el volumen total de la cifra de negocios u otros criterios semejantes. No se puede esperar que se llegue a un acuerdo.

7. Planificación internacional de las transacciones de capital

Las propuestas más sorprendentes de planificación internacional se refieren a los préstamos y a las inversiones extranjeros y apuntan a una equitativa distribución del capital disponible.

Supongamos que unos capitalistas norteamericanos están dispuestos a prestar dinero al gobierno venezolano o a invertirlo en una mina en Chile. ¿Qué puede hacer un organismo internacional en este caso? Indudablemente carecerá de fuerza para obligar a los capitalistas norteamericanos a prestar el dinero a China en vez de prestárselo a Venezuela, o a invertirlo en ferrocarriles persas en vez de invertirlo en una mina chilena.

⁴ Véase Mises, *Theory of Money and Credit* (Nueva York, 1934), pp. 137-145 [trad. esp.: *La teoría del dinero y del crédito* (Unión Editorial, 1997), y *Nationalökonomie* (Ginebra 1940), pp. 375-378.

Supongamos que el gobierno norteamericano quisiera, por diversas razones, subvencionar la construcción de carreteras en México. ¿Le ordenaría la autoridad internacional subvencionar a las fábricas de tejidos griegas en vez de subvencionar la construcción de carreteras mexicanas?

El nacionalismo económico ha desintegrado el mercado internacional de capital como ha desintegrado todos los demás sectores de la vida económica internacional. Como las inversiones y los préstamos se hacen por lucro y no por caridad, los capitalistas han perdido el incentivo a invertir dinero en el extranjero. Costará mucho trabajo y llevará mucho tiempo reconstruir el mercado internacional del dinero y del capital. La intervención de autoridades internacionales no favorecería mucho esos esfuerzos; sería más probable que los perjudicara.

Los sindicatos se mostrarán probablemente hostiles a la exportación de capital porque desean que suba todo lo posible la productividad marginal interna del trabajo. Muchos gobiernos han prohibido la exportación de capitales y no permiten que se hagan inversiones ni préstamos sin licencia especial. No es probable que la cosa cambie inmediatamente después de la guerra.

Los países más pobres han hecho todo lo posible para favorecer la desintegración del mercado internacional de capital. Y después de hacer todo el daño posible a los capitalistas y empresarios extranjeros, desean ahora recibir nuevo capital extranjero. Sin embargo, hoy no encuentran sino rechazo. Los capitalistas huyen de los deudores en quienes no tienen confianza y los trabajadores son contrarios a dejar que el capital se emplee en el exterior.

12. Planes de paz

1. Control de armamentos

Sería una ilusión suponer que hay actualmente algún país dispuesto a abandonar el proteccionismo. Los partidos gobernantes, que son partidarios de la intervención gubernamental en la vida económica y de la planificación nacional, no pueden derribar las barreras comerciales erigidas por sus propios países. De esta manera no desaparecerán los incentivos para la guerra y la conquista. Toda nación debe estar lista para repeler la agresión. La única manera de evitar la guerra será estar preparado para la guerra. La vieja frase *Si vis pacem para bellum* vuelve a ser cierta.

Pero ni siquiera la abolición de las barreras comerciales garantizaría la paz si no fueran también abolidas las barreras migratorias. Los países relativamente superpoblados difícilmente aprobarán una situación que conduce a un descenso de su nivel de vida. Es evidente, por otra parte, que ninguna nación podría, sin poner en peligro su independencia, abrir sus fronteras a los ciudadanos de los países totalitarios que aspiran a la conquista. Nos vemos, pues, obligados a reconocer que, en las actuales circunstancias, ningún plan puede eliminar las causas fundamentales de la guerra. No es muy halagadora la perspectiva de unas relaciones internacionales más amistosas en el futuro periodo postbélico.

Hay graves dudas incluso de que sea conveniente firmar un tratado de paz formal con Alemania tras la derrota. Las cosas han cambiado considerablemente en estos últimos treinta años. Los tratados internacionales en general y, en particular, los tratados de paz no son ya lo que solían ser. No es culpa sólo de

aquellos alemanes que se jactaban de que los tratados no eran sino trozos de papel. Tampoco los aliados están exentos de culpa.

Uno de los peores errores que las potencias aliadas cometieron en 1919 fue haber conducido mal las negociaciones de paz. Durante siglos se había acostumbrado llevar las negociaciones de paz según unos usos caballerescos. Los delegados de ambas partes, vencedores y vencidos, se reunían como se reúnen las personas civilizadas para discutir de negocios. Los vencedores no humillaban ni insultaban a los vencidos; los trataban como caballeros y en plan de igualdad. Discutían sus problemas recíprocos en un lenguaje tranquilo y correcto. Tales eran las antiguas reglas y ceremonias de la diplomacia.

Las potencias aliadas interrumpieron esta costumbre. Trataron a los delegados alemanes despectivamente e insultándoles. A los delegados se les confinó en edificios a ellos asignados; se pusieron guardias a la puerta; ningún delegado tenía derecho de abandonar el edificio. Eran llevados como prisioneros de la estación a sus alojamientos y de éstos a la sala de reuniones, y vuelta de la misma manera. Cuando entraban en la sala de la asamblea, los delegados de los vencedores respondían a su saludo con manifiesto desprecio. No se permitía conversación alguna entre los delegados alemanes y los de los vencedores. A los alemanes se les entregaba un borrador del tratado y se les pedía que respondieran por escrito en una fecha determinada.

Era una conducta inexcusable. Si los aliados no querían atenerse a la vieja regla de derecho internacional que exigía la discusión oral entre los delegados, deberían haber informado de ello previamente al gobierno alemán. Los alemanes se habrían podido ahorrar el envío de una delegación de hombres eminentes. Para el procedimiento elegido por los aliados habría bastado con un correo como delegado alemán. Pero los sucesores de Talleyrand y Disraeli querían disfrutar a fondo de su triunfo.

Aunque los aliados se hubieran comportado de un modo menos ofensivo, es claro que el tratado de Versalles no habría sido sustancialmente distinto. Si una guerra no conduce a una

situación de empate sino a la victoria de una de las partes, el tratado de paz es siempre algo que se impone. Los vencidos aceptan condiciones que no habrían aceptado en otras circunstancias. La esencia de un tratado de paz es la imposición. Los vencidos se plegan porque no están en condiciones de proseguir la lucha. Un contrato estipulado entre ciudadanos puede ser anulado por los tribunales si una de las partes puede demostrar que se vio forzada a firmarlo con la violencia. Pero estas nociones de derecho civil no se aplican a los tratados entre naciones soberanas. Aquí sigue prevaleciendo la ley del más fuerte.

La propaganda alemana ha confundido estas obvias cuestiones. Los nacionalistas alemanes sostenían la tesis de que el tratado de Versalles era nulo porque había sido impuesto y no aceptado espontáneamente por Alemania. La cesión de Alsacia-Lorena, de las provincias polacas y del Schleswig septentrional no es válida, dicen, porque Alemania se rindió a la coacción. Pero su incoherencia llegaba a no aplicar el mismo principio a los tratados con los que Prusia se había anexionado, en 1740, sus provincias de Silesia, de la Prusia occidental, de Posnania, de Sajonia, de Renania, de Westfalia y del Schleswig-Holstein. Se olvidaban de mencionar que Prusia había conquistado y anexionado, sin tratado alguno, el reino de Hannover, el electorado de Hesse, el ducado de Nassau y la república de Francfurt. De las doce provincias que en 1914 formaban el reino de Prusia, nueve constituían los despojos de guerras victoriosas combatidas entre 1740 y 1866. Tampoco los franceses entregaron, en 1871, la Alsacia-Lorena al Reich por propia voluntad.

Pero con los nacionalistas no se puede discutir. Los alemanes están plenamente convencidos de que la coacción que ejercen ellos es justa, pero que la que ejercen otros países sobre ellos es criminal. Nunca aprobarán un tratado de paz que no satisfaga su apetito de ampliar su espacio. El que se lancen a una nueva guerra de agresión no dependerá de que hayan firmado debidamente un tratado de paz o no. Es inútil esperar que los nacionalistas alemanes cumplan las cláusulas de ningún tra-

tado si las condiciones para un nuevo asalto les parecen propicias.

Si los Aliados no consiguen establecer un orden mundial que impida a los alemanes y a sus aliados armarse, es inevitable una nueva guerra. Mientras exista el nacionalismo económico, los Aliados tendrán que montar guardia día y noche en sus baluartes.

Hay que hacer que la alianza de las naciones victoriosas sea duradera. Alemania, Italia y Japón deben ser totalmente desarmadas. Hay que privarles del derecho a tener ejércitos, escuadras y flota aérea. Se les puede permitir una reducida fuerza policial armada únicamente con fusiles. No se les debe permitir fabricar ninguna clase de armamentos. Los fusiles y las municiones para la policía se los deberían suministrar las Naciones Unidas. No se les debería permitir volar ni construir aviones. La aviación comercial en estos países debería estar a cargo de compañías que usaran aviones extranjeros pilotados por aviadores extranjeros. Pero la mejor manera de impedirles armarse sería controlar estrictamente la importación. A las naciones agresoras no se les debería permitir importar nada si dedicaran parte de su producción a armarse o si fueran acumulando materias primas importadas. El control sería fácil. Si algún país, pretextando neutralidad, no se mostrara dispuesto a colaborar incondicionalmente en este plan, se le deberían aplicar los mismos procedimientos.

No habría producción de sucedáneos capaz de frustrar este plan. Pero si un cambio de las posibilidades técnicas pusiera en peligro su funcionamiento, sería fácil obligar al país en cuestión a someterse. Un arma muy efectiva sería la prohibición de importar géneros alimenticios.

Esta solución del problema no es muy agradable, pero sí la única que podría funcionar satisfactoriamente, siempre que las naciones victoriosas mantengan su alianza después de la guerra.

Es una equivocación creer que el desarme unilateral es injusto para el vencido. Si no piensa en nuevas agresiones no necesita armas. Si sueña en nuevas guerras y le detiene la falta de armas, el desarme unilateral no le favorecerá menos que a

las naciones victoriosas. Aunque se le privara de los medios de atacar a otros pueblos, su independencia y su derecho a gobernarse a sí mismo permanecerían intactos.

Debemos ver la situación tal como realmente es, no como quisiéramos que fuera. Si esta guerra no hace que a los alemanes les resulte imposible para siempre hacer otra, tarde o temprano intentarán hacerla. Como las naciones victoriosas no les concederán lo que quieren, la hegemonía mundial, no renunciarán a sus planes agresivos mientras las dos ventajas estratégicas de su gran población y sus líneas interiores no cambien. El nazismo resucitaría en una nueva forma y con otro nombre.

Los acuerdos de paz tendrán que contener disposiciones especiales para el castigo de los nazis culpables de asesinar y torturar a personas inocentes. Tendrán que obligar a Alemania a pagar indemnizaciones por los robos cometidos por sus dirigentes y sus hordas. No por ello resucitarán los asesinados. Y con el transcurso de los años será imposible conceder a cada uno de los perjudicados la compensación que en justicia le corresponde. Pero es sumamente importante hacer que los alemanes se sientan responsables de sus actos. Sería absurdo que sus atrocidades quedaran impunes. A los nazis les parecería un triunfo y una justificación de su conducta. Pensarían: al fin y al cabo hemos tenido por lo menos un éxito parcial; hemos reducido la población y la riqueza de las razas «inferiores», y la principal carga de esta guerra recae sobre ellos, no sobre nosotros. Sería escandaloso que los alemanes sufrieran las consecuencias de su agresión menos que los atacados.

El pacto Kellogg declaró ilegal la guerra. Lo firmaron Alemania, Italia, Japón, Hungría y Rumania. Si el documento significaba algo, era que los agresores son culpables de un acto ilegal y deben cargar con su responsabilidad. Los ciudadanos que en estas naciones no se opusieron abiertamente a los dictadores no pueden alegar inocencia.

Todos los esfuerzos en pro de la paz serán inútiles mientras la gente no deje de sentir la espuria adoración al héroe y de compadecer al agresor vencido más que a sus víctimas. El

culto de Napoleón I, casi general en la Europa del siglo XIX, era una ofensa al sentido común. Napoleón, a quien no se le podían excusar las invasiones de España y de Rusia, no fue ningún mártir y disfrutó en Santa Elena de muchas más comodidades que los miles de personas que quedaron mutiladas y lisiadas. Fue una vergüenza que los responsables de la violación de la neutralidad de Bélgica en 1914 escaparan al castigo, pues así quedó justificada su desdeñosa descripción de los tratados como pedazos de papel. Fuera de Francia y de Bélgica, la actitud de la opinión pública respecto a las reparaciones por parte de Alemania fue profundamente equivocada, pues alentó al nacionalismo alemán. En el futuro hay que evitar esas torpezas.

2. Crítica de otros planes propuestos

En vano se esperará que la derrota cambie la mentalidad de los derrotados y les haga amar la paz. No seguirán en paz más que si las condiciones son tales que no pueden esperar vencer. Son inútiles los planes basados en la suposición de que pueda haber algún partido que inmediatamente después de la derrota renuncie a la agresión y se embarque voluntariamente en una política de sincera cooperación. Un político alemán que se opusiera a la guerra, teniendo alguna verdadera posibilidad de vencer en una nueva agresión, encontraría el mismo destino que Erzberger y Rathenau.

Los alemanes recobrarán un día la razón. Recordarán que la civilización moderna ha sido en cierto grado también obra suya. Encontrarán el camino de vuelta a los ideales de Schiller y de Goethe. Pero este proceso debe venir desde dentro. No se le puede imponer a Alemania —ni a Italia ni a Japón— un ejército victorioso ni la educación obligatoria a cargo de maestros extranjeros. Los alemanes deben aprender que su agresivo nacionalismo es suicida y que ya les ha causado a ellos mismos males irreparables. Deberán rechazar espontáneamente sus actuales

principios y aceptar de nuevo las ideas que rechazan por cristianas, occidentales y judías. De su propio pueblo tendrá que salir quien les diga las palabras que dijo San Remigio en el bautizo del rey Clodoveo: «Adorad lo que solíais quemar y quemad lo que solíais adorar.»

Algunos grupos han ideado un plan de desmembramiento político de Alemania. Recuerdan que en los tiempos del *Deutscher Bund* (1815-66) estaba dividida en unos cuarenta Estados soberanos y que entonces no se lanzaban los alemanes a la agresión. La nación fue próspera en aquellos años. Si todos los príncipes alemanes hubieran cumplido la obligación que les impuso el tratado de Viena, de conceder a sus ciudadanos instituciones parlamentarias, los alemanes no habrían tenido motivos para cambiar de organización política. La Confederación Germánica les defendía contra la agresión extranjera y al mismo tiempo les impedía hacer guerras de conquista. El sistema resultó beneficioso tanto para Alemania como para Europa.

Estos apologetas tardíos del príncipe Metternich ignoran los hechos más importantes de la historia de Alemania. No comprenden que los alemanes de aquellos tiempos eran liberales, ni que sus ideas de grandeza nacional diferían radicalmente de las de los nacionalistas modernos. Aquellos alemanes acariciaban sentimientos que había elogiado Schiller. «El Imperio alemán y la nación alemana son dos cosas distintas», dijo Schiller en el borrador de su inacabado poema *Grandeza alemana*. «La gloria de Alemania nunca ha estado investida en la persona de sus dirigentes. Los alemanes han establecido sus propios valores aparte de los valores políticos. Aunque el Imperio vaya a la deriva, la dignidad alemana permanecerá incólume. Es una eminencia moral, investida en la civilización y en el carácter de la nación, que no depende de vicisitudes políticas.»¹ Estas eran las ideas de los alemanes de comienzos del siglo XIX. En el centro de un mundo que avanzaba hacia un auténtico liberalismo, tam-

¹ Cassirer, *Freiheit und Form. Studien zur deutschen Geistesgeschichte* (Berlín 1916), p. 475.

bién los alemanes eran entusiásticamente liberales. El *Deutscher Bund* les habría parecido una satisfactoria solución del problema político si no hubiera sido el reino de príncipes despóticos. Hoy, en esta época nacionalista, también los alemanes son nacionalistas. Tienen que afrontar un serio problema económico y sus prejuicios estatistas les impiden ver más solución que la conquista del *Lebensraum*. Adoran la «fuerza bruta» cuya eliminación esperaba Schiller. En estas condiciones, el nacionalismo no podría ser derrocado mediante la división del Reich en varios estados independientes. En cada uno de ellos se volvería a avivar la llama de las pasiones nacionalistas y, aunque la independencia de cada sección se preservara formalmente hasta el día de la nueva movilización, el espíritu belicoso coordinaría y unificaría virtualmente sus actividades políticas y militares.

La historia de la Europa central pudo haber seguido otro curso. Una parte de las personas que hoy se educan en el alemán clásico, enseñado en la escuela o aprendido en casa y usado en la conversación con personas a quienes no se dirigen en su dialecto local, podrían estar usando otra de las lenguas actuales o una propia. Un grupo de quienes hablan el dialecto bajo alemán (*Platt*) ha creado el holandés; otro de bajos alemanes, más numeroso, se ha unido a la comunidad lingüística del alto alemán. El proceso político y económico que hizo del pueblo holandés una nación con una lengua propia hubiera podido disminuir mucho más el grupo lingüístico alemán. Si la Contrarreforma y el Jesuitismo no hubieran cercenado en Baviera y en Austria la libertad espiritual, intelectual y literaria, el idioma de la cancillería sajona, que debe su supremacía a la versión luterana de la Biblia y a la literatura protestante de los dos primeros siglos de la Reforma, habría podido encontrar un serio rival en la lengua literaria que produjo el dialecto bávaro. Uno se podría entregar a sueños semejantes hasta respecto al dialecto suave o a los idiomas eslavos y bálticos del nordeste. Pero estos sueños no pueden cambiar los hechos históricos ni la realidad política. Los alemanes son hoy el grupo lingüístico más

numeroso de Europa. La época estatista y nacionalista debe reconocer la importancia de este hecho. La mayor parte del grupo de habla alemana afirma el principio de nacionalidad y desea un Estado alemán unificado que comprenda a todo el grupo. No tienen Francia e Inglaterra ningún mérito en que los austriacos y los suizos rechacen ese plan y quieran quedarse fuera del Reich. Con una ceguera suicida, los franceses y después los ingleses han hecho mucho para debilitar a Austria y apoyar las aspiraciones prusianas. En su lucha contra Austria, los Borbones de Francia se aliaron no sólo con Prusia, sino también con Turquía. Inglaterra fue aliada de Prusia en la guerra de los siete años. ¿Por qué tenía Napoleón III que atacar a Austria? Debería observarse que la constelación del Eje en nuestro tiempo no ha sido más que una revivificación de la liga de 1866, cuando Prusia e Italia atacaron a Austria, los nacionalistas húngaros prepararon una rebelión con ayuda de Bismarck, y el príncipe Hohenzollern de Rumanía trató de armarse con el propósito de asestar el golpe final. En aquel tiempo los gobiernos y la opinión pública de París y de Londres simpatizaban con los agresores. Sólo más tarde aprendieron los franceses y los ingleses que habían estado trabajando *pour le roi de Prussie*.

Nuestro problema sería más sencillo si todos los hombres hablaran el mismo idioma o si los diversos grupos lingüísticos fueran por lo menos iguales. Pero la presencia de setenta millones de nacionalistas alemanes en el Reich es un dato, un necesario punto de partida, en la política actual. Este dato no se puede borrar desmembrando al Reich. Suponer que el problema se puede resolver de esa manera sería caer en una ilusión fatal. Ciertamente que el principal fin de los futuros planes de reconstrucción de Europa debe consistir en salvaguardar la independencia de Austria y de Suiza. Pero desmembrar el viejo Reich (el *Altreich*, como dicen los alemanes para distinguirlo de la *Gross-Deutschland* que comprende Austria y la zona de los Sudetes) sería una medida inútil.

Se le ha atribuido a Clemenceau la frase de que sobran veinte millones de alemanes. Ha habido fanáticos que han sugerido, a

modo de panacea, el exterminio en masa de todos los nazis, lo que resolvería el problema de una manera que desde el punto de vista nazi sería un lógico resultado de la guerra. El concepto nazi de la victoria total implica el radical exterminio de los franceses, checos, polacos, judíos y de otros grupos, y ya habían empezado a ejecutar el plan. No podrían, pues, quejarse de injusticia o de barbarie si las Naciones Unidas se aprovecharan de la victoria para exterminar a los ciudadanos «arios» del Reich. Tampoco podrían quejarse los italianos, los japoneses, los magiares ni los rumanos. Pero las Naciones Unidas no son bestias como los nazis y los fascistas.

Hay escritores que creen que el problema de las poblaciones lingüísticamente mezcladas se podría resolver trasladando y cambiando minorías, y aluden al supuesto buen resultado que el procedimiento dio en el caso de Turquía y Grecia. El método de separar grupos que se pelean parece en efecto una solución obvia para encarar las desagradables consecuencias de la promiscuidad lingüística y para evitar nuevas peleas.

Pero esos planes son indefendibles. Prescinden del fundamental problema de los actuales antagonismos: la desigualdad de las diversas partes de la superficie terrestre. La promiscuidad lingüística es resultado de migraciones de hombres que querían mejorar su condición. Los obreros van de lugares donde la productividad marginal del trabajo es baja a otros donde es más alta, es decir, de zonas relativamente superpobladas a zonas donde la población escasea. Con impedir las migraciones o con intentar contrarrestarlas mediante la forzosa expulsión y repatriación de los inmigrantes no se resuelve el problema, sino que se agravan los conflictos.

Lo mismo se puede decir de los campesinos. Pongamos como ejemplo el de los agricultores alemanes de Banat, uno de los distritos más feraces de Europa. Estos agricultores inmigraron en el siglo XVIII. La región estaba entonces en un estado de civilización muy bajo, muy poco poblada, y devastada por el desgobierno turco y las continuas guerras. Hoy es el Banat motivo de discordia entre los serbios, los rumanos y los húngaros. La

minoría alemana es una espina clavada en el costado de cada uno de esos tres grupos, que se alegraría de librarse de ella. Pero ¿qué clase de compensación se les puede ofrecer a cambio de sus tierras? En los países habitados por mayorías alemanas no hay tierras que pertenezcan a serbios ni a rumanos, ni en la frontera de Alemania tierras que pertenezcan a húngaros. La expropiación y expulsión de los agricultores alemanes no sería pues un paso hacia la pacificación; no sería más que motivo de nuevos agravios. Condiciones semejantes prevalecen en toda la Europa oriental.

Quienes tienen la ilusión de que la separación resolvería los problemas internacionales de hoy están ciegos a la realidad. El mero hecho de que los australianos consiguieron conservar en su país la homogeneidad racial y lingüística contribuyó a empujar a los japoneses a la agresión. Una de las causas de nuestras guerras es la política de puertas cerradas.

A mucha gente le asusta en Gran Bretaña y en Estados Unidos la perspectiva de una Alemania comunista. Tiene miedo del contagio. Pero su intranquilidad carece de fundamento. El comunismo no es una enfermedad y no se propaga con gérmenes. Ningún país se contagiará del comunismo porque se acerque a sus fronteras. Sea cual fuere la posibilidad de que el régimen comunista conquiste el poder en Estados Unidos o en Gran Bretaña, la responsabilidad incumbe a la mentalidad de sus ciudadanos. Las simpatías de un país por el comunismo no tienen nada que ver con que sus vecinos sean comunistas o no.

Si Alemania se vuelve hacia el comunismo, no puede corresponderles a otras naciones la tarea de intervenir. Los numerosos amigos del comunismo en los países anglosajones se opondrán a que se impida que un país adopte el sistema que a ellos mismos les parece el único bueno y que propician para sus propios países. Los inteligentes adversarios del comunismo, por otra parte, no comprenderán que su nación trate de impedir que los alemanes se hagan daño a sí mismos. Las limitaciones del comunismo paralizarían y desharían el aparato industrial alemán y debilitarían su fuerza militar con más eficacia que la intervención.

La fuerza militar de Rusia yace en su vasta extensión. Rusia es inconquistable porque es muy grande e intransitable. Los invasores han derrotado a los ejércitos rusos, pero ninguno ha conseguido vencer los obstáculos geográficos. Carlos XII, Napoleón, Hindenburg e Hitler penetraron mucho en Rusia, pero en sus victoriosos avances iba envuelta la derrota de sus ejércitos. Los ingleses y franceses en la guerra de Crimea y los japoneses hace cuarenta años no hicieron más que mellar el borde del imperio zarista. La presente guerra ha demostrado de nuevo la tesis de la vieja doctrina militar prusiana de que es inútil derrotar a las fuerzas rusas. Después de haber conquistado centenares de miles de millas cuadradas, a los ejércitos nazis los destrozó la extensión del país. El principal problema que se le plantea a un general que invade Rusia es el de la retirada. Ni Napoleón ni Hitler supieron resolverlo.

La gerencia económica comunista no ha debilitado a Rusia para rechazar la agresión, no ha influido en los factores geográficos. En Alemania el comunismo, es decir, la «liquidación» total de la burguesía y la sustitución de la *Zwangswirtschaft* por un socialismo burocrático modelo soviético, dañaría seriamente la capacidad exportadora de Alemania e incluso la destruiría. Quienes creen que una Alemania comunista podría rearmarse tan fácilmente como Rusia no tienen en cuenta la fundamental diferencia que hay entre los dos países. Mientras Rusia no está obligada a importar materias primas, Alemania lo está. Si no hubiera sido por la exportación de artículos manufacturados, Alemania no habría estado en situación de importar todas las materias primas necesarias para su rearme. La razón de que los nazis prefirieran el sistema *Zwangswirtschaft* al sistema soviético estribaba en que reconocían plenamente el hecho de que las fábricas administradas por funcionarios no pueden competir en el mercado mundial. Lo que suministró los materiales requeridos para la construcción de la formidable máquina *Blitz* fue la exportación alemana. El bolcheviquismo no debilitó la potencia defensiva de Rusia, pero hubiera aniquilado la potencia agresiva de Alemania.

El verdadero peligro del comunismo alemán yace en la probabilidad de que su inevitable fracaso económico pueda restaurar el prestigio nazi perdido en la derrota de esta guerra. Así como los insatisfactorios resultados del régimen nazi están dando popularidad al comunismo entre las masas alemanas, las malas consecuencias del comunismo podrían contribuir a la rehabilitación del nazismo. El verdadero problema alemán es precisamente que Alemania carece de partidos dispuestos a defender el liberalismo, la democracia y el capitalismo y no ve más que dos alternativas: el nazismo, es decir, el modelo alemán de socialismo, la planificación general (*Zwangswirtschaft*) por una parte, o el bolcheviquismo, es decir el modelo ruso de la administración directa del Estado, por otra. Ninguno de los dos sistemas puede resolver el problema económico de Alemania. Ambos la empujarán a la política de conquista de un mayor *Lebensraum*.

3. *La unión de las democracias occidentales*

Lo que más se necesita es una cooperación duradera entre las naciones hoy unidas para aniquilar la agresión totalitaria. Ningún plan puede dar resultado si las naciones interesadas no transforman su actual alianza en una unión permanente y duradera. Si después de la victoria vuelven a su política de antes de la guerra, vuelven a las rivalidades políticas y a la guerra económica, el resultado será una repetición de lo sucedido entre 1919 y 1939. Entre naciones que luchan en la esfera económica no puede haber una política de cooperación efectiva, solidaridad, ni seguridad colectiva.

Si las democracias occidentales no consiguen establecer una unión permanente, se volverán a perder los frutos de la victoria. Su desunión brindará a los derrotados agresores la oportunidad para irrumpir de nuevo en el escenario de intrigas políticas y conspiraciones, y rearmarse y formar una coalición nueva y más fuerte para otro asalto. Si no eligen una solidaridad efec-

tiva, las democracias están sentenciadas. Y si desean preservar lo que la terminología diplomática llama «soberanía nacional», no pueden salvaguardar su sistema de vida.² Deben elegir entre investir todo el poder en una nueva autoridad supranacional o ser esclavizadas por países que no están dispuestos a tratarlas en pie de igualdad. La alternativa a la incorporación a un nuevo y democrático sistema supranacional no es la soberanía ilimitada, sino el ser definitivamente sojuzgadas por las potencias totalitarias.

Esto es obvio en el caso de naciones pequeñas como Holanda, Dinamarca y Noruega, países que pudieron vivir en paz mientras el denigrado sistema del equilibrio europeo las protegía. Su independencia estaba garantizada por las rivalidades y antagonismo de las grandes potencias. Los países de la América latina gozaban de autonomía porque la Doctrina de Monroe y la marina inglesa impedían las tentativas de invasión. Estos pequeños países deben hoy guardar su independencia y, en todo caso, renunciar a su orgulloso aislamiento y a sus intransigentes pretensiones. La única cuestión verdadera es si serán esclavos en un sistema totalitario o libres en una democracia supranacional.

En cuanto a Inglaterra y Francia, no hay duda de que se sentenciarán a sí mismas si no están dispuestas a abandonar sus tradicionales aspiraciones a una ilimitada soberanía nacional, lo que todavía puede ser más cierto respecto a Australia y Nueva Zelanda.

Quedan los Estados Unidos y Canadá. A lo largo del siglo XIX gozaron de la feliz condición de isleños. Miles de millas de océano les separaban de invasores en potencia. Estaban seguros porque las condiciones técnicas hacían imposible la agresión. Pero en esta época de poder aéreo han acabado por ser vecinos de adversarios peligrosos. No es imposible que dentro

²Claro está que la conservación de la plena soberanía de cada nación no sería una traba para la pacífica colaboración si las naciones volvieran a una economía de mercado libre sin barreras de ninguna clase.

de diez o veinte años la invasión del continente norteamericano les sea a los alemanes o a los japoneses tan fácil técnicamente como les fue la ocupación de Holanda en 1940 o de las Filipinas en 1941 y 1942. Los ciudadanos de los Estados Unidos y de Canadá tendrán que comprender que para vivir en paz no tienen más remedio que colaborar con los demás países democráticos.

Es, pues, obvio que las democracias occidentales deben desistir de adoptar en el futuro medidas de guerra económica en sus mutuas relaciones. Ciertamente todavía sigue siendo firme la convicción pública de que es absurdo esperar una vuelta al libre cambio en todo el mundo. Pero si no se remueven las barreras comerciales entre los países que formen la sugerida unión democrática, no habrá unión. En este sentido concuerdan todos los planes propuestos para los arreglos de la postguerra. Todos se basan en la esperanza de que las democracias dejarán de hacerse la guerra con métodos de nacionalismo económico. Pero no consiguen comprender lo que esa solución requiere ni cuáles deben ser sus consecuencias.

Hay que recalcar una y otra vez que el nacionalismo económico es corolario del estatismo, sea intervencionismo o socialismo. Sólo los países que sigan una política de capitalismo sin trabas, denigrada hoy como reaccionaria, pueden prescindir de las barreras comerciales. El país que no quiera abandonar la intervención gubernamental en la economía, y que en sus relaciones con los demás miembros de la nueva unión que hay que formar renuncia sin embargo al proteccionismo, debe invertir todo el poder en la autoridad que dirija esa unión y someter completamente su propia soberanía a la autoridad supranacional. Pero no hay ninguna probabilidad de que nuestros contemporáneos acepten eso.

El núcleo de la cuestión ha sido descuidado porque prevalece la creencia de que el problema lo resolvería el establecimiento de una unión federal. Al gobierno de la unión supranacional se le deberían otorgar ciertas facultades, se dice, pero las demás las deberían conservar los gobiernos de las naciones

miembros de la unión. El gobierno federal ha dado buen resultado en muchos países, especialmente en Estados Unidos y en Suiza. No hay ninguna razón, se arguye, para sospechar que no daría el mismo buen resultado en la gran unión federal de las democracias occidentales sugerida por Clarence Streit.³

Desgraciadamente, ni el Sr. Streit ni los defensores de proyectos semejantes tienen en cuenta los cambios que han ocurrido en la estructura de esos dos gobiernos federales (como en todas las demás federaciones) con la difusión del intervencionismo económico y del socialismo. Los sistemas federativos se fundaron, tanto en América como en Suiza, en una época en que no se entendía que la tarea del gobierno consistiera en intervenir en los asuntos de sus ciudadanos. En los Estados Unidos había derechos aduaneros federales, un servicio federal de correos y un sistema monetario nacional. Pero en casi nada de lo demás intervenía el gobierno en la vida económica. Los ciudadanos gozaban de libertad en la dirección de sus propios asuntos. La única función del gobierno consistía en garantizar la paz interna y externa. En estas condiciones era fácil dividir facultades entre el gobierno federal y los de los Estados. Al gobierno federal le fueron asignados los asuntos que sobrepasaban los límites de los Estados: las relaciones exteriores, la defensa contra la agresión extranjera, la salvaguardia del comercio interestatal, los correos y las aduanas. Además, el gobierno federal no se mezclaba en los asuntos locales de los Estados, y los Estados no se mezclaban en los que les parecían asuntos particulares del ciudadano.

Este equilibrio en la distribución de competencias quedó totalmente roto por la política intervencionista. El gobierno federal aumentó sus facultades. Cada paso hacia una mayor intervención gubernamental y hacia una mayor planificación significa al mismo tiempo una expansión de la jurisdicción del gobierno central. Washington y Berna eran en un tiempo sedes de los gobiernos federales; hoy son capitales en el verdadero

³ *Union Now* (Londres 1939); *Union Now with Great Britain* (Londres 1941).

sentido de la palabra, y los Estados y los cantones han quedado virtualmente reducidos a la condición de provincias. Es muy significativo que los adversarios de la tendencia hacia un aumento del control gubernamental describan su oposición como una lucha contra Washington y contra Berna, es decir, contra la centralización. La oposición está concebida como una lucha de los derechos de los Estados contra el poder central.

Esta evolución no es accidental, sino inevitable resultado de las políticas de intervención y planificación que, cuando no hay barreras comerciales entre los diversos Estados, deben tener una base nacional. No se puede ni hablar de adoptar estas medidas para un solo Estado. Es imposible elevar los costes de producción en un territorio que no esté protegido por murallas comerciales. En un sistema intervencionista, la ausencia de barreras comerciales interestatales desplaza el centro político de gravedad al gobierno federal. Desde el formalista punto de vista del derecho internacional, los Estados Unidos y la Confederación Helvética pueden sin duda ser clasificados como federaciones, pero en realidad se mueven más y más hacia la centralización.

Más cierto es esto todavía respecto al sistema socialista. Las varias repúblicas que nominalmente forman la Unión Soviética no tienen más que una existencia nominal. La Unión Soviética es un gobierno totalmente centralizado.⁴ Lo mismo sucede con Alemania. Los nazis han sustituido la constitución federal por un gobierno unitario.

Sería un error creer que la resistencia a la unificación internacional del gobierno se inspiraría únicamente en consideraciones de orgullo y vanidad nacional. Estos obstáculos no serían insalvables. La principal causa de oposición tendría raíces

⁴El decreto del Soviet supremo de 1 de febrero de 1944 (véase el *New York Times* del 3) no interviene para nada en la perfecta centralización de la administración de la economía soviética. La dirección de todos los asuntos económicos y administrativos de todo el territorio queda en manos de las oficinas centrales de Moscú, que son las únicas que tienen facultades y derecho para dirigirlos. Y, ahora como antes, el comité central de Moscú nombra y separa a todos los funcionarios de las dieciséis repúblicas nominalmente independientes.

más profundas. El trasladar la soberanía de las autoridades nacionales a una autoridad supranacional implica un cambio total en la estructura de las fuerzas políticas. Grupos que dentro del marco nacional tendrían fuerza y podrían dictar la política pueden quedar impotentes, y viceversa. El hecho es evidente aunque estemos dispuestos a prescindir de la quisquillosa cuestión de las barreras migratorias. Los productores norteamericanos de algodón quieren obtener precios altos y, aunque no son más que una minoría en los Estados Unidos, están en situación de imponer al país una política de altos precios para el algodón. Y es dudoso que en una unión que comprendiera muchos países importadores de algodón pudieran tener la misma influencia. Por otra parte, a los fabricantes ingleses de automóviles les protegen contra la competencia norteamericana unas medidas protectoras muy eficaces, y no les gustaría perder esa ventaja. Los ejemplos se podrían multiplicar indefinidamente.

La oposición más seria y peligrosa al gobierno de unificación supranacional provendría del grupo económico más poderoso de todos los modernos: los trabajadores. Los trabajadores de países con salarios altos se sentirían perjudicados por la competencia de países con salarios más bajos y la denunciarían como *dumping* por parecerles injusta. Pero no accederían a la única medida que podría elevar los salarios en los países de condiciones de producción menos favorables: la libertad de migración.

La intervención del Estado moderno en la economía consiste en proteger a grupos fuertes contra los efectos de la libre competencia en una economía de mercado sin trabas. Los grupos de presión en cuestión consideran como un hecho más o menos difícil de cambiar que a falta de barreras comerciales entre las diversas partes de una nación ellos no pueden ser protegidos frente a la competencia en el interior del propio país. El granjero de Nueva York no pide que se impongan derechos de importación al queso y a la mantequilla de Wisconsin, y los trabajadores de Massachusetts no piden leyes inmigratorias contra la intrusión de mano de obra barata del sur. Más o menos se

someten al hecho de que dentro de los Estados Unidos no hay barreras comerciales ni migratorias. Los intentos de erigir barreras comerciales interestatales han tenido escaso éxito; la opinión pública es contraria a tales intentos.⁵

Por otra parte, la gente está tan influenciada por los principios del nacionalismo económico generalmente reconocidos, que acepta las desventajas que les inflige el proteccionismo. El consumidor protesta poco contra un arancel que le obliga a pagar un precio superior al del mercado mundial, para beneficiar a los productores de algún artículo dentro de su propio país. Pero es dudoso que aceptara de la misma manera un arancel impuesto para beneficiar a productores de otras partes de una unión supernacional. ¿Estaría el consumidor norteamericano dispuesto a pagar precios altos por un artículo, con objeto de favorecer a un fabricante inglés? ¿No le parecería perjudicial para él mismo una discriminación aplicada así contra artículos alemanes, italianos o japoneses más baratos? Debemos preguntarnos si a una política de proteccionismo supernacional no le faltarían las bases ideológicas que hacen posible el proteccionismo.

El principal obstáculo para el establecimiento de una unión aduanera supranacional, con libre cambio interno entre todos los países que lo formaran, estaría en que una unión aduanera así requiere una ilimitada supremacía de las autoridades supranacionales, y una casi completa desaparición de los gobiernos nacionales, si se debe conservar el estatismo. En las actuales circunstancias, importa poco que la constitución de la sugerida unión de las democracias occidentales tome la forma legal de un gobierno unitario o de un gobierno federal. Hay dos alternativas: barreras aduaneras entre los Estados, con sus siniestras consecuencias de nacionalismo económico, rivalidades y discordias; o libre cambio entre los Estados y, cualquiera que sea el nombre constitucional que se adopte, un gobierno estrictamente centralizado. En el primer caso, no habrá unión sino

⁵ Véase Buell, *Death by Tariff* (Chicago 1938); Melder, *State Trade Walls* (Nueva York 1939).

desunión. En el segundo, el Presidente de los Estados Unidos y el Primer Ministro de la Gran Bretaña quedarían virtualmente reducidos a la condición de gobernadores de provincias, y el Congreso norteamericano y el Parlamento inglés a la de asambleas provinciales. Es poco probable que los norteamericanos o los ingleses accedieran fácilmente a esa solución del problema.⁶

Las políticas de intervención gubernamental en la economía y de planificación nacional engendran el nacionalismo económico. El abandono del nacionalismo económico, condición indispensable para el establecimiento de una paz duradera, sólo puede alcanzarse mediante la creación de un Estado unitario, si la gente no quieren volver al sistema de economía de libre mercado. Tal es el núcleo de la cuestión.

El punto débil del plan del Sr. Streit está en el desconocimiento de este problema fundamental. Es imposible evitar esta dificultad mediante una mera solución formalista. La precariedad del proyecto de unión no es de carácter constitucional; procede de la esencia de la política intervencionista y socialista, es fruto de las actuales doctrinas sociales y económicas y no puede eliminarse mediante un simple plan constitucional.

Pero no olvidemos que para que funcione algún plan de paz hay que establecer una unión. La alternativa a la realización de una unión de las democracias occidentales es la vuelta a la funesta condición que prevaleció entre 1918 y 1939, y por lo tanto a otras guerras más espantosas.

⁶ Es inútil preguntar a la gente si es partidaria de renunciar a la soberanía de su propio país. La mayoría de los profanos no entienden el significado de la palabra «soberanía». La formulación correcta de la pregunta sería: ¿Propicia usted un sistema según el cual su país se vería obligado a someterse a una medida a la cual se oponen la mayoría de sus conciudadanos? ¿Está usted dispuesto a ver que las leyes esenciales de su país (las leyes de inmigración, por ejemplo) son alteradas por el parlamento de una unión en que los miembros de su país constituyen una minoría?

4. *La paz en la Europa oriental*

Lo intentos que se han hecho para resolver los problemas políticos de la Europa oriental mediante la aplicación del principio de nacionalidad han fracasado rotundamente. En este rincón del mundo es imposible trazar límites claros y precisos de los diversos grupos lingüísticos. Gran parte del territorio está mezclada lingüísticamente, es decir, habitada por pueblos que hablan distintas lenguas. Las rivalidades y odios entre unas naciones y otras hacen que sean fácil presa del «dinamismo» de las tres grandes potencias vecinas: Alemania, Rusia e Italia. Si se las abandonara a sí mismas, pronto o tarde perderían su independencia a menos que cesen en sus discordias.

Ambas guerras mundiales se han originado en esta zona. Por dos veces las democracias occidentales desenvainaron la espada para defender la amenazada independencia de estas naciones. Y sin embargo Occidente no tiene ningún interés material real en preservar la integridad de estos pueblos. Si las democracias occidentales consiguieran establecer un orden que las salvaguarde de nuevas agresiones, importaría poco que Varsovia fuera capital de un Estado polaco independiente o una ciudad provincial de Rusia o de Alemania, o que Atenas fuera una ciudad griega o italiana. Ni el poder militar ni el económico de las democracias occidentales correrían peligro si Rusia, Alemania e Italia se dividieran esos territorios. Tampoco les importaría que la lengua y la literatura lituanas subsistieran o no.

El interés de las democracias occidentales en los asuntos de la Europa oriental es altruista, carece de egoísmo. Es fruto de una desinteresada simpatía, del entusiasmo por la libertad, del sentido de justicia, sentimientos que han explotado estas naciones. Sus amigos de Occidente no querían ayudarles a oprimir minorías, ni infiltrarse entre los más débiles. Cuando los demócratas occidentales aclamaban a Kossuth, no se les ocurría pensar que favorecían la implacable opresión de eslovacos, croatas, serbios, ucranianos y rumanos. Cuando expresaban sus simpa-

tías por Polonia, no querían decir que aprobaban los métodos aplicados por los polacos contra los ucranianos, los lituanos y los alemanes. Lo que querían era difundir el liberalismo y la democracia, no la tiranía nacionalista.

Es probable que los dirigentes políticos de los grupos lingüísticos de la Europa oriental no se hayan dado todavía cuenta del cambio que están experimentando las actitudes de las naciones occidentales. Tienen razón al esperar que a sus países se les devolverá la independencia política después del victorioso fin de la guerra. Pero se equivocan mucho si creen que las naciones occidentales van a ir a otra guerra por ellos. Son ellos mismos quienes tienen que establecer un orden político que les permita vivir en paz con sus vecinos más cercanos y defender su independencia contra futuras agresiones por parte de las grandes potencias que son Rusia, Alemania e Italia.

Todos los planes sugeridos en el pasado para la formación de una unión aduanera o de una federación de la Europa central o danubiana, o para una simple restauración del Imperio Austro-húngaro, estaban condenadas al fracaso porque se basaban en presunciones erróneas. Sus autores no comprendían que, en esta época de intervención gubernamental en la economía, una unión aduanera es incompatible con el mantenimiento de la soberanía de las naciones que la forman. No comprendían que en las actuales circunstancias la federación significa que todos los poderes están virtualmente investidos en el gobierno federal supranacional, y que los gobiernos nacionales quedan reducidos a la condición de provincias. La única manera de sustituir por la paz y la colaboración la existente desunión en la Europa central, o en cualquier otra parte del mundo, consiste en establecer un gobierno unitario: a menos que las naciones quieran volver al *laissez faire*.

El gobierno unitario es el más adecuado e indispensable en la Europa oriental porque brinda además la única solución al peculiar problema de límites de las minorías lingüísticas. Una federación no daría nunca buen resultado en este aspecto. En un sistema federal la constitución asigna unas facultades gu-

bernamentales al gobierno federal y otras a los gobiernos locales. Y mientras la constitución no sufra cambios, el gobierno federal carece de facultades para intervenir en asuntos que caen bajo la jurisdicción de los Estados. Un sistema así sólo puede funcionar en una unión de pueblos homogéneos, donde exista un fuerte sentimiento de unidad nacional y no dividan a la población diferencias lingüísticas, religiosas o raciales.

Supongamos que la constitución de una federación de la Europa oriental concediera a cada grupo lingüístico el derecho a establecer escuelas donde se enseñase su propio idioma. En este caso sería ilegal que uno de los Estados miembros de la federación pusiera trabas, directa o abiertamente, al establecimiento de una de esas escuelas. Pero si la normativa urbanística, la administración de los servicios de salud pública o el servicio de incendios fueran de la exclusiva jurisdicción de los Estados, un gobierno local podría usar sus facultades para cerrar la escuela basándose en que el edificio no reúne los requisitos establecidos por los reglamentos. Las autoridades federales serían impotentes. No tendrían derecho a intervenir ni siquiera si se probara que los motivos aducirlos son un pretexto. Los gobiernos locales podrían abusar de toda clase de prerrogativas concedidas a los Estados.

Si queremos abolir todas las discriminaciones contra los grupos minoritarios, si queremos conceder a todos los ciudadanos una libertad y una igualdad verdaderas, y no simple y puramente formalistas, debemos conferir todos los poderes al gobierno central, lo que no limitaría el derecho de un leal gobierno local a ejercer equitativamente sus facultades, pero impediría la vuelta a métodos en que todo el aparato gubernamental se usa para dañar a las minorías.

Una federación en la Europa oriental no podría nunca abolir las implicaciones políticas de las fronteras. En cada Estado miembro subsistiría el problema de las minorías. Habría opresión de las minorías, odio e irredentismo. El gobierno de cada Estado seguiría considerando enemigos a sus vecinos. Los agentes diplomáticos y consulares de las tres grandes potencias ve-

cinas intentarían aprovecharse de las disputas y rivalidades y tal vez conseguirían disgregar todo el sistema.

Los principales objetivos del nuevo orden político que hay que establecer en la Europa oriental deben ser:

1. Conceder a todo ciudadano la oportunidad de vivir y trabajar libremente dentro de los límites de la Europa oriental sin que le moleste ningún grupo lingüístico. A nadie se le debería perseguir ni descalificar a causa de su lengua madre ni de su credo. Los grupos lingüísticos tendrían derecho a usar su propio idioma. No se debería tolerar ninguna discriminación contra grupos minoritarios ni sus miembros. Todo ciudadano debería ser tratado de tal manera que pudiera llamar al país, sin reserva, «mi país» y al gobierno «nuestro gobierno».

2. Hacer que ningún grupo lingüístico espere mejorar de condición política mediante cambios en la organización territorial. Debe desaparecer la diferencia entre un grupo lingüístico dirigente y las minorías lingüísticas oprimidas. No debe haber «irredentismo».

3. Organizar un sistema lo bastante fuerte para que pueda defender su independencia contra la agresión de sus vecinos. Sus fuerzas armadas deben poder repeler, sin ayuda extranjera, agresiones aisladas por parte de Alemania, Italia o Rusia. El sistema no debería descansar en la ayuda de las democracias occidentales más que en caso de agresión de dos o más vecinos.

Todo el territorio de la Europa oriental debe, pues, ser organizado como una unidad política bajo un gobierno democrático estrictamente unitario. Dentro de este territorio cada individuo tendrá derecho a elegir dónde quiere vivir y trabajar. Las leyes y las autoridades deberían tratar a todos los indígenas, es decir, a todos los ciudadanos de la Europa oriental, sin privilegios ni discriminaciones en favor o en contra de individuos o de grupos.

Llamemos a esta nueva estructura política «Unión Democrática del Este» (UDE). Las antiguas unidades políticas pueden seguir funcionando dentro de este marco. No es necesaria una dislocación de entidades históricamente desarrolladas. Una

vez que el problema de las fronteras deje de tener sus desastrosas consecuencias políticas, la mayoría de los organismos nacionales existentes pueden permanecer intactos, pues, habiendo perdido fuerza para perjudicar a sus vecinos, pueden resultar muy útiles para el progreso de la civilización y del bienestar de la humanidad. Claro está que dentro de la UDE, esos Estados, antes independientes, no serán más que provincias que, conservando todas sus formas honorarias, sus reyes o presidentes, sus banderas, himnos, fiestas oficiales y desfiles, tendrán que cumplir estrictamente las leyes y las disposiciones administrativas de la UDE. Pero mientras no traten de violarlas, seguirán siendo libres. El gobierno central no sólo no pondrá trabas, sino que apoyará fuertemente a los gobiernos leales y cumplidores de la ley.

Comisionados especiales de la UDE deberán inspeccionar el funcionamiento de los gobiernos locales. Las partes perjudicadas por decisiones administrativas de las autoridades locales tendrán derecho, siempre que esas decisiones no caigan bajo la jurisdicción de los tribunales de justicia, a apelar ante el comisionado y el gobierno central. Las desavenencias entre gobiernos locales o entre el comisionado y el gobierno local serán definitivamente zanjadas por el gobierno central, que sólo es responsable ante el parlamento central. La supremacía del gobierno central no debería estar limitada por prerrogativas constitucionales de las autoridades locales. Las desavenencias deberían ser zanjadas por el gobierno central y por el parlamento central, que deberían juzgar todos los problemas a la luz de sus implicaciones para un suave funcionamiento de todo el sistema. Si se suscita, por ejemplo, una disputa respecto a la ciudad de Wilna —uno de los innumerables puntos neurálgicos del Este—, la solución no la buscarán solamente los gobiernos locales polaco y lituano, ni los miembros polacos y lituanos del gobierno central. El gobierno central —y el parlamento central— intentarán encontrar una solución que pueda también ser aplicada en justicia a casos semejantes que se susciten en Budweis, en Temesvar o en Salónica. De este modo será posible tener un

gobierno unitario con un grado de descentralización administrativa prácticamente satisfactorio.

La UDE debería incluir todos los territorios comprendidos entre los límites orientales de Alemania, Suiza e Italia y los occidentales de Rusia, incluyendo los países balcánicos. Debería comprender el área que en 1933 comprendía los Estados soberanos de Albania, Austria, Bulgaria, Checoslovaquia, Danzig, Estonia, Grecia, Hungría, Letonia, Lituania, Polonia, Rumania y Yugoslavia. Debería también comprender el territorio que en 1913 ocupaban las provincias de Prusia Oriental, Prusia Occidental, Posen y Silesia. La primera de ellas no pertenecía al Sacro Imperio ni a la Confederación Germánica. Silesia no formaba parte del Sacro Imperio más que como anexa al reino de Bohemia, y en los siglos *xvi* y *xvii* estuvo gobernada por duques que pertenecían a la rama de los Piast, antigua familia real polaca. Cuando Federico el Grande se lanzó a su conquista intentó justificar sus títulos diciendo que era el legítimo heredero de la familia Piast. Las cuatro provincias están habitadas por una población lingüísticamente mixta.

Italia debe ceder a la UDE las regiones europeas que ha ocupado desde 1913, incluso las islas del Dodecaneso, y además la parte oriental de la provincia de Venecia, Friuli, distrito habitado por un pueblo que habla un idioma reto-románico.

La UDE tendrá así una extensión de 700.000 millas cuadradas y unos 120.000.000 de habitantes que hablan 17 idiomas distintos. Un país así debería ser, estando unido, lo bastante fuerte para defender su independencia contra cualquiera de los tres fuertes vecinos.

El problema más delicado de la UDE será el lingüístico. Los diecisiete idiomas deberán ser, claro está, tratados con igualdad. En cada distrito, región o comunidad, los tribunales, las entidades gubernamentales y las municipalidades deberían usar los idiomas hablados por más del 20 por ciento de la población.

Como idioma internacional subsidiario entre los miembros de los diferentes grupos lingüísticos se debería usar el inglés. Las leyes deberían ser publicadas en inglés y en los diecisiete

idiomas nacionales. El sistema podrá parecer extraño y complicado, pero debemos recordar que funcionó satisfactoriamente en la antigua Austria con sus ocho idiomas. En contra de una errónea opinión muy difundida, el idioma alemán no tenía preeminencia constitucional en la Austria imperial.

Los gobiernos de la Europa oriental abusaron del sistema de enseñanza obligatoria para forzar a las minorías a renunciar a sus propios idiomas y adoptar el de la mayoría. La UDE debería ser estrictamente neutral en este asunto. Sólo habría escuelas privadas. Todo ciudadano o grupo de ciudadanos tendría derecho a abrir un establecimiento de enseñanza. Si las escuelas cumplieran los requisitos establecidos por el gobierno central, gozarían de una pequeña subvención por alumno. Los gobiernos locales tendrían derecho a hacerse cargo de la administración de algunas escuelas, pero aun entonces los presupuestos escolares se mantendrían aparte del presupuesto general del gobierno local, y no se podrían emplear más fondos públicos que los asignados por el gobierno central en forma de subvención.

Los políticos y estadistas de las naciones de la Europa oriental están unidos, hoy, sólo por una cosa: el rechazo de este plan. No ven que la única alternativa es la intranquilidad permanente y la guerra entre ellas. Y tal vez la partición de sus territorios entre Alemania, Rusia e Italia. Y no lo ven porque confían en la invencibilidad de las fuerzas inglesas y norteamericanas. No se les ocurre que los norteamericanos y los ingleses tengan en este mundo otra tarea que la de luchar por ellos en una serie interminable de guerras.

Sería eludir la realidad si los refugiados representantes de estos países intentaran convencernos de que en el futuro se proponen zanjar pacíficamente estas cuestiones. Ciertamente que los refugiados polacos y checos concertaron, antes de que Alemania invadiera Rusia, un convenio de delimitación de fronteras y de futura colaboración política. Pero el plan no dará resultado cuando sea llevado a la práctica. Tenemos abundante experiencia de que los convenios de esta clase fracasan porque los na-

cionalistas extremistas no los aceptan. Todos los esfuerzos que se hicieron para llegar a una comprensión entre alemanes y checos en la antigua Austria fueron desastrosos porque la juventud fanática rechazó lo propuesto por los viejos dirigentes, que eran más realistas. Claro está que los refugiados están más dispuestos que los gobernantes a transigir. Durante la Primera Guerra Mundial los checos y los eslovacos, así como los serbios, los croatas y los eslovenos, llegaron en el destierro a un acuerdo. Pero acontecimientos posteriores demostraron la inutilidad de esos acuerdos.

Además debemos tener en cuenta que el territorio reclamado por los checos y por los polacos es relativamente pequeño y de poca importancia para cada grupo. No hay esperanza de que se podría llegar a un acuerdo semejante entre los polacos, por una parte, y los alemanes, los lituanos, los rusos o los ucranios por otra; o entre Grecia y los alemanes, los húngaros y los eslovacos. Lo que se necesita no es una específica delimitación de fronteras entre dos grupos, sino un sistema en que el trazado de fronteras no cree enemistades, intranquilidades e irredentismos entre las minorías. La democracia sólo puede subsistir en la Europa oriental mediante un gobierno imparcial. En la propuesta UDE ningún grupo lingüístico sería suficientemente numeroso para dominar al resto. Los más numerosos serían los polacos, que formarían más o menos el 20 por ciento de toda la población.

Se podría objetar que el territorio asignado a la UDE es demasiado grande y que los diferentes grupos lingüísticos interesados no tienen nada en común. Podrá realmente parecer extraño que los lituanos colaborarían con los griegos aunque nunca han tenido entre ellos más relaciones que las diplomáticas corrientes. Pero debemos comprender que la verdadera función de la UDE consistiría en crear la paz en una parte del mundo roída por luchas seculares entre grupos lingüísticos. En todo el territorio asignado a la UDE es imposible encontrar una sola frontera que no sea discutida. Si la UDE ha de incluir a los lituanos y a los polacos porque hay un extenso territorio en que los

polacos y los lituanos están inextricablemente mezclados y las dos naciones lo reclaman vigorosamente, debe incluir también a los checos, porque entre los polacos y los checos prevalecen las mismas condiciones que entre los polacos y los lituanos. Por la misma razón deben ser incluidos los húngaros, los serbios y, en consecuencia, las demás naciones que reclaman parte del territorio conocido por Macedonia, es decir, los búlgaros, los albaneses y los griegos.

Para que la UDE funcione suavemente no es necesario que los griegos consideren amigos y hermanos a los lituanos (aunque parece probable que entre unos y otros haya sentimientos más amistosos que entre cualquiera de ellos y sus vecinos más cercanos). Lo único que se necesita es que los políticos de todos esos países lleguen a la convicción de que no es posible oprimir a hombres que hablan otro idioma. No tienen que quererse unos a otros. Basta con que dejen de hacerse daño mutuamente.

La UDE comprendería muchos millones de personas de habla alemana y más de cien mil ciudadanos de habla italiana. Y no se puede negar que los odios engendrados por los métodos empleados en la presente guerra por los nazis y los fascistas no desaparecerán en seguida. A los polacos y a los checos les será difícil colaborar con los alemanes, y a los serbios y a los eslovenos les será difícil colaborar con los italianos.

Pero ninguna de esas objeciones puede considerarse válida. El problema de la Europa oriental no tiene otra solución. No hay otra solución que pueda dar a estos países la paz y la independencia política.

5. Los problemas de Asia

En la aurora de la época liberal las naciones occidentales empezaron a sentir escrúpulos por sus empresas coloniales. Se avergonzaron de la forma en que trataban a pueblos atrasados. Se dieron cuenta del contraste que había entre sus principios

de política interior y los métodos que aplicaban en la conquista y administración colonial. ¿Qué derecho tenían, liberales y demócratas como eran, a gobernar países extranjeros sin el consentimiento de los gobernados?

Pero tuvieron una inspiración. Al hombre blanco le correspondía la carga de llevar a aquellos pueblos atrasados la bendición de la civilización moderna. Sería injusto decir que esa justificación era mera hipocresía. Inglaterra modificó radicalmente su sistema colonial para ajustarlo a la mejor manera de promover el bienestar de los indígenas. En los últimos cincuenta años la administración inglesa de los asuntos indios y coloniales ha sido en gran medida un gobierno para el pueblo.

Sin embargo, no ha sido un gobierno ejercido por el pueblo, sino por una raza extranjera dominadora. Como justificación, se supone que los indígenas no están capacitados para gobernarse a sí mismos, y que si se les dejara solos serían víctimas de opresiones de conquistadores menos civilizados y benévolo que los ingleses. La justificación implicaba también que los indígenas acogían gustosos la civilización occidental con que los ingleses querían hacerles felices. Podemos, desde luego, aceptar que así es. La prueba está en que las razas de color se mostraban y se muestran deseosas no sólo de adoptar los métodos técnicos de dicha civilización, sino también de aprender las doctrinas y las ideologías políticas de Occidente. Y fue precisamente la aceptación de estas doctrinas lo que les llevó al fin a protestar contra el gobierno absoluto por parte de los invasores.

Las demandas de libertad y de autodeterminación por parte de los pueblos asiáticos son resultado de su occidentalización. Los indígenas luchan contra los europeos con ideologías adquiridas de ellos. El mayor logro de la política asiática de la Europa del siglo XIX es que los árabes, los indios y los chinos han comprendido al fin el significado de las doctrinas políticas occidentales.

Los pueblos asiáticos no tienen razón al reprochar a los invasores las atrocidades cometidas en años anteriores. Indefendibles como fueron los excesos desde el punto de vista de

las normas y principios liberales, no fueron nada extraordinarios si se les mide con costumbres y hábitos orientales. Si no hubiera sido por la infiltración de ideas occidentales, Oriente no habría puesto nunca en tela de juicio la matanza y la tortura. Sus métodos autóctonos eran mucho más brutales y abominables, y es una paradoja sacar a relucir esos lejanos agravios en el momento en que los países asiáticos más poblados no pueden conservar sus civilizaciones más que con la ayuda militar anglosajona.

Una derrota de los Aliados sellaría el destino de los chinos, los indios, los musulmanes del Asia occidental y de todas las pequeñas naciones de Asia y de África. La victoria de los Aliados les traerá la autonomía política. Todos estos pueblos tendrán oportunidad de demostrar que han absorbido de Occidente algo más que los modernos métodos de la guerra total y de la destrucción total.

El problema de las relaciones entre Oriente y Occidente lo oscurecen las lagunas y las deficiencias de los actuales métodos de tratar corrientemente los problemas políticos. Los marxistas ignoran deliberadamente la desigualdad de condiciones naturales de producción en distintas partes del mundo, y de esta manera eliminan de su razonamiento el punto esencial y se cierran el paso a una satisfactoria interpretación del pasado y a una comprensión de la tarea futura.

Ante la desigualdad de recursos naturales no hay actualmente asuntos internos de un país que no afecten al resto de la humanidad. A toda nación le interesa vitalmente que en todo el mundo se apliquen los métodos más eficientes de producción. Todos salen perjudicados si, por ejemplo, los países que tienen las condiciones más favorables para producir caucho no sacan el mayor partido posible a sus recursos. El atraso económico de un país puede perjudicar a todos los demás. La autarquía en un país puede hacer que baje el nivel de vida en todos los demás. Si una nación dice: «Dejadme en paz; no queremos intervenir en vuestros asuntos y no permitiremos que intervengáis en los nuestros», puede hacer daño a todas las demás.

Esas fueron las consideraciones que llevaron a las naciones occidentales a obligar a China y a Japón a abandonar su tradicional aislamiento y abrir sus puertas al comercio extranjero. Esta política fue una bendición para todos ellos, como lo prueba claramente el descenso de las cifras de mortalidad en Oriente. Si la autonomía política de los países asiáticos diera como resultado un descenso en su producción o su retirada total o parcial del comercio internacional, sufrirían tanto Oriente como Occidente.

Podemos preguntarnos si los paladines de la autonomía asiática han comprendido plenamente la importancia de ese hecho. En sus mentes se mezclan extrañamente las ideas modernas y las atávicas. Se enorgullecen de sus viejas civilizaciones y se inclinan a despreciar a Occidente. Tienen más sagacidad para ver las limitaciones de Europa y de América, el militarismo y el nacionalismo, que las grandes cosas que han hecho. El totalitarismo marxista les atrae más que los «burgueses prejuicios» de libertad, capitalismo y democracia. ¿No comprenden que el único camino que se les abre a sus países hacia la prosperidad es la incondicional adopción del industrialismo occidental?

La mayoría de los dirigentes de los países orientales están convencidos de que Occidente girará hacia el socialismo. Pero con esto no cambiaría el problema fundamental. El atraso en Oriente plantearía los mismos problemas a un Occidente socialista que a un Occidente capitalista.

La época del aislamiento nacional de países individuales ha pasado con el progreso de la división del trabajo. Ningún país puede ver indiferente las condiciones internas de otros países.

6. *El papel de la Sociedad de Naciones*

La Sociedad de Naciones, establecida en Ginebra por el pacto de 1919, no era un gobierno internacional mundial. Era fundamentalmente una organización para reuniones periódicas de los delegados de gobiernos nacionales que estuvieran dispuestos

a asistir. Carecía de oficinas ejecutivas internacionales. Contaba sólo con un personal cuya tarea consistiría en redactar informes y reunir datos estadísticos. Además, muchos de sus funcionarios no se consideraban funcionarios del organismo internacional sino representantes oficiosos de sus respectivos países, que intervenían para que fueran nombrados, por lo que aquéllos deseaban servirles con objeto de ascender algún día en el escalafón nacional. Algunos de ellos no tenían un espíritu internacional, sino que estaban imbuidos de ideas nacionalistas. Entre ellos se contaron algunas extrañas personalidades. Vidkun Quisling, por ejemplo, fue durante algún tiempo funcionario de la sociedad. Rost van Tonningen perteneció durante muchos años a la Secretaría y en 1931 fue nombrado delegado de la Sociedad en Viena, puesto importante que al cabo de unos años dejó para ser segundo jefe del partido nazi holandés; y hoy es una de las figuras más relevantes del gobierno títere de Holanda. Ciertamente también pertenecieron a la Sociedad algunos de nuestros más brillantes e inteligentes contemporáneos. Pero, desgraciadamente, las circunstancias paralizaron sus esfuerzos y la mayoría de ellos se fueron desilusionados.

Importa poco que la Sociedad de Naciones sea restaurada o no después de la guerra. Contribuyó poco a promover la paz y la cooperación internacional. No tendrá más éxito en el futuro. El nacionalismo frustrará su labor como la frustró en los años anteriores a 1939.

Muchos norteamericanos distinguidos atribuyen a su país el fracaso de la Sociedad. Dicen que si los Estados Unidos hubieran participado en ella la habrían revestido del prestigio necesario para el cumplimiento de su tarea. Pero esto es un error. Aunque oficialmente no fueron miembros de la Sociedad, los Estados Unidos prestaron un valioso apoyo a sus esfuerzos. No importaba que no contribuyeran a sus ingresos ni que no enviaran delegados oficiales. El mundo sabía muy bien que apoyaban todos los esfuerzos para el mantenimiento de la paz. Su colaboración oficial en Ginebra no hubiera contenido a las naciones agresoras.

Como todos los países se entregan hoy al nacionalismo, los gobiernos tienen que apoyarlo necesariamente. Poco puede esperar la causa de la paz de la actividad de esos gobiernos. Lo que se necesita no son instituciones especiales, oficinas, ni conferencias, sino un cambio de doctrinas económicas y de ideologías.*

El principal defecto de muchos planes propuestos para una paz duradera es que no reconocen este hecho. Eminentes paladines de la Sociedad de Naciones, tales como los profesores J.B. Condliffe y J.E. Meade, confían en que los gobiernos serán lo bastante sensatos para eliminar mediante esfuerzos comunes y convenios mutuos los brotes más censurables del nacionalismo económico y para mitigar conflictos haciendo algunas concesiones a los quejosos.⁷ Para ello recomiendan la moderación y el freno en el ejercicio de la soberanía nacional. Pero al mismo tiempo propician, sin sospechar que eso debe necesariamente empujar a todos los gobiernos hacia el nacionalismo intransigente, un mayor control gubernamental. Es vano esperar que un gobierno entregado a los principios del estatismo pueda renunciar a aspirar a un mayor aislamiento. Podemos suponer que hay en cada país hombres dispuestos a secundar las propuestas de Condliffe y de Meade, pero forman una minoría cuyas

* Esto dice Mises, en su Autobiografía, de la Sociedad de Naciones: «[...] se trataba de una institución ficticia. Los diplomáticos habían convertido una gran idea en una simple oficina con centenares de empleados cuyo único interés era conservar su propio puesto. Presidía aquel organismo burocrático el señor Avenol, un gris burócrata francés, carente de toda idea. Y los funcionarios eran dignos de tal jefe.

»Pero la Sociedad de Naciones no naufragó por la incapacidad y la indolencia de sus funcionarios. En realidad, no vio nunca la luz, porque carecía de base ideológica. En un mundo liberal, los distintos Estados y pueblos pueden colaborar pacíficamente aun sin que exista una organización superestatal particular. Pero en un mundo impregnado de nacionalismo los conflictos no pueden eliminarse ni con acuerdos ni con la creación de oficinas internacionales.» Ludwig von Mises, *Autobiografía de un liberal* (Unión Editorial, 2001), pp. 165-66 [N. del E.].

⁷J.E. Meade, *The Economic Basis of a Durable Peace* (Nueva York 1940); J.B. Condliffe, *Agenda for a Postwar World* (Nueva York 1941).

opiniones no encuentran amplio eco. Cuanto más avance un país en el camino hacia el control público de la economía, más forzado se verá a retirarse de la división internacional del trabajo. Las bien intencionadas exhortaciones de economistas de espíritu internacional no pueden disuadir a un gobierno intervencionista de aplicar medidas de nacionalismo económico.

La Sociedad de Naciones podrá continuar combatiendo enfermedades contagiosas, el tráfico de drogas y la prostitución. Podría seguir actuando en el futuro como una oficina internacional de estadística. Podrá ampliar su labor en el campo de la cooperación intelectual. Pero es una ilusión esperar que pueda prestar al mantenimiento de la paz servicios de alguna importancia.

Conclusión

I

Los liberales del siglo XVIII tenían plena confianza en la perfectibilidad del hombre. Sostenían que todos los hombres son iguales y están dotados de la facultad de comprender el significado de complicadas deducciones y que por lo tanto comprenderán las doctrinas económicas y la filosofía social, y también que sólo en una economía de mercado libre pueden encontrarse en completa armonía los bien entendidos intereses (es decir intereses a la larga) de los individuos y de los grupos, por lo que convertirán en realidad la utopía liberal. La humanidad está en vísperas de una prosperidad duradera y de una paz eterna porque en adelante imperará la razón.

Ese optimismo se fundaba exclusivamente en la suposición de que los pueblos de todas las razas, naciones y regiones son lo bastante inteligentes para comprender los problemas de la cooperación social. No se les ocurría dudar de ello. Estaban convencidos de que nada podía detener el progreso de la ilustración y la difusión del pensamiento sano. Esta clase de optimismo era el de Lincoln cuando dijo que «no se puede engañar a todos todo el tiempo».

Las teorías económicas en que se basa la doctrina liberal son irrefutables. Durante más de ciento cincuenta años fracasaron los esfuerzos hechos para probar la falsedad de las enseñanzas de la que uno de los mayores precursores del totalitarismo y del nazismo, Carlyle, llamó «ciencia siniestra». Todos estos sedicentes economistas fueron incapaces de refutar la teoría del comercio exterior de Ricardo ni las doctrinas relativas a los efec-

tos de la injerencia del gobierno en la economía de mercado. Nadie consiguió refutar la demostración de que en un sistema socialista es imposible el cálculo económico. No pudieron refutar la demostración de que en una economía de mercado no hay conflicto entre intereses bien entendidos.

Ahora bien, ¿comprenderán todos los hombres sus verdaderos intereses? ¿Y si no los comprenden? Tal es el punto débil del alegato liberal en pro de un mundo libre en que impere la cooperación pacífica. La realización del plan liberal es imposible, porque —al menos en nuestro tiempo— a la gente le falta la capacidad mental para asimilar los principios de la auténtica economía. La mayoría de los hombres son demasiado obtusos para seguir las complicadas ilaciones del razonamiento. El liberalismo fracasó porque la capacidad intelectual de la inmensa mayoría era insuficiente para la tarea de comprenderlo en toda su amplitud.

No puede esperarse un cambio en el futuro inmediato. Los hombres no pueden ver a veces ni siquiera los hechos más simples y obvios. Nada debería ser más fácil que darse cuenta de la victoria o de la derrota en el campo de batalla. Pero millones de alemanes están firmemente convencidos de que no fueron los aliados los victoriosos en la Primera Guerra Mundial, sino que fue Alemania. Ningún nacionalista alemán ha reconocido jamás que el ejército alemán fuera derrotado en el Marne en 1914 y en 1918. Si eso sucede con los alemanes, ¿cómo podemos esperar que los indios, adoradores de la vaca, comprendan las teorías de Ricardo y de Bentham?

En un mundo democrático, hasta la realización de los planes socialistas dependería de que la mayoría reconociera su conveniencia. Prescindamos por un instante de los escrúpulos referentes a la posibilidad de realización del socialismo. Supongamos que los socialistas tienen razón en su apreciación de la planificación socialista. Marx, imbuido del misticismo *Weltgeist* de Hegel, estaba convencido de que en la evolución de los asuntos humanos operan factores que empujan al proletariado, que es la inmensa mayoría, hacia la realización del socialismo, por

supuesto de su tipo de socialismo. Suponía implícitamente que el socialismo es el sistema que mejor expresa los intereses del proletariado, y que los proletarios lo comprenderían. Franz Oppenheimer, en un tiempo profesor de la Universidad de Frankfurt, donde dominaban los marxistas, dijo una vez: «Los individuos se equivocan a menudo al cuidar de sus propios intereses; una clase, a la larga, no se equivoca nunca.»¹

Los marxistas recientes han abandonado estas ilusiones metafísicas. Han tenido que afrontar el hecho de que, aunque el socialismo es en muchos países el credo de la gran mayoría, no hay unanimidad respecto a la clase de socialismo que debería adoptarse. Han constatado que hay muchas clases de socialismo y muchos partidos que se combaten acerbamente. Ya no esperan que un solo modelo de socialismo encuentre la aprobación de la mayoría ni que su propio ideal sea apoyado por todo el proletariado. Están convencidos de que sólo una elite tiene capacidad intelectual para apreciar los beneficios del auténtico socialismo. De ello deducen que esa elite —la llamada vanguardia del proletariado, no la masa— tiene el sagrado deber de conquistar el poder por la violencia, exterminar a los adversarios y establecer el milenio socialista. En cuestión de procedimiento hay un perfecto acuerdo entre Lenin y Werner Sombart, entre Stalin y Hitler. No difieren sino acerca de quiénes forman esa elite.

Los liberales no pueden aceptar esta solución. No creen que una minoría, aunque sea la verdadera elite de la humanidad, pueda reducir al silencio para siempre a la mayoría. No creen que la humanidad pueda ser salvada mediante la coacción y la opresión. Prevén que las dictaduras desembocan en interminables conflictos, en guerras y en revoluciones. Un gobierno estable requiere el libre consentimiento de los gobernados. La tiranía —ni siquiera la de déspotas benévolos— no puede traer una paz duradera ni prosperidad.

¹ F. Oppenheimer, *System der Soziologie* (Jena, 1926), II, p. 559.

Si los hombres no son capaces de comprender qué es lo que más les conviene, no hay remedio posible. El liberalismo es impracticable porque la mayoría de los hombres no tienen la suficiente ilustración para comprender lo que significa. En el razonamiento de los viejos liberales había un error psicológico. Exageraban la capacidad intelectual del término medio de los hombres y la habilidad de la elite para convertir a ideas sensatas a los menos juiciosos de sus conciudadanos.

II

Los puntos esenciales de los problemas internacionales actuales pueden condensarse como sigue:

1. La paz duradera sólo es posible bajo un capitalismo perfecto, que hasta ahora no se ha intentado ni realizado completamente. En un mundo así, a la Jefferson, de economía de mercado sin trabas, el campo de la actividad gubernamental está limitado a proteger la vida, la salud y los bienes de los individuos contra agresiones violentas o fraudulentas. Las leyes, la administración pública y los jueces tratan de la misma manera a los indígenas y a los extranjeros. No puede haber conflictos; faltan las causas económicas de la guerra.

2. La libre movilidad de la mano de obra tiende hacia la igualdad de la productividad del trabajo y por lo tanto de los tipos de salario en todo el mundo. Los trabajadores de países relativamente poco poblados que quieren conservar su nivel de vida mediante barreras a la inmigración no pueden menos de perjudicar a los trabajadores de países relativamente superpoblados. (Además, a la larga se perjudican a sí mismos.)

3. La intervención gubernamental en la economía y la actividad de los sindicatos se unen para subir los costes internos de producción, reduciendo así la capacidad competitiva de las industrias nacionales. E incluso a corto plazo dejarían de lograr sus fines si no estuvieran complementados por las barreras migratorias, la protección a la producción interior y, en cuanto a

las industrias de exportación, por el monopolio. Puesto que cualquier dependencia del comercio exterior debe restringir las facultades gubernamentales de control sobre la vida económica, el intervencionismo aspira necesariamente a la autarquía.

4. El socialismo, si no se realiza a escala mundial, es imperfecto si el país socialista depende de las importaciones y por lo tanto debe producir artículos para su venta en el mercado. No importa que los países a los que debe vender y comprar sean socialistas o no. También el socialismo debe aspirar a la autarquía.

5. El proteccionismo y la autarquía significan discriminación contra la mano de obra extranjera y el capital extranjero. No sólo reducen la productividad del esfuerzo humano y por lo tanto el nivel de vida de todos los países, sino que crean conflictos internacionales.

6. Hay países que por falta de adecuados recursos naturales no pueden alimentar y vestir a la población con sus recursos propios. Estos países sólo pueden buscar la autarquía embarcándose en una política de conquista. La belicosidad y el ansia de agresión son en ellos resultado de su adhesión a los principios estatistas.

7. Si un gobierno nacional dificulta el uso más productivo de los recursos del país, perjudica a los demás países. El atraso económico de un país provisto de ricos recursos naturales perjudica a los países cuya suerte podría mejorar con una explotación más eficiente de su riqueza natural.

8. El estatismo aspira a la igualdad de ingresos individuales dentro del país. Pero, por otra parte, da por resultado la perpetuación de las desigualdades, producidas a lo largo de la historia, entre naciones ricas y naciones pobres. Las mismas consideraciones que empujan a las masas de un país hacia una política de igualdad de ingresos empujan a los pueblos de países relativamente sobrepoblados a una política de agresión contra países relativamente despoblados. No están dispuestos a soportar para siempre su relativa pobreza simplemente porque sus antepasados no fueron lo bastante listos para apropiarse de regio-

nes mejor dotadas por la naturaleza. Lo que afirman los «progresistas» en relación con los asuntos internos —que las tradicionales ideas de libertad no son más que un fraude en lo que respecta a los pobres, y que la verdadera libertad significa igualdad de ingresos—, lo proclaman también los portavoces de las naciones escasamente dotadas de recursos naturales (*have not nations*) respecto a las relaciones internacionales. A los ojos de los nacionalistas alemanes no cuenta más que una libertad: *Nahrungsfreiheit* (libertad de importación de géneros alimenticios), es decir un estado de cosas en que su país pudiera producir dentro de sus fronteras las sustancias alimenticias y las materias primas que necesita para gozar del mismo nivel de vida que la más favorecida de las demás naciones. Tal es su idea de la libertad y de la igualdad. Se llaman a sí mismos revolucionarios que luchan por sus imprescindibles derechos contra los intereses creados de un grupo de naciones reaccionarias.

9. También un gobierno socialista mundial podría abolir las históricas desigualdades entre ciudadanos de zonas relativamente superpobladas y ciudadanos de zonas relativamente despobladas. Sin embargo, las mismas fuerzas que frustraron las tentativas de los viejos liberales para eliminar las barreras que impedían la libre circulación de la mano de obra, de los artículos de consumo y del capital se opondrían violentamente a esta clase de administración socialista mundial. No es probable que el trabajador de países relativamente despoblados renuncie a sus heredados privilegios. No es probable que acepte una política que durante un largo periodo de transición rebajaría su nivel de vida y no mejoraría más que la situación material de países pobres. El trabajador occidental espera del socialismo una inmediata mejora de su propia situación y se opondría vigorosamente a todo plan que estableciera un sistema democrático de gobierno mundial en el que sus votos serían muchos menos que los de la inmensa mayoría de los países pobres.

10. Un gobierno federal sólo puede funcionar en una economía de mercado libre. El estatismo requiere un gobierno estrictamente centralizado si no hay barreras comerciales que ais-

len a unos miembros de otros. Los actuales planes de federación mundial, o de una federación de democracias occidentales, son por lo tanto ilusorios. El pueblo que se niega a abandonar el estatismo sólo puede eludir la maldición del nacionalismo económico confiriendo todo el poder a un gobierno supranacional unificado del mundo o de una unión de naciones democráticas. Pero desgraciadamente los intereses creados de poderosos grupos de presión se oponen a renunciar a la soberanía nacional.

Es inútil abandonarse a los sueños. El control estatal de la economía engendra conflictos para los que no hay solución pacífica. Era fácil impedir que hombres inermes y productos cruzaran las fronteras; es mucho más difícil impedir que las pasen los ejércitos. Los socialistas y demás estatistas pudieron desdeñar o acallar las voces de advertencia de los economistas. Pero no pudieron ignorar y reducir al silencio el estruendo del cañón ni el estallido de las bombas.

Toda la oratoria de los defensores de la omnipotencia del Estado no puede anular el hecho de que no hay más que un sistema que puede traer la paz duradera: una economía de mercado libre. El control estatal lleva al nacionalismo económico, y éste, a su vez, al conflicto.

III

Mucha gente se consuela diciendo: «Siempre ha habido guerras y siempre habrá guerras y revoluciones. Los sueños del liberalismo son ilusorios. Pero no hay motivos para alarmarse. La humanidad se las arregló muy bien en el pasado a pesar de guerras casi continuas. La civilización no perecerá aunque en el futuro siga habiendo conflictos. Puede florecer relativamente bien en condiciones menos perfectas que las pintadas por los utópicos liberales. Muchos fueron felices bajo el gobierno de Nerón o de Robespierre, o en los tiempos de las invasiones de los bárbaros, o durante la guerra de los treinta años. La vida

seguirá; la gente se casará, tendrá hijos y celebrará las fiestas. Ha habido grandes pensadores y poetas que vivieron en deplorables circunstancias, pero eso no les impidió realizar su obra. Ni los problemas políticos actuales ni los futuros impedirán que las generaciones venideras hagan grandes cosas.»

Hay, sin embargo, una falacia en ese modo de pensar. La humanidad no es libre de volver de un alto estado de división del trabajo y de prosperidad económica a un estado más bajo. Como resultado de la época del capitalismo la población del mundo es hoy mucho mayor que en vísperas del capitalismo y el nivel de vida es mucho más elevado. Nuestra civilización se basa en la división internacional del trabajo, y no puede sobrevivir bajo la autarquía. Los Estados Unidos y Canadá sufrirían menos que otros países, pero aun en ellos el aislamiento económico originaría un tremendo descenso de la prosperidad. Europa, unida o dividida, quedaría sentenciada en un mundo en el que cada país se bastara a sí mismo.

Además, debemos tener en cuenta que un régimen semejante impone la carga de estar continuamente preparados para la guerra. Para estar en situación de repeler ataques de Asia tendrían Australia y Nueva Zelanda, por ejemplo, que transformarse en campamentos militares. Toda su población —menos de diez millones— apenas tendría fuerza bastante para defender sus costas hasta que llegara la ayuda de otros países anglosajones, por lo que se verían obligadas a adoptar un sistema modelado según la antigua *Militärgrenze* austriaca o la vieja frontera norteamericana, pero adaptada a las condiciones, mucho más complejas, del moderno industrialismo. Pero los valientes croatas y serbios que defendieron el imperio de los Habsburgo, y por lo tanto a Europa, contra los turcos, eran campesinos que vivían bastándose económicamente a sí mismos en su vida familiar. Así eran también los pioneros americanos. Para ellos no era una gran calamidad el vigilar las fronteras en vez de arar la tierra, pues en su ausencia la trabajaban sus mujeres y sus hijos. Una comunidad industrial no puede funcionar en estas condiciones.

Las circunstancias serán mejores en otras zonas. Pero el estar listos para la defensa será para todos los países una pesada carga. No quedarán afectadas únicamente las condiciones económicas; también lo serán las morales y las políticas.

La prosperidad de los últimos siglos estaba condicionada por el firme y rápido progreso de acumulación de capital. Muchos países europeos se ven ya en el camino de vuelta a consumirlo y reducirlo. A ellos les seguirán otros. El resultado será la desintegración y el empobrecimiento.

Desde la decadencia del Imperio Romano no ha experimentado Occidente las consecuencias de una regresión en la división del trabajo o de una reducción del capital disponible. Nuestra imaginación sería incapaz de representar los acontecimientos futuros.

IV

La catástrofe afecta en primer lugar a Europa. Si la división internacional del trabajo se desintegrara, Europa sólo podría alimentar a una parte de su población actual, y en peores condiciones que en la actualidad. La experiencia diaria, rectamente entendida, enseñará a los europeos cuáles son las consecuencias de su política. Pero, ¿aprenderán la lección?

Índice de Nombres

- Anderson, Benjamin M., 313
Andler, Charles, 222 y n, 245n
Ariosto, Ludovico, 257
- Balzac, Honoré de, 186
Barth, Karl, 257
Beard, Charles, 152n
Bebel, August, 222, 242, 244
Beethoven, Ludwig van, 24, 44,
329, 332
Benda, J., 158n
Bentham, Jeremy, 210, 402
Berdiaev, Nicolai, 261n
Bergson, Henri-Louis, 215
Bethmann-Hollweg, Theobald
von, 237
Bismarck, Otto von, 54 y n, 57, 59,
65, 66, 70, 71, 193, 206, 234,
236, 237, 252 y n, 299, 373
Bloem, Walter, 65n
Bois-Reymond, Emil du, 33
Brahms, Johannes, 257
Braun, Otto, 246
Brentano, Lujo, 123, 217
Briand, Aristide, 273, 277
Bujarin, Nikolai Ivanovich, 87n,
284
Bruning, Heinrich, 296
Bruno, Giordano, 172
Buell, 383
Buonarotti, Miguel Angel, 257
Burke, Edmund, 177
Byron, George Gordon, Lord,
331
- Carlos V, 259
Carlos XII, 376
Carlyle, Thomas, 79, 331, 401
Cassirer, Ernst, 371
César, Julio, 328
Cicerón, Marco Tulio, 328
Clausewitz, Karl von, 21
Clemenceau, Georges, 277, 373
Clodoveo, 371
Comte, Auguste, 78
Condcliffe, John Bell, 398 y n
Copernico, Niccolò, 34
Croce, Benedetto, 29n
Crowther, Geoffrey, 29 y n
- Dalai Lama, 204
D'Alembert, Jean-Baptiste, 208
Dante Alighieri, 257
Darwin, Charles, 181, 186, 269
Delbruck, Hans, 50n, 64, 68n
Descartes, René, 186, 215, 257
Dietzgen, Joseph, 213, 214 y n
Disraeli, Benjamin, 366
Dostoevsky, Fedor Michailovich,
177
- Eastman, Max, 261n
Ebert, Friedrich, 223, 246, 283
Eduardo VII, 208, 218
Einstein, Albert, 215, 216
Elmer Roberts, 234n
Engels, Friedrich, 78, 224 y n, 227,
243, 244, 257
Erzberger, Matthias, 370

- Falkenberg, Erich von, 61
 Falkenhayn, Eric von, 69
 Federico II de Prusia, 41, 45, 48, 49, 67, 252
 Federico Guillermo I de Prusia, 41, 48, 67
 Federico Guillermo II, 208
 Federico Guillermo IV de Prusia, 51, 53
 Felipe II, 26
 Feuerbach, Ludwig Andreas, 211
 Fichte, Johann Gottlieb, 77, 209
 Fourier, François-Marie-Charles, 78
 Franco, Francisco, 303
 Freud, Sigmund, 215
 Fritsch, Th., 209n
- Gambetta, Léon, 277
 Gandhi, Mohandas Karamchand, 155, 182
 Ganivet, Ángel, 36
 Gauss, Karl Friedrich, 213
 Gengis Khan, 23
 Gobineau, Joseph-Arthur, 251
 Goebbels, Paul Joseph, 138, 172, 208
 Goering, Hermann, 172, 174, 261
 Goethe, Johann Wolfgang von, 24, 46, 186, 208, 253 y n, 329, 332, 370
 Graziadei, Antonio, 29n
 Guillermo I, 53, 65, 69, 79
 Guillermo II, 63, 66, 67, 69, 200, 218, 285
 Gumpłowicz, Ludwik, 245, 257
- Hamilton, Alexander, 78, 217
 Hauptmann, Gerhart, 79
 Hayek, Friedrich August, 78n, 89n
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 77 y n, 209
- Hentsch, Richard, 69
 Herder, Johann Gottfried von, 24
 Hervé, Gustav, 242 y n
 Herzog, Rudolf, 65n
 Hildebrand, Bruno, 217
 Hindenburg, Paul, 69, 70, 96, 270, 376
 Hitler, Adolf, 89, 90, 138, y *passim*
 Horthy, Miklós, 303
 Houzé, 248n
 Hrushesvsky, 147n
 Hudal, Alois, 256n, 269n
 Hugo, Victor, 312
 Hume, David, 215, 257, 269, 361
 Huss, Jan, 330
- Ibsen, Henrik, 133
- Jefferson, Thomas, 404
 Juana de Arco, 333
- Kant, Immanuel, 24, 208, 209, 269, 332
 Kapp, Wolfgang, 298, 300, 317
 Kautsky, Karl, 225n, 227, 243n, 244n, 296
 Kenyon, 134n
 Keynes, John Maynard, 359n, 360 y n
 Kipling, Rudyard, 331
 Kleist, Heinrich von, 46, 332
 Kossuth, Lajos, 385
- Langer, W.L., 151n
 Laplace, Pierre-Simon de, 186, 213, 269
 Laski, Harold, 29
 Lassalle, Ferdinand, 58, 59, 60, 71, 257
 Leffler, Melvyn.
 Lenin, Nikolai, 90, 176n, 260, 284, 403

- Leopoldo II de Bélgica, 149
 Lessing, Gotthold Ephraim, 208, 257
 Liebknecht, Karl, 222, 223, 242, 285, 286
 Liliencron, Detlev von, 237, 332
 Lincoln, Abraham, 401
 List, Friedrich, 78, 120, 121, 217
 Loyola, Ignacio de, 269n
 Ludendorff, Erich, 70, 253, 270, 298, 317
 Luis XIV, 37
 Luis XVI, 55, 271
 Luis Felipe, 149
 Luisa, reina de Prussia, 135
 Luxemburg, Rosa, 283, 285, 286

 Mackensen, August von, 270
 Madariaga, Salvador de, 35, 36
 Maeterlinck, Maurice, 136
 Man, Henri de, 178 y n
 Mandel, Georges, 277
 Mann, Thomas, 257
 Mannheim, Karl, 214 y n, 215
 María Antonieta, 55
 Marx, Karl, 78, 123, 175, 213, 223, 224, 225n, 226 y n, 227, 236, 245, 261, 262, 350, 402
 Mayer, Gustav, 60n
 Meade, James Edward, 398 y n
 Menger, Carl, 217
 Metternich, Klemens Wenzel
 Lothar von, 56, 236, 371
 Michels, Robert, 177, 222 y n
 Mill, James, 210
 Mill, John Stuart, 210, 215, 361
 Mises, Ludwig, 260n, 362n, 398n
 Molière, Jean-Baptiste Poquelin, 186
 Moltke, Helmuth von, 66, 67, 68, 69, 70
 Moisés, 248, 255

 Mozart, Wolfgang Amadeus, 24, 332
 Mussolini, Benito, 90, 153, 174, 260, 276, 303

 Napoleón I, 23, 44, 46, 50, 126, 370, 376
 Napoleón III, 54, 57, 61, 65, 126, 312, 373
 Nerón, 407
 Newton, Isaac, 186, 329
 Nicolás II, 67
 Nietzsche, Friedrich Wilhelm, 177
 Noske, Gustav, 223, 283

 Ompteda, barón, 65n
 Oncken, 60n
 Oppenheimer, Franz, 403 y n
 Owen, Robert, 78

 Palmerston, Henry John Temple, Lord, 51
 Papen, Franz von, 299
 Pareto, Vilfredo, 90, 177
 Pasteur, Louis, 186
 Pecqueur, Constantin, 78
 Peloti, Alexander, 136
 Perroux, François, 189n
 Peters, Karl, 149
 Petrarca, Francesco, 257, 329
 Petrofi (Petrovics), Alexander, 136
 Pío IX, papa, 56
 Pío XI, papa, 255n

 Quisling Vidkun, 397

 Rathenau, Walter, 219, 257, 370
 Renan, Ernest, 139, 140 y n, 141 y n
 Rhodes, Cecil, 149
 Ricardo, David, 120, 186, 210, 215, 216, 401, 402

- Richthofen, Oswald von, 152
 Robbins, Lionel, 151n
 Robespierre, Maximilien-François-Isidore de, 407
 Rodbertus, Karl, 253
 Roon, Albrecht von, 51, 54
 Rosenberg, Alfred, 29, 208
 Rost van Tonnigen, 397
 Rougier, Louis, 189n
 Russell, Bertrand, 273n
 Ruskin, John, 79, 331
- Saint Simon, Claude-Henri, 78
 Santayana, George, 209 y n. 210
 y n
 Scheidemann, Philipp, 223, 237, 238 y n, 283
 Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph, 77
 Schiller, Johann Christoph Friedrich, 24, 46, 148, 208, 332, 370
 Schlieffen, Alfred von, 69
 Schmitt-Dorotic, Carl, 144 y n
 Schmoller, Gustav von, 121, 195n, 196n
 Schwartz, G.L., 116n
 Seldes, G., 255n, 269n
 Serring, Max, 195n
 Shakespeare, William, 186
 Shaw, George Bernard, 79
 Sismondi, Jean-Charles-Léonard Simonde de, 78
 Smith, Adam, 210
 Sócrates, 172
 Sombart, Werner, 13, 263, 403
 Sorel, Georges, 90, 188 y n
 Spencer, Herbert, 64n, 211
 Spengler, Oswald, 208, 209n
 Spielhagen, Friedrich, 79
 Stahl, Friedrich Julius, 51, 253, 257
- Staley, 152
 Stalin, Josif Vissarinovic, 31, 89, 259, 261, 303, 403
 Stampfer, 301n
 Steding, Cristoph, 144n
 Stein, Lorenz von, 78
 Steiner, Rudolf, 69
 Stimson, Henry Lewis, 273
 Stolper, 307
 Strauss, David Friedrich, 269n
 Streit, Clarence, 380, 384
 Strindberg, August, 147, 148
 Sulzbach, 152n
 Sybel, 53n
- Tácito, Publio Cornelio, 333
 Talleyrand, Charles-Maurice, príncipe de, 366
 Tirala, Lothar Gottlieb, 215 y n, 216
 Tolstoi, Aleksei Nikolaevic, 182
- Verhaeren, Émile, 136
 Voegelin, Eric, 164n
 Voltaire, François-Marie Arouet, 158, 186, 208, 210
- Wagner, Adolf, 121, 195n, 196n, 253
 Wagner, Richard, 332
 Webb, Beatrice, 260n
 Webb, Sidney, 234 y n, 269n
 Weber, Adolf, 78
 Wells, Herbert G, 79
 Wilson, Thomas Woodrow, 20, 219
 Woltmann, 257, 258n
- Ziegler, Th, 269n
 Ziekursch, 52n, 59n, 61n, 246n
 Zisca de Trocnov, 330

Este libro ofrece una lúcida y certera interpretación de algunos de los fenómenos que más profundamente han marcado la historia contemporánea. Los análisis históricos y sociológicos de la decadencia del liberalismo alemán, de la afirmación del pangermanismo y la parte que en ella tuvieron los intelectuales (profesores de historia, de derecho, de economía política y de filosofía), de las raíces del colectivismo y del nacionalsocialismo, y de un modo particular de las complicidades que el partido social-demócrata y otros partidos tuvieron en el afianzamiento del nazismo como fenómeno histórico, nos revelan una maestría insuperable que justifica la consideración de Ludwig von Mises, no sólo como "uno de los mayores pensadores de nuestro tiempo", en palabras de Hayek, sino también como uno de los mayores pensadores *sobre* nuestro tiempo.

Se destruyen los mitos, difundidos por la propaganda marxista, de la radical diferencia entre comunismo y nazismo y del origen capitalista de este último, que —no hay que olvidarlo— es ante todo un *socialismo* nacionalista. El hecho de que ambos regímenes lucharan entre sí violentamente sólo prueba que ambos aspiraban al poder.

En el fondo hay una idéntica glorificación del Estado, hecho que no se limita a estos dos sistemas. Como dice Mises, "el acontecimiento más importante en la historia de los últimos cien años es la sustitución del liberalismo por el estatismo, que se manifiesta bajo las formas de socialismo e intervencionismo, y ambos tienen en común el fin de subordinar incondicionalmente el individuo al Estado".

La espectacular caída tanto del nazismo (que Mises presenció) como del comunismo (que —estaba seguro— no tardaría en producirse) no debe hacernos ignorar el hecho de que el desafortunado intervencionismo lo practican todos los gobiernos actuales. Las democracias occidentales han conseguido liberarse de algunas formas patológicas de socialismo y de nacionalismo, pero siguen atrapadas en los mismos postulados de la idolatría estatal.

ISBN: 84-7209-377-8



9 788472 095775